

ALISON MINGOT

*Tentación
en el*

TRABAJO

TENTACION EN EL TRABAJO

ALISON MINGOT

Copyright: Publicado en Amazon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.

CONTENIDO DE LA NOVELA

Capítulo 1: ANTONIETA

Capítulo 2: OMAR

Capítulo 3: ANTONIETA

Capítulo 4: OMAR

Capítulo 5: ANTONIETA

Capítulo 6: OMAR

Capítulo 7: ANTONIETA

Capítulo 8: ANTONIETA

Capítulo 9: OMAR

Capítulo 10: ANTONIETA

Capítulo 11: OMAR

Capítulo 12: ANTONIETA

Capítulo 13: ANTONIETA

Capítulo 14: OMAR

Capítulo 15: ANTONIETA

Capítulo 16: ANTONIETA

Capítulo 17: OMAR

Capítulo 18: ANTONIETA

Capítulo 19: OMAR

Capítulo 20: ANTONIETA

Capítulo 21: OMAR

Capítulo 22: ANTONIETA

Capítulo 23: OMAR

Capítulo 24: ANTONIETA

Capítulo 25: OMAR

[Capítulo 26: ANTONIETA](#)

[Capítulo 27: OMAR](#)

[Capítulo 28: ANTONIETA](#)

[Capítulo 29: OMAR](#)

[Capítulo 30: OMAR](#)

[Capítulo 31: ANTONIETA](#)

[Epílogo](#)

Para mis lectoras. Sin vosotras nada de este hermoso trabajo sería posible.

Gracias por dedicar vuestro valioso tiempo a leer cada una de mis líneas.

Gracias a cada una de ustedes.

Capítulo 1: ANTONIETA

—¡Qué gusto verlos, amigos! ¿Cómo va todo? ¿Durmieron bien? Ojalá la alegría de este día tan hermoso los contagie y se llenen de felicidad con estos rayos solares tan hermosos.

Vi la lente de mi videocámara sin parpadear ni un segundo. Armé el trípode y terminé de revisar los equipos. Luego guiñé mi ojo. A mi lado estaba, en una silla, mi hermana, quien lanzaba unos callados resoplidos viendo el diminuto espacio. Ya estaba acostumbrada a él.

—Muy bien, amigos —dije, hablándole a la cámara. —Les presento a Valeria. Ella es mi hermana mayor. Valeria, salúdalos, por favor.

Mi hermana sonrió en un gesto de amabilidad.

—Buenos días a todos —dijo, y levantó su mano para saludar al público ficticio.

Levanté mis pinceles y el maquillaje. Estaban justo al frente. Valeria vio todos los artículos y me mostró una excepción de desconfianza. Con mi mirada comprobé lentamente todo el escenario y nuestra audiencia simulada. Ya en mi mente tenía una clara idea de lo que quería hacer.

—Supongo que no vas a maquillarme demasiado —me dijo, con un dejo de ilusión.

Negué con mi cabeza. —Claro que no. —Giré para ver la cámara y empecé a hablar con ella —. Al empezar a ver este video, se darán cuenta de que estoy cambiando por completo la imagen de Valeria, justo antes de las fiestas. Me parece que es la mejor pastora del mundo, así que quiero hacer todo lo posible para que luzca hermosa durante la congregación que tendremos en nuestra pequeña ciudad. Valeria, ¿quisieras agregar algo antes de comenzar?

Ella había sido mi conejillo de indias para mis prácticas de maquillaje desde que éramos solo unas niñas. Podía usar su cara para mis experimentos. Era la imagen que tenía en mi mente de una hermana mayor. Alguien que permanecía en silencio y permitía que su hermana pequeña maquillara sus pestañas sus cejas, todo. Ahora, que vivo de esto, entiendo que lo hacía por amabilidad. Era muy gentil conmigo. Lo sabía y lo sé porque detesta que toquen su cara y la maquillen. Entonces encogió sus hombros.

—En realidad no —me dijo—. Sé que este video entusiasmará a mi novia. Ella se siente muy feliz cuando llego maquillada.

Asentí alegremente. Me sentí contenta con sus palabras. —Es la mejor persona que he conocido. Si en algún momento quisieras que la traiga, podríamos maquillarla también.

Valeria me había comentado en algunas ocasiones esa idea, pero estoy convencida de que Ana, su novia, prefería mantenerse al margen.

No era muy extrovertida cuando tiene una cámara al frente, a diferencia de toos en nuestra familia, quienes amábamos mostrarnos bajo los lentes o las cámaras.

Mi mano tomó una paleta de maquillaje para ojos. —De acuerdo —dije al ver a Valeria—. Creo que podía usar unos tonos adecuados para el verano. Algo sencillo, nada que llame la atención. Tal vez sería el maquillaje que te gustaría usar para presentarte por primera vez ante tus suegros. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo. Si llego con mi cara muy maquillada, las señoras que van a la iglesia podrían asustarse. Podrían cagarse los pantalones y empezar a dar vueltas en círculos —me dijo

con asombro.

Me ruboricé. —Valeria, cuida tus palabras —le dije—. Tal vez deberé editar el video esta noche.

Relajó sus hombros y abrió ampliamente sus ojos verdes. Era el único rasgo físico que compartíamos en cuanto al parecido. —Me parece que una chica joven como tú debería preocuparse menos que yo, que soy una pastora.

—Soy una persona muy calmada....

—Claro que no —me dijo—. Seguramente no vas a acostarte con un hombre antes de que te....

—Sí, deberé editar el video —dije. Apagué la cámara y volteé mi cuerpo para ver a Valeria. Le mostré una actitud desafiante.

Crucé mis brazos y fruncí mi ceño. Me senté y recliné mi cuerpo. Como mi cuerpo era relleno y mis manos pequeñas, cuando era niña mis padres comentaban siempre que parecía un panqueque con manos. Y que solo había que pintarle un ceño fruncido a un panqueque para que fuese idéntico a mí.

—Disculpa —clamó Valeria. —Antonieta, no intento parecer una piedra en el zapato, pero honestamente...

—¿'Honestamente'? —repetí con molestia.

Mostró una expresión desafiante con su cara esbelta, que lamentablemente aún no había podido maquillar, lo que me parecía una lástima. —Honestamente, ya sabes de lo que hablo —dijo.

Lo habíamos hablado muchas veces. Había sido una constante, incluso antes de que Valeria se recibiera como pastora. Sabía perfectamente de lo que hablaba, pero esperaba poder evitar esa charla. Ella aún estaba en el seminario y ya había sacado el tema a relucir. Tal vez tendría dieciséis años en ese momento y Valeria ya tenía veinticuatro. En ese momento creí que intentaba molestarme porque sabía que era una inmadura, pero yo ya había cumplido veintitrés. ¿Estaría diciéndome esas cosas en serio?, me pregunté.

Parecía que sabía lo que pensaba. Si bien habíamos nacido con ocho años de diferencia, podía saber exactamente lo que pasaba por mi mente, como si fuese mi hermana gemela. Además, mi rostro me delataba. —Sí, lo digo en serio —me dijo—. Quieres regir tu vida con esas normas anticuadas que ya no valen la pena.

Solté un suspiro y recordé mis pensamientos. —Lo valen para mí —dije.

—Hermana, me parece bien que vivas bajo los principios cristianos, pero no está bien que te sientas oprimida por ellos. Tú me entiendes. Algunas de esas enseñanzas... no están actualizadas.

Sin decir nada más, su cara me informó el punto al que quería llevarme. Ella no podía predicar en una congregación católica porque era homosexual. Ella transmitía un mensaje intenso y solidario, pero era inútil. Ninguna iglesia del país se lo permitía. Aunque vivíamos en una ciudad más liberal, y estaba a unos cien kilómetros millas de La Sonata, incluso allí, hacía solo unos años, ella no hubiera podido empezar a ejercer su labor.

—Conoces mi postura sobre la posición que ha asumido la Iglesia en cuanto a las parejas homosexuales. Estoy convencida de que se equivocan —le recordé, con tono firme.

—Ambas estamos muy claras con ese asunto —me aseguró. —Y si creemos que es una postura equivocada, ¿no crees que tal vez se equivocaron también en otros asuntos? Me refiero al tema de tener sexo antes de contraer matrimonio, entre otras cosas.

Me senté y luego recliné mi cuerpo. Intenté evitar que me viera, levantando mi mano, aunque la mantuve lejos de mis mejillas para no manchar mi cara, recientemente maquillada.

Valeria insistió. —Antonieta, por favor, préstame atención. No has tenido relaciones. Y creo que te has impedido a ti misma disfrutar de la vida. Ya tienes veintitrés años. Creo que debes ser feliz porque te lo mereces. Eres una gran persona y deberías recibir más cariño y amor.

—Pero he hecho todo lo que he querido.

—¿Y Antonio? —me preguntó—. ¿Y Néstor? ¿Y Eugenio? ¿Y...?

—Sí, sí —le contesté, interrumpiéndola. —Ya lo has dejado claro.

—Aunque querías tener relaciones sexuales con algunos de ellos, o quizás con todos, terminaste rápidamente todas las relaciones sentimentales que tuviste. Lo hiciste porque creías que estabas mal.

—Sé que si mi pareja me ama puede esperar —le dije, recordando mis aprendizajes de la iglesia. Estaba convencida de que era cierto.

Estaba tensa. Tomó aire y levantó su cara. —Antonieta, lo que dices no está bien. Si alguien te ama, no puede dejar de sentir ganas de profundizar su amor a través de una relación física. Convencerte de que debes esperar hasta los veinticinco....

—Veintiséis —la interrumpí.

—Sí, como sea, el que sea que consideres que es el momento perfecto para casarte. Lo cierto es que es injusto forzar a alguien que te espere y tenga que abstenerse en vez de que ambos disfruten esa agradable relación que quieren tener.

—No puedes saber si siento eso. —Vi los aparatos de iluminación que aún estaban en la mesa, para no ver a Valeria.

—Claro que sí. Lo sé muy bien porque soy tu hermana mayor. Puedo hablar con el sujeto que está encima de nosotros. Él me ha dicho que debes tomar todo con calma, que debes relajarte —dijo, apuntando hacia el cielo

—Hermana, no tengo tiempo para eso. No puedo involucrarme con un hombre —le dije en tono quejoso—. No tengo tiempo para estar con una persona tan madura y agradable como para pensar en llegar a ese... punto. Debo subir al menos tres videos de maquillaje a internet semanalmente, así como actualizar mis redes sociales, mantenerme en contacto con potenciales clientes y estar pendiente de nuevos contratos. Y el tiempo que me queda lo uso para los servicios comunitarios.

—He hecho trabajo comunitario toda mi vida. Creo que haces bastante y puedes dedicar tiempo para ti también —dijo. Sonrió y bajó sus brazos.

Me sentía dichosa de poder disfrutar de todo lo que tenía y poder ayudar a los demás, pero sentía que siempre me hacía falta tiempo para hacer más y ayudar a más gente. —Tal vez pudiera dedicar más tiempo, pero al trabajo comunitario —dije, mientras esa sensación de culpa volvía a mi pecho.

Con solo veintitrés años había más de cuatro millones de suscriptores a mis redes sociales, que estaban pendientes de cada video que subía sobre cómo verse bien sin tanto maquillaje. Hablaba en cada uno de mis videos sobre cómo maquillarse usando productos que fuesen respetuosos con el medio ambiente y los animales. Me encantaba hacerlo. Todos mis productos eran naturales o artesanales, y un porcentaje de lo que ganaba lo destinaba a organizaciones sin fines de lucro que apoyaban la conservación de la naturaleza o a los refugios estatales para animales abandonados o en situación de calle. Así subía mi autoconfianza y ayudaba a mis suscriptores.

Me parecía que ayudaba a la gente y a los animales. Me sentía útil, pero no dejaba de preguntarme si estaba satisfecha.

—Sé que en algún momento llegará algún buen sujeto —dije en voz baja—. Sé que hay muchos en el mundo y alguno me hará feliz. —Me sentía obligada por el mundo a tener a una pareja para sentirme 'completa'.

Valeria sonrió ante mi aseveración. —Honestamente, no conozco las técnicas que se usan ahora para conocer chicos, pero entiendo que ahora es más complicado penetrarse con alguien. Además, no creo que puedas conocer a un hombre si estás todo el día frente a una computadora y en la noche haces tu trabajo comunitario —dijo, mientras su sonrisa se apagaba.

Recordé la fecha que me había puesto como límite. Me costó respirar. Sentí que mi pecho se oprimía con esos calendarios sobre ella. Sabía que me quedaban tres años para encontrar una persona adecuada y unir mi vida a la suya. En ese momento podría plantearle mi deseo de tener hijos. Esperaba ser la madre de por lo menos tres niños. Una vez que los tuviera, aún seríamos jóvenes. Ambos tendríamos el vigor necesario para criar a nuestros pequeños, además de trabajar. Y también esperaba continuar con mis videos semanales, aun cuando me casara con un hombre adinerado. Poder ayudar a otras personas a través de internet me agradaba bastante.

Valeria entendió que no me gustaba hablar de ese asunto. Me vio fijamente. —Muy bien, hermanita —me dijo con prisa. —Comprendo tu reacción. Disculpa que te haya recordado este tema.

—Sabes que me pone nerviosa.

—Lo sé. Pero lo hago porque soy tu hermana y me interesa tu bienestar.

Levanté mis hombros y contuve el aliento. Cuando lo expulsé, me sentí un poco mejor. —Lo sé. Entiendo que lo haces porque quieres ayudarme —respondí, forzando una sonrisa.

Ella sonrió ligeramente. —Exacto —me dijo. Ahora creo que deberíamos finalizar ese video que comenzamos—. Pude ver su expresión de alegría.

No le importaban mis quejas. Apreté mis manos con alegría. Estaba feliz de contar con su ayuda.

Afortunadamente ella me ayudaba, porque si no lo hubiera hecho, me hubiera visto obligada a usar todo el tiempo del video para explicar cómo usar el producto, su historia y responder todas las preguntas que pudieran tener mis suscriptores, sin poder llevarlo a la práctica. En ese momento recordé que debía subir un video antes de tomar un avión a Las Garzas el día siguiente.

Busqué una base opaca para aplicarla. Debía usar productos más intensos para la cara de Valeria, porque su rostro estaba más blanco que la nieve. —De acuerdo —dije—. Veamos si esto te queda bien. Necesito que estires tu brazo.

Ella extendió su brazo. Quedó a mi lado y pude comprobar la semejanza de tonos. —Vaya, tienes un ojo atinado —me dijo con tono de alegría y admiración. Había elegido el tono adecuado, como siempre.

Avancé para acercarme a la cámara y encenderla. —Lo sé. Te agradezco el cumplido —le dije.

—Quiero decirte algo antes de que enciendas la cámara, para que no quede grabado —dijo.

Empecé a sentirme nerviosa. Incluso mis manos comenzaron a temblar. Dejé mis dedos temblorosos sobre la cámara. Tragué grueso y le pedí a Dios que me ayudara a soportar lo que ella iba a decirme, porque sabía que quizás no me gustaría.

—Quiero que te cuides. No quiero que lo hagas por mí, sino por ti. Te amo y espero que entiendas que eres la persona más importante en mi vida —me dijo en tono suplicante.

Al escucharla empecé a llorar. Ya me había sucedido en muchas ocasiones. Era como una nube derramando una fuerte lluvia. Intenté controlar mi llanto, pero me costó. ¿Cómo hacen esas chicas

de la televisión para frenar sus lágrimas?, me pregunté. Las admiro.

Yo también amaba a mi hermana mayor. Por ella haría cualquier cosa, incluso ir a la luna y regresar, sacar todo mi dinero del banco y dárselo si hiciera falta, tomar un cuchillo para asesinar a un hombre si le hacía daño... ¡Por favor, Dios, saca esos pensamientos de mi mente!, pensé. —Hermana... por supuesto que lo haré —le dije, con mi voz quebrada por el llanto, cuando pude reaccionar.

—Comencemos entonces —me dijo—. Estás radiante con ese maquillaje que te aplicaste. No debes estropearlo por mí. No soy tan importante. —Estaba sonriente.

La encendí. —Claro que lo eres, Valeria.

Limpié mis mejillas, tomé aire, me puse mi camiseta y encendí las luces sobre mi cara.

—Este es un nuevo video de Los maquillajes de Antonieta —dije para presentarme—. De acuerdo, comencemos. Quiero contarles que hoy maquillaré a ‘Copo de nieve’ con mis tonos claros predilectos.

Valeria me mostró esa sonrisa cálida y amorosa. Ese gesto de orgullo, de amor y generosidad. Mi pecho se inflamó de alegría. *Tal vez debía obedecerle*, pensé. Tal vez debería comenzar a ser más libre. Quizás había llegado el momento de comenzar a... vivir.

Capítulo 2: OMAR

Había una tenue iluminación en el lugar. Había plumas y encaje volando por los aires. Un rosa fuerte cubría el escenario. Y todo estaba frente a mí. Además, podía contemplar a una decena de mujeres bailando en lencería. Estaban ante mis ojos. Eran algunas de las chicas más atractivas del planeta. Podía deleitarme con su pelea de almohadas y sus cuerpos agitados con cada golpecito que se propinaban.

Pero estaba agotado.

—Paren —les dije con firmeza. Dejaron de jugar y me vieron fijamente. —Quiero que dejen de jugar y se muestren más sensuales, ¿de acuerdo?

No sabían qué hacer. Continuaban viéndome fijamente, esperando mis indicaciones. Lucían extraviadas. —Quiero decir, no quiero que continúen con esto —les dije, tomando mi cámara como si fuese una almohada que usaba para golpear la cabeza a una chica que no existía. —Quiero que hagan más de esto —dije mientras tomaba la cámara y la ponía sobre mis tetas, que tampoco existían.

Una de las chicas mordió su labio inferior y mostró el mismo cansancio que yo sentía.

Sabía que todos los hombres estarían felices de ocupar mi lugar, pero eso no era precisamente lo que sentía yo. Apenas era un fotógrafo y trataba de orientarlas para que hicieran un buen trabajo. No intentaba conquistarlas para acostarme con alguna de ella. Además, tenía un historial largo con ellas de todos modos, pues me había acostado con todas las rubias, y también con todas las chicas altas, por lo que no sentía ninguna presión para tener relaciones con alguna otra. Al verme de nuevo, todas las chicas suspiraron.

Debía ser mi sesión de fotos número... seiscientos, sí, seiscientos, un número redondo que me gustaba, para Atrevidas, la marca mundial de lencería número uno en el planeta. Marca que se había consolidado por su calidad, sus impresionantes desfiles anuales para mostrar sus nuevos modelos y por convertir en estrellas a las chicas que modelaban para ellos. Había trabajado con ellos hacía tres años. Me contrataron de forma exclusiva a partir de entonces. Los jefes aseguraban que yo lograba que las chicas dieran 'lo mejor de sí mismas'. Supongo que era un eufemismo para decir que yo las calentaba, que era la intención al contratarlas. —De acuerdo. Mejor continúen con la pelea —les pedí. Sonrieron y empezaron a golpearse con las almohadas nuevamente.

La alegría se acabó con mi sesión número veintitrés. Me había gustado mucho inicialmente. Me encantaba la moda, la elegancia, la pasarela, las fiestas con estrellas famosas, las fotos en la playa, con las chicas rodeadas de yates. Pero luego entendí que trabajar exclusivamente con Atrevidas me impedía tener momentos libres para tomar otras fotografías más artísticas o algo que me satisficiera más que las fotos de chicas en ropa interior. Sin embargo, estaba el tema del dinero, que era bueno y permanente. No se podía comparar con el resto de los empleos en el mundo de la fotografía. Entendí que debía considerarme afortunado. No tenía punto de comparación con la época de pobreza y restricciones de mi infancia.

—¿Está bien así? —soltó con fuerza una de las chicas. No hizo falta levantar mi cara para saber de quién se trataba. Su voz sonando como un chirrido y sus preguntas constantes. Se trataba

de Daniela. Por supuesto que era ella. Qué cagada.

Alcé mis ojos y al observar con calma, me percaté de que Daniela se había acostada sobre el sofá más grande. Movía su pecho para que yo la viera. Tomé aire mientras parpadeaba.

—Es una linda pose —dije en voz baja.

Habíamos tenido sexo el año anterior. Eso solo había sucedido una vez, pero ella no podía olvidarlo. Fui lo más amable y claro que pude desde el principio. Le había explicado que solamente quería tener una noche de mucho sexo, lujuria y orgasmos. Aceptó mis condiciones. Afirmó que era lo mismo que ella ansiaba. Al levantarnos al día siguiente, me preguntó si quería volver a verla. El sexo no había sido tan bueno y yo no tampoco me sentía bien con ella. Me negué gentilmente. Le dije que eso no sería lo mejor después de lo que habíamos dicho al principio. Pero después de eso, no dejó de estar encima de mí. No quería estar conmigo para empezar una relación. Solo me buscaba porque le molestaba ser rechazada.

Sabía que podía oírme. Saqué esas sensaciones de rabia y decepción de mi cabeza y mi mente para responderle. Cuando se movió más, abrí mi boca. —Estás exagerando.

—¿Y así? —Bajó su cuerpo y sus bragas se deslizaron por sus muslos. Sus pliegues saltaban casi por completo a la vista.

Las otras chicas no pudieron ver todo lo que yo veía. Me pareció lo mejor que podía pasar. Estaba un poco apenado, pues le había repetido constantemente mi negativa a Daniela, pero ella se negaba a escuchar o se hacía la desentendida. Sentí que yo era una pared, un objeto que no podía hablar ni transmitir emociones. Era como si yo fuese... invisible.

Y eso raramente me ocurría.

Debía parar tras unas largas horas de labores. Inmediatamente se apagó el sonido de la música movida. —Creo que tomaremos un receso para comer —dije mientras aplaudía. Algunos de los asistentes de las modelos buscaban sus ensaladas y sus sodas. Ellas, en tanto, envolvían sus cuerpos en toallas rojas, en cuyas partes traseras se podían leer sus nombres.

Puse mi cámara en la mesa. Caminé hacia lo que llamaba mi oficina. Con mi experiencia en la fotografía de modelaje, sabía que en el estudio solo habría comida para modelos. Se llamaba así a las porciones de comida tan pequeñas y desprovistas de aderezos que incluso un roedor se negaría a comerla. Por esa razón siempre llevaba mi pizza y mi gaseosa. Las comía fuera del estudio de fotografía, para que ellas no me vieran ni se sintieran desanimadas.

Me sentí como un inexperto. Tal vez debí haber pensado que Daniela intentaría acercarse a mí de algún modo. Se había abalanzado sobre mí como un animal en celo, con una sonrisa perversa y su toalla semiabierta, con ganas de provocarme. Puso un dedo sobre mi cabello, pero yo retrocedí. Se quedó en silencio y retiró su dedo de mi cráneo.

Levantó su anillo y vi que dentro escondía algo. Era una especie de compartimento secreto. —Por Dios, qué sensible eres —dijo mientras fruncía su ceño.

—Eso no es cierto. Es solo que no me gusta que me toques.

Lo puso en sus fosas nasales e inhaló. Estaba drogándose con cocaína—. ¿No quieres que ninguna mujer te toque? —me preguntó en voz baja al bajar su mano.

—Por supuesto que me gusta que me toquen las mujeres. Pero tú no. Mejor lárgate —le solté. La aparté con suavidad y me fui a mi camerino con prisa.

—Supongo que un hombre como tú es demasiado para una chica como yo —dijo entre risas.

Pues así es, pensé.

Ella insistía para que nos acostáramos, pero debía ser honesto con ella, y ansiaba que se percatara de lo que quería. Recordé cuántas veces le había aclarado que era un tipo sano, que no

me drogaba con ninguna de esas sustancias, cosa que suelo decir a la mayoría de las chicas, pues si bien el modelaje parecía un mundo frívolo, y muchas veces lo era, no siempre era así. Mi esfuerzo era inútil. Yo seguía siendo una pared. Y cada vez que le recordaba que yo no quería drogarme, se drogaba frente a mí y me ofrecía unos gramos.

Qué vida de mierda, pensé con molestias. Odio a estas modelos y odio a la estúpida de Daniela. Pude escuchar los pasos que daba con sus pies descalzos y giré, pero no para encontrarme con su mirada sino para cruzar hacia mi camerino.

Sí, podía decir algunas groserías, pero mi cerebro grotesco no se comparaba. Ese órgano era capaz de imaginar las frases más escandalosas posibles.

Una vez que Daniela había quedado atrás, alcancé mi camerino. Entré y cerré la puerta después de pasar.

Tomé el control remoto de mi aparato de sonido y lo encendí. Oí los primeros acordes de mi canción favorita de rock. Me despojé de mi chaqueta de cuero. La puse en el sofá. Recordé que lo había comprado en una tienda de productos de segunda mano. Aunque el glamour fuese una característica de la industria, para mí seguía siendo importante ahorrar dinero. —Libertad. Al fin —exclamé suavemente.

Aunque apenas tenía veintisiete años, el cansancio ya empezaba a derrotarme. ¿Habré empezado a parecer un tipo anticuado?, me pregunté al ver mi cuerpo en el espejo. ¿Estaré viejo ya?, me pregunté. Había dejado crecer mis cabellos hasta debajo de mis hombros. Había dejado aretes en mis orejas y una perforación en una de mis cejas que se iluminaba bajo las luces de la noche. Me pregunté si ya era *muy* viejo para una mujer sexy como Daniela. Una sonora respuesta afirmativa se oyó en mi cerebro.

Teóricamente la fotografía era lo que más gustaba y lo que quería hacer el resto de mi vida. Me agradaba y me daba dinero. Pero no quería limitarme a hacer lo que estaba haciendo. Quería más. Otra cosa que no fuese ver todo el tiempo a las mismas chicas con lencería casi igual todo el tiempo y luciendo esos artículos en las mismas poses. Atrevidas solía mantener su estilo para la ropa íntima que lanzaba, y las modelos que trabajaban para ellos también eran las mismas casi todo el tiempo. Quizás no estaba viejo, pero sí sentía que la madurez estaba empezando a llegarme. Era el momento de buscar las cosas que más me apasionaban, luchar por ellas y quedarme en ese lugar, o quedarme para siempre en el mismo sitio, derrotado por el aburrimiento y la rutina.

Puse los pies en mi escritorio. Abrí una lata de gaseosa e iba a tomarla, pero escuché que alguien tocó mi puerta.

—¿Se puede?

—Claro que sí, Rosa —contesté—. No tienes que preguntarlo.

Apenas abrió mi puerta. A través de esa pequeñísima rendija pude ver la cara de mi asistente. —No lo creo —dijo.

Exhalé profundamente, me incorporé y caminé para abrir la puerta. Vi a Rosa. Tenía un atuendo reservado, como de costumbre. Una chaqueta y una falda holgada.

Sonreí. —¿Ahora tienes que entrar con todo este protocolo? —le dije.

Ella sonrió. —Omar, son normas elementales de cortesía. Tal vez puedas aprender algunas.

—Ahora comprendo. Pasa, por favor —dije mientras giraba y caminaba para sentarme nuevamente. Ella pasó y luego cerró la puerta.

La conocí por un amigo que me la había recomendado. Desde ese momento no nos hemos separado. Había trabajado para mí como asistente desde hacía mucho tiempo, incluso antes de mi

llegada a Atrevidas. Es quizás, mi chica predilecta. Con solo sesenta y tres años recién cumplidos, no parecería que tuviera esa edad. Ese día lucía un traje verde, una falda negra y un broche de una abeja con un panal. Es la figura materna que he necesitado, ya ha cumplido ese rol a cabalidad. Enrolla su cabello con unos rulos. Usa el mismo maquillaje que tenía desde que era una adolescente, y se aparece en la oficina con uno de sus trajes de falda y chaqueta que la hacen ver como una dama del siglo pasado, con un aire de elegancia que se ensalza con los broches que nunca deja de poner sobre su pecho.

Subí mis botas de nuevo a la mesa. —Luces hermosa, como de costumbre —le afirmé firmemente—. Cuéntame, jovencita, ¿cómo lo logras? ¿Qué secreto tienes?

Rió sonoramente después de escucharme. —Ya no soy una jovencita. Y el único secreto de belleza que tengo es que la belleza y la moda me importan un carajo.

Rosa había sido asistente en el mundo de la moda desde que era una adolescente. Había trabajado con diseñadores, modelos, estilistas, directores de fábricas de artículos de ropa, y por supuesto, fotógrafos, como yo, pero no le atraía nada que tuviera que ver con modas pasajeras ni costumbres extravagantes. Había expresado ese precepto con mucha insistencia. Quizás eso la mantenía atada a la tierra, a pesar de estar en un mundo con tanta banalidad y maquillaje.

No le gustaba estar en el estudio, aunque lo hacía en numerosas ocasiones porque era parte de su labor, de acuerdo a lo que ella misma decía. Debí emplearme a fondo durante casi un año para persuadirla de que podría estar bien aunque ella no estuviera. Tras mi insistencia, aceptó y empezó a usar parte de su tiempo para relajarse en la sala de descanso. Pero eso no la alegraba mucho. —¿Qué tal va la sesión? —me preguntó.

—Vamos bien.

—No luces muy convencido —dijo. Frunció su ceño levemente y me vio con inquietud.

Recordé que siempre descubría lo que me pasaba. —En realidad... —dije, intentando encontrar las palabras adecuadas—, se trata de Daniela. Es ella la que está perturbando la sesión. —Tomé aire.

Rosa se preparó para lanzar una de sus frases típicas, cargadas de impropiedades. Recordé que no era tan vieja como parecía—. ¿Y ahora qué hizo esa puta?

A ella no le gustaba Daniela para nada. La detestaba casi al mismo nivel que yo lo hacía. Sonreí alegremente. —Una vez más... quiso que inhalara cocaína.

—Qué cagada —dijo suavemente mientras asentía.

Estaba de acuerdo con Rosa. Aunque no quería contarle a nadie, porque no quería mostrar una imagen de debilidad o buscar una compasión que no necesitaba, en ocasiones me costaba que la gente entendiera mi rechazo tan contundente a cualquiera de esas sustancias. Ella sí lo comprendía, porque había sido uno de los pocos seres humanos en el planeta que había conocido a mi mamá. Había sido testigo de su larga e intensa lucha contra la adicción, por lo que entendía que era duro para mí estar cerca de esos estupefacientes.

—Puedo patear su culo si me lo pides —dijo, con tanta facilidad que parecía estar hablando de comprar un dulce para un niño.

Sonreí y me levanté. —No es necesario... por ahora. Tal vez más adelante te lo pida. —La abracé fuertemente

Sonrió con calidez y alegría. Solo ella entendía que era un tipo común y corriente. Tal vez se había convertido en la única persona que había logrado ver mi verdadera personalidad bajo mi capa de protección de tipo duro y rebelde.

—Lo haré cuando me lo pidas.

Le extendí mi mano para ayudarla. —Agradezco tu oferta una vez más. Ahora, por favor, siéntate —le pedí.

—No necesito sentarme. Te lo agradezco de todos modos.

Abrí mis ojos ampliamente. —Rosa, sé que tienes dolores en todo tu cuerpo —dije, a modo de chiste—. Toma asiento, por favor.

Se sentó, aunque se notaba que no quería hacerlo. Sacó su gran celular. Lo usaba para reservar todas mis sesiones.

—De acuerdo —dijo—. Mañana a primera hora programé la sesión de fotos con Carol....

—Rosa —le dije, interrumpiendo. Me callé cuando recordé que no le gustaba que la interrumpiera—. Lo lamento. Esta monotonía está matándome. Me gustaría que hables con Atrevidas e intentes convencerlos de hacer algo un poco... diferente en esta ocasión.

—Omar, deberás disculparme —me dijo—. Ya lo hice. Suelo hacerlo antes de organizar tu agenda, como me pides todo el tiempo. Les planteé hacer algo más arriesgado, pero se negaron, como también hacen todo el tiempo. —Ella era consciente de mis emociones. Entendía lo que le planteaba, pero no podía ayudarme.

Era un comienzo. Me alegró saber que por lo menos trataba de convencerlos.

Me sentí agradecido por sus intentos, aunque por dentro estaba bastante molesto. Me parecía que no podía tomar riesgos, no podía ampliar mi panorama laboral ni demostrar mi talento. Me pregunté por qué no había renunciado ya a esa empresa.

Pero no tenía las respuestas a esa pregunta.

Capítulo 3: ANTONIETA

El avión en el que volaba aterrizó. Me sentí tremendamente pequeña en una ciudad enorme. Me costaba entender esa sensación, porque me consideraba una mujer espigada y atractiva. No me conformaba con la sencillez del campo. Además, siempre me había gustado hacer cosas grandes.

Por esa razón había llegado a la gran ciudad. Entendí que en Las Garzas era... nadie. Había dejado atrás todo lo que había vivido hasta ese momento. En mi ciudad natal solo empezaron a respetarme cuando me hice conocida en internet. Me convertí en una celebridad en las redes sociales, pero eso no me bastaría en este lugar. Algunos millones de suscriptores no serían suficientes aquí. Todos tendrían muchos más que yo. Si bien era mi primera vez en un lugar con tanta gente como este, me dije que debía dejarme llevar por las novedades y no criticar a nadie. Si lo hacía, sería una mala cristiana.

Programé la cámara de mi celular en el modo de autoenfoco. Me había aplicado una leve capa y algo de agua durante el viaje para que mi cutis no se resecara. Quería comprobar que estaba bien. Sin embargo, debía hacer algunos retoques. Me pregunté si no sería asqueroso maquillar mi cara en un taxi. Tal vez no sería muy aseado. Estaba impactada.

Dejé de pensar rápidamente en ello, porque AutoEstima había enviado a un chofer para que me recogiera. Él me esperaba en la entrada de la terminal. Movía un gran letrero que tenía mi nombre.

AutoEstima era una compañía con presencia en diversos sectores. Su negocio principal era la moda. Hasta donde pude leer, comenzaron con una pequeña tienda que vendía exclusivamente ropa, hacía casi un siglo, en una zona en las afueras de Los Ecos. Ahora eran los dueños de una compañía editorial que publicaba revistas en formato físico y digital y un programa de entrevistas en la principal cadena de televisión de la ciudad. Además, eran socios de otras empresas que producen calzados, gorras, entre otras cosas. Tenían tantos negocios que no lograba recordarlos. Eran una de las principales compañías del mundo. No habían parado de crecer.

Y me habían contactado para trabajar. ¡Increíble!

Uno de los gerentes de AutoEstima me había llamado hacía unos días. Me contó que habían visto mis videos y querían que yo escribiera una columna para la revista *AutoEstima-Chicas*. *AutoEstima-Chicas* era una de sus adiciones más recientes. Era un derivado de la revista *AutoEstima*, la publicación con la que se dieron a conocer en el mercado. Estaba enfocada en las tendencias de los adolescentes en cuanto a su ropa, así como sus gustos en cuanto a aparatos tecnológicos y entretenimiento, y también sus personalidades favoritas en internet. Ellos me pidieron que viajara para que escribiera un artículo para la revista en el que contara cómo las chicas pueden usar maquillaje orgánico y respetuoso de los animales, sin que eso implicara quedar en bancarota. Aunque no habían terminado de hablar, acepté la propuesta de inmediato.

El solo hecho de que me hicieran esa propuesta me alegró. Me hizo evocar mi infancia, cuando leía *AutoEstima* de principio y fin y me imaginaba encontrarme en el futuro como alguna chica similar a mí en esas glamorosas publicaciones. En una edición aniversario explicaron que habían decidido llamar así a su empresa y a la publicación, con e mayúscula, para diferenciarse de la competencia y mostrar el estilo irreverente que los caracterizaba.

Me sentí contenta porque querían que participara en un programa de entrevistas que estaban a punto de lanzar. Tendría que entenderlo sobre la marcha, porque aún no sabía qué debía hacer. De todos modos, quería asumir esa nueva oportunidad. Podía empezar en la televisión y mostrarle a una gran audiencia lo que hacía.

El chofer encendió el auto negro con vidrios polarizados y asientos de cuero. Inició el recorrido de prisa. Puse mis manos sobre mi regazo y me dije a mí misma que era una chica muy dichosa. Sonreí. Me encontré por primera vez en mi vida con el panorama lleno de edificios de Las Garzas.

Pasó casi una hora antes de que llegáramos, pero creí que solamente habían transcurrido unos segundos. Mi chofer llegó a la avenida La Quintana. Me aseguró que dejaría mi equipaje en mi hotel. No pude decir nada porque se marchó antes de que pudiera hacerlo. De todos modos, no le di importancia al asunto. Era una chica del campo y creía que todo el mundo era bueno. Estaba segura de que un hombre que se llevaba mi equipaje lo hacía solamente para ayudarme con el peso y que yo pudiera caminar con más libertad. Pensé que quizás debía ser más desconfiada. — Cuando te des cuenta de que no todas las personas son buenas — me había asegurado Valeria hacía unos días—. será tarde.

Sin embargo, no creía que alguien pudiera hacer algo para perjudicarme. Mi presente era maravilloso. Me pareció que el metal y los vidrios frente a mí eran infinitos. Vi el edificio, que casi rozaba las nubes. Al frente del rascacielos, en inmensas letras metálicas, podía leer 'AutoEstima'.

Finalmente estaba ahí. Y mi propia autoestima crecía y crecía.

Tomé mi bolso de mano, pasé al rascacielos y sonreí. Hablé con los agentes de seguridad para contarles por qué estaba ahí y adónde iría. Me explicaron cómo llegar a la oficina. En unos segundos estaba llegando a la sede de *AutoEstima-Chicas*. Había gente de todos los colores y tamaños. Vi un desfile de periodistas, fotógrafos y maquilladores. Vi mi atuendo y me sentí desubicada. Era una especie de alienígena recién llegado de otro planeta.

Había una chica con su cabello pintado de azul y unos lentes amarillos. Su escritorio era totalmente blanco. — Señorita, quisiera preguntarle algo — le dije—. ¿Cuál es la oficina de Gabriela Torres?

Levantó su mirada y me vio fijamente. — Supongo que hablas de la responsable editorial.

Asentí.

— Imagino que hizo una cita, porque la señora Torres no recibe a personas que no hayan concertado su visita previamente. Debe entender que esto no es una peluquería. — Luego suspiró y me vio de pies a cabeza.

— Me llamo Antonieta... Antonieta Salas.

Se levantó de inmediato. Su actitud dio un giro radical. Abrió ampliamente sus ojos y noté el intenso tono de sus cejas rojas, que combinaban con su cabello.

Levantó sus brazos ansiosamente y escuché el ruido de sus pulseras chocando unas con otras. — Vaya, señorita Salas — dijo nerviosamente—. Disculpe. Creo que cometí un error. Aguardábamos tu llegada. Por favor, acompáñame.

Me invitó a caminar detrás de ella. Sus piernas eran del doble de mis brazos. Caminé rápidamente, intentando emular su velocidad. Caminamos, giramos, volvimos a girar. Pude ver las portadas ampliadas de las primeras ediciones de *AutoEstima-Chicas* decorando los muros. En todas había esbeltas jóvenes con sonrisas radiantes y caras perfectas. Y ninguna gorda.

Cuando dejó de caminar, noté que llegábamos a una serie de puertas tan numerosa que no pude

contarlas. La chica tocó tres veces. ¿Sería una especie de código?, me pregunté. El sonido fue tan rítmico y preciso que me llamó la atención.

—Señora Torres, estoy acompañada de la señorita Salas. Acaba de llegar —dijo en voz alta. Sabía que su voz podía escucharse en cualquier lugar.

—Dígale que pase —indicó escuetamente la voz.

Abrió la puerta. Le expresé mi gratitud, pero ya había girado y sus inmensas piernas la guiaban a la salida.

Era una oficina enorme. Había cortes de leopardo en las alfombras, pequeñas esculturas de dragones y piezas de vidrio en los centros de las mesas. El enfoque era minimalista, aunque había algunos detalles llamativos de oro en cada rincón, nada comparado con los tonos y extravagancias de las oficinas precedentes.

Vi a la señora Torres al fondo del lugar. Sonrió ligeramente. Su cabello estaba recogido con un turbante de varios colores y tonos. Pasó con sus ojos por su cuerpo y su leve sonrisa se apagó lentamente. Entendí que era Gabriela Torres, la gerente editorial de *AutoEstima-Chicas*. Una mujer conocida en todo el planeta.

—Entonces tú eres... Antonieta —me dijo, deslizado cada palabra con suavidad.

—Así es.

Prosiguió con sus palabras: —El primer bosquejo que nos diste para el programa nos gustó, lo reconozco. Podrás trabajar esta tarde con uno de nuestros modistas para organizar el diseño final de la pieza y las sesiones fotográficas que habrá. Hasta que llegue ese momento, estarás en nuestro estudio del piso seis para que grabes tu programa de entrevistas. —Sus ojos vieron detenidamente los míos. Se encontró con la firmeza de mi expresión.

Escuché atentamente y asentí. Ya sabía que todo eso sucedería, pero ¿por qué era ella, una de las mujeres más conocidas y poderosas del planeta, quien tenía que explicarme esos detalles?, me pregunté.

—Si tienes alguna duda, será mejor que me la digas ahora —me indicó, pero su voz autoritaria me señalaba que no debía hacerlo.

—Por ahora no tengo dudas, señora.

—De acuerdo. —Supongo que tienes otras cosas que puedas usar —dijo, al fijarse de nuevo en mi atuendo.

Vi la ropa que lucía. Era mi mejor ropa. Un vestido de flores y cinturón que solía usar para ir los domingos a la iglesia. Se parecía a mí por su sencillez y la pureza que transmitía. Era obvio que sabía de maquillaje, pero no tenía nada claro cómo vestirme adecuadamente para este tipo de ocasiones.

—Realmente... no —le dije, con mis mejillas ruborizadas. —Apenas me bajé del avión hace un rato.

—En ese caso, sube al piso veinte. Diles que te den un vestido para el programa. Tal vez tengan alguno elegante que sea de tu talla. —Escuché el chasquido de sus dedos.

Guao. —Alguno elegante. —Me dijo que debía usar algo elegante, porque mi ropa no le gustaba. Estaba feliz con mi atuendo y mi cuerpo, pero aparentemente no parecía estar usando nada elegante, aunque yo estaba convencida de que sí lo hacía.

Ya estaba concentrada de nuevo en la pantalla de su computadora, que estaba en el centro de su gigantesca mesa. —Puedes irte —dijo, dibujando un círculo con su mano llena de anillos de oro.

En mi mente se mantenía mi molestia por su claro rechazo. Había tardado solo segundos para

entrar y segundos para salir.

Podía ser una de las mujeres más poderosas del mundo, pero ni ella ni nadie lograrían hacerme sentir inferior por ninguna razón.

No obstante, acaté su orden, tomé el ascensor y marqué el número veinte. Dejé de pensar en esa sensación y me concentré en la labor que debía ejecutar. Llegué al almacén de vestuario. Unas ayudantes muy amables me dieron algunos artículos para elegir, pero no eran muchos. Tal vez les habían informado que yo llegaría en cualquier momento.

Movía su mano alegremente. —Sé que no es mucha ropa. Te pido disculpas —dijo una de las chicas. —De todos modos, cualquier cosa que elijas te hará ver estupenda.

Me sentí animada por su cumplido. —Agradezco tus palabras, preciosa. —Sonreí.

Asintió y giró. Empezó a caminar con prisa. Supuse que estaban demoradas en algunas de las miles de cosas que debían hacer. Caminé de vuelta al ascensor y marqué el número seis para llegar a ese piso. Comprobé la hora y me percaté de que restaba treinta minutos para empezar a grabar. Rayos. Aunque era mi primer día, ya tenía el tiempo en mi contra.

Una de las asistentes me invitó a acompañarla a un probador. Supuse que me había reconocido tras haber visto mi hoja de vida. Me dijo que volvería a buscarme cuando se acercara el momento de iniciar la filmación. Le agradecí su ayuda. Cerré la puerta y quedé sola.

Ví los artículos en mis brazos. No los había visto con detalle. Los levanté para mirarlos. Era una ropa insulsa y no expresaba nada de nada. Había un vestido, una bata deforme y unos shorts bastante cortos.

Bajé y me topé con un vestido rojo. Me pareció que había encontrado un atuendo adecuado para una cena en un restaurante de lujo o para conocer a alguna celebridad. Tenía tiras delgadas y unos accesorios dorados.

Me sentí feliz de poder encontrarlo. Era el indicado para la ocasión. Supuse que la chica del almacén lo había elegido al ver mi cuerpo.

—Una vez más, gracias —dije en voz baja, aunque no podía oírme.

Hice unos retoques apresurados en mi cara. Esperaba estar preparada antes de subir mi vestido para no estropearlo con alguna mancha. Culminé con mi cara y vi el espacio. Me quité la ropa. Claramente nadie podía verme allí, pero debía observar antes de quitarme mi vestido, por si acaso.

Recordé que usaba ropa interior de lencería. Era blanca y sutil. Creía que era perfecta para un lugar como ese. Decidí que solamente lo utilizaría en ese momento. Era un sostén de copa, con un escote pronunciado, y unas bragas también blancas que presionaban ligeramente mis caderas. Mis curvas resaltaban estupendamente.

Ví mi cuerpo en el espejo. Me sentí atractiva. Sabía que la vanidad era un pecado, pero en ese momento no me importó. Sentí que mi cara era un himno al verano. Me encantaba la combinación de ese blanco inmaculado con mi piel bronceada por el sol de mi ciudad, la intensidad de mis ojos y el tono durazno de mi cara. Además, mi cuerpo era relleno, y me encantaba.

Escuché el sonido de la puerta abriéndose lentamente.

Busqué mi vestido, un pantalón, algo que sirviera para tapar mi piel. Ya no podría hacerlo. Dejé escapar un alarido. Un sujeto estaba en el vestidor. Su cara frenó mis movimientos. Era un hombre bastante alto y corpulento. Tenía sus brazos muy formados. Una perforación adornaba su oreja. Su cabello era largo y caía sobre sus mejillas. Su expresión era muy intensa.

El sujeto emanaba virilidad y sensualidad. Por poco me hace pecar con mis pensamientos. Ardía de lo atractivo que estaba.

Al verme sonrió. Vi su mirada lujuriosa recorrer mi piel. Parecía que quería acabar con su hambre tomando mi cuerpo.

Capítulo 4: OMAR

La asistente me había indicado por dónde debía caminar. Me había dicho que llegara a la segunda puerta a la derecha. Supuestamente ese sería mi camerino. No entendí por qué debía entrar en uno, porque ya estaba preparado, pero pensé que estar ahí me serviría para relajarme unos minutos antes de empezar con mis tareas.

Entré para acostarme un rato en el sofá y reposar tranquilamente hasta el momento de empezar, pero ya había una chica en el lugar. Tal vez la asistente se había equivocado por no ver sus apuntes.

Demonios. La chica del camerino estaba realmente buena.

Mis ojos habían quedado estupefactos. La belleza de su cuerpo me impactó tanto que quedé en shock.

Era tan atractiva que no sabía cuál era su mayor atributo.

Su rostro. Era maravilloso. Su cabello era dorado y rizado. Era el cabello típico de una chica rural, y se notaba que era totalmente natural. Me pareció que cualquier modelo de Atrevidas daría un montón de dinero por tener un cabello como ese, porque nunca habrían logrado alcanzar esa perfección en su cabellera. Evidentemente evitaba usar productos como fijadores o tintes, que podían deteriorarlo. Sus ojos eran de un verde intenso como un bosque de pinos, y sus mejillas estaban llenas de un tono rojo natural. Sus labios eran voluminosos y de un rojo apasionado como la sangre. Una mezcla de un intenso invierno con un verano prolongado. Y sus pestañas parecían infinitas. Era la imagen de la perfección.

Ni hablar de su cuerpo. Su exuberante cuerpo.

Me pareció que su cuerpo lucía estupendo con esa lencería blanca que apenas cubría sus partes más privadas. Era lo mejor que había visto en toda mi vida. Ciertamente, había observado todo tipo de ropa interior y lencería por cuestiones de trabajo, pero me sorprendía lo bien que se veía esa combinación sobre su piel. Estaban sus senos, empapados de un intenso rosa, al igual que su cutis, que en cualquier momento saltarían por ese sostén sugestivo, y su vagina, cubierta ligeramente por esas bragas que halaban ferozmente, con ganas de dejar su piel desnuda. Vi sus brazos y piernas, muy rellenas. También vi su vientre y sus caderas, pronunciadas y juguetonas. Y sus manos pequeñas, al igual que sus diminutos pies, completaban el panorama de perfección que se aparecía ante mis ojos.

Era fenomenalmente atractiva. Era tan hermosa que ninguna de las mujeres que había visto tenía ni siquiera a la mitad de su belleza.

—¿Puedo saber quién rayos eres? —gritó. Su tono revelaba que estaba acostumbrada a decir palabras suaves y edulcoradas. Quizás tampoco está acostumbrada a gritar, pensé.

—Me llamo....

No pude volver a refrescar mis ojos con su piel. Tomó una toalla que tenía cerca y cubrió parte de su pecho. Mierda. Imprequé esa toalla un millón de veces. Aunque solamente había podido saborear su cuerpo unos segundos con mis ojos, deseaba verlo una y otra vez, y hacer otras cosas más. Muchas cosas más, en realidad.

—Te llamas intruso, porque es lo que acabas de hacer, entrar sin avisar —dijo mientras

buscaba algo que cubriera todo su cuerpo.

Me dirigí a un armario cercano, tomé una manta y se la arrojé, esperando que la tomara. Estaba muy incómoda por lo que había pasado.

Enrolló su cuerpo en la sábana. —Te lo agradezco —dijo en voz baja.

Yo no paraba de reír. —¿Cuál es el chiste? —preguntó con rabia.

—Estás tan molesta que pudiste haberme matado, pero de todos modos me das las gracias por la manta.

Estaba ferozmente ruborizada. El rojo de sus mejillas combinaba con el rojo de la manta. La puso en una mesa que estaba cerca. —Sí, porque una señorita nunca debe perder la compostura, aunque esté molesta.

Esperaba que olvidara lo que había pasado y pudiéramos conversar normalmente. Aunque quería saber más de ella, como su nombre, su teléfono o que me dijera qué hacía allí, sabía que sería muy difícil.

—¿Por qué no te has ido? —me preguntó. Levantó sus ojos ampliamente. —Aún no estoy vestida. Ningún hombre debería verme en estas condiciones. ¡Será mejor que te vayas!

—Pero....

—¡Vete! —me pidió una vez más con su voz quejosa, como si en vez de una orden fuese una súplica.

Tras mi experiencia como fotógrafo de modelos había olvidado que algunas chicas preferían no mostrar su cuerpo de ese modo. Entonces asentí. Ella gruñó con molestia. Realmente había pasado más tiempo allí del que debía. Volteé y caminé para salir del lugar. Cerré la puerta detrás de mí y muchas dudas llegaron a mi mente. Demonios. Había sobrepasado mis límites.

Nunca la había visto. Quería saber quién era esa chica.

No habría otro modo de que un ser humano fuese tan perfecto. Sus ricas curvas, su mágica boca. Me pregunté cómo podía pensar en esas cosas. Sacudí mis pensamientos y me obligué a pensar en algo menos sensual. Tenía que evitar que el deseo que sentía que se aproximaba se apoderara de mí. Tal vez era un ángel caído del cielo, pero no debía pensar en ella.

Caminé con prisa hacia el escenario. No lograba recordar cuándo había sido la última vez que una chica me había hecho sentir de ese modo. Pensaba que ya no había forma de que una chica me atormentara así, pero después de ese fugaz encuentro sentí que ya no era el dueño de mis sentidos.

Estaba detrás del telón. Fui tan rápido para salir de ese camerino y llegar que lo hice tras solo unos segundos. Ya estaba acercándome. Me pareció excelente hacer algo pronto. De esa manera, podría concentrarme en mi trabajo.

Vi a uno de los productores. Tenía lentes y unos grandes auriculares. —Subirás en cinco minutos —me dijo sigilosamente.

—Gracias por informarme —le dije.

Por motivos contractuales debía aparecer en el programa con cierta frecuencia. Aparecía allí como portavoz de Atrevidas. Esa era una de esas ocasiones. Aunque los fotógrafos no solemos mostrar nuestro rostro para representar a las compañías para las que trabajamos, porque realizamos nuestra labor detrás de las cámaras, yo no era como la mayoría de ellos.

Debía llegar, sentarme en ese sofá, girar mi cabeza para ondear mi cabello, guiñar un ojo a la cámara. Listo. Sería suficiente para ganar cien mil pesos. Pero tal vez no estaba en mi mejor momento para aparecer en la televisión. Estaba distraído. Pensé que el resto de los invitados o la audiencia tendrían que tolerarme, porque mis palabras no eran precisamente de interés mundial. Quizás no sería el mejor invitado en ese momento.

El presentador del programa finalizaba una sección en la que un invitado olía varias frutas y las clasificaba. ¿Qué clase de mierda era esa?, me pregunté, pero no lo sabía. Supuse que al ser un programa de entrevistas, intentaban variar para divertir a la audiencia y salirse un poco del molde.

Tras la clasificación de todas las frutas para saber cuál olía mejor, otra de las productoras tocó mi espalda para llevarme al escenario.

—En un minuto dirá tu nombre —me dijo—. Cuando lo haga, camina para llegar al centro del estudio.

—Sí. Ya he venido varias veces.

Asintió y salió del lugar con prisa. Imaginé que tenía otros asuntos pendientes. Unos segundos después, el presentador comenzó a anunciar mi presencia. —Hoy nos acompaña Omar Márquez, fotógrafo conocido en todo el planeta por su excelente labor para Atrevidas. Es el encargado de las estupendas sesiones que hemos visto de esa marca en los últimos años. Pero tengan cuidado, señoritas. Si se descuidan, les romperá el corazón.

La audiencia empezó a reír. El anfitrión se levantó para invitarme a entrar.

Ví el gesto. Caminé por el sendero de líneas azules que me conducían al escenario. Los enormes focos iluminaban mi rostro. Había chicas en las gradas pronunciando mi nombre y aplaudiendo a rabiar. Esa alegría durante mi bienvenida siempre me había gustado. Caminaba como si estuviera sobre las nubes. Y la chica con la que me había topado en el camerino no salía de mi mente ni un segundo.

Caminé para sentarme en el sofá al lado de la mesa del presentador. Saludé a la audiencia levantando mi mano y guiñé un ojo mientras sonreía.

—Hola, Omar, Cuéntanos cómo va el trabajo maravilloso que haces.

—Va excelente. Gracias por preguntar —respondí. Encogí mis hombros.

Noté su inquietud. —Supongo que estás haciendo algo interesante para Atrevidas, como siempre.

Exhalé con toda la fuerza de mis pulmones—. De hecho, no lo creo. —Recliné mi cuerpo.

Obviamente no era la respuesta que esperaba. Frunció su ceño levemente. Entonces trató de guiar nuevamente la conversación al punto al cual quería llegar. —Supongo que estás feliz, porque estás mucho tiempo cerca de las modelos hermosas de Atrevidas.

—Sí, lo estoy —pero poco a poco se va perdiendo el interés —le dije con tono aburrido.

Escuché algunos abucheos de las chicas en las gradas, si bien no entendía sus motivos. Entonces el anfitrión del programa movió su cara levemente para observar a uno de los productores. Entendí que no quería continuar con la entrevista.

—Tal vez tengas alguna anécdota reciente que quieras contarle a nuestra audiencia —me dijo, casi suplicante.

Tomé aire. —Bueno... Anoche casi no dormí. Me comí una hamburguesa grande con queso extra y luego vi varios episodios de mi serie favorita. Tal vez eso será una anécdota interesante. No paraba de eructar.

Vio mis ojos sin parpadear. Su mirada era amenazante. Esperaba que saliera de allí cuanto antes. Pero no me pidió salir. Decidió ignorarme por un rato y se dirigió al público. Quizás su productor le había pedido que continuara el programa como si nada hubiera pasado. —Quisiera presentar en ese momento a nuestra segunda invitada...

Me sentí relajado. Cerré mis ojos. Tal vez alguien podría hacer lo que yo no había hecho. No me sentía bien como para mostrarme como un tipo cautivador. No podía, porque la chica atractiva seguramente aún estaba en ese camerino. Y solo quería conocerla. No quería pensar en entrevistas

ni boberías como esa.

—Todos la conocen por su presencia en redes sociales. La admiramos porque usa y promueve los productos naturales para maquillaje y colabora con organizaciones de caridad. Viene a contarnos cuáles son sus productos favoritos y qué planes para la columna que escribirá en la revista *AutoEstima-Chicas*. ¡Quiero que recibamos a Antonieta Salas!

Decidí ver hacia los lados. Supuse que era otra chica artificial de los medios. Debía quedarme quince interminables minutos para escucharla hablar de maquillaje, botox y cualquier otra estupidez que las chicas estuvieran usando en ese momento porque se había puesto de moda. Escuché los gritos y aplausos de la audiencia.

—¿Qué tal? —escuché.

El tono me resultó conocido. Al hacerlo, mis fosas nasales captaron un aroma. Era un olor a avellana. Pero no era un olor artificial ni saturado de químicos. Parecía que había dejado una mezcla de avellana con otros productos naturales en alguna parte de su rostro. El aroma era agradable y llenaba el escenario. Giré mi cara.

Dejé que mi nariz guiara mis ojos.

Entonces la vi. Sonreía ante la gente y saludaba efusivamente. Era la chica que había visto en el camerino. Y tenía un vestido rojo.

Capítulo 5: ANTONIETA

¡Cielos! ¿Era el tipo del camerino?, me pregunté

Me sobresalté al verlo. Me fijé en el público, pensando que debía estar equivocada. Al verlo por segunda vez, me di cuenta de que efectivamente era el sujeto que había entrado en el camerino y había visto mi piel casi desnuda, algo que ni siquiera mis novios habían hecho.

Tal vez debí haber prestado más atención cuando estuvimos en el camerino. Quizás de ese modo pude haber notado que era otro invitado. No me había detenido a pensar que si otra persona entraba en un camerino tal vez era porque también se presentaría en el programa. Tal vez estaba tan asustada o dispuesta a hacer cualquier cosa si él daba un paso más que no podía pensar con claridad. O quizás estaba nerviosa porque me presentaría por primera vez en un programa de televisión. *Reacciona, Antonieta*, me pedí. No podía pensar en otra cosa que no fuese él. No sabía qué pasaba con mi mente.

Él era la única persona en mi cerebro, increíblemente.

Él, en tanto, sonreía sin parar. Y sus cejas se levantaban de modo sugestivo.

—Por favor, siéntate —me pidió el presentador—. Nuestro invitado, Omar Márquez, abrirá un espacio para que te sientes. ¿No es así, Omar?

El sujeto asintió. —Claro. Lo haré con gusto. —Movié su cuerpo y me invitó a sentarme, palmeando levemente el espacio libre a su lado. Me fijé en su chaqueta de cuero.

—No suelo comer personas, cariño —aseguró mientras sonreía animadamente.

Entonces recordé que era una estupenda ocasión para mostrar mi trabajo. El hecho de que ese sujeto estuviera allí y lograra ponerme ansiosa no debía impedirme hacer lo que había ido a hacer. De todas maneras, tampoco sabía qué decir ni qué hacer.

Caminé por el escenario y me senté al lado del tipo. Ciertamente había dejado un gran espacio libre para que yo tomara asiento, aunque el sofá estaba diseñado para una pareja. Podía sentir levemente sus piernas. Y si hubiera movido su brazo podía haber tocado mi espalda o mis hombros en un segundo. Exhalé intensamente.

—Es un placer verte nuevamente —dijo suavemente cuando me senté. —Por cierto, lindo vestido. —Hablaba en un tono tan bajo que seguramente no se escuchaba por nuestros micrófonos.

Tomé aire de nuevo mientras veía fijamente al presentador. No quería encontrarme con los profundos ojos negros del sujeto. —Oye, Antonieta —dijo nuestro anfitrión para presentarnos—. Él es Omar. Omar, te presento a Antonieta. —Entonces lo supe. Se llamaba Omar.

—De hecho, ya lo conocí —dije con sarcasmo.

Omar sonrió al bajar su cabeza. —Supongo que fue mientras se preparaban para entrar al escenario —preguntó el presentador con cortesía. Iba a responder, pero Omar se adelantó. —Puede decirse que así fue.

Cada palabra que pronunciaba me hacía sentir que mi cuerpo se oprimía por mi vestido. Su voz sonaba como una estridencia en mi alma. Sentía que me costaba respirar.

—Es bueno saberlo —aseguró el presentador. —Antonieta, Omar es el encargado de las fotografías de *Atrevidas*. Conversaba con él sobre su trabajo.

Vi a Omar. —¿Entonces trabajas para *Atrevidas*? —No pude evitar reír.

Asintió y sonrió cálidamente. Vi su mano llena de anillos acariciando el sofá. —Sí, hace varios años.

—Debí suponerlo —dije en voz baja.

El presentador sospechó que la tensión subía. —¿A qué te refieres, Antonieta? —Inclinó su pecho.

Había sido indiscreta. Valeria me había asegurado que había una parte temperamental de mí que no solía mostrarse. Sin embargo, cuando aparecía... todo el mundo debía alejarse.

—Me refiero a que... es obvio que le gusta fotografiar a chicas semidesnudas todo el tiempo. Solo míralo.

La audiencia soltó unas carcajadas. —¿Qué quieres decir? —me preguntó mientras batía su cabellera. Omar estaba concentrado en mí.

—Quiero decir que luces como un imbécil. Un idiota —le dije, apuntando su ropa con mis dedos. Me pareció que no podía ser tan ingenuo, aunque lo parecía. Aunque intentaba ser cortés, él había logrado sacar esa parte de mí que no se andaba por las ramas. Un lado un tanto cruel.

Las chicas de la audiencia cubrieron sus bocas con sus manos. Omar vio su ropa y se inclinó para quedar más cerca de mi cuerpo.

—Te dejas llevar por la ropa y las apariencias. Te equivocas —respondió con firmeza.

—En realidad las apariencias dicen mucho de las personas. Digamos que un fotógrafo ve a las mujeres como objetos y en cada sesión que lleva a cabo las pone en poses muy atrevidas. En este caso, el fotógrafo eres tú. Con tu trabajo haces que la audiencia se haga una idea equivocada de lo que somos realmente las mujeres.

El presentador juntó sus manos. Estaba emocionado, porque seguramente esa discusión subiría sus índices de audiencia. Escuché los murmullos del público.

—Omar —dijo—. ¿te gustaría decir algo...?

—Claro que sí —respondió, sin permitirle al anfitrión terminar su frase—. Creo que al afirmar eso, estás humillando a todas esas chicas que trabajan duramente todos los días. Le damos poder a las mujeres, no las convertimos en objetos. —Me veía fijamente.

Sentí su aroma a mar. Experimenté una extraña sensación después de oírlo. Aunque le había echado en cara que su labor no me gustaba, aparentemente le gustaba darme sus argumentos y discutir conmigo.

No quería terminar nuestra conversación de ese modo. —Me gustaría saber cuándo fotografiaste a una chica común y corriente —le dije—. Me gustaría que nos contaras cuándo fue la última vez que tomaste algunas fotografías y luego no les hiciste ningún retoque en tu computadora.

—Eso no importa....

—Claro que sí —le reclamé—. Tu trabajo fomenta la inseguridad de las chicas. Al sentirse de ese modo, se ven obligadas a comprar la ropa que publicitas.

La mirada de Omar estaba encendida. A pesar de eso, me negué a parar. Mostré mis curvas voluminosas. Estaba feliz por tenerlas, aunque sabía que no había visto imágenes de chicas como yo en las campañas publicitarias de tiendas como Atrevidas. —¿Puedes contarnos si en algún momento fotografiaste a una chica como yo? —dije mientras veía mi cuerpo y lo señalaba con mis manos.

—Me encantaría fotografiar a una chica como tú —me aseguró en tono susurrante. —Solo dime la hora y el lugar y ahí estaré, Antonieta.

—¿Me pides que muestre mi cuerpo en ropa de Atrevidas para convencer a las personas de

que tu trabajo me da poder? Te lo agradezco, pero no lo haré. —Me negué, pero me había encantado su convicción.

Negó con su cabeza. —Puedes ponerte la ropa que te parezca mejor. Lo que sea. Ropa interior, pantalones. Para mí será un honor y un gusto. Especialmente un gusto.

Mordió su labio inferior y mis piernas se tambalearon. Vi sus ojos sin parpadear ni una vez. Tragué grueso al ver que tomaba uno de sus mechones y lo llevaba detrás de su oreja. Esperaba domarlo como si fuese un animal salvaje, pero no lo logré. Al contrario. Era él quien parecía estar a punto de domarme. Y en ese instante me convencí de que mis bragas empezaban a humedecerse, aunque no podía tocarlas. Si mi madre llegaba a enterarse de que me emocionaba estar en televisión, y un tipo había mojado mi ropa interior por su actitud y sus palabras... seguramente le daría un infarto.

—Es una discusión interesante, pero llegamos al fin del programa —dijo el presentador—. Creo que a ustedes les encantaron nuestros invitados de hoy tanto como a mí, ¿no es así? —preguntó mientras nos apuntaba—. Un aplauso para ellos. —Nuestros argumentos quedaban a mitad de camino.

Escuché los atronadores aplausos de la gente. Luego un productor dijo a viva voz: —¡Vamos a un corte comercial!

Nuestro presentador se levantó velozmente. —¡Guao! ¡Me encantó la pasión con la que defendieron sus argumentos! —Disculpen, debo ir al baño. —Vi que las cámaras giraban y enfocaban a la audiencia.

Entonces Omar y yo nos quedamos a solas. Sentía que estaba sola con él, aunque millones de personas nos veían. Quería demostrarle que no caería en sus jueguitos de frases de ida y vuelta. Me incorporé con prisa. Guiñó su ojo y sentí que iba a caer y mi vientre se convertía en una tormenta, aunque mi molestia era más poderosa.

Comencé a caminar. Tomé la dirección contraria a la que había tomado nuestro presentador.

Las botas grandes de Omar sonaban tras mis pasos. —¡Un momento, por favor! —soltó con voz fuerte.

Unos segundos después estaba tras bastidores. No podía escuchar las instrucciones que los productores aún daban al público. Ellos ya no podían verme. Omar se acercaba.

Intenté continuar mi camino, pero un mar de cables estaba en el piso y debía caminar con calma para no caer. —Por favor, detente —me pidió.

—Entonces tú eres Antonieta. —Caminé sobre los cables para no tropezar. Estaba convencida de que no hablaría con él.

Mi mirada permanecía sobre los cables. —Parece que oyes muy bien —le dije en voz baja.

—Antonieta, quisiera....

Su expresión de gentileza me sorprendió. Alcé mis ojos para ver los suyos. —Omar, creo que no deberías ser tan... —dije, pero me detuve. No quería sonar como una grosera.

Mostró una ligera sonrisa. Estaba expectante por lo que diría. —¿Tan qué? —me preguntó.

—¿Tan pendejo? —dije para completar mi frase. Luego puse una mano en mis labios. —¿Ves? Eres tan estúpido que me hiciste decir esa palabra. Dije una grosería. No lo hago nunca.

Bajó su cuerpo. Vi que había tomado mi tobillo derecho con su mano. Mi pierna se llenó de calor.

—Oye, ¿qué se supone que...?

Noté que mi zapato se había incrustado entre algunas ruedas de metal, a pesar del esfuerzo que había hecho para que eso no sucediera. Omar sacaba cuidadosamente mi tacón de ese enjambre.

Movió todo su cuerpo con fuerza y vi que casi me doblaba en tamaño. —Calma —me dijo.

—Entonces nunca dices malas palabras —dijo—. Supongo que no importa qué edad tengas para empezar a hacerlo. Eso te relaja, ¿sabes? —Su cara estaba llena de malicia.

Asco, pensé. Tenía ganas de gritar. Me sentía frustrada por esa actitud. Era un tipo prepotente y creído. Entendí que debía salir de allí y mantenerlo a cierta distancia. Y debía hacerlo con rapidez.

—Debo regresar a mi hotel —le respondí, cambiando el tema.

—No voy a seguirte. Te lo garantizo —dijo, agitando sus brazos—. Espero que tengas dulces sueños. Ojalá esté en uno de ellos, Antonieta.

—Sí, *sueña* con eso —le dije antes de salir caminando con prisa.

Mi chofer había honrado su promesa. Cuando volví a mi habitación en unos treinta minutos, mi equipaje estaba allí. Por lo menos había tenido suerte en algo. Sin embargo, aunque luchaba por mantenerme lejos de Omar, él parecía seguir mis pasos. Su presencia en mi mente era poderosa. Veía su poderoso pecho, su cabello suelto sobre sus hombros, su sonrisa malévola, su mirada sedienta. ¿Será que aún puedo sentir su aroma?, me pregunté. Era como una muestra de la lujuria que sentía. Y yo no podía frenar ese deseo.

Debes pensar en otra cosa, me dije con fuerza.

Distraerme. Eso era lo que necesitaba. Encendí mi computadora portátil y me concentré en mis labores. Revisé mis redes sociales, subí un video sobre el programa de televisión en el que aparecí, respondí algunos correos electrónicos y continué mi investigación. Aunque intenté buscar material para la columna que escribiría para la revista, sentí que mi cerebro estaba tan desordenado que no podía hacerlo.

Unos minutos después la luna se posaba en el cielo. Encendí el televisor y me acosté en la cama. Decidí ordenar comida para que la llevaran a mi habitación. Aunque no había sido un buen día para empezar mi vida en Las Garzas, me pareció necesario descansar y que mi cuerpo se relajara. Me hacía falta después de haberme sentido perseguida por Omar.

A primera hora de la mañana, mi celular sonó. Era uno de los jefes de AutoEstima. Me pedía que fuese a la sede lo más pronto posible. Me pregunté si había hecho algo mal y no podía recordarlo.

Entonces me levanté rápidamente. Me puse unos vaqueros azules. Me maquillé de forma sencilla, a medio camino entre unas capas que usaría cualquier chica para cubrir su resaca y algún maquillaje que utilizaría una chica para ir a un almuerzo dominical con sus suegros. Decidí no usar el mismo vestido del día anterior, porque en Las Garzas el clima variaba mucho todos los días, en contraste con mi antigua ciudad, donde hacía calor todos los días del año.

Llegué al rascacielos en unos veinte minutos. Mi vientre estaba agitado por la llamada que había recibido. Me pregunté si se debía a mi participación en el programa. Tal vez había sido muy descortés con Omar. Me pareció que estaba claro que debí haber usado un lenguaje más respetuoso. *Volviste a cometer un error*, me dije con molestia. Pasé a toda prisa para llegar a la recepción y entrar a las oficinas.

Al llegar, uno de los asistentes notó mi presencia. Tomó mi mano con fuerza para llevarme por los pasillos del rascacielos. Estaba llevándome a la oficina de Gabriela Torres. Vaya. Supuse que sería una 'excelente' manera de empezar el día. La chispa del miedo se encendió en mi mente.

Pasé. La señora Torres estaba en el mismo lugar en el que la había visto la última vez que nos habíamos visto. Vi la molestia dibujada en su cara. Su majestuosa mesa cubría su cuerpo de la cintura para abajo.

—Antonieta —me dijo. Mi nombre sonó con rabia en sus labios.

—Señora Torres —dije, titubeante—. Le pido disculpas por...

—¿Por...? —me interrumpió.

Frené mis labios al oírla, pero continué. —Por... el programa.

—¿Qué dices? Nos gustó mucho —señaló, levantando la palma de su mano.

—¿Cómo dice? —le pregunté con asombro.

—Así es, Antonieta —dijo—. Nos gustó mucho, especialmente a mí. Esa conversación tan intensa, tan profunda... Fue un momento espectacular para la televisión. Me pareció que ustedes dos se la llevan muy bien. Nos dieron un contenido excelente.

Bueno, se lo agradezco, creo... —pude decir finalmente, aunque no sabía si ella hablaba con honestidad. Realmente no entendía nada.

Levantó su taza para tomar algo de té. La taza tenía los mismos motivos de la decoración de la oficina. —Nos gustaría que escribieras para nosotros. Permanentemente.

—Por Dio....

—No he dicho todo —dijo, interrumpiéndome con firmeza. —Quiero que seas nuestra columnista permanente para *AutoEstima*. No quiero que trabajes solo para *AutoEstima-Chicas*. También me gustaría que viajaras a Grecia para que hagas una filmación para nuestra revista *AutoEstima* y nuestra página de internet.

Abrí mi boca. Solo pude cerrarla tras varios segundos. Me costó mucho lograrlo.

—¿Para qué? —le pregunté con mi voz quebrada.

—Para que hagas un largometraje sobre productos naturales de esa parte del planeta. Muchos consumidores están viajando a esa zona porque se sienten atraídos por sus bellezas naturales y sus productos libres de químicos. Pero imagino que ya sabes todo eso.

—Así es....

—No me gusta que me interrumpan —me recordó. Olvidé por un momento la cortesía. —Harás la filmación. La columna que escribirás será como una prolongación de ese largometraje. ¿Qué te parece?

—Es maravilloso. —Hacía un esfuerzo para evitar que mi cara se llenara de llanto y estropeará el ligero maquillaje que me había aplicado antes de ir al edificio.

Era tan feliz que la dicha no cabía dentro de mí. Era la ilusión que siempre había tenido. De hecho, tenía claro que era la ilusión de muchas personas. Trabajar en una gran revista como *AutoEstima* y que su jefa principal, la señora Gabriela Torres, valorara tu trabajo y hubiera decidido ofrecer varias oportunidades simultáneamente. Básicamente, estaba diciéndome que tenía un lugar en su empresa y en la ciudad.

Entonces escuché que alguien tocaba la puerta. —Puede pasar.

Volteé con cautela. Mi movimiento fue doloroso, porque ya preveía a quién vería cuando girara.

Abrió la puerta. Era Omar. Tenía otra chaqueta de cuero. Al ver su rostro, noté cómo el fuego del deseo se encendía en cada una de sus facciones.

—Antonieta... es un gusto volver a verte —dijo suavemente.

No pude hablar. Me quedé abrumada. Afortunadamente Gabriela tomó la palabra. —Omar, pasa, por favor —le pidió. —Imagino que no has olvidado a Antonieta, la invitada del programa de entrevistas.

Pasó a la oficina. Sus pulgares tocaban la hebilla de su cinturón de cuero. Mordió ligeramente su labio inferior. —No podría olvidarla aunque quisiera —dijo.

Me pregunté qué rayos hacía en esa oficina.

Unos segundos después lo entendí todo: —Antonieta, Omar te acompañará a Grecia para trabajar contigo en la producción —me informó Gabriela.

—¿'La producción'? —pregunté. Hablaba con un tono desahogado.

—Sí, la de tu viaje —me dijo—. Buscarás los productos y los artículos de maquillaje. De esa forma sabrás todo lo que dirás y escribirás. Y él tomará las fotografías.

—Él es un empleado exclusivo de *Atrevidas* —le recordé. Mi voz revelaba mi molestia.

Omar estaba a cierta distancia de nosotras. Estaba a la izquierda de Gabriela y desde mi lugar pude ver de reojo que miraba mi trasero con tanta hambre que pensé que me devoraría allí mismo.

—Así es —me dijo Gabriela—. Pero *AutoEstima* y *Atrevidas* hemos decidido establecer una alianza para la siguiente edición de nuestra revista. Ya hemos hecho ese tipo de colaboraciones antes. Él toma las fotos de las modelos de *Atrevidas*. Han sido nuestros socios hace muchos años. Para esas sesiones usa maquillaje y lencería que luego salen en nuestras páginas. ¿No sabías eso? Imagino que sí.

Sí, lo sabía... a duras penas. *AutoEstima* había trabajado con *Atrevidas* en muchas ocasiones. Ere un vínculo que se había estrechado durante la década pasada.

—La revista *AutoEstima* hará una sesión con chicas conocidas en todo el planeta. *Atrevidas*, por su parte, mejorará su imagen por los productos que empezará a usar, Antonieta. Esta alianza traerá beneficios mutuos —me indicó.

Era lógico. Pero me molestaba sobremanera. No me parecía justo para las mujeres. No me gustaba la idea de trabajar con una empresa que nos cosificaba solo para que quedara bien ante el mundo.

—Entonces viajarán a Grecia juntos —nos dijo Gabriela. —Vimos que tuvieron una charla tan agradable en el programa que decidimos que viajaran juntos para lograr un buen resultado. — Obviamente no era consciente de que mis latidos eran frenéticos y mi cerebro estaba a punto de estallar.

¿'Tan agradable'? Parecía una expresión muy diplomática. La realidad es que fue un desastre.

—Estupendo —dijo Omar. Estaba claro que se sentía muy satisfecho por la decisión de la compañía.

Decidí expresar mi malestar. —Señora Torres, quisiera decirle de todos modos que...

Levantó sus ojos y sentí que me atravesaban como puñales. —¿Que no quiere ir a Grecia? ¿Es eso lo que quieres decirme? Quiero dejarte claro algo, Antonieta. Si rechazas este viaje no volverás a trabajar para nosotros. ¿De acuerdo? —preguntó, con una dosis de altanería.

Era el fin de mis quejas. La posibilidad de que dijera esa frase había pasado por mi mente. Estaba obligada a estar unos días frente al Mediterráneo con un sujeto que ya me había hecho enojar. Tal vez no habría otra alternativa. Me molestaba que ese idiota estuviera feliz de viajar conmigo. Cada una de las palabras que habíamos escuchado lo había hecho sentir muy feliz. Aunque no lo había planeado, todo había salido a pedir de boca para él. En mi cerebro le lancé varias imprecaciones al tipo.

Me dije a mí misma que no me permitiría ceder por la tentación de sus labios ni su pecho robusto. Debía buscar el valor para controlarme. No caería en las redes de su seducción. Me pareció que no sería difícil después de todo. A fin de cuentas, yo ya había rechazado a muchos hombres, y mi especialidad eran los tipos atractivos como él. Podría hacerlo una vez más.

—De acuerdo —dije tras una pausa—. Solo quiero que me diga qué día saldremos de aquí.

Capítulo 6: OMAR

Gabriela nos pidió salir de su oficina con su habitual crudeza. Antonieta salió como si tuviera ganas de ir al baño. Sentí que dejaba una estela de fuego con los pasos raudos que daba.

Me quedé perplejo por la velocidad de sus movimientos. Se movía con más agilidad que cualquier chica de su tamaño, edad y peso. Una vez que la alcancé, ya iba a mitad del camino.

—Podrás correr, pero siempre te atraparé, cariño —le aseguré—. Tarde o temprano voy a encontrarte. Ya lo he hecho y seguiré haciéndolo.

Estaba agitada. Vi su cabello caer sobre su espalda. Negó con su cabeza. Era como una chica del campo que se adaptaba a la ciudad. Parecía salida de un cuento de hadas. Una princesa moderna que tenía millones de seguidores en las redes sociales. Sonreí al ver su cuerpo.

Volteó rápidamente para verme.

—Es obvio que puedo correr y correr. Parece que no me has visto bien —me lanzó con molestia.

Quizás las princesas de los cuentos de hadas eran descritas como las mejores chicas del mundo. Ella, sin embargo, era mucho más real y atractiva que cualquiera de esos personajes. Tal vez mis pensamientos sobre ella no habían sido del todo acertados.

Caminé con lentitud para acercarme a ella. Al cabo de unos largos pasos ya estábamos frente a frente, separados solo por centímetros. Aunque esa era la corta distancia que nos separaba, el ambiente estaba tan cargado de tensión sexual que sentí que nuestros cuerpos estaban ya rozándose. Pero tal vez estaba equivocado. Quizás sí había tensión, pero por su molestia. Imaginé que quería tomarme por las bolas y apretarlas hasta dejarme sin aire.

—Oye, debemos viajar. Estaremos en ese lugar por unos días. Como eso es inevitable, te daré una recomendación estrictamente profesional. Debes replantearte el modo en el que estás tratándome. Si no lo haces, te verás obligada a dormir en una carpa —Intentaba hablar con seriedad, aunque quería reírme.

La furia se incrementaba en su rostro. Imaginé que nunca se había sentido tan molesta. Que no sabía cómo proceder para controlar esa molestia tan grande que ardía en su pecho. Supuse que intentaba transmitirme esa sensación. Pero la forma en la que se veían sus labios separados y sus ojos estremecía mi piel. Sentí que esa expresión de tensión era... preciosa.

Tal vez lo que realmente había sucedido era que había actuado precipitadamente para hablar con ella. No obstante, antes de que descubriera qué sucedía, ella dio un paso hacia mí. Iba a golpearme, pero sus tacones se atascaron en el tapiz. Era valiente. Aparentemente estaba decidida. Admiré esa virtud, al igual que otros de sus atributos... personales, no físicos. Personales.

Solo unos cuantos centímetros nos separaban. Noté el rojo intenso de sus mejillas. Estábamos cada vez más cerca. Eso aumentaba la intensidad de su mirada. Cada vez se hacía más poderosa y colorida.

—No iremos a pasar unos días libres —me lanzó—. Iremos solo por trabajo.

—Así es —le dije mientras levantaba mis cejas. —Pero podríamos usar parte de nuestro tiempo para relajarnos. —Le guiñé un ojo.

—Puedo hacerlo. Parece que no estás al tanto de que ahora soy conocida y respetada en todo

el planeta porque trabajé durante mucho tiempo, día y noche, exclusivamente para broncearme en una playa mientras uso un bikini pequeñísimo. Mis seguidores no hacen eso. Yo tampoco lo hago. No es mi plan. Creo que tú arruinarás eso. Quieres llevar todo al borde de lo... atrevido. —Dijo la última palabra mientras cerraba sus ojos. Parecía que estaba segura de que era una grosería. Su mandíbula se tensó. Sus pómulos vibraron.

—No creo que ser atrevido esté mal. Estoy seguro de eso —le comenté mientras sonreía sin pensar.

—Lo sé, pero somos distintos. No soy del tipo de mujer ‘atrevida’ —respondió. Luego abrió sus ojos de par en par y puso sus manos sobre su cintura. Parecía una señora mayor bastante molesta.

—Todos lo somos. Y lo somos porque es parte de nuestra naturaleza. Todos en el planeta tenemos relaciones. El atrevimiento, la seducción, el sexo. Todo eso produce dinero para las empresas, como Atrevidas. Nos atrevemos porque nos encanta hacer siempre cosas nuevas, descaradas.

—Suenan como palabras muy soberbias —me dijo—. Me dices eso con mucha seguridad, como si todos pensáramos o actuáramos igual que tú.

—Tal vez estoy diciendo la verdad, o tal vez estoy equivocado. No puedes asegurar ninguna de las dos cosas. Probablemente una chica como tú ha pasado mucho tiempo aguardando al hombre correcto. Quizás esa persona ya llegó, pero por tu mezquindad y tu actitud tan terca no quieres aceptarlo —aseguré, abriendo mis ojos ampliamente.

—Veo que no sabes lo que es el respeto —me espetó—. Definitivamente eres un vulgar... un vulgar imbécil. —Los gruñidos salían de su boca uno tras otro, con rapidez.

—Di lo que quieras —le respondí—. Pero deberás trabajar conmigo en esas atrevidas y sexys sesiones fotográficas. La verdad es que estamos atrapados. El respeto y la gentileza no te servirán de mucho.

—Claro que sí. Me servirán, como le sirvieron a nuestro máximo Redentor, el hijo de Dios.

Resoplé y encogí mis hombros. —Perfecto, pero ese no es mi plan. De hecho, estaba pensando que, en lugar de morir crucificado, podría pasar unos días en una linda y acogedora cabaña al sur de este estado al volver. ¿Y tú?

Noté que el cansancio estaba abrumándola. Cruzó sus brazos y me vio fijamente.

—Te diré algo. No perderé mi tiempo contigo. Sé muy bien con quién discutir y con quién no debo hacerlo. Sé que eres uno de esos sujetos que nunca cambiará ni mejorará. Quieres comportarte como un patán y un irreverente. Quieres parecer rudo, pero te sugiero que no des por sentado que tienes el mundo a tus pies.

Me peiné con mis dedos, simulando que sus palabras me parecían agradables. —¿‘Patán’? ¿‘Irreverente’? Guao. Agradezco tus cumplidos —dije.

Ella suspiró. Se notaba su frustración. Era habitual que las chicas se cansaran por mis bromas. O que se quitaran la ropa al escuchar mi voz. Generalmente optaban por la segunda opción. Era como si fuese un efecto que causaba en ellas.

Voltéó para alejarse de mí. —Solo te pido que no tengas expectativas conmigo —dijo antes de salir.

—¿Expectativas? —le pregunté como si no entendiera su frase, aunque ya tenía claro que tenía muchas flotando en mis pensamientos. Tenía muchas expectativas sobre lo que podía hacer con su boca, su culo, sus piernas... Me encantaban esas imágenes mentales.

—Expectativas sobre mí. Soy una chica casta —me aseguró. Me pregunté cómo una chica tan

casta podía desatar dentro de mi mente los pensamientos más impuros y el deseo más feroz. Noté el titubeo de su voz y cómo sus mejillas y luego su cuello se llenaban del intenso rojo de la vergüenza.

—Antonieta —le dije—. Te prometo que seré el mejor profesional que haya trabajado contigo. Aunque tenga pensamientos intensos sobre ti, te juro que no te los diré para que no te sientas incómoda. —Intenté hablar pausada y seriamente para disminuir su ansiedad.

Recorrió mi cuerpo con su mirada. Creí que estaba mostrando una faceta que precisamente se esforzaba por ocultar. Estaba revelando su apetito sexual, sus ganas de mordirme y besarme. Esperaba levantar un poco más ese velo que escondía ese aspecto de su personalidad. Solo un poco...

—Supongo que esa es una promesa —dijo impulsivamente. Supuse que había dicho esa frase sin pensarlo mucho.

'Supongo que esa es una promesa', pensé, pero no sabía qué representaba esa oración para ella. No sabía si en su mundo las personas honraban sus compromisos. Ciertamente yo cumplía mis promesas, pero no sabía si en su ambiente era igual. Desde que era solo un niño había entendido que mucha gente prometía algunas cosas y luego no las cumplía. Comprendí que si alguien hace una promesa espera cumplir con su palabra, aunque en algunos casos no lo logren, y en otros solo lo hagan para burlarse de las personas ingenuas que creen en sus juramentos.

Me pregunté en cuántas oportunidades Antonieta había resultado herida por su actitud confiada e inocente. Sentía envidia de una chica como ella. Y esperaba que nadie le hiciera daño a partir de ahora.

—Así es. Te lo prometo —le contesté tras una pausa. —Pero sí quisiera pedirte, cariño, que de ahora en adelante no creas en la palabra de ningún hombre, aunque te haga millones de promesas que suenen sinceras.

—Supongo que estás en esa lista, pero creo que estarías superando los límites si me prometes algo, me dices esas cosas y luego no cumples tu palabra —me dijo mientras fruncía su ceño.

Negué con mi cabeza. —Estoy diciéndote la verdad, aunque soy un caso atípico. Recuerda, Antonieta, ahora estás en Las Garzas. Este es un ambiente feroz y debes manejarte con cautela.

Guardó silencio y luego empezó a hablar. —Como puedes ver, ya crecí. Sé cómo cuidarme.

—Así es —le respondí—. Está muy, muy claro, que creciste y te convertiste en una hermosa mujer.

Me veía fijamente, pero no sabía cómo responderme. Frené mis palabras. Contuve el aliento y esperé no haber pasado la raya del respeto justo después de esa charla. Antonieta tomó aliento lentamente. Vi cómo sus mejillas se llenaban. Se veía más sensual de lo que ya era. Abría la boca, pero luego volvía a cerrarla.

Sin embargo, quería cortar ese incómodo silencio. Retomé mi frase. —Sí, eres una hermosa mujer, pero vienes de una pequeña ciudad rural. Debes asumir una actitud más salvaje para vivir aquí.

—¿Crees que nací ayer? —me preguntó mientras parpadeaba. —Porque no fue así.

—Claro que no, pero crees en la promesa de un sujeto que acabas de conocer. Me parece lindo de tu parte, pero también inocente.

Giró para llevar sus rizos hacia adelante. Escuché un sonido que parecía mezclar un gruñido y una carcajada.

—Así actuamos los cristianos. Nuestra fe en Jesús nos guía por el camino del bien. Nos hace creer en la palabra de los demás.

—Parece que no has leído sobre un tal Judas. Hasta donde me contaron, Jesús creyó en su palabra. Y creo que no le fue muy bien.

Yo tenía la razón y lo sabía. Pero en momentos como ese hubiera preferido no tenerla y dejar de dar mis convincentes argumentos. Mi inteligencia era una virtud, pero también un problema. Anhelaba conversar normalmente con otra persona.

—Espero que no creas que debatiré las Sagradas Escrituras contigo. Y menos en este momento —dijo Antonieta con tono titubeante.

—Menos mal. Me darías una paliza. Simplemente lo dije para que lo analices un poco —le dije con calma mientras traqueaba mis dedos.

—Oye, será mejor que vuelva a mi hotel —me dijo—. aunque tal vez creas que soy una chica inocente que no puede hacerlo sin ayuda de un hombre.

Había querido darle una señal de alerta sobre esos sujetos, la frivolidad del mundo de la moda y la naturaleza corrosiva de muchos habitantes de esta ciudad. Pero parecía que había sido inútil. Tomé aire y bajé mis brazos. En lugar de tomar nota mental, ella iba a salir rápidamente del edificio. Me arrepentí de haber dicho esas frases. —Antonieta, por favor...

Iba en dirección contraria. Desde ese lugar, sin girar para ver mis ojos, alzó su voz. —Por favor nada, señor Márquez. No tengo nada más que decirle. No necesito sus recomendaciones ni su aprobación para seguir con mi vida. Soy una mujer libre, así que no espere que me quede allí recibiendo consejos que no le he pedido.

La incertidumbre y la soledad se apoderaron del espacio y me hundieron en el desasosiego mientras escuchaba sus pasos a lo lejos.

Capítulo 7: ANTONIETA

Me puse otra ropa ligera y me vi en el espejo. No me gustó, por lo que lo dejé en la cama. — No sé quién se ha creído —dije con fuerza sobre mi celular. Estaba molesta.

Valeria escuchó y tomó aire. —Antonietta, cálmate. Ese tipo no merece que te pongas así.

Lo que me indicaba mi hermana era lo más racional, aunque solo quería resoplar una y otra vez por mi molestia. —Lo entiendo —le dije—. pero ahora viajaremos por trabajo y estaremos allí toda una semana. —Lancé un sonoro quejido.

—¿Solos? —me preguntó. Me pregunté si estaba a mi lado. Escuché su interrogante y sentí que la ilusión aparecía en su pregunta.

—No. Viajaremos Omar ‘Irreverente’ Márquez, dos chicas espectaculares y yo. Son modelos de Atrevidas. No creo que pueda irnos mejor —le aseguré con ironía.

Dediqué los siguientes minutos a buscar mis productos de maquillaje y algunas monedas para las compras sencillas. Era común que olvidara las cosas. Y con el nerviosismo que sentía esa condición empeoraba. Tal vez revisaría mi equipaje unas cuatro veces más para comprobar que no había olvidado nada. Y al día siguiente lo haría una vez más.

—Quizás debas darle una oportunidad. Te ayudaría a sentirte mejor —escuché que decía mi hermana mientras yo revisaba mi equipaje.

—Oye, hermana, a esa clase de hombres se le presentan millones de oportunidades —dije, rechazando su propuesta. —Creo que no le hace falta que yo le dé una. De hecho, estoy convencida de que no la quiere. Ellos siempre reciben oportunidades de sus jefes, sus amistades, y especialmente de las chicas. Ese conquistador no querrá que yo le diga lo que pienso o lo que espero.

Su respiración se oía sigilosa. Aunque no hablaba, su molestia se notaba en el altavoz de mi celular. Alguien que no la conociera no podría detectar lo que sentía. Pero era mi hermana. Sabía con sus suspiros que estaba alterando sus emociones.

—Hermana —me dijo con voz autoritaria, pero cálida—. Nuestra charla ha girado en torno a Omar por lo menos durante los últimos veinte minutos. Me parece que quizás... solamente quizás, no lo aborrezcas tanto como dices. Probablemente lo que sientes por él no es odio sino otra cosa. —Sus palabras me recordaban que era mi hermana mayor.

Supuse que mi hermana había perdido la razón. Abrí mi boca de par en par. —Oye, no había pensado en eso. Tal vez... estás completamente equivocada —le respondí con sarcasmo.

—Antonietta, lo digo con mucha seriedad. Además, creo que la que se equivoca eres tú. Suelés confiar demasiado en las personas. Me parece una linda virtud. Te admiro por eso y muchas otras razones. No obstante, en ese mundo tan artificial en el que estás empezando a trabajar, creo que debes tomar muchas precauciones. Además, eres mi hermana menor. Eres joven y linda. Podrían hacerte daño. No quisiera que eso sucediera. Entonces concéntrate más bien en los consejos que te dio Omar. No te enfoques tanto en él. ¿Está bien?

Detuvo su charla motivacional, o lo que fuese que estuviera diciendo, y aguardó mi respuesta.

Quizás lo que decía era cierto. Quizás, aunque usaba métodos y palabras poco ortodoxas, Omar intentaba protegerme...

Pero de inmediato rechacé el tono de arcoíris que estaba tomando esa imagen gris que tenía en mi mente de él. *Claro que no*, me dije.

Era imposible que se acercara a mí por razones nobles. El simplemente quería molestarme.

—Valeria, ¿por qué es tan difícil entender a los hombres? —le pregunté en tono quejoso.

Suspiró antes de responder. —Honestamente, no tengo idea. No tiene sentido. Aunque he intentado descubrirlo, he pensado que no debo perder más tiempo en eso.

—¡Pienso lo mismo! —exclamé, y solté una carcajada.

—Exacto —dijo entre risas—. Es lo que debes repetirme una y otra vez. Oye, debo salir. Supongo que empacaste tu bikini oscuro.

—De hecho, no lo hice. No sabía que iba a....

—Viajar. Sí, sí. No lo he olvidado. En ese caso, creo que deberías salir antes de viajar para que compres un bikini adecuado.

—Si lo hago, estaría botando el dinero. Lo usaría solamente para este viaje —le aseguré.

—Consentirte no es botar el dinero. Y tú te lo mereces —me dijo—. Incluso las pastoras como yo deben soltar sus billetes con frecuencia. Además, vas a subir videos durante toda la semana. Deberás lucir bien en todo momento. Tómallo como una inversión para tu pequeña empresa.

No había llamado a Valeria para conversar sobre ropa playera. De todos modos, ya estaba aburrida de haber hablado conmigo durante largo rato sobre Omar.

—Hermana, haz lo que te digo —me pidió—. Hazlo, aunque solo sea para este viaje. Creo que sería un desperdicio viajar a una playa y no bañarse aunque sea una vez.

—De acuerdo.... —Escuché la sonora carcajada de Valeria. Me parecía tonta. Bueno... no tanto. Más bien esperaba que no sonara tan astuta en algunas ocasiones.

Y no había finalizado. —Y, por favor, no pienses en cosas que pudieran arruinarte la vida. Viajarás a Grecia. Intenta pasarla bien. Y no olvides orar a nuestro Salvador.

Odiaba que siempre dijera la verdad. —De acuerdo, lo haré.

—Te amo, hermana, pero debes hacer lo que te digo. Compra tu bikini. Te lo ordeno. Dios también te lo ordena.

—También te amo.

Terminó la llamada y me hundí en las dudas. Me había mostrado como una chica sencilla y a la que no le gustaba comprar artículos costosos. Era la imagen que había proyectado. Además, era mi verdadera personalidad, no solo una construcción para internet. También me pregunté si era buena idea gastar algo de dinero en ese bikini para lucir bien. Recordé que algunos seguidores había comentado lo bien que veía cuando usaba algún vestido para ocasiones especiales. Los había ignorado, procurando sentirme bien, pero tal vez mi hermana había dicho la verdad.

Estaba comiendo un bocadillo que me había regalado el personal de la cafetería. No sabía si había empacado todo. Mi plan inicial era estar solo unos tres o cuatro días en Las Garzas. Ahora necesitaría protector solar, entre muchas otras cosas.

Caminé en círculos por un rato. Luego puse mi bolso en mi brazo, tomé la llave de mi cuarto, apagué las luces y me fui.

Tras preguntarle a una de las recepcionistas, me pareció que la mejor opción era una tienda de ropa que estaba cerca. Era de una de las pocas que vendía tallas grandes, y la única en esa zona que se especializaba en ropa para chicas gordas o embarazadas. Además, tenían un amplio depósito donde guardaban algunas colecciones pasadas. Quizás podría llegar a allí y comprar tranquilamente. Era el lugar ideal para mí. Podría justificar mi compra ante mis seguidores.

Debía salir a comprar mis artículos. Ya había tomado la decisión.

Me fui del hotel en taxi. Finalmente pude llegar a la tienda tras el agotador tránsito de final de la tarde. Las letras 'Figura' el nombre de la tienda, estaban en el techo, iluminadas con un suave rojo. Me parecía el lugar más vistoso y encantador que había visto hasta ahora. Vi que las ventanas y las paredes estaban pintadas de tonos coloridos.

Abrí la puerta. Le pedí ayuda a una de las vendedoras.

Era una chica bastante rellena. —Vaya, qué linda chica —me gritó—. Me encantas. —Me vio desde su escritorio y vi cómo ondeaba su cabello.

Pasé y sentí que mi autoestima subía. Su caluroso saludo me había encantado.

Era un espacio tan vistoso y elegante como el exterior. Había armarios por doquier. Y todos eran dorados. Y muchos, muchos espejos. Las paredes tenían pequeñas letras de neón. Detrás de ellas había tapices de un tenue rojo.

Vi que llevaba una falda larga verde y una camiseta de cuadros. —Bienvenida —me dijo—. ¿Cómo puedo ayudarte?

Apreté mi mentón. —Viajaré mañana a Grecia. Tomaré mi avión mañana. También quisiera subir un video de mi experiencia a mis redes sociales. ¿Crees que puedas ayudarme?

Abrió ampliamente sus ojos. Luego empezó a aplaudir. —Claro que sí, preciosa. Llegó la hora de divertirse.

Después de casi tres horas salí de la tienda. Empecé a sentir que estaba renovándome. Había comprado tanto que tenía cuatro bolsas en cada brazo. Me pareció que había adquirido suficiente ropa como para estar dos meses en Grecia. Adicionalmente, tenía más de setenta minutos de video para editar y subir a mis redes. Elisa, la vendedora cariñosa, me había ayudado a conseguir tanta ropa que creí que ninguna tienda en internet podría ofrecerme tanta variedad y belleza. Debía ir a mi hotel para probármelo todo. Había comprado vestidos, faldas cortas y largas, sombreros y pantalones cortos. Incluso me atreví a comprar varios bikinis.

Elisa incluso me había animado a llevar alguna ropa que yo consideraba... 'sugestiva'. Me pareció que me sacaban de mi zona de confort en cuanto a ropa se trataba. Dejaban buena parte de mi piel al descubierto. Elisa, no obstante, había remarcado varias veces que yo lucía fenomenal con esos artículos. Honestamente, me parecía que tenía razón. Me sentí... animada.

Me pregunté si a Omar le gustaría. Pero me dije que su juicio no era importante. No debía pensar si le gustaba lo nuevo o lo viejo. Decidí execrar rápidamente ese pensamiento, pero no podía. No dejaba de hacerme la misma pregunta una y otra vez. ¿Por qué pienso en lo que dirá cada vez que compro algo?

Mientras iba a mi hotel no paraba de sonreír.

Una vez que llegué a mi habitación, se me presentó otro inconveniente. Me preguntaba cómo llevar todo en mi equipaje. Al ver el fondo de una de las bolsas de compra, noté que había un pequeño empaque envuelto como un obsequio. Había una tarjeta con una nota escrita a mano.

Te obsequio unos bocadillos porque me pareces una excelente persona. Espero que la pases muy bien en Grecia. Besos, Elisa.

El regalo me había enternecido. —Qué lindo —dije en voz baja. Cuando desenvolví el obsequio, noté que había algunos cinturones y un paquete de encaje. Los tomé para verlos con detalle.

Me sorprendí tanto que no podía cerrar mi boca. Vi que no se trataba precisamente de bocadillos, sino de otras cosas. El regalo de Elisa era un conjunto de lencería. Eran varias piezas, y todas eran de excelente calidad. Había unas recatadas y otras mucho más atrevidas.

Noté un corsé, algunas ligas, sostenes, bragas y otras cosas que no sabía ni cómo se llamaban.

—Por Jesucristo. Por el Salvador de nuestro pueblo....

Me pregunté por qué absurda razón me había obsequiado esa cantidad de lencería fina. Me parecía un hermoso gesto, pero no dejaba de preguntarme qué haría con esa pila de ropa. Aunque no podía ver mi rostro, sabía que estaba llena de rubor. Rayos.

Surgió una respuesta en mis pensamientos. *Seguramente Omar querrá verte con toda esa ropa puesta.*

—¡Silencio! —me dije en voz alta, pero recordé que esa voz estaba en mis pensamientos y no podía responderme.

¿Por qué incluiría esos artículos en mi viaje?, me pregunté antes de terminar de empacar. Tal vez lo hacía porque sentiría pena si no los llevaba, me dije para convencerme. Dejarlos sería una muestra de mala educación. Una especie de falta de respeto a Elisa.

Exacto. Estaba muy claro. Elisa había sido muy amable y colaboradora. No debía ser tan irrespetuosa con ella. Esa era la razón. Entonces lo hice. Introduje la lencería en mis maletas. Fin del asunto.

Dediqué las horas nocturnas a editar el video. Me alegré al ver de nuevo el rostro de Elisa y los pasillos de su hermosa tienda. No obstante, decidí omitir lo del obsequio porque mis mejillas se ruborizaban cada vez que lo recordaba.

Capítulo 8: ANTONIETA

Al día siguiente me desperté a las cuatro y treinta de la mañana, si bien mi avión despegaría a las once. Solía despertar temprano, especialmente si debía volar. Y mis nervios no ayudaban porque estaba muy agitada. Eso se debía en parte a que no había dormido lo suficiente.

Me pregunté por qué me sentía así. Recordé que era mi primera experiencia en Las Garzas. Había llegado a esa gran ciudad por primera vez en mi vida.

Si bien había estado en muchos lugares cuando era niña porque mis padres acostumbraban llevarme de paseo en una casa rodante, no podía compararse con esto. Estaba a punto de tomar un avión al extranjero. Recordé que mi padre era precavido al extremo, lo cual agradecía en momentos como ese. Me había dicho que preparara un pasaporte 'adicional' y que siempre lo tuviera cerca de mí cuando volara a Las Garzas. Aunque me había parecido que era exagerado y me reía de él, ahora todo lo que me había dicho cobraba sentido.

No solo iría por primera vez a otro país. También escribiría una columna por primera vez para una revista y prepararía mi segundo largometraje.

No era cualquier revista. Era la edición de octubre de la revista *AutoEstima*. Tenía tanta dicha que no paraba de sonreír.

Además... Omar estaría conmigo durante mi semana en Grecia. Mi piel se erizó. Mi cuerpo se entumeció con ese recuerdo. Aparentemente, todos mis músculos acataban la misma orden. Me pareció que estaba... excitándome. Por Jesucristo. Finalmente lo reconocía. Vaya. Debía ser más cautelosa con mis pensamientos.

Eran las seis de la mañana cuando llevé a mi boca unas cucharadas de yogur de fresa y algo de cereal. Estaba a punto de maquillar mi rostro. Eso me tomaría unos diez minutos. O tal vez tres horas. Tardaría lo que mi ánimo y mi creatividad me indicaran. Tardé aproximadamente cuarenta minutos, lo que me hizo pensar que tenía la creatividad bastante despierta. Un rato después me vestí para el vuelo. Me puse un vestido largo y ligero que cubría mi cuerpo hasta mis muslos y tenía cadenas que se unían entre sí. Lo había comprado en la tienda de Elisa. Subí un breve video a mis redes para mostrar a mis seguidores cómo lucía. Me había preparado una taza de té. Estaba evitando el café para poder dormir con calma.

El chofer que había enviado AutoEstima a buscarme me recogió a las ocho, tras insistir en que esa era la hora adecuada. Si bien no tenía experiencia en cuanto a vuelos, imaginé que no tendría tiempo para llegar al aeropuerto, pasar por los controles y subir a mi avión. Hablé con los directivos cuando me enviaron el boleto, pero solo me dijeron que estaba bien y no debía preocuparme por el horario.

Cuando llegué entendí por qué me lo habían dicho.

No íbamos a tomar un avión comercial. Tomaríamos un avión privado.

Cuando llegamos al aeropuerto, noté que quintuplicaba en tamaño al de la ciudad. Además, estaba más aseado y tenía un diseño más espectacular. Mi chofer me llevó rápidamente a la pista de despegue. Quedamos frente a un avión espectacular.

—Quisiera saber por qué viajaré en este avión —me dije en voz baja.

Mi conductor oyó mi inquietud. —No lo hacen por ti. Lo hacen por las chicas —dijo,

sonriendo.

En ese momento entendí. Estaba muy claro. La chica recién llegada tomaría cualquier vuelo comercial y se sentiría feliz, pero los modelos no. De todas formas, me sentía contenta.

Bajé, no sin antes darle a mi chofer una generosa propina. Él se asombró, no solo por el monto, sino porque todo lo que iba a llevar cabía en una sola maleta. Al parecer había aprendido a empacar grandes cantidades en poco espacio. Creí que no entraría, pero ya estaba allí.

Me recibió una azafata en la puerta del avión. Había varios ayudantes detrás de mí y tomaron mi maleta rápidamente. Ella sonrió amablemente. Me guió a mi asiento. Eran todos de lujoso cuero. Había detalles plateados en cada butaca. Al final había una puerta blanca con un pomo dorado. Imaginé que era el sanitario. El lugar olía a dinero. Me pregunté como una chica del campo como yo había llegado a ese lugar. Estaba asombrada.

La azafata me dijo que aún faltaba para el despegue. Aún eran las diez. Era la primera vez que podía sentirme tan cómoda en un asiento. Recliné mi cuerpo en mi butaca, o, mejor dicho, mi sofá. Podía tomar una revista mientras esperaba. Leí algunas páginas y sentí que estaba empezando a vivir una vida que solo había visto en esas publicaciones.

Sin embargo, al cabo de unos segundos Omar subió. La realidad volvía a golpearme.

—Antonieta —dijo—. No sabía que estarías en este vuelo. —Su saludo fue abrupto.

Seguía actuando con malicia, aunque nos iríamos de vacaciones... mejor dicho, a trabajar.

—¿Y tu ropa de playa? —le pregunté con sarcasmo.

—Como pasó de moda hace tiempo, ya no la uso —me dijo. Luego se sentó en mi sofá, justo a mi lado.

—¡Oye!

—Dime —dijo, volteando mientras cruzaba sus pies y llevaba sus brazos detrás de su cuello.

—Deberías sentarte en otro lugar —le dije—. Hay suficiente —le dije mientras apuntaba a los sofás con mis dedos.

—Escucha, Antonieta. Es obvio que nunca has viajado con modelos. Es usual que ocupen dos butacas, una con sus cuerpos y otra con sus maletas. Debemos evitar que se molesten. No podremos calmarlas ni siquiera con la ayuda de las azafatas —dijo mientras frotaba sus ojos con sus dedos.

Me pareció tan absurdo que creí que mentía. Aparte, estaba convencida de que usaría cualquier argumento para mantenerse a mi lado. Tal vez me decía eso para ilusionarme. —No exageres —le dije.

Abrió sus ojos, mostrando la expectativa que sentía por las escenas que creía que vería. —Si eso es lo que te parece —me dijo con una sonrisa desafiante—. Toma otra de las butacas. Me quedaré aquí a ver lo que sucede.

Me pregunté si estaba intentado empezar a jugar con mi mente o si de verdad intentaba darme una recomendación honesta, como me había dicho Valeria. Me quedé pensando en esos argumentos, pero él no dejaba de verme y me costaba concentrarme. Estaba contento por mi incertidumbre. Sentí que la tensión crecía dentro de mí.

—De acuerdo —dijo al fin. —Puedes quedarte conmigo. Espero que te quede claro que no lo permito porque sienta algo por ti.

Era evidente que él sabía más de modelos que yo. Seguramente tenían mucho equipaje y requerían más espacio. Debía ser precavida, como mi padre me había indicado muchas veces.

—No he pensado eso, cariño —dijo suavemente Omar. —Al menos no por ahora. Pero sé que eso va a pasar. Me tendrás encima de ti para lograrlo. Y soy insistente.

Crucé mis brazos sobre mi pecho. Quería poner una barrera para que no me cautivara con su atractivo. —Inténtalo. Será inútil —le dije.

Creí que aceptaría mi propuesta por la expresión que apareció en su cara, pero las chicas subieron a nuestro avión.

Si bien estaba contenta por mi peso, realmente no había compartido mucho con chicas como ellas. Al verlas sentí pena por mi cuerpo.

Sus siluetas eran perfectas. Todas eran espigadas. Sus caras eran delicadas y sus hombros parecían tallados por un artista. En sus pechos no había ninguna mancha. Quise preguntarles qué productos usaban o intentar copiar sus genes. Me parecían estupendas por donde las mirara. Sentí envidia, aunque intenté no hacerlo. Parecían venir de otro planeta.

Noté que el ceño de Omar se fruncía al ver a las modelos. Ellas, en tanto, entregaban su equipaje a las azafatas. —Mierda —dijo en voz baja.

—Oye, esas palabras —le susurré. Quise preguntarle qué sucedía. —¿Qué ocurre? —Me sentí como una de las señoras chismosas que iban los domingos a la iglesia.

Abrió mis ojos de par cuando le reiteré que cuidara su lenguaje. Sin embargo, empezó a hablar con sinceridad. —Vino Daniela. No sabía que viajaría con nosotros.

—¿Y eso es malo porque...?

—Lo descubrirás en un momento. —Cubrió su boca para reír.

La expectativa me inquietaba. Sin embargo, no podía hacer nada. Ellas tomaban asiento y, como había dicho Omar, ocupaban butacas extra con sus equipajes. Patricia y Francis nos estrecharon las manos cálida y velozmente. Me quedó claro que la restante, la que no nos había saludado era Daniela. Apenas nos vio. Tal vez creía que ya conocía su trabajo y evitaba presentarse. Pero mi madre le habría recriminado su irrespeto. Incluso le habría propinado una bofetada.

Unos minutos antes del despegue, Patricia y Francis se aplicaron base sobre sus mejillas y mucho gel sobre sus cabellos. Pusieron audífonos en sus orejas y cerraron sus ojos. Tal vez estaban cansadas por tantos viajes. Se quedaron dormidas rápidamente. Daniela, en cambio, se reclinó en su butaca. Sus zapatos casi tocaban el piso. Estaba tan nerviosa que parecía que en cualquier momento se comería las uñas de los dedos de sus manos.

Omar había tomado una novela que guardaba en el bolsillo de su chaqueta y comenzaba a leer. —¿En cuánto tiempo llegaremos? —le pregunté.

Lucía cansado de viajar. Se sentía aburrido al saber que había pocas cosas que hacer durante el trayecto. —Tal vez cuatro horas y media, máximo cinco —dijo resoplando

—Estupendo. Gracias por decírmelo.

Sonrió por mis palabras, pero giró para retomar la lectura. Seguía sonriendo mientras veía las páginas de su novela.

—¿Puedo saber por qué te ríes? —le pregunté.

No dejó de leer los párrafos de su novela. Movié su cabeza de lado a lado. —Por ti.

—¿Por qué...?

—No te lo diré. O tal vez sí.

Quería hacerle otra pregunta, pero el ruido de las turbinas y los motores me agitaron. Finalmente, el avión despegaba. Apreté con fuerza mi butaca.

—¿No te gustan los aviones? —me preguntó con amabilidad.

—Es la primera vez que lo hago.

—Vaya. Es peor de lo que imaginé —me dijo—. Puedes tomar mi mano si quieres....

—No es necesario. Estaré bien —le dije rápidamente.

El avión se levantó de la pista. Empezó a reír sonoramente. Parecía un sonido animal.

Cuando habían pasado unos diez minutos, Omar se levantó de la butaca, puso su novela en el reposabrazos y se dirigió al sanitario. Daniela caminó detrás de él. Me pareció atrevido porque solo había cinco personas en ese vuelo, pero volteó a mitad de camino y se quedó inmóvil.

Le dijo algo a Omar, pero no pude escuchar. Él suspiró y negó con su cabeza. Daniela repitió su frase. Encendí mi computadora portátil e intenté enfocarme en mi trabajo, pero solo ansiaba escuchar, aunque fuese una o dos palabras de sus frases. Después de unos segundos oí algo al azar. El ruido del avión no era tan fuerte como para impedirme escuchar lo que ella decía.

—Omar, por favor —dijo en tono suplicante. —No nos tomará mucho tiempo. —Su voz empezaba a sonar tan fuerte que pude oírla sin problema.

—No quiero hacerlo y lo sabes —le dijo con fuerza Omar. —Y déjame en paz.

—Quiero recordar nuestros viejos tiempos. —Me pregunté a qué se refería.

—Claro que no —le reiteró. —Olvídalo de una vez por todas. —Su voz era más firme. Daniela empezó a hacer pucheros. —Quiero que me hagas el amor.

Ahora lo entendía todo.

—No entiendo por qué no aceptas que no quiero —susurró Omar.

Él la apartó de su camino, tomando delicadamente sus hombros para alejarla. Quedó nuevamente sentado a mi lado y tomó su novela otra vez. ¿Qué acaba de pasar?, quise preguntarle, pero pensé que no me agradaría lo que escucharía. Además, debía parecer una persona reservada.

Yo mantuve mi mirada sobre Daniela y Omar. El avión seguía volando. ¿Qué sucedía entre ellos?, me pregunté con algo de celos. Me pregunté si estaba dándole importancia al asunto, si Omar ya era importante para mí. No, claro que no. Absolutamente no.

Poco después vi el Mediterráneo. Estaba impresionada.

—Vaya, es espectacular —dije en voz baja.

Omar vio lo que miraba por la ventana. —Sí, lo es —dijo. Apartaba su mirada de su novela por primera vez en varias horas.

Me costaba creer que un ser humano viera esa joya paisajística y no se sintiera feliz. —No pareces muy impresionado —le dije.

Encogió sus hombros y guardó silencio. Se despojó de su chaqueta y supuse que cuando bajáramos haría mucho calor.

Noté sus brazos macizos bajo su camisa. Tenía cadenas plateadas colgando sobre su sien. Bajaban por su camisa desabotonada. Tenía un aspecto de chico europeo, uno de esos que se quedaban en las calles hasta altas horas de la noche mientras fumaban cigarrillos y tomaban algunas copas. Me di cuenta de que se había hecho varios tatuajes, algunos de los cuales no eran visibles por su ropa.

Generalmente me sentía atraída por uno de esos chicos del campo que montaban caballos, o un hombre de Santa Sofía que tuviera su ropa ceñida y bajara ligeramente su cabeza para sonreír, pero en ese momento sentí que...

Perder la cabeza por un hombre como él, un estúpido que destruiría mis sentimientos rápidamente, no valdría la pena. *Basta*, me dije mentalmente.

Qué tonta era. No recordaba quién era. Tampoco por qué había viajado a ese lugar. Él era un rebelde, un fotógrafo de modelos. Era como si no existiera para gente como él. No se fijaría en una mujer como yo... ¿O tal vez sí lo haría?

Dejé de pensar cuando el avión finalmente tocó tierra. Estábamos llegando a nuestro destino.

Grecia.

Capítulo 9: OMAR

Qué cagada de vuelo.

Para empezar, Daniela se había acercado a mí para pedirme que tuviéramos relaciones en el baño. Me pregunté cómo rayos no había entendido que yo no quería hacerlo. Una vez que me negué, decidió fijarse permanentemente en mí hasta que aterrizamos. Tuve que abstenerme incluso de orinar. Tal vez esperaba que me distrajera o hiciera algo que pudiera usar para intentar convencerme una vez más.

Sin embargo, hubo algo que me hizo mejor. Fue la compañía de Antonieta. Estaba maravillada por el paisaje que veía desde su ventana. Poder verla fue lo único que me hizo sentir tranquilo. También estuvo ocupada editando algo, que supuse era un video para internet. Además, tenía varias aplicaciones abiertas en su computadora mientras oía música. Me pareció que veía a una joven preparándose para entrar en la universidad.

Estaba emocionada, nerviosa. Esa perspectiva que ella me brindaba me encantaba. Me hacía sentir que había esperanza y belleza donde yo ya no las veía. Al verla recordé que mi labor no era solo una obligación o un compromiso. Mucha gente, como ella, lo consideraba una ilusión. Y al obtenerlo, sentía que esa ilusión se hacía realidad.

Adicionalmente, su atuendo la hacía ver muy bien. Aunque la tela cubría casi todo, su figura resaltaba cómodamente. Sus senos se moldeaban perfectamente a ese escote. Se ceñían y me regalaban una vista maravillosa. ¡Quiero ser ese vestido!, pensé, para aferrarme al cuerpo de Antonieta y sentir sus curvas y su exquisito aroma.

Me pregunté cómo esa chica se había adentrado en mis pensamientos. Sabía que no me daba importancia. Lo había reiterado con firmeza. Y aun así, me costaba pensar en otra cosa que no fuese ella. Rayos. Entendí que sería una semana difícil para mí. Me había costado dormir la noche previa porque había usado parte de mi tiempo para pensar en sus curvas esculturales. Tendría que controlarme para no ver su cara mientras estuviéramos trabajando. Pero eso me costaba mucho. Eso no me importaba a la hora de estar en una habitación con una chica.

Entonces recordé que íbamos a nuestras habitaciones.

Nos dirigíamos a una posada. Sí, era una posada.

Descendimos de nuestra limusina y vimos el lugar. Antonieta soltó un gemido, un sonido incontrolable y natural. Era la primera vez que oía a una persona que trabajara en la industria de la moda expresarse de ese modo tan humano y desinhibido.

El lugar estaba ubicado a solo unos metros de la playa, sobre una pequeña colina artificial. Era grande y estaba construida con arena blanca y amarilla. Sus ventanas eran de cristal pulido y tenían detalles elaborados a mano. Si bien había poco césped o árboles, las inmensas palmeras que nos daban sombra y algo de viento refrescaban nuestros cuerpos y le aportaban un aire del oeste al panorama. Al final había una piscina que parecía no tener fin. Aparentemente llegaba en forma de cascada a la orilla de la playa. Era como si hubieran levantado una linda posada en un sueño y la hubieran trasladado allí y la hubieran modernizado.

Sentí que habíamos llegado al edén.

Antonieta dejó de caminar. La belleza del lugar la había sujetado al suelo. Su boca estaba

abierta. Las chicas avanzaron para llegar a sus habitaciones.

—Es un lugar muy lindo —le dije suavemente.

—Me parece que es el lugar más lindo que he visto —dijo. Asintió varias veces.

Sonreí. No movía sus ojos para nada. Todo lucía maravilloso y cálido en esa intensa mirada. Sentí que podía navegar en ella. Parecía que todo lo que veía era agradable y cada detalle, por pequeño que pareciera, le maravillaba más que el anterior. Se sentía feliz porque el mundo la sorprendía. La expresión de su cara me parecía asombrosa.

Carajo, me dije. Me pregunté por qué pensaba de ese modo si apenas estaba conociéndola. Era mejor mantener cierta distancia. De ese modo no me humillaría. Además, ella me odiaba más que a cualquier otra persona en el mundo.

Tras la reacción de Antonieta, pudimos retomar nuestro camino. La posada era un lugar abierto. En las habitaciones se unía la sala de estar con el comedor, la cocina y el vestíbulo. Fuimos detrás de Patricia, Francis y Daniela.

Ellas llegaron antes que nosotros. Sacaron sus cosas de sus maletas, conversaban mientras ponían sus comidas dietéticas en la nevera y colmaron cada espacio con toda la ropa que habían llevado. Ya no me sorprendía esa actitud de las chicas, que obviamente se creían superiores a los demás, pero Antonieta movía sus ojos con asombro.

Daniela terminaba de guardar sus vitaminas, pero se detuvo al vernos.

—Vaya, qué bueno que llegaste —dijo sugestivamente al verme. Aparentemente no quería dejarme en paz. Parecía estar ignorando la solicitud que le hice durante el vuelo.

—También me alegra verte, creo —le dijo con tono molesto a Antonieta.

Supuse que así la trataría a partir de ese momento.

—No le des importancia a esa arrogante —le dije en el oído a Antonieta.

—Me alegra estar aquí finalmente. Y también me alegra no haber necesitado ayuda para mi equipaje. —Se había sentido un tanto nerviosa por el saludo descortés de Daniela, pero pudo reponerse.

—Así es....

Daniela me interrumpió. —De acuerdo. Luego podremos llegar a un acuerdo. Aquí solo hay cuatro habitaciones, pero somos cinco personas. Evidentemente no estabas en los planes —aseguró al ver sin parpadear a Antonieta, intentando recriminarle su presencia. Pero en realidad ella estaba allí porque la empresa le había pedido que hiciera un largometraje.

—Sí, entiendo. Les pido mis disculpas. Decidieron incorporarme en último momento. Creo que soy responsable de todo esto, pero no se preocupen, puedo pasar la noche en el sofá —dijo Antonieta. Sus mejillas se ruborizaron:

—No hace falta —dijo suavemente Daniela mientras levantaba su mano y me veía. —Puedo dormir con Omar en mi cuarto.

Eso no iba a suceder. Al carajo. Abrí mi boca inmediatamente. —Eso nunca sucederá. Seré yo quien comparta el dormitorio con Antonieta. Ella no dormirá en el sofá. Además, entiendo que ustedes necesitan mucho espacio, como en el vuelo. Pasará su noche en una cama.

Daniela se mostró sorprendida. —¿Cómo dices...?

—Entonces ya lo resolvimos —dije para concluir, sin dar tiempo para que alguien rechazara mi idea.

Detuvo sus pasos y miró a Antonieta como si quisiera asesinarla. —Sí. Está resuelto... por los momentos —dijo. Me agité al pensar que estaba introduciéndola en un ambiente conflictivo del cual no debía formar parte. —Además, las chicas me acompañarán a ejercitarme un rato.

Daniela movió sus dedos para indicarle a Patricia y Francis que la siguieran. Supuse que irían a cambiarse sus ropas. Ambas nos vieron fugazmente antes de caminar detrás de Daniela.

Quedé solo con Antonieta. Ella estaba muy molesta. Estábamos en el medio de ese espacio, una inmensa sala de estar pintada de un immaculado blanco y dorado. Había ornamentos de bronce y helechos colgando.

—Está claro que no dormiremos en el mismo cuarto. ¿Quién crees que soy? —preguntó con una carcajada falsa. —Te aseguro que no soy una... mujer de esas.

Las suaves formas rectas de su escote revelaban su pecho ardiente por la furia que sentía. — Antonieta, permíteme aclararte. No lo hice porque....

—Sí, sí. Tal vez estás seguro de que vengo del campo y será más fácil convencerme. Solo quieres acostarte conmigo. ¿O me equivoco?

Me pregunté si debía contarle lo que me había sucedido. Si lo hacía, quedaría expuesto. Y vulnerable. Eso no me sucedía que había estado con. Eso significaba... mucho tiempo. Me pregunté si Antonieta merecía mi honestidad. Ciertamente quería acostarme con ella, pero no quería que durmiera en mi habitación por esa razón.

Me dije que debía hacerlo. No había nada que perder. De todos modos, ya Antonieta sentía que yo era un dolor de muelas. Podría hacerlo sin temer las consecuencias.

—Te diré la verdad. No me gusta la idea de compartir una habitación con Daniela por una sencilla razón. Ella... suele... drogarse. No me gusta acercarme a esas sustancias, aunque preferiría reservarme los motivos.

Relajó sus hombros, abrió su boca y sus ojos y se acercó a mí. La expresión de molestia de su rostro se convirtió en sorpresa total.

—Vaya... —dijo suavemente. Luego alzó su voz un poco. —Lo lamento mucho, Omar. Jamás hubiera pensado que eso era lo que sucedía. Olvida mi actitud, por favor.

—¿Entonces estás de acuerdo en que durmamos en el mismo cuarto? —le pregunté—. Lo haré, pero si decides lo contrario, puedo dormir afuera. No me gustaría. Seguramente se levantará a medianoche e intentará seducirme.

Con reservas abrió su boca. Negó con su cabeza ligeramente. —De acuerdo, dormirás en mi habitación. Es una lástima que Daniela tenga esos hábitos.

—Sí, lo mismo pienso —confesé.

Antonieta me vio fijamente y me mostró repentinamente un semblante firme. —Eso no significa que dormirás a mi lado. Espero que te quede muy claro. Estoy actuando solidariamente y de acuerdo a mis principios porque no quiero dejarte a la intemperie, pero voy a defenderme de ti si es necesario.

—Lo sé....

Ella continuó. —Dormirás en mi cuarto, pero con una condición.

—¿Cuál?

Te pondrás una máscara en tus ojos para que no veas cuando me vista con mi ropa de dormir. Ningún hombre debe verla. Y no harás ninguna broma al respecto.

Extendí mi mano llena de anillos para sellar nuestro compromiso, como cualquier caballero haría. —Acepto —respondí, intentando sonar muy serio. Ella me vio con recelo, pero luego deslizó lentamente su mano y estrechó la mía. Con ese gesto cerrábamos nuestro acuerdo. ¿Será posible que luego pueda oler su aroma de frutas si llevo mis dedos a mi nariz?, me pregunté.

No decía nada. Me vio fijamente. Luego apartó su mirada. —Quisiera ver este lugar —me dijo.

Encogí mis hombros. —Estupendo.

Volvió a verme fijamente, pero no lograba descifrar qué trataba de decirme, porque su rostro era inexpresivo. —¿Quieres decirme algo?

Abrió un poco sus ojos. —Siento vergüenza al hacer mis videos y luego subirlos. Me siento como la anfitriona de un circo, pero sin audiencia visible.

—Empiezas a actuar como una chica extrovertida. Me cuesta reconocerte —dije, sonriendo ligeramente.

—Lo dices porque no sabes mucho de mí.

—Bueno, creo que ya he visto algunas cosas interesantes —murmuré. —Por ejemplo, siempre te ves más hermosa de lo que crees. No te hace falta maquillarte.

—Es hora de que te vayas. —Se ruborizó por completo.

—De acuerdo, de acuerdo —dije mientras veía el sofá con resignación. —Terminaré mi novela. Cumpliré mi promesa.

Tomó aire con algo de molestia. Aparentemente iba a expresar su desacuerdo y me pediría que abandonara la posada, pero eso sería absurdo. Me encantó la expresión de su cara. Entonces buscó su videocámara, acomodó su cabello y encendió el aparato mientras sonreía.

—Feliz noches, chicos —dijo, ampliando su increíble sonrisa. —Si les digo dónde estoy, van a desmayarse de la emoción. —Su cara se llenaba de alegría.

Hizo una pausa. —¡Volé a Grecia! Será mejor que preparen palomitas de maíz para escuchar la historia que voy a narrarles. Es una larga y linda historia que parece sacada de un cuento de hadas. —Sus nervios estaban alterados por la alegría.

Vi solapadamente que Antonieta empezaba a narrar con alegría contagiosa sobre el trayecto, el vuelo y el paisaje. Generalmente mostraba un semblante distante y frío al verme, pero ahora veía a la cámara con simpatía y una alegría incommensurable. Estaba muy feliz. Se detenía cada cierto tiempo como si estuviera recordando los mejores momentos de su vida. Entonces noté que sentía un deseo. Un deseo muy fuerte. Esperaba que ella me viera de ese modo. Tenía ganas de *merecer* esa alegría. Poder estar al lado de una mujer tan agradable como ella. Me pregunté si era prudente tener esa esperanza. Pero las respuestas a mis preguntas eran cada vez más escasas.

—Para terminar —continuó, anunciando el final de su video—. Voy a estar en este hermoso lugar por una semana. Estoy en el paraíso. Y se lo debo a todos ustedes. Me han hecho lo que soy. Quiero saltar de alegría, aplaudir y llorar. Estoy tan feliz que mi corazón está latiendo aceleradamente. Cuando pueda, subiré otro video para contarles mis experiencias en este estupendo oasis. ¡Nos vemos luego!

Levantó su mano para despedirse con un beso. Entonces pulsó un botón para parar la filmación.

Ya su audiencia invisible no podía verla, pero ella continuaba sonriendo gratamente.

Reí sonoramente. Volteó con rapidez y me lanzó una mirada de advertencia. —¿De qué te ríes? —me preguntó—. ¿Escuchaste algo de lo que dije?

—No escuché nada de nada —le dije—. Ni una sola palabra. —Estaba mintiendo.

—No tienes que fingir que no lo hiciste.

—Quizás si oí una parte —reconocí—. Pero no tienes que molestarte. Lo digo porque iluminas cada video con tu presencia.

Bajó su rostro y se quedó viendo fijamente el piso—. Muchas gracias —dijo, y supuse que lo hacía por su naturaleza rural. Todas las personas del campo eran muy educadas.

—Cuando una persona como yo puede ver con tu mirada... —dije, e hice una pausa. Luego

continué. —Descubre que vivimos en un mundo maravilloso.

Alzó su mirada y me vio detenidamente. —Omar, muchas gracias —dijo con un tono más fuerte. Entendí que ya no hablaba solo por cortesía.

Capítulo 10: ANTONIETA

Cada uno de nosotros usó el resto de las horas vespertinas para terminar algunas tareas pendientes. Me dediqué a empezar el largometraje y a editar el último video de mi canal en internet. Las chicas, en tanto, practicaron algunas poses y actualizaron sus redes sociales. En cuanto a Omar... él solo estaba leyendo su novela de bolsillo. Aparentemente a él no le preocupaban ninguno de los asuntos que a nosotros nos ponían de cabeza.

Podía refrescarse y relajarse con el paisaje y los suaves vientos que se filtraban por las ventanas. Sentía envidia de él. La posada se inundaba con el oro a mar. Me encantaba ver su cuerpo inmóvil. Un tipo esbelto y musculoso, manos fuertes y un abdomen tonificado.

Pero era una agradable imagen. Y punto. Me recordé que no debía ir más allá. No podía hacer otra cosa que no fuese verlo. No quería involucrarme con un hombre como él. Al hacerlo, intentaría acostarse conmigo en menos tiempo de lo que me llevaría contar hasta diez.

Esos pensamientos me decían que tenía que mantenerme lejos de él o me vería atrapada en su telaraña de seducción. Ese era el rumbo apropiado, y por lo tanto, debía tomarlo.

Unos minutos después descubrí que había llegado el momento de acostarnos. Ya habíamos cenado. Las chicas habían comido unas ensaladas de atún que habían traído en sus equipajes. Omar aparentemente no tenía apetito. Yo llené mi cuerpo con platos y platos del menú local. Habían dejado esas comidas en nuestra nevera para que comiéramos. Comí todo lo que pude. Ya había decidido que comería muchísimo mientras estuviera en Grecia.

Tras el agotamiento que me sacudía, decidí subir la escalera para llegar a mi, es decir, nuestra habitación. Dormiría allí *con* Omar, aunque no estaría a mi lado. Ya él estaba dentro. Lo supe porque había sus botas negras en la entrada del dormitorio. Nunca hubiera imaginado que se preocupara por detalles como ese. Me pareció raro. Y me conmovió. Tal vez su apariencia no correspondía con las lindas cosas que hasta ese momento había hecho por mí.

Pase al dormitorio. Omar estaba dentro, efectivamente, y reposaba en un amplio sofá. Continuaba leyendo y sonreía como de costumbre.

—Deberías dejar de leer —le sugerí, al tiempo que cerraba la puerta y detenía mis pasos. — Si no lo haces, no tendrás otra novela que te entretenga durante los días que nos quedan acá.

—Cometes un error, Antonieta. —Rió sonoramente.

Llevó su mano al bolsillo trasero de sus vaqueros y sacó otra novela pequeña. No la había visto, si bien me había fijado discretamente en sus ricas nalgas. Esperaba que no se diera cuenta. Y que nuestro Salvador no se molestara por eso.

—¿Cuántas novelas trajiste? —le pregunté. Parecía una biblioteca móvil. Me impresionó que llevara tantos libros.

Guió su ojo y amplió su sonrisa. —Ven y lo descubres.

Aunque sus palabras eran sugestivas, era el tono seductor de su voz lo que aceleraba más los latidos de mi corazón. Debí abandonar el lugar para que mi cuerpo se tranquilizara un poco y olvidara los estímulos provocativos de Omar.

—Iré al baño a cambiarme —le dije—. Al oír mi voz, te pondrás tu máscara, ¿de acuerdo?

Levantó sus cejas. —No tengo nada de eso. —Vaya. No supe por qué, pero me sorprendió.

—Entiendo. No te preocupes —le dije al recordar mis pies. Se me ocurrió algo. —Creo que aquí hay algo que puedes usar.

Caminé hacia mi equipaje. Uno de los empleados del aeropuerto lo había trasladado hacia nuestra posada durante la tarde. Tras una larga búsqueda, encontré una de mis finas bufandas.

—Con esto podrás cubrir tus ojos —anuncié con una sonrisa. Agité la bufanda y el viento la movió ligeramente.

—Entonces quieres atarme a la cama. Entiendo. Desde ya te digo que estoy de acuerdo —dijo. Humedeció su boca mientras su mirada se detenía fijosamente sobre la bufanda.

¿Cómo dices?! —Un momento, no quise decir eso. Estás malinterpretando...

—Es una broma. Es solo una broma —dijo con picardía mientras reía. —Ven, venda mis ojos.

Me pregunté si realmente se creía tan importante. —Sé que tú puedes hacerlo sin ayuda.

Me aproximé al sofá y dejé que la bufanda aterrizara sobre su abdomen. Tal vez quería que llegara allí lentamente. De hecho, cayó cerca de sus órganos más íntimos. Omar se mostró impresionado. Intuí que estaba entusiasmándose con lo que estaba sucediendo.

—¿Planeabas poner esa bufanda en esa parte de mi cuerpo? —me preguntó.

—Sabes mi respuesta. No —le dije con fuerza. Era honesta, pero la bufanda había caído con tanta delicadeza y mi movimiento previo había sido tan ágil que tal vez no me creía.

—Sí, sí. Te creo... supongo —dijo. Sonrió una vez más y retomó la lectura.

Jesucristo. Omar era muy atractivo. Incluso sentí deseo de... Rayos. Ya ni siquiera sabía lo que deseaba. Sentía tantas emociones. Vergüenza, ansiedad, deseo. Me pregunté a qué se debía tanta confusión. Las sensaciones eran tantas y tan poderosas que me costaba pensar claramente. No entendía por qué los hombres ocasionaban esa reacción.

Mientras mi mente se sacudía con ese mar de emociones, decidí buscar en mi equipaje y buscar una camiseta corta.

Pero recordé que solo había empacado tres camisetas cortas. Había sido una decisión lamentable. No las había comprado en la tienda de Elisa. Solía dormir con ellas cuando estaba en mi casa. Cuando era una niña, mi madre había insistido en que la ropa para dormir estaba compuesta por artículos difíciles de costear, pero que nadie debía ver. Por esa razón debía buscar ropa adecuada. Era una enseñanza relevante para mí. Debía verme bien incluso cuando dormía. Sentía que esas camisetas mostraban una parte de mi personalidad. Además, nadie podía criticarla.

Finalmente me decidí por una camiseta bastante pequeña de color rosa. La tela sobre mi cintura era amplia. El cuello era redondo y tenía un caballito en el centro. Jamás me imaginé que ese tipo de ropa luciría sugestiva. Tal vez lo hice porque creí que nadie me vería con algo como eso puesto.

Omar tampoco lo haría, me dije. Él estaba cubriendo sus ojos con mi bufanda.

Me dije que no debía olvidarlo. Puse mi camiseta sobre mi hombro. Entré al baño, retiré el maquillaje de mi cara con unos pañuelos, me apliqué una pequeña dosis de gel hidratante y después me puse la camiseta.

Luego abrí la puerta del baño. Como ya había apagado las luces del baño no sabía con qué me encontraría. Me pregunté si Omar honraría su compromiso. Aunque no podía descubrirlo, no podía quedarme allí el resto de la noche. Debía reunir el coraje que me hacía falta y lanzarme en la cama para tomar una siesta reparadora. Me hacía mucha falta.

—¿Tapaste tus ojos? —le pregunté. Quería que me dijera la verdad.

—Así es.

—¿Cómo sabré si me mientes?

—No miento. Tendrás que creer en mi palabra.

Tomé aire, caminé con sigilo por la habitación y me dirigí de prisa a la cama. Él tenía un buen argumento. No supe cómo lo hice, pero pude evadir el sofá en el que estaba Omar. Caí con fuerza sobre el edredón con el que cubriría mi cuerpo durante la noche. Al sentir un bulto en mi mano recordé que aún tenía la ropa que llevaba puesta antes, por lo que la arrojé al piso, cosa que nunca hacía. Pero en ese momento y con las circunstancias extremas que vivía, me pareció lo adecuado.

Intenté ver algo en las penumbras. Tomé mi almohada e intenté fijarme en él.

Había cubierto sus ojos. Sonreí ligeramente. Estaba contenta. Había cumplido su promesa. Me parecía que era lo correcto, que cualquier caballero haría lo mismo. Le había pedido que hiciera algo que seguramente muchos hombres se hubieran negado a hacer. Tal vez creerían que era una idiota. Pero él estuvo de acuerdo y lo hizo.

Otra parte de mí también se sintió contenta al notar que había separado sus sábanas y las había dejado sobre el reposabrazos. Solo llevaba una ligera ropa interior oscura que cubría apretadamente sus nalgas. No quería pensar en algunas partes de mi cuerpo, pero sentía que ya se tensaban por él. Mi deseo se abría paso. Paseé por sus hombros, sus pezones, sus tatuajes, sus muslos y su trasero mientras él se movía lentamente para quedar más cómodo. Aunque la iluminación no ayudaba, descubrí su pecho cincelado, el tono de su piel y la fortaleza de sus músculos.

Lo que estás haciendo no está bien, pensé, cortando mi voraz apetito visual. No debes verlo porque él no te vio.

No lo había hecho en ese momento, pero antes sí. No tenía por qué recriminarme a mí misma por verlo. De hecho, había dicho varias veces que mi cuerpo le parecía atractivo. Entonces lo observé una vez más. Y mientras lo miraba, me encontré a mí mismo cada vez más. Me pregunté si debía reconocerlo. Estaba sintiéndome... caliente por Omar.

Dejó escapar un leve ronquido. Me había costado mantenerme tranquila, y me pareció que ese sonido hacía que el poco control que aún tenía sobre mi cuerpo escapaba levemente. Entonces introduje mis dedos bajo mi camiseta. Ubiqué mi vagina con uno de mis dedos temblorosos. Sentí unos líquidos espesos y alejé mi dedo. Abruptamente me sobresalté. *Lo que haces es un pecado*, dijo la voz de mis pensamientos. Me di cuenta de que esa voz empezaba a molestarme. Tocarme no estaba mal. No afectaba a nadie al hacerlo. Nadie más debía opinar al respecto. Era mi cuerpo y yo decidía qué hacer con él. Y mi cuerpo ansiaba deshacerse de las cadenas de opresión que lo habían mantenido reprimido durante tantos años.

Entonces palpé mi vagina con dos dedos. La toqué con fuerza y moví mis caderas en dirección contraria para poder tocarme con mayor fuerza. La temperatura de mi cuerpo subía. Me sentí más segura. Comencé a sudar copiosamente. Las gotas aparecían en mi frente, bajaban por mi cuello y llegaban a mis senos. Me toqué poderosamente. Parecía que mi cuerpo lo disfrutaba más y más. Veía fijamente a Omar. Contemplaba su figura cubierta solo con esos calzoncillos. No movía mis ojos en absoluto. Parecía que me veía con deseo. Una erección comenzaba a surgir entre sus piernas.

Mis pechos se irguieron. El deseo salía de mi vagina y se adueñaba de todo de mi cuerpo. Un gemido salió de mi boca y debí cubrirla rápidamente con mi mano libre.

Omar volteó. —¿Qué dijiste? —me preguntó con voz somnolienta.

Jesucristo.

—Nada. Puedes dormirte de nuevo —dije con mi voz temblorosa. Estiró sus brazos y bostezó.

Luego giró para volver a la posición en la que estaba.

No sabía si realmente dormía o había estado despierto todo el tiempo. Tampoco sabía si al día siguiente recordaría ese episodio lujurioso. Me pregunté si se había percatado de algo, de algún detalle que pudiera delatarme.

Mientras esas dudas fatigaban mi cerebro, me preocupé por encontrar respuestas a esas posibles preguntas que podía hacerme. Le diría que sufría de insomnio y emitía ruidos extraños después de la medianoche. Que estaba tocando mi cuello porque me dolía. O que practicaba un ritual antes de dormir que incluía hacer ruidos de animales.

No podía ser honesta. La verdad era que me había tocado mientras lo veía y pensaba en su cuerpo.

Capítulo 11: OMAR

Me levanté con calma. Me sacudió la penumbra que atormentaba mis ojos, pero luego recordé que se trataba de la bufanda que había cubierto parte de mi cara durante la noche. *Tiene su aroma impregnado*, me dije mientras exhalaba. Huele a frutas frescas recién arrancadas de los árboles. El sonido del mar llegaba a mis oídos y la brisa salada acariciaba mis párpados.

Escuché otros sonidos cerca de mí. Me pregunté si ya ella había despertado. Estaba seguro de que había escuchado sus movimientos durante la noche. Imaginé que había estado rondando por la habitación, pero luego tuve un sueño sexual y no supe nada más.

—Antonieta, ¿eres tú? ¿Ya despertaste? —pregunté en voz baja para no agitarla. De todos modos, no quería mantener mis ojos cubiertos durante la mañana.

Escuché el suave sonido de su voz. —Acá estoy. Ya puedes quitarte esa bufanda.

—Estupenda noticia.

Rápidamente me quité la fina tela. Pude ver de nuevo. Estaba parada cerca de mí. Tenía una suave blusa blanca que cubría su pecho hasta llegar bajo su ombligo. La acompañaba con una falda rosa de una tela bastante delgada. Sus pies estaban cubiertos con unas sandalias color avellana. Tenía unas tiras que envolvían sus tobillos. De nuevo sentí que era un ángel caído de las nubes.

Era la realidad. Ya no estaba soñando. —Luces espléndida —susurré mientras contemplaba su figura.

Me mostró una pequeña sonrisa. —Lindas palabras. Te las agradezco —dijo, aunque le costaba hablar. Me pregunté si mis ojos ansiosos la habían molestado. También quise saber si me había ocultado algo. —Deberías prepararte. Debemos trabajar.

Exhalé largamente. —De acuerdo....

Estaba impactada por mi reacción. —Omar, vinimos a este lugar tan hermoso —dijo, remarcando cada palabra—, pero debo obligarte salir de ese sofá. ¿Te parece correcto? —Abrió ampliamente sus ojos y llevó sus manos a su cintura.

—He estado en muchos lugares hermosos. Créeme, no es el lugar lo que lo hace especial. Es la gente con la que compartes —le conté, encogiéndome mis hombros.

Bajó su mirada y tocó su falda juguetonamente. Luego mordió su labio inferior. —¿Qué te parece la gente que te acompaña en este viaje?

—Son buenas personas. Al menos la mayoría. Hay una chica en especial que me parece muy linda.

Su cara luchó para frenar una sonrisa, pero pude verla florecer ligeramente. Su rubor fue tan poderoso que sentí que su rostro explotaría.

—Bueno, será mejor que te alistes —me reiteró. Se notaba más relajada.

—De acuerdo, jefa.

Me levanté. Estiré levemente mis pies y extendí mis brazos. Solo entonces noté que seguía en ropa interior. Vio fijamente mi pene, pero luego retiró rápidamente sus ojos. Su movimiento fue inútil. Su mirada ya había pasado por mi pene sin que ella pudiera evitarlo.

Me pregunté qué estaba pasando por su mente en ese ese momento. También quería saber qué

deseaba...

Llevó su mirada hacia la ventana. La mantuvo allí y apuntó a mi entrepierna—. Me gustaría que... cubrieras... esa parte.

Me quedé inmóvil, pero no me negué a su petición. —De acuerdo.

Decidí cubrirme con una de las mantas e ir al baño. Supuse que ella no quería en absoluto que yo me vistiera, pero no iba a discutir con ella sobre ese tema, al menos en ese momento. Aún me costaba caminar porque me sentía un tanto dormido.

Oriné velozmente. Aseé mis manos, me cepillé, empapé mi rostro y luego empecé a rasurarme mientras escuchaba mi canción favorita. Antonieta tocó mi puerta. —Oye, ¿puedo entrar? Debo buscar mis artículos de maquillaje.

Retrocedí. Aún tenía la afeitadora en mi mano. Con mi mano libre tomé el pomo y abrí la puerta para que pasara.

—Muchas gracias, Omar —me dijo al pasar.

Vio detenidamente mi máquina de afeitar, un aparato ligero que me había acompañado a todos mis viajes. Después descubrió todas las cosas que me acompañaban. Se trataba de artículos masculinos para la higiene personal. Como era parte de la industria de la moda, podía contar con loción para afeitar por el resto de mis días.

Tomó cada uno de los artículos con meticulosidad. Me pareció algo muy extraño, aunque no quise pedirle que no lo hiciera. Jamás le impediría que hiciera algo que sabía que no me haría daño. También pensé que tal vez su aroma quedaría impregnado en ellos.

—Todos estos productos perjudican mucho nuestro medio ambiente —aseguró tras verlos todos.

Encogí mis hombros. —Son obsequios que me dan algunas empresas que...

Negó con fuerza con su cabeza y me interrumpió. —Es mejor comprar algunos que sean costosos, pero salven a nuestro planeta.

—Cariño, no puedo ser altruista ni llegar a tu altura. Eres una persona excelente. Me superas en todo.

Estaba sorprendida. —Omar, he cometido muchos errores, pero creo que, si todos ponemos un granito de arena, las cosas pueden mejorar. Debemos empezar por algún lado porque si no lo hacemos, perderemos todo lo que tenemos —afirmó, abriendo ampliamente sus ojos.

Me pregunté quién se creía que era. Yo jamás pensaría en empezar a actuar como cristiano o convertirme a esa religión. Era una persona con principios diferentes. —Son unas lindas palabras —le dije.

—Salvar nuestro hogar va más allá de las palabras lindas.

Por todos los cielos. No había nada que la convenciera de que algunas personas podían hacer daño. Para ella, todos los seres humanos eran bondadosos. Me molestaba, pero también me agradaba. Recordé que yo también tenía algunas virtudes, aunque obviamente no sobresalía por ser un modelo a seguir. Era un caballero. Eso estaba claro. Pero también había alejado a muchas chicas por mi comportamiento. Había tenido sexo casual en muchas ocasiones. Además, solía tomar unos cuantos tragos en mis noches libres. Y muchos asuntos que a otros pudieran parecerle importantes, como el cuidado del planeta a mí me resbalaban. No me hacía falta que una chica me lo echara en cara. Muchas ya lo habían hecho y no me habían cambiado.

Reinicié mi aseo personal. —Creo que mejor dejamos el asunto hasta aquí —le dije respetuosamente. Ella también se enfocó en sus asuntos.

Antonieta y yo estuvimos listos unos diez minutos después. Ella tomó sus cosas y yo busqué

mis implementos de trabajo. Bajamos y vimos a las chicas. No hacían absolutamente nada, salvo ver sus cuerpos y regodearse de ellos, además de tomarse fotografías.

—Buenos días —saludó Antonieta. —Supongo que ya están preparadas para el excelente día que tendremos.

Patricia y Francis sonrieron cortésmente. Daniela, en cambio, resopló y me vio. Su expresión demostraba que sacaría a Antonieta del país si pudiera hacerlo

Antonieta ignoró su reacción. Me sentí contento de que lo hiciera. —Excelente, chicas. Como la señora Torres me indicó que debía encargarme de nuestro recorrido, decidí que hoy visitaremos un mercado local. Allí podré comprar algunos productos e ingredientes necesario para nuestros siguientes rodajes.

—Tomaré algunas fotografías en ese lugar —dije, levantando mi mano e interrumpiéndola.

Todas estuvieron de acuerdo, incluso Daniela. Al principio de mi carrera, las modelos no salían a la ciudad si no tenían su maquillaje a la mano. Pero en los últimos años, como se tomaban tantas fotografías en cualquier momento, decidían buscar ese maquillaje al salir, para ver primero la luz del lugar y decidir cuál era el más adecuado.

—Estupendo —dijo Antonieta. —Salgamos entonces. —Su alegría estaba incrementándose

Salimos todos, uno tras otros. Cuando Patricia y Francis se percataron de que habían dejado algunas de sus cosas, regresaron a la posada antes de que nuestro auto emprendiera el camino. La revista *AutoEstima* había asignado un chofer para cada uno de nuestros paseos. Para ese primer recorrido, las chicas iban adelante. Antonieta y yo nos sentamos en los asientos traseros. La vi nuevamente y comprobé que estaba muy feliz. Era la primera vez en muchos años que estaba al lado de una persona que sonreía tanto al ver un paisaje. Su sonrisa me iluminaba y me sentí feliz por ella. También me agradaba cómo se expresaba al dar instrucciones. Era como nuestra lideresa. Esperaba que obedeciéramos sus firmes instrucciones.

Poco tiempo después llegamos al mercado local que Antonieta había mencionado. A fin de cuentas, el lugar era pequeño y no había más de una hora de distancia entre un punto y otro.

El chofer apagó nuestro auto. Vimos las pequeñas tiendas, cada una más diminuta que la anterior. Todas eran de madera. Era evidente que eran negocios familiares. En cada una había un joven vendedor, generalmente acompañado de su padre, su madre o ambos. Era una imagen totalmente distinta a la de los mercados de Las Garzas. Allí las tiendas eran más grandes y tenían varios empleados. Además, en nuestra ciudad esos puestos estaban patrocinados por grandes empresas. Afortunadamente la revista nos había entregado muchos billetes y monedas griegas. Las tarjetas de crédito no eran aceptadas en ese mercado.

Me detuve en la entrada para poner una lente distinta en mi cámara. Las modelos entraron ansiosamente a los pasillos del mercado. Antonieta fue tras sus pasos. Al ver el lugar me pareció que era una estupenda locación. No había nada de cortinas de colores intensos ni equipos costosos de iluminación. Todo era natural. Tal vez podría tomar algunas fotografías para el nuevo portafolio que quería organizar. Me emocioné al pensar en esa posibilidad.

Antonieta estaba ya en uno de los puestos. Veía con atención algunos empaques. Desde la distancia aparentaba que los paquetes contenían frascos de aceite de coco local. Charlaba alegremente con el vendedor. Vi las caras de felicidad de ambos. Sonreían como si se conocieran desde hacía muchos años. Tenía un nuevo amigo, aunque solo había conversado dos minutos con él. Comencé a caminar detrás de las modelos y me acerqué a ella.

Fue inevitable. Tomé mi cámara para tomarle una foto y conservar ese momento. Entonces se percató de lo que había hecho. —¿Me tomaste...?

—¿Una foto? —dije para completar su frase. —Así es. Era mi obligación.

—¿Vas a pedir que la publiquen?

—No. Solo quiero guardar esa imagen tan artística y hermosa. —

Vi que sus mejillas empezaban a ruborizarse. —Son una linda pareja —dijo el vendedor, quien nos sonrió y nos vio con calma.

Antonieta se apresuró para responder. —Nosotros no somos....

—Son una linda pareja —repitió para zanjar el asunto.

Ella tomó aire y levantó sus hombros. Estaba un poco nerviosa, pero era evidente que no tenía la intención de discutir con alguien que acababa de conocer. Entonces me percaté de mi propia reacción. No estaba molesto porque una persona creyera que era el novio de una chica. Me pregunté qué rayos estaba sucediéndome. No entendía qué sucedía con mis pensamientos. Parecía un hombre distinto. Era la primera vez que eso me sucedía.

Antonieta compró algunos frascos de aceite en el pequeño puesto. ¿Habría sido por vergüenza o porque realmente pensaba que era un producto de calidad?, me pregunté, pero no tenía la respuesta. Continuó caminando y llegó a otra tienda. Su falda se levantó ligeramente por el viento. Tomé mi cámara nuevamente. Capturé ese momento también.

Detuvo sus pasos. Volteó y me vio fijamente—. Muy bien, Omar. Te dejaré tomarme fotos, pero solo si me permites verlas —dijo mientras cruzaba sus brazos.

—Trato hecho —respondí mientras extendía mi cámara para que observara las imágenes.

Vio las fotos con calma. Su piel casi rozaba la mía. La temperatura era alta. Era la primera vez que nos acercábamos tanto. Me parecía que su presencia aumentaba los grados. Era como si mi anatomía ansiara que ella se aproximara más y más. Levantó su mirada y dijo: —Todas son preciosas.

—Pero no lo son porque yo las tomé. Lo son porque tú estás ahí —le aseguré suavemente.

Me vio fijamente. Vi que su rostro empezaba a mostrar una expresión, pero me costaba entender lo que intentaba decir. Cuando se sintió debilitada por mis palabras, su cara cambió por completo y volvió a mostrarse como antes.

Se alejó de mí—. Supongo que es la primera vez que fotografías a una mujer de mi peso —dijo.

Eso sonó incómodo. —No tienes que decir eso —le dije—. Sabes que soy fotógrafo y....

—Lo sé perfectamente —dijo, interrumpiéndome. Su actitud me dejaba claro que intentaba construir una barrera a su alrededor para que yo no me acercara más. —Eres fotógrafo y siempre trabajas con chicas distintas a mí. Son fotografías de mierda.

Enmudecí al ver que volteó y avanzó para llegar a la próxima tienda.

Comenzar a trabajar en la fotografía había sido mi decisión, pero cuando la tomé, era más joven e inmaduro. Además, me hacía falta ganar dinero. Por otro lado, la industria textil y de la moda, especialmente la de ropa interior, prefería trabajar mayoritariamente con jóvenes delgadas. Antonieta no tenía razón, al menos en parte.

Pero por otro lado... había algo de verdad en sus palabras. Sabía que yo ganaba dinero al mostrar cuerpos que prácticamente no existían. Las imágenes editadas de las modelos no correspondían a la realidad. Las mujeres no merecían eso. Yo era una polea más en la impresionante máquina de tortura femenina en la que se había convertido el mundo de la moda. Las chicas rellenas eran las más afectadas.

Por todos los cielos. No me gustaba que me plantearan argumentos como ese. No esperaba que Antonieta lo hiciera. Ciertamente: no era el mejor hombre del mundo. Ya lo había aceptado. Había

vivido momentos difíciles. Ahora solo quería relajarme, aunque fuese temporalmente. Me pregunté si era inadecuado desear calmarme un poco en lugar de estar planteándome ese tipo de preguntas. De hecho, no esperaba que nadie lo hiciera. Solo quería que me fuese bien. Eso era todo.

Pero Antonieta había despertado mis fibras—. *Supongo que es la primera vez que fotografías a una mujer de mi peso*”. Escuché las voces altas de los vendedores anunciando sus ofertas, pero la voz de Antonieta se hacía más fuerte en mi cerebro.

Así era. Nunca lo había hecho. Pero estaba seguro de que lo haría muchas veces. Antonieta estaría conmigo, por lo menos unos días más. Estaba seguro de que vendrían muchas más fotos.

Capítulo 12: ANTONIETA

Pasé el resto de la tarde haciendo un gran esfuerzo para revisar los productos que vendían en los puestos. Debía comprar los que me parecieran mejores para el rodaje siguiente. Adquirí muchos, pero sabía que debía regresar a la posada para comprobar que fuesen de calidad.

Pero solo podía pensar en la frase que le había dicho a Omar en el pasillo. Me costaba concentrarme. Me parecía un sujeto agradable, pero estaba segura de que no podía avanzar con un sujeto de ese tipo. Y evidentemente, no era cristiano. Me parecía que no podríamos compaginar ni llegar a ningún lado. Había sido sincera, pero algo me inquietaba. ¿Lo había dicho porque estaba convencido de eso o porque estaba molesta por lo que sentía por él?

La pregunta estaba ahí.

Cuando salimos del mercado fui con las modelos y Omar a nuestro siguiente destino. No cruzamos palabras. Su brazo tocaba ligeramente el mío mientras íbamos en el auto. Hacía tanto calor que incluso él se había despojado de su chaqueta de cuero para refrescarse. No me sentía arrepentida. En condiciones normales lo habría hecho rápidamente, pero había algo en la personalidad de Omar que me convencía de que debía ser firme y no dar mi brazo a torcer tan fácilmente.

Nos acercábamos a nuestro punto de llegada, por lo que no pude continuar pensando en lo que había pasado. Era un acuario. Los delfines eran la especie más numerosa del lugar. Había indagado previamente, por lo que pude descubrir que la organización encargada del establecimiento había logrado cambios positivos tanto para la zona en la que estaba ubicado como para el medio ambiente.

Imaginé que las modelos no estarían de acuerdo al enterarse de que ese sería nuestra segunda parada, pero no lo hicieron. Lucieron animadas y sonrieron alegremente. Tal vez todo el mundo se sentía feliz al saber que tendría contacto con delfines. Igualmente, me impresionó la reacción de las chicas.

Fui detrás de ellas, acompañada de Omar. Paré para saludar a los empleados. Les informé que habíamos llegado para hacer un reportaje para la revista *AutoEstima*. Nos llevaron a la piscina en la que estaban los delfines. Conversaban con nosotros efusivamente.

—Guao —dijo Patricia con ojos llorosos. —Qué hermoso. ¡Es muy hermoso! —dijo levantando sus brazos. —No sabes cuánto te lo agradezco, Antonieta. No puedo evitar llorar —confesó al girar y verme, con sus ojos ahogados en llanto.

Francis empezó a hablar luego. —Mis animales favoritos son los delfines. No entiendo cómo lo descubriste.

—¡No lo sabía! —reconocí, aunque estaba contenta por su reacción. —Simplemente quise traerlas porque esta organización está haciendo una excelente labor y quiero mostrársela al mundo. Ojalá ustedes disfruten esta visita. Sé que lo harán.

Sentí que podríamos llegar a ser amigas, a pesar de que veníamos de mundos distintos. Se abalanzaron sobre mí para abrazarme.

Tras separarnos, miré la cara de Daniela. Su expresión indicaba el asco que sentía por mí.

Empecé a pensar que no soportaría más su comportamiento y estallaría, pero me dije que un

cristiano no haría eso. Me dije que debía tratarla como esperaría que me tratara a mí.

Esperaba darle una lección. En lugar de darle una respuesta airada, sonreí ligeramente y me reservé mi molestia.

Omar se acercó y se detuvo justo a mi lado. Si bien no sabía si estaba enojado, puso su boca sobre mi oreja para decirme algo. —Mejor ignórala. Ella no merece que te molestes.

—Lo sé. Estaba pensando lo mismo —le dije en voz baja.

Asintió. Abrió su boca para agregar algo, pero moví mi cabeza al ver que las chicas estaban quitándose la ropa. Quedaron en bikini y se acercaron a la piscina.

Omar tomó su cámara. Empezó a tomarles fotografías.

Sentí que no podía hacer nada para detenerlas. —Espero que recuerdes que vine para mostrar al mundo cómo ayudan al medio ambiente en este lugar. No las traje para que les tomes fotos en traje de baño.

Encogió sus hombros y humedeció su boca. —Entiendo, cariño, pero son estas fotos de chicas en bikini las que venden revistas. Por otro lado, Atrevidas quiere mostrar sus trajes de baño más recientes. Recuerda: estamos aquí por trabajo. Así que, si me disculpas... —dijo, y giró para seguir tomando fotos.

—Pero eso está mal —le dije—. Vinimos el día en el que el acuario está cerrado al público porque quieren que mostremos una buena imagen de ellos ante el mundo.

—Cosa que vamos a hacer —respondió, dando por concluido nuestro debate. —Y además, nos ganaremos nuestro dinero. No creo que eso esté mal.

Recordé que debía desterrar alguna expectativa romántica que tuviera con Omar. —Supongo que tiene que ver con el dinero, Omar. Tal vez no hay una causa más importante que te atraiga. —Tomé aire y agité mi cabeza.

Él también tomó aire y cerró sus ojos. —Está claro que no sabes mucho sobre mí. No entiendes el valor que le doy al dinero. Te pido que no finjas que me conoces muy bien —dijo, al tiempo que ponía su cámara sobre su pecho.

Entonces caminó hacia el borde de la piscina. Incluyó su cuerpo para tomar fotos de las modelos. Ellas sonreían y yo veía a los delfines nadando sin preocupaciones. A diferencia de mí, que estaba preocupada por miles de cosas.

Capítulo 13: ANTONIETA

Las chicas se bañaban. Omar les tomaba fotografías. Yo usé mi tiempo para conversar con los empleados del acuario. Quería saber más del lugar para usar esa información en el reportaje. Los trabajadores me contaron sobre los productos locales y los lugares turísticos de la zona. También me sugirieron algunos restaurantes. Uno de ellos me dijo en voz baja cuáles eran las playas secretas que le gustaban. El personal había sido extraordinariamente gentil. En pocos minutos ya había olvidado mi molestia con Omar por su actitud.

Y si los empleados no me hubiesen hecho olvidar, igualmente lo habría hecho por la docena de delfines que nadaban cerca de mí.

Patricia y Francis se despidieron de ellos besando tiernamente sus narices. Se secaron, se vistieron de nuevo y retornamos a nuestra camioneta.

—¿Y ahora adónde vamos? —me preguntó Francis mientras peinaba su cabello suavemente.

—Vamos a una playa de la que he oído excelentes comentarios. Hasta donde sé, es hermosa como ninguna otra. No habrá ningún turista. Es un lugar privado. Les daré algunos de los productos que compré en el mercado en el que estuvimos para que se vean radiantes. ¿Qué les parece?

—¡Estupendo! —gritó Patricia.

Aparentemente ya tenía dos amigas, aparentemente, aunque Daniela me aborrecía sin motivo y a Omar le desagradaban mis opiniones. Al menos me había ganado el cariño de las chicas.

Intentaría olvidar mi molestia con las buenas noticias que recibía. Y luego intentaría estar bien con Omar y Patricia.

Unos segundos después llegamos a la playa. Los rayos solares caían sobre nuestros cuerpos. La luz llenaba el paisaje y despertaba nuestros sentidos. Era una playa hermosa, limpia y cristalina. El azul era tan intenso que me pareció que no era real. Pero allí estaba, colmando mis ojos con tanta belleza natural. Una imagen estupenda que solo había visto en fotos retocadas ahora aparecía frente a mí.

Las chicas llegaron al borde de la playa. Omar, en tanto, se quitó sus zapatos. No entendía por qué. Aguardé a cierta distancia. Él no giraría para hablar conmigo. La única forma de que alguien me abordara era que quisiera preguntarme qué sucedía conmigo. Pero nadie lo haría. Y aunque lo hicieran, no se los diría ni lo descubrirían. De hecho, yo tampoco lo sabía. Mi mente se había convertido en un laberinto.

Puso sus zapatos a un lado y luego se levantó. —Es hermosa, sin duda —susurró., al ver la playa. Luego silbó. —Te felicito por elegirla.

Sentí algo de vanidad y recordé que un cristiano no debía experimentar eso. —Muchas gracias —le contesté con humildad. Caminamos para alcanzar a las modelos por un sendero entre palmeras.

Caminamos por los espigados árboles sin decir nada. Una vez que llegamos al borde de la playa, Omar abrió su boca: —Mil disculpas. Por lo que dije en el mercado. No debí decir eso.

—Acepto tus disculpas —le contesté. —También me disculpo por ser como soy. Una persona tan... exigente.

Negó con su cabeza. —Eso no es cierto. Simplemente notas las virtudes de cada persona y esperas que las muestren siempre. Pero eso no está mal.

Era el comentario más gentil que alguien había hecho sobre mi personalidad. Sentí que mi pecho se inflamaba por sus palabras. Tal vez sonaba hermoso porque él lo decía con suavidad. Supuse que incluso si me indicara las instrucciones para preparar una pasta mis piernas habrían flaqueado.

Estoy en problemas, me dije.

Al llegar finalmente a la playa me acerqué a las chicas. Saqué los productos que había comprado. Aceite de coco, champú orgánico, gel de vitaminas y cremas hidratantes. Se los apliqué en sus cuerpos. Ya estaban de nuevo en traje de baño.

Di unos pasos para quedar sobre la arena y ver el resultado de mi trabajo. Se veían espectaculares, aún más de lo que generalmente lucía. Los productos que les había aplicado las hacían ver como diosas indígenas. Estaba contenta. Muy satisfecha.

Omar estaba cerca de las chicas. Levantó su cara—. Impresionantes” dijo al ver sus rostros. Estaba impactado. Empezó a tomar algunas fotos.

Era lógico que pensara que se veían bien. Pero no pensé que eso sucedería. A fin de cuentas, todos las consideraban preciosas... Solo me costaba entender por qué sentía algo de celos.

Omar, sin embargo, siguió hablando. —Antonietta, te felicito. Has hecho un gran trabajo.

Aunque no me hacían falta esa clase de cumplidos porque estaba satisfecha con mi trabajo y tenía claro por qué hacía lo que hacía, las palabras de Omar habían causado un shock en mi alma. Sentí que estaba bajo su poder. Él podría moldearme a su antojo y hacer conmigo lo que quisiera. Mis celos se evaporaron en cuestión de segundos.

Las chicas se veían en sus pequeños espejos. Querían comprobar si el maquillaje se veía bien. Hasta Daniela bajó levemente la guardia. Se acercaban a mí y hablaban en tono suplicante. Me felicitaban y me pedían que les revelara mis secretos. Pero Omar las detuvo, recordándoles que debíamos filmar para aprovechar la luz sola que caería durante la tarde. Aunque me sentía satisfecha por sus cumplidos, era consciente de que decía la verdad.

Desfilaron por el borde de la playa, las palmeras, el agua. Ví en otra dirección al notar que sus poses se hacían cada vez más provocativas. Era como una especie de violación de sus intimidades. También me pareció que solo con verlas estaría cometiendo un pecado. Me pregunté si actuaba como una chica anticuada en cuanto a las mujeres o si debía modernizarme, pues a fin de cuentas esas fotos no solo iban dirigidas a las chicas que lucían esa ropa sino a los hombres que en teoría la adquirirían para obsequiárselas a sus novias o esposas.

Tras pasar un rato esquivando a las chicas, Omar me hizo un gesto desde el borde de la playa. Ví que estaba agachado y tomaba una fotografía de Francis. La cámara enfocaba exclusivamente sus senos. Ella estaba doblada y el agua la mojaba.

—Antonietta —dijo—. Por favor, acércate.

—¿Para qué?

—Acércate —reiteró.

Me incorporé, me deshice de mi toalla y fui a su encuentro. Al llegar, Omar les pidió a las chicas descansar. Les dijo que tomaran agua, pero no de la playa. Exhalé profundamente.

Las chicas caminaban hacia la parte más seca de la playa. Omar se puso de pie. —¿Entonces? —le pregunté.

—Quisiera fotografiarte.

—¿Otra vez?

—Las fotos que te tomé eran excelentes, ¿cierto? —dijo sonriendo.

Tenía razón. —Sí, pero no esperarás que posaré como las modelos

—De acuerdo —dijo mientras asentía. —Solo sé tú misma.

Avancé para adentrarme en la playa. La brisa levantó mi falda. Antes de que pudiera bajarla, Omar me fotografió.

—Gira —me indicó. —Y contornea tu cuerpo.

—No entiendo —le dije al tomar mi falda. Me atreví a subirla.

—Quiero que hagas formas con tu cuerpo para que crees líneas y se acentúen tus curvas.

Intenté entender lo que me pedía. Puse mis caderas hacia la izquierda, mi cintura hacia la derecha, recliné mi espalda y levanté mis brazos. Sentí que me impulsaba para empezar a volar. Estaba moviendo mi cuerpo para 'crear líneas'. Decidí tomar aire, cerrar mis ojos y abrir mi boca. Era como si estuviese sola en el mundo. Lo único que me hacía falta era él.

Escuché el obturador de su cámara.

Aguardé la siguiente foto, pero no oí nada. Solamente podía escuchar el sonido de las olas. Mis oídos se llenaron después de un silencio abismal.

Entonces abrí mis ojos.

Vi a Omar de pie, a unos cuantos metros. Sus ojos estaban fijos en mí. Parecía que no había nadie más que yo. Tenía su cámara en su mano. No me apuntaba con ella.

En lugar de ver el mar o las modelos, solo me veía a mí.

Entonces sentí vergüenza. Cubrí mi pecho con mis manos. —¿Qué sucede? —le pregunté. Empecé a experimentar algo de timidez repentinamente.

Negó con su cabeza, pero guardó silencio. Se veía impactado. Aparentemente un auto lo había atropellado y yo no me había percatado.

—Nada —dijo finalmente. Sentí que había pasado un año. —Solo déjame....

Ese fue el final de su frase. Se aproximó. Vi sus dedos llenándose de arena porque no tenía zapatos. Su larga cabellera se agitó con el viento. Caminó lentamente. Podría tocarme si quería, halar mi cuerpo, lanzarme sobre la arena. El sol podría ser testigo de nuestro apasionado encuentro. Ya estaba a solo unos pasos de mí.

Entonces me di cuenta. Me percaté rápidamente. Yo tenía ganas de que él hiciera algo fogoso como eso. Estaba muy claro. ¿Sería bueno o malo para mí? No lo sabía. No había manera de saberlo.

Omar, sin embargo, solo puso unos suavemente en mi rostro. Sentí la delicada caricia de sus dedos sobre mi mejilla. Llevé mi mentón hacia adelante, esperando que avanzara. Presionó ligeramente mi cara.

Allí estaba su mano, acariciando mi rostro. Empecé a sentirme ansiosa. Sabía que era lo que anhelaba.

Un segundo después, sus dedos tomaron un mechón y lo ubicaron detrás de mis hombros.

—Tenías un rizo sobre tu cara —susurró. Luego volvió a la posición en la que estaba.

Mi pecho latía aceleradamente. Pensé que saldría por mi garganta y caería en la playa, pero no fue así.

Yo simplemente no le gustaba. Era una fantasía creada por mi mente. Para él, se trataba de un trabajo. Él no quería estar conmigo. No había sentido un deseo como ese en ningún momento. *Esta es una consecuencia de dejarte llevar por hombres como él*, me recriminé. *Ellos te hacen daño*.

Había otra pregunta que no salía de mi mente. No entendía por qué estaría interesado en una chica rural como yo si podía acostarse con las chicas más atractivas del planeta. Y yo sabía la

respuesta. No lo estaba. Solo lo creí. Me había convertido en una idiota y mis sentimientos estaban desolados. Había sido tan estúpida que solo me percaté de las intensas ganas que tenía de empezar algo con él cuando entendí que no llegaríamos a ninguna parte. Había sido una tonta.

—Haz las poses que estabas haciendo —me pidió desde su lugar. Su cámara me enfocaba de nuevo, pero ya yo no quería posar.

Se había ido la chispa. Intenté repetir esas poses, pero ya no podía. Él continuó fotografiándome, pero éramos conscientes de que no volvería a verme como antes.

Una vez que Daniela culminó su receso, se acercó a nosotros. Vio que Omar tomaba otra fotografía, y otra, y otra. Levantó sus cejas cuidadosamente maquilladas. Imaginé que diría algo mordaz, una frase horrible sobre la poca aptitud que tenía para modelar, algo como 'sube tu cara' o 'deberías pararte mejor'.

Pero no mencionó nada de eso. Nunca me hubiera imaginado que diría las palabras horribles que dijo.

Vio a Omar. Se acercó a él. —Mi amor, ¿qué rayos haces? Eres un fotógrafo experto. Imagino que ya sabes que a las gordas no les agrada que les tomen fotos. Eso solo les muestra lo feo que son sus cuerpos. Si yo fuese ella, tomaría todas mis fotos y las quemaría sin pensar —dijo.

Al escucharla, sorprendente y tristemente mi cara se llenó de lágrimas.

Capítulo 14: OMAR

Unos segundos después de escucharla pude entender la cagada que había salido de la boca de Daniela.

Me parecía absurdo que se hubiera referido de esa forma a Antonieta, una mujer inteligente, talentosa y radiante. Además, era una chica que nos contagiaba con su alegría y con unas curvas estupendas. Prácticamente le decía que no fuese tan hermosa. Era como pedirle a un jugador de fútbol que no intentara hacer goles. Definitivamente, no podía, o no debía haber expresado esa opinión.

Entonces reaccioné y me percaté de que realmente había soltado esas frases. Perdí los estribos inmediatamente.

—¿Qué carajo dices, Daniela? Anda a comer mierda —le solté, con mis ojos ardientes por la furia.

—Oye, sabes que no puedes tratarme de ese modo —indicó mientras veía sus manos. —Y no estoy mintiendo. Omar. Me parece que estás perdiendo tu tiempo. ¿No ves que es una ballena?

Estaba muy cerca de Daniela. Estaba satisfecha por su cuerpo y se veía contenta por sus palabras. —Te aseguro que jamás podrás tener ni siquiera la mitad de la belleza que ella tiene. Pídele disculpas. Hazlo ya o voy a obligarte —dije. Mi respiración se agitó.

Terminé de hablar y noté que Antonieta había empezado a llorar. Su mirada estaba quebrada por el dolor. Daniela volvió a verme. El odio se notaba en cada facción de su rostro.

—Eso no va a suceder —aseguró Daniela. —Todas las chicas gordas deben escuchar la verdad, aunque parezca cruda. Solo así podrán manejar correctamente sus vidas, tener hábitos saludables y perder el peso que deben perder para tener calidad de vida. Es la verdad.

Debía controlarme, porque si no lo hacía, atacaría a una de las modelos más conocidas en el mundo. Y una de las más adineradas. Sería el fin de mi carrera. La molestia nublaba tanto mi mente y el resto de mis sentidos que empezaba a marearme.

Entonces escupí la arena, muy cerca de la pierna de Daniela, y la vi fijamente. Volteé y caminé de prisa para alcanzar a Antonieta. Al estar más cerca, escuché sus frases desconsoladas. —No tienes que hacer nada, Omar. Voy a estar bien, como siempre.

—Déjame ayudarte.

—Te llevaré a otro sitio para que te sientas cómoda, ¿te parece? —le pregunté. Puse mi brazo sobre su espalda para que se sintiera resguardada.

Su cara se llenó de dudas, pero un momento después asintió. —De acuerdo —me dijo, con un tono tan bajo que apenas pude oír.

Caminamos por el borde de la playa. Patricia y Francis nos seguían de prisa. Imaginé que no habían visto nada, porque nos gritaban para preguntarnos qué había sucedido, pero no deseaba regresar para contarles toda la historia. Tal vez Daniela estaba preparando su versión, si bien me costaba entender qué otra versión podría usar para disfrazar su atroz comportamiento.

Antonieta estaba sobre mi hombro. Continuaba llorando. Al terminar el camino de la playa retomamos el corto trayecto hacia la salida.

Me di cuenta de que no podríamos tomar la camioneta que nos habían asignado. Las chicas no

nos acompañaban. Si ellas, que valían millones de pesos, no estaban allí, no podríamos subir, pues seríamos responsables si les pasaba algo. Sus seguros de vida eran costosísimos. Pero tampoco quería quedarme aquí para que las cosas volvieran a la normalidad. No sabía cuánto tiempo tardaría eso. —Carajo —susurré.

Sin embargo, fuimos afortunados. En ese momento de incertidumbre un pequeño auto rústico pasó. Excelente, pensé. Escuché el ruido de su pequeño motor y al fondo el sonido de su diminuto equipo de sonido.

Hice algunos gestos para que el conductor nos viera. Se acercó a nosotros alegremente, pero llegó tan rápido y manejó de una manera tan imprudente que pensé si debíamos subir o no. Tuvimos que hacerlo finalmente, pues no teníamos más opciones.

Estiré mi brazo para que Antonieta subiera sin contratiempos al alto auto. Yo subí después. El asiento trasero era pequeño y nuestras piernas se juntaron. Me molesté al ver que estaba teniendo una erección. *Este no es el momento oportuno*, me recordé. Si bien habíamos pasado buena parte del día sentados en la parte trasera de una camioneta, era la primera vez que estábamos casi adheridos el uno al otro.

Debes calmarte, me dije.

—¿Puedes llevarnos a algún lugar donde podamos pasarla bien y tomar algunos tragos? —le pregunté al chofer.

El conductor, aunque todavía dudaba si era un piloto de avión por la velocidad que llevaba, levantó la palma de su mano para indicarme que había escuchado mi pregunta. El rústico aceleró nuevamente.

Aunque Antonieta y yo no dijimos nada más en el camino, nuestras piernas continuaron frotándose. Ella no hizo un esfuerzo para alejarse ni siquiera un poco, por lo que una chispa de deseo se encendió en mi pecho.

Moví mi cuerpo como pude para tomar dos pañuelos que tenía en mi chaqueta y se los cedí a Antonieta. Quería ayudarla a calmarse.

Tras pasar por varias calles el chofer se estacionó frente a una pequeña casa. Ciertamente—, casa” era un término que la describía muy bien. Aparentemente no había nadie en esa cabaña hecha de paja y madera. Había cadenas de luces de varios colores colgando en el techo. Me pareció que era una excelente idea pasar un rato en un lugar como ese. Quizás lo más apropiado era estar en un sitio alejado y solitario. Antonieta sintió pena rápidamente. Tal vez no quería que la vieran llorando.

Le entregué unas monedas o extendí mi mano para que Antonieta pudiera salir. —Te debemos una —le dije a nuestro conductor.

Por fin había parado de llorar tras el episodio con Daniela. Bajó y vio el lugar.

—¿Qué lugar es este? —me preguntó, recobrando el tono habitual de su voz y su escepticismo.

Sonreí y la vi. —Honestamente, no lo sé. Mierda, no sé nada sobre este sitio. Espero que esa mala palabra no te moleste.

—No me molesta. —Seguramente le habría molestado cualquier otro día, pero después de lo que había pasado, decidió tomar aire, secar su mejilla y sonreír.

Escuché el chillido de la puerta al entrar.

El lugar era un poco más grande de lo que nos había parecido. La fachada nos había engañado. Conté nueve mesas, algunos mostradores pequeños, algunas sillas, una pequeña tarima para una banda y una pista de baile en la que cabían solamente algunas parejas. Una especie de réplica pequeña de un parque de diversiones. Pero en ese lugar, a diferencia de los grandes parques de

ese estilo, no había ruido. La banda tampoco tocaba ninguna canción. Los músicos Tomaban alcohol y fumaban cigarrillos de vieja data.

Guié a Antonieta para que nos sentáramos a una mesa. Alejé su silla para que tomara asiento. —¿Te gustaría tomar algo? Va por mi cuenta —le dije, pero recordé inmediatamente que era cristiana. —Oh... Tal vez no tomas alcohol.

—No suelo tomar alcohol y menos a esta hora, pero hoy haré una excepción. Quisiera un vaso de whisky —respondió. Exhaló profundamente.

—Perfecto.

Caminé de prisa para llegar a la barra. La camarera era una señora de más de ochenta años que aparentemente no podía moverse. Volví con un whisky y una cerveza.

—Tu trago —le dije—. Te sugeriría un brindis, pero no creo que sea buena idea. —Puse el vaso frente a ella.

Escuché su risa. Tomó su whisky y sorbió largamente. —Parece que la señorita Antonieta Salas es una pecadora más —dije. Luego sonreí.

Abrió sus ojos de par en par. —Conozco la ley. No hay nada ilícito en tomar licor si tienes más de dieciocho años. Tengo veintitrés. No estoy violando la ley.

Estaba en shock por su edad. —¿Veintitrés? —le pregunté—. Yo tengo veintisiete.

—Bueno, ambos somos adultos —contestó ella con una pequeña sonrisa.

—Ya lo sospechaba —dije, y probé mi cerveza.

Noté que la tristeza abandonaba la mirada de Antonieta. Hicimos una silenciosa pausa. Vi el techo y luego retomé la conversación. —Lamento lo que sucedió en la playa con Daniela. Solo puedo decir que fue una cagada.

Antonieta levantó su mano para detener mis palabras. —No, no te preocupes. Debo buscar la manera de tener un temperamento más fuerte. Me entristezco por cosas insignificantes. Fue mi culpa.

—¿‘Cosas insignificantes ‘? —dije con ironía. —Cariño, tu diplomacia me asombra. Daniela dijo cosas muy ofensivas y falsas.

Hundió su mirada en su vaso. —Exacto —dijo en voz baja Antonieta, aunque no se escuchaba muy segura.

Toqué la muñeca izquierda de Antonieta. No iba a permitir que eso terminara de ese modo. Ella se fijó en mi mano. —Antonieta, Daniela no entiende un carajo de belleza. Eres una mujer muy hermosa.

Supuse que retiraría mis dedos, pero no hizo ni dijo nada. Unos segundos después abrió su boca. —He tenido mucha confianza en mí misma y, sí, autoestima —me contó. —Siempre ha sido así. Aun en internet, muchos seguidores hacen comentarios desagradables, pero reaccioné tranquilamente. Para mí, el peso de mi cuerpo representaba la fortaleza de mi espíritu. Sin embargo, al entrar en contacto con este mundo por mi trabajo para la revista AutoEstima, siento que las críticas ahora son más perversas. Creo que nunca seré una buena persona.

—Claro que sí. Me pareces una excelente persona —afirmé.

—Gracias, Omar, pero....

—Los demás tienen una idea errónea sobre ti. Solo dicen lo que dicen porque se detestan a sí mismos y quieren contagiar a los demás de su odio. Sus cerebros están llenos de prejuicios y concepciones del siglo pasado. Espero que esa mierda no te afecte. La opinión que tienes sobre ti misma no puede basarse en las ideas de los demás.

Negó con fuerza con su cabeza. —Omar, no se trata solo de la concepción que pueda tener

sobre mí misma. Me pregunto cómo trabajaré con todas estas chicas delgadas si están tan convencidas de que soy una ballena que no quiere hacer ejercicio. Piensa en mi labor, mi futuro.

—Antonieta, haces un buen trabajo para que el mundo mejor. He presenciado tu trabajo de difusión de causas nobles. He visto cómo te preocupas por el medio ambiente y tu relación con tus seguidores. Puedes influir en ellos mucho más de lo que haría cualquier persona para que nuestro planeta sea un lugar mejor para todos —le indiqué mientras presioné su muñeca con algo de fuerza. EL color de su piel se tornó rosa por mi movimiento.

Giró para ver mis ojos. —Tú también podrías hacer un cambio. Podrías fotografías a chicas gordas para que luzcan ropa de Atrevidas. —Sentí que no quería retomar ese tema. Me frustré un poco.

Pero ella insistió. —Es cierto, Omar. Yo hago mi parte. Tú también podrías hacerlo. Podrías marcar un camino importante para lograr un cambio.

Por todos los cielos. Yo sabía que ella decía la verdad. Tras hacer una pausa abrí mi boca. —Muy bien. Voy a ver qué puedo hacer. Tal vez me den una patada en el culo, pero debo esforzarme.

—Sé que tomarás la decisión correcta. Omar, de antemano te lo agradezco. —Sonrió ampliamente.

Recliné mi cuerpo. Me alegraba que ella se sintiera contenta nuevamente. —De acuerdo —le dije—. ¿Y ahora qué hacemos para que te sientas mejor?

Puso su mano en su barbilla mientras pensaba. Después contempló la tarima. —Se me acaba de ocurrir algo —dijo, sonriendo nuevamente.

Se levantó rápidamente y se dirigió al escenario. Conversó con los músicos por un momento y después me invitó a acercarme con su mano. Me pregunté qué rayos planeaba hacer.

—Omar, la banda tocará algo para nosotros. Ven, por favor.

—¿Cómo dices?

Abrió ampliamente sus ojos. —Querías saber cómo podría sentirme mejor. Permíteme decirte que amo bailar. Ellos van a interpretar una canción.

Mierda. —No soy muy bueno para eso —le respondí. Pudo haber pensado en otra cosa que no fuese bailar.

—Eres afortunado. Soy una estupenda bailarina y puedo enseñarte.

Supuse que podría hacerlo por las armoniosas caderas que tenía.

En mi mente puse las cosas en una balanza. Por un lado, podría rozar el cuerpo de Antonieta y animar su día con ese baile. Por el otro, sería el hazmerreír de todo el bar.

Tenía un inmenso deseo de estar cerca de su cuerpo. Era una necesidad incontrolable. Anhelaba acariciar sus hombros, saborear los movimientos de su vientre, apretar sus senos contra mi pecho. De todas maneras, no había mucha gente que pudiera reírse de mis pasos alocados de baile. Realmente sería el hazmerreír si no bailaba con ella, la chica más hermosa que habían contemplado mis ojos. Entonces me incliné por la primera opción.

Me levanté de mi asiento y fui a la pequeña pista. —De acuerdo —dije con recelo. —Pero no esperes mucho de mí.

—Por favor —dijo—. Te explicaré cómo hacerlo. —Sonreía de felicidad.

Era como si no hubiera ocurrido nada. Era increíble que pudiera sentirse tan contenta, pues la realidad que había vivido podía haberla derrumbado, hasta el punto de molestarla enormemente o caer en la más profunda depresión. Era una mujer fuerte. Ese era el adjetivo que la describía perfectamente. En solo unos minutos había dejado de llorar desconsoladamente a iluminarme con su sonrisa.

Me vio fijamente. Me transmitía seguridad con su mirada. Al estar frente a ella, quedé inmóvil.

Tomó mis manos para que la abrazara por su cintura. —Pon tus manos aquí —me dijo en voz baja.

Supuse que haría pocos movimientos y sus manos se convertirían en puños. Ella seguramente querría bailar de forma muy recatada, como si estuviéramos en una boda de personas adineradas. Pero eso no era lo que sucedía. Empezaba a moverse animadamente. Sujeté su cintura y comencé a sentir la curva que llegaba a su culo. Por todos los cielos. Deseaba con todas mis fuerzas tomar mis nalgas con cada mano y palparlas con todas mis fuerzas.

Afortunadamente no podía leer mi mente. —Muy bien —dijo.

Se puso unos centímetros más cerca. La distancia entre nosotros era muy pequeña, tal vez más pequeña de lo que debería para empezar nuestro baile, pero eso en lugar de enojarme me emocionaba. Sus dedos alcanzaron mis hombros.

Apenas podía oírla. —Estupendo —dijo en voz baja.

—¿Y ahora? —le pregunté. Bajé mi cara para ver sus labios, aunque no sabía realmente por qué lo hacía. Me pregunté si era para besarla.

Ya había estado cerca de hacerlo, o eso supuse, cuando había estado tomando las fotos en la playa. Había estado cerca de sus labios. La fotografiaba, pero luego llegó Daniela y nos salpicó con su mierda. Me pregunté por qué una chica tan noble y con principios cristianos tan profundos se interesaría en besar a un patán como yo. Yo conquistaba a las chicas rápidamente, pero eso no quería decir que algo así pasaría con ella, y menos tras las conversaciones que habíamos tenido. Mis dedos habían tomado su cabello, pero me dije que todo estaba en mi mente.

Entonces reprimí mis deseos de besar sus labios, aunque eran bastante poderosos. Ella era humilde, cristiana y recatada. Ahora estaba allí, en el medio del bar, sintiendo una vez más ese deseo, pero mis pensamientos continuaban siendo los mismos. Si me apresuraba, estaría cometiendo un grave error. Entonces encarcelé mis ansias y dirigí toda mi atención hacia mis pasos de baile.

—Solo sigue mis movimientos —sugirió en voz baja. Levantó su mano para que los integrantes de la banda tomaran sus instrumentos y se prepararan para la canción.

En unos segundos los músicos arrancaron con la canción. Nuestro baile comenzó. El sonido era muy alto y creí que el techo se derrumbaría.

Mejor dicho, *el baile de Antonieta* comenzó. Yo intentaba emular sus pasos. Mis pies hacían lo que hacían los suyos, y mis caderas intentaban copiar los movimientos de las suyas.

—Vaya, tienes talento —dijo en voz alta.

—No lo tengo. Solamente estoy haciendo lo que tú haces —le contesté con firmeza.

Sonrió y sus ojos vieron el techo. El sonido de mi corazón se hizo más fuerte que la canción. Vi su cabello caer sobre su pecho.

Capítulo 15: ANTONIETA

Omar y yo bailamos de un modo tan mágico que creí que esa canción había sido escrita para nosotros.

Era un poco rígido, pero pudo soltarse rápidamente. Aunque se había quejado bastante, tenía destrezas para el baile.

Estaba desarrollando sus aptitudes.

Bailamos y nos concentramos tanto en nuestros movimientos que no nos percatamos de las miradas atentas de la gente que se había aglomerado en el bar. Después supuse que se habían acercado por la intensa música que salía del lugar, pero eso no me preocupaba. Lo que en realidad me inquietaba era que sentía que sus labios se desesperaban por darme un beso. Me agitaba la mirada profunda y la expresión de lujuria en su cara.

Unos segundos después las personas comenzaron a bailar alrededor de nosotros. Las parejas bailaban con dinamismo y me pareció que sus cuerpos se agitaban animadamente con el compás de la música. Había electricidad en el ambiente. El sonido era cada vez más poderoso y Omar estaba cada vez más relajado. Giraba mi cuerpo, se acercaba a mí y luego me retiraba unos centímetros. Sus movimientos ágiles me entusiasmaron más y más. ¿Es posible que un hombre que 'es malo para el baile' haga todas esas cosas?, me pregunté.

Al ser una chica rellena siempre había sentido desconfianza al momento de llegar a lo físico con un hombre. Podía lastimarme en la cama por algún movimiento de mis brazos o piernas. Creía que mi peso podía representar un serio inconveniente. Incluso me había preocupado al momento de subir al vehículo rústico, porque creí que nuestro chofer no podría manejar por mi peso, pero no fue así. Al recordarlo me sentí más cómoda y segura de mí misma. Y se lo debía en parte a Omar. Había hecho todo lo posible para hacerme sentir mejor.

El baterista anunció con gritos, ya que obviamente no tenía micrófono, que como se hacía de noche el bar cerraría en unos minutos. Todas las parejas aplaudimos fervorosamente y luego tomamos asiento de nuevo. Los acordes de la música se apagaron.

Omar tomó una servilleta para secarse el sudor que rodaba por sus mejillas.

—Me encantó —confesó. —Creo que es la primera vez que la paso tan bien.

—¿En serio?

Asintió agitadamente. —De hecho, creo que la paso muy bien cada vez que estamos juntos —dijo. Me mostró una sonrisa atrevida.

Lo vi fijamente y sonreí con ligereza. Mis mejillas se ruborizaron, acentuando el rojo intenso en mi cara por los movimientos del baile.

—Creo que también la paso muy bien contigo —reconocí.

¿Cómo te atreves a reconocerlo?, me dije mentalmente en voz alta.

Vi que la alegría de Omar se extendía por toda su cara. Uno de los clientes del bar nos vio y levantó su voz. —¡Son una pareja muy hermosa!

—No, en realidad... —dije titubeante—. él y yo....

Otro cliente me interrumpió. —¡Por favor, chicos!

Omar les pidió alejarse con un gesto de su mano. —Caballeros, se equivocan. Ella y yo....

Pero empezaron a hablar al unísono y no pudimos decir nada más. —Que se besen, que se besen —pedían todos. Giré y vi que Omar se mordía su labio inferior. Las paredes se inundaron con el eco de sus voces llenas de algarabía.

—La única forma de callarlos es besarnos —dijo—. También podríamos salir de aquí. Dime qué haremos.

Aunque tenía claro qué quería hacer, las palabras no salían de mi boca. Estaba nerviosa. Me quedé congelada por mis pensamientos.

—Hay que complacer a la gente. Debemos darles lo que piden —aseguré.

Omar abrió ampliamente sus ojos—. Que se besen —continuaban pidiendo los clientes” a viva voz. Sentí que ya era suficiente.

Bajó sus dedos para alcanzar su cintura, el mismo lugar en el que me había sujetado cuando bailamos en el centro del bar. En un instante, solo un instante, movió su cara y su boca chocó con la mía. Me besaba dulcemente. Me haló hacia él para que quedáramos más cerca.

Correspondí su acción, impulsando mi boca para atrapar la suya y llevando mis manos a sus mejillas para demostrarle que esperaba que continuara. Sentí su respiración cálida y entrecortada. Las personas empezaron a aplaudir, pero mi mente se enfocó en el beso que él estaba dándome. Los latidos de su corazón se incrementaban con cada segundo. Era obvio que ambos deseábamos besarnos. Seguramente lo habíamos querido desde el momento en el que nos conocimos.

Retiré mi cara y me distancié un poco. Estaba asombrada de mi atrevimiento. Me pregunté si realmente había besado a un hombre porque un grupo de desconocidos me lo habían pedido. En otras ocasiones había besado a algunos chicos, pero habían sido besos muy cortos, en un parque o un cine. Además, nunca lo había hecho frente a una multitud de desconocidos. Esa fue la parte más osada. Al besar a Omar, creí que mi ansiedad era más fuerte que la suya, porque siempre había estado convencida de que, si nos besábamos, inevitablemente haríamos el amor. El lugar había quedado en silencio.

Omar estaba callado también. Jamás hubiera imaginado que no haría un comentario irónico después de hacer algo así. Comenzó a hablar con su voz quebrada. —Puedo pedirle al chofer del rústico que venga a buscarnos —dijo finalmente.

Asentí. —De acuerdo —dije. El hecho de saber que mi beso lo había asombrado tanto como a mí me relajó un poco.

Tomó mi mano para salir. Ambos queríamos estar en un lugar más calmado. Al dirigirnos a la puerta, noté que la multitud que antes nos vitoreaba se había evaporado. Ya no había nadie en el bar.

—Admito que ese beso me pareció... —dijo, pero luego se quedó en silencio.

—Lo sé.

—Oye, Antonieta....

—Dime.

—Eres la mujer más hermosa y sensual que he besado — dijo. Me veía fijamente y al levantar sus cejas me di cuenta de la expectativa que sentía. —Espero que no te moleste si te digo que quisiera volver a besarte —dijo después.

Estaba tan emocionada que no podía articular una respuesta racional y coherente. En lugar de eso solo pude responder con una frase.

—De acuerdo.

Ya lo había besado, aunque lo había conocido hacía poco tiempo, y ahora iba a permitirle que me besara nuevamente. Sentí que el ambiente del Mediterráneo estaba afectándome. ¡Jesucristo!

Entonces vi un vehículo rústico acercarse. Omar lo saludó con su mano en el aire.

Regresamos a la posada, nuevamente sentados en el asiento trasero. Nuestras piernas chocaban, al igual que durante el trayecto hacia el bar, pero a diferencia de ese viaje, él acarició mi muslo, dibujando círculos lentamente. Esperaba que continuara moviéndose, pero no quería emparar mi butaca. Eso sería muy incómodo.

Finalmente arribamos a nuestra posada. —Entonces... —dijo Omar. —¿Qué haremos ahora?

Me pregunté qué quería realmente. Si solo quería acostarme y simular que no había sucedido nada. Convencerme de que debía continuar mi vida como si continuase siendo la chica pura de siempre. Tomé aire mientras pensaba.

También podría ver qué sucedía después. Me sorprendí al decidir esa opción.

Pensé que como aún teníamos nuestros trajes de baño, no habría necesidad de mojarnos sin nada de ropa. No creía que me atreviera a dar ese paso. —¿Qué te parece si vamos al jacuzzi? —le pregunté.

—Estupenda idea —dije, y sonrió alegremente.

Me tomó de nuevo de la mano. Avanzamos de prisa por el exterior de la posada y llegamos al jacuzzi. Estaba a unos pasos de la gran piscina, pero a diferencia de esta, cabían solo dos personas.

Estaba comfortable con mi cuerpo y con la idea de que la gente me viera en traje de baño, pues a fin de cuentas cualquier mujer lucía bien en la playa, según mi criterio. Esa idea de 'chica perfecta' era solo una construcción de la industria de la moda que yo no creía. Sin embargo, tuve ciertas reservas al ver el espacio. Saber que sería Omar el único que me vería representaba algo distinto. Me daba temor. De todos modos, quería ver su pecho desnudo, como había sucedido mientras dormía en mi habitación. Si quería lograrlo, tenía que renunciar a esos miedos.

Tenía una ventaja. Usaba uno de los trajes de baño que había comprado en la tienda de Elisa. Era un bikini azul intenso que llegaba hasta mi cintura en la parte inferior y una parte superior que se ceñía con fuerza a mis senos. Había ocultado ese atuendo casi todo el tiempo. Y lo hacía por mi temor. Pero sabía que debía estar segura de mí misma. Ya ni siquiera sabía muy bien por qué seguía sintiendo ese miedo.

Levanté mi blusa. Pude escuchar el gemido de Omar. El sonido fue muy leve, por lo que apenas pude escucharlo en medio de las burbujas del jacuzzi. Vio mis senos fijamente, pero luego apartó la mirada. Quería mostrarse como un caballero. De todas formas, ya vio mi cuerpo semidesnudo, recordé.

Sin embargo, esta situación tenía otro matiz. No se topaba conmigo sin conocerme, en un camerino, llenándose de vergüenza porque podía ver mi cuerpo. Ahora estábamos juntos porque yo quería y estaba dispuesta a asumir las consecuencias, aunque pudieran ser desagradables.

Luego me despojé de mi falda. Cayó al piso y levanté mis manos. Ya no trataba de disimular su fascinación. Volvió a verme, ahora descaradamente.

—Vaya —susurró. —Es un lindo traje de baño. Se ve hermoso porque tú lo usas. Es un bikini muy afortunado —dijo.

Sonreí. —Gracias. —Quería parecer chistosa, pero mi voz sonaba tan nerviosa que el resultado era otro distinto. Te toca —le dije.

Noté que él se percató, pero no le dio mayor importancia. Más bien lucía contento por producir ese efecto en mí.

Desabrochó los botones de su camisa lentamente. Eran solo dos o tres, pues ya se había desabrochado el resto durante el paseo. Luego se despojó de esa camisa, la lanzó al suelo e hizo

lo mismo con sus zapatos. Tomó aire, se quedó inmóvil por un momento y se retiró sus vaqueros, que también quedaron en el piso.

Vi su pequeño traje de baño. Era negro y se adhería a su piel, por lo que vi lo abultado y sugestivo de sus formas. Podría pasar el resto de mi tarde fantaseando con esas formas deliciosas. De hecho, podría hacerlo el resto de mi vida. Por Dios...

Terminaba el silencio entre nosotros y las miradas pervertidas que ambos habíamos arrojado sobre nuestros cuerpos cuando abrió su boca. —Entremos —me pidió.

Asentí. —Sí. Ya quiero bañarme.

¿Realmente quería bañarme?, me pregunté, pues no tenía la certeza de que quisiera hacerlo. Sin embargo, al ver su sonrisa malévolamente y su expresión de deseo, definitivamente quise hacerlo.

¿Qué rayos estaba haciendo? ¿Qué poder estaba dirigiendo mis acciones? No lo sabía, pero en realidad no me importaba. Atreverme un poco me encantaba. Me pareció que la temperatura era alta, pero eso no evitó que disfrutara el agua tibia del jacuzzi. Llenó mi cuerpo y lo refrescó por completo, especialmente mis muslos y mi vagina.

Ambos tomamos aire al ver que nuestras pieles se mojaban con el agua y las burbujas se arremolinaban frente a nuestras caras. Había agua sobre nuestros hombros, que agradecían el baño tras el agotamiento del avión, el trabajo en la playa y los bailes en el bar.

Vi su cabello largo y su cara mojada y sentí que era un ángel enviado directamente del infierno. Me pregunté si estaba mal que una chica como yo pecara con él. —Antonietta... —me dijo, mientras la temperatura del agua subía ligeramente.

—Dime....

—Quisiera saber más de ti —confesó. —Lamentablemente no sé mucho sobre tu vida.

Pensaba que diría algo sugestivo, pero en vez de eso hizo una pregunta que mostraba su interés por mí. Un interés sincero que iba más allá del sexo. Su interrogante me había conmocionado. Como no sabía qué responder a su abrupta pregunta, fui por lo seguro.

—Bueno, lógicamente ya sabes lo que hago para vivir. Mis padres están vivos, por lo que me siento feliz. Además, tengo a Valeria, mi hermana. Es pastora y es la mejor hermana que puedo tener. Todos ellos son muy importantes para mí. La familia es un valor primordial en mi vida. Mis creencias espirituales también lo son. Además, he dedicado buena parte de los últimos tres años a hacer videos profesionales para internet, algo que me encanta. El resto de mi tiempo lo uso para ayudar a organizaciones de caridad. En realidad, mi vida no es muy interesante.

—Guao. Sí creo que es una vida emocionante —dijo mientras asentía.

—No lo creo —le dije. Los cumplidos del Omar y la temperatura del agua hacían que me ruborizara rápidamente.

—Claro que sí —dijo—. Creo que eres demasiado humilde para reconocerlo. Cuéntame de tu apoyo a las organizaciones de caridad.

Podía responder sin dudas a esa pregunta. —Bueno, colaboro con el preescolar de mi iglesia, trabajo como voluntaria en el refugio local de animales cuando tengo tiempo. Además, apoyo a entidades del Gobierno que ayudan a personas sin hogar, pobres y con discapacidades. Y cuando tengo tiempo horas libres, apoyo a otras organizaciones que requieran ayuda. Hay mucha pobreza y necesidades en la zona en la que vivo. De hecho, hace poco dicté un curso para mujeres jubiladas que querían saber cómo lucir presentables para tener una entrevista para un empleo de medio tiempo. Les obsequié algunos productos de empresas que siempre me regalan muestras de sus artículos. Me encantó ver sus rostros iluminados de alegría. Me divertí mucho. La verdad es que a todos en mi familia nos gusta mucho ayudar.

Creí que estaba jactándome, cosa que no quería hacer. Simplemente anhelaba expresar lo mucho que me gustaba hacer lo que hacía. Entonces paré mi discurso.

Él frenó mis pensamientos con sus palabras. —Estoy impresionado por todo lo que haces. Creo que es la primera vez que conozco a una persona tan apasionada y emocionada de ayudar a los demás.

Reclinó su cuerpo y posó sus brazos en la orilla del jacuzzi. Giró para ver el cielo. Estaba engalanado con las estrellas y la luna, que se mostraban majestuosas ante nuestros ojos.

Permanecí inmóvil, sin decir una palabra. Solo pensaba que quería que nuestro baño nunca finalizara. Me había hecho sentir bien tanto en mi exterior como en mi interior. Estaba feliz. Además, Omar estaba frente a mí y experimentaba la misma sensación.

—En Las Garzas no podemos ver el cielo de este modo —dijo—. Hay mucha iluminación. En mi antigua ciudad sí podía ver las estrellas. Vinimos aquí porque mi madre quería dejar atrás su pasado. Y sus cuantiosas deudas. Llegamos a este país cuando yo tenía diez años.

Me costaba creer que se abriera de eso modo, pero le prestaba mucha atención a cada frase que decía.

—Cuando vinimos, no teníamos documentos. No teníamos opción. Las autoridades lo supieron y comenzaron a buscarnos, pero antes de que nos encontrarán ella se casó con un imbécil. Lo hizo solo para que le dieran sus papeles. El tipo era un delincuente. Tal vez traficaba drogas.

Le costaba continuar. Movié su cabeza. Quería tomar su mano y decirle algo, pero supuse que pensaría que sentía lástima por él.

—Cuando cumplí once años entré a un hogar sustituto. Una de las directoras, una mujer muy dulce y trabajadora, hizo los trámites para que me dieran mis documentos. Ya estaba legal. Sin Lucía, no estaría aquí. Soy lo que soy gracias a ella. Al llegar a la mayoría de edad, me revelaron que mamá se había convertido en adicta y había reincidido varias veces. Sinceramente, siempre pensé que eso sucedería. Nunca logró dejar las drogas. Hace un año, la vencieron. Murió... de una sobredosis.

Empecé a hablar sin saber exactamente lo que diría. —Omar, no sabes cuánto lo lamento. Es una historia terrible. Eres un hombre muy valiente. —Me costaba respirar.

Sonrió y me vio fijamente. —Me he visto obligado a hacerlo. —Vio las estrellas otra vez y volvió a ver mi cara. —Es la razón por la que no me drogo. Y también es la razón por la que me enfado mucho cuando Daniela me ofrece alguna de esas mierdas. Soy consciente de que, si me inyecto, aunque solo sea una vez, podré convertirme en un adicto o morir por una sobredosis como mamá.

Noté que una solitaria lágrima caía por mi mejilla. La sequé de prisa. No quería llorar por un dolor que no era mío.

Omar no sentía vergüenza por lo que me había contado ni se sentía humillado por mi reacción. De hecho, se acercó a mí.

—Tranquila —dijo en voz baja. —Es un gesto muy lindo de tu parte, pero no tienes que llorar por mí. Todo eso quedó atrás. Yo me siento bien. Además, te has convertido en una de las pocas personas del planeta que conoce mi historia y entiende por qué soy tan rudo, a pesar del trabajo que tengo. —Su tono sonaba más calmado.

—No eres rudo.

—¿Te parece? No entiendo por qué piensas eso —le indiqué. —Sabes muy poco sobre mí.

—Creo que ya sé mucho sobre ti —dijo, levantando sus cejas.

Guardé silencio un rato. Tras esa pausa, abrí mi boca para responder. —Sí, tal vez tienes

razón.

Capítulo 16: ANTONIETA

Una vez que reconoció que ya nos conocíamos más, sentí un cambio en el ambiente. El aire se sentía más ligero. Parecía que ya había nada que nos separara y el agua se hizo más refrescante.

—¿Te gustaría subir? —le pregunté. Luego me di cuenta de que sonaba como una idiota. Quería sonar divertida, pero lucía cada vez más nerviosa. No entendía por qué actuaba de ese modo.

Omar, sin embargo, le restó importancia de nuevo a mi comportamiento. —Claro —dijo—. Iré adonde me pidas. —¿Qué rayos creará que sucederá cuando subamos?, me pregunté.

Salimos del jacuzzi lentamente. Tomamos nuestra ropa del piso. Pasamos por las puertas giratorias, subimos la escalera y entramos a nuestro dormitorio. Las chicas estaban en sus cuartos o el gimnasio. Dejamos el suelo empapado con nuestras gotas.

Pasamos a la habitación. Omar dejó su ropa en una esquina. Tomó la bufanda que le había proporcionado antes. La puso entre sus dedos y la agitó juguetonamente.

—Entra al baño si lo deseas —me dijo—. Mientras, voy a buscar alguna ropa seca para ti.

—Te lo agradezco —contesté. Había dicho 'ropa seca' en vez de decir 'ropa para dormir'. No pude evitar sonreír por su vocabulario.

—Mientras espero, cubriré mis ojos con tu bufanda.

Tuve mis dudas, pero al final pude responder. —De acuerdo.

Sentí que mi corazón empezaba a latir con más fuerza. Repetí mi acción de la noche anterior: busqué en mi equipaje algo que me pareciera especial y adecuado para el momento. Luego pasé al baño, cerré la puerta y exhalé profundamente mientras cruzaba mis brazos.

No podía creer lo que sucedía. Me pregunté qué rayos estaba haciendo. Había sido pura toda mi vida y en ese momento...

¿En ese momento qué?, me pregunté.

No veía que fuese adecuado continuar con una castidad que ya lucía obligatoria. Antes sí había tenido sentido, cuando simplemente me unía alguna ilusión pasajera o un sentimiento fugaz a los chicos que habían sido mis novios. Los veía más como unos lindos amigos que como parejas. Omar, sin embargo, había desatado la pasión dentro de mí. Y solo había una manera de acabar con esa ansiedad que sentía. Había podido evitar acostarme con alguien porque no quería hacerlo. Eso, no obstante, ya no estaba sucediendo.

Valeria, además, me había asegurado en un millón de ocasiones que no era un delito tener relaciones antes del matrimonio. Ella era una guía espiritual, una consejera reconocida. Seguramente su juicio era más adecuado que el mío. Ciertamente, Omar y yo no habíamos compartido poco tiempo juntos y no podía estar segura de que lo amaba, pero era evidente que estábamos conectados. Sabía que jamás me lastimaría, al menos no a propósito. Él me parecía un hombre agradable, con buenos sentimientos. No me gustaba mucho su trabajo, o, mejor dicho, el área en la que trabajaba, pero al defenderme ante Daniela me convenció de que solo tomaba esa clase de fotografías por dinero.

Ya era una mujer adulta, con coraje y libertad para hacer lo que me pareciera mejor. Era consciente de mi cuerpo y me gustaba. Aunque no lo había notado, ya había tomado una decisión.

Decidí dejarme llevar por la opinión de mi corazón. Era la misma opinión y deseo de mi cuerpo.

Busqué las prendas de vestir y me las puse. Era un conjunto de lencería que había comprado en la tienda de Elisa. Era negra y delgada. Lucía mucho mejor que la ropa mal cosida y de aspecto barato de Atrevidas. El sostén tenía medias copas y sus bordes mostraban algunas pequeñas olas. La parte inferior era ceñida y se unía por unos finos tirantes que abrazaban mi vientre.

Vi mi cuerpo en el espejo. Mis hombros estaban adornados con mis cabellos.

Mi imagen era la de una adulta. El conjunto se adhería a mis curvas y las resaltaba. Y ya mis senos se habían levantado y tornado de un intenso color rosa. Aunque me pareció increíble, lucía como una mujer. Además, estaba empezando a empaparme en mis zonas bajas. Tomé aire y salí del baño rápidamente. Creí que no había vuelta atrás. Iba por el camino correcto.

—Omar....

—Dime... —respondió. —Puedes salir. Tengo la bufanda.

Estupendo, pensé. No tenía más ropa que el conjunto de lencería. Terminé de abrir la puerta del baño. Vi que estaba sentado en el sofá. Sus piernas estaban cruzadas y sus ojos cubiertos. Los latidos de mi corazón eran tan fuertes que me costaba oírme.

—¿Puedes quitártela? —le pregunté.

No se movió. —¿Cómo dices? —Su cuerpo reflejaba sus dudas.

—¿Puedes quitártela? —le reiteré.

Con calma, con extrema calma, volteó para verme, escuchando mi frase para saber dónde me encontraba. Sus pies se separaron del sofá y llegaron al piso. Después puso sus manos en su cráneo para quitarse la bufanda. La tela bajó y cayó sobre sus dedos.

Tragó grueso. Empezó a respirar con dificultad.

—En el nombre de Dios —dijo, con su garganta quebradiza. Me gustaba mucho cómo se oía esa palabra en su boca. Entonces decidí no recriminarlo por usar el nombre de Dios en vano.

Se levantó y avanzó para acercarse a mí. —Antonieta Salas, eres una mujer muy atractiva.

Cuando estuvo a unos pasos de mí, se congeló. Pareció que una pared que yo no podía ver le impedía caminar más.

Puse mis manos en mi cintura. Gruñí ligeramente y me llené de valor para tomar la palabra. —Omar, sabes que soy cristiana. No suelo comportarme de este modo. Eso lo tengo muy claro. Conoces mi humildad y mi sencillez.

Asintió. —Lo sé perfectamente.

—Pero... algo en mí ha cambiado recientemente. Creo que me siento distinta desde que estamos juntos. Lo sentí desde que te vi por primera vez. Si no disfrutamos este momento estaríamos desaprovechando una linda oportunidad que nos regala el cielo.

Vi cómo sus ojos se encendían, pero hizo silencio. Separó sus labios, pero no dijo nada.

Yo sí seguí hablando sin parar. —Lo que intento decir es que me gustaría estar contigo. Tener una relación física. Honestamente, nunca he estado con un hombre. Y también honestamente, creo que no sueles tener relaciones con chicas que no... han estado con hombres. De todos modos, quiero hacerlo. Si estás de acuerdo, me gustaría que lo hiciéramos.

Mordió su labio inferior y empezó a hablar... o intentó hacerlo. —Antonieta, yo... bueno, yo....

Empecé a tener dudas. Estaba costándole demasiado hablar. Y estaba muy nervioso.

—No tenemos que hacerlo si no lo deseas —comenté. —Olvidaremos este asunto y continuaremos como si nada hubiera pasado.

—No se trata de eso —me aseguró. —Me gustaría esperar hasta mañana.

—Claro que sí —le dije, con mi garganta ya quebrada por el dolor. —Está bien.

—Voy a dormir —le dije—. Me gustaría que te pusieras tu bufanda otra vez. —Esperaba que mi cara no revelara la tristeza que sentía.

Asintió y vi el pesar en su mirada. —De acuerdo.

—Te lo agradezco.

Subí a mi cama. Cubrí todo mi cuerpo con una manta para que no viera que lloraba.

No había manera de simular que nada había ocurrido o que algo más estaba sucediendo. Se había negado a estar conmigo. No había querido hacerme el amor. Lamentablemente, hombres como él no deseaban tener relaciones sexuales con chicas vírgenes. Había visto mi cuerpo en ropa interior, conocido mis sentimientos, pero se había negado a poseerme.

Ese tipo de hombres solo deseaban tener sexo con modelos delgadas y esbeltas como Daniela. Incluso había dicho que habían tenido relaciones. No había razones para que se acostara con una chica inexperta y recatada como yo. Ciertamente, ese beso fue maravilloso, pero tal vez no quería acercarse más porque no quería lastimarme. Tal vez me veía como un objeto muy frágil. Me pregunté por qué la virginidad estaba cubierta con ese halo estigmatizante. Por qué si por fin me atrevía a pedirle a un hombre que me hiciera el amor, me veía como una persona contaminada por mi castidad, en lugar de verme simplemente como una mujer avara.

Usé mi almohada para cubrir mi rostro y estuve en silencio mientras lloraba. Sentí que alguien había clavado un puñal en mi pecho y había destruido mi corazón. No podía hacer nada más que dormir y levantarme al día siguiente. Tenía la esperanza de que ninguno de los dos hiciera un comentario al respecto. Deseaba pasar el resto del viaje en calma. Incluso pensé que debía ir a la parte baja a dormir. Si me iba al sofá no sentiría los vestigios del deseo que quedaban en mi cuerpo. Tenía un intenso deseo de gritar, pero no lo hice.

Decidí dejar eso para la noche siguiente. Me encontraba muy cansada. Tanto, que al cabo de unos minutos ya estaba dormida. Mi llanto había llenado mi cara con mi maquillaje.

Cuando me levanté horas después, empezaba a amanecer. —Antonietta —dijo Omar.

Abrí mis ojos. Estaban entumecidos por el sueño.

Pronunció mi nombre una vez más. —Antonietta, por favor despierta.

Apenas entraba algo de luz, por lo que aún me costaba ver. Como pude abrí mis ojos por completo, aunque una densa neblina todavía se dispersaba por mi mirada.

—¿Ya debemos empezar a filmar? —le pregunté. Luego me quedé en silencio. Y sentí ganas de dormir otra vez.

—No. Pero me gustaría que... te sentaras.

Me incliné para quedar más cómoda. Me pregunté qué estaba sucediendo, pero estaba somnolienta y no quería preguntarle. Froté mis ojos para retirar las ganas que tenía de continuar durmiendo. Al extender mis brazos y ver por fin el dormitorio, la sorpresa que me encontré me dejó sin palabras.

Él había puesto pétalos de rosas, velas y ostras. Mi nariz se inundó con el aroma de flores que aportaban los pétalos. Omar también había cerrado las cortinas, pero una tenue luz solar entraba finamente por ellas. De todos modos, las velas aportaban la suave luz que necesitaba para verlo.

—Omar, dime qué sucede —le pedí en voz baja. —Por favor, explícame.

Se desplazó para ubicarse sobre el borde de la cama. Sus piernas estaban cerca de mis pies. —Antonietta —me dijo con suavidad. —Sé que anoche me pediste que... hiciéramos *eso* que querías hacer. Me negué, pero esa no era mi intención. Lo hice porque quería preparar algo especial para tu primera vez. Cuando vi que estabas dormida, salí en silencio, busqué todas estas

cosas y preparé una comida especial para nosotros.

Me indicó la mesa de noche. Vi que había preparado tostadas, tocino y jugo de naranja.

—Supuse que te parecería una idea muy linda. Si crees que podemos prolongar el romance esta noche, haríamos lo que me pediste —dijo.

Negué levemente con mi cabeza. Omar bajó su cara. Estaba frustrado, pero quiso simular velozmente que nada pasaba. —Vaya... —dijo repentinamente. —Disculpa. Creí que....

Avancé para tomar su brazo y empecé a hablar. —No se trata de eso, Omar. Intento decirte que... no podré esperar hasta la noche. Todo esto es muy, muy lindo, y....

Era evidente que no comprendía lo que intentaba decirle. Me vio fijamente. Estaba confundido. Decidí mostrarle mis deseos con toda sinceridad. Solo así me comprendería y yo superaría definitivamente mis temores.

—Quiero que hagamos el amor —le confesé finalmente. —Quiero que lo hagamos ahora.

Entonces se acercó, levantó mi cuerpo y me besó apasionadamente en la boca. Esa frase había bastado para que comprendiera todo.

Capítulo 17: OMAR

Desde el momento en el que la conocí, imaginé ese mágico momento. Sinceramente, a pesar de que en ese momento no nos conocíamos, se había molestado bastante por mi irrupción en el camerino y lo raro de ese primer encuentro, a partir de ese momento sentí que sí tendríamos lindos momentos y nos apoyaríamos mutuamente.

Había tenido relaciones con muchas chicas alrededor del mundo. Siempre había sido sexo de una noche. Al estar con ella, no obstante, sabía que tendría una experiencia distinta, más emotiva. Si bien no significaba que sería el hombre de su vida, el que estaría para siempre con ella, aunque tenía ganas de serlo, tenía el deseo de demostrarle que no debía tener miedo de estar íntimamente con alguien, que no era un pecado sino un momento para disfrutar plenamente. Sería su primera vez. Y mi objetivo era que Antonieta tuviera una primera vez muy íntima y maravillosa. Pero lo que más quería era que se divirtiera.

Al separar mis labios de los suyos, comencé a hablar. —Empezaré a tocar tu cuerpo. SI no te gusta lo que hago, pídemme que pare.

Le costaba respirar. —¿Qué dices? —me preguntó confundida.

Me detuve a pensar por un instante. Después contesté su pregunta. —Solo tendrás que usar una palabra: puede ser... maní.

Antonieta sonrió ligeramente. —De acuerdo. Diré maní si quiero que pares.

Entonces calló y besé cálidamente su mentó. Desplacé las mantas y me encontré con su cuerpo casi desnudo. Por todos los cielos. Solo tenía lencería. Su cuerpo era una escultura. Ansiaba moverme por él con calma para detenerme en cada curva, en cada fibra. Debía demostrarle que me gustaba. Que era una mujer espectacular.

Sin embargo, no sabía cómo iniciar. Podía hacer tantas cosas que no me decidía por ninguna. Finalmente comencé por la parte superior de su anatomía. Quería calentarla para que estuviera ardiendo cuando me encontrara con sus muslos. En ese momento ya estaría excitada y preparada para recibirme.

Volví a besarla. Su boca recibió la mía. Deslicé mi lengua por sus labios y esperé su reacción. Recibió mi beso con desesperación. Sentí la suavidad de su comisura y la agilidad y curiosidad de su lengua. Podía quedarme allí dos horas más y sería feliz. Pero tuve que moverme, aunque no quería, para encontrar su lóbulo izquierdo con mis labios.

Escuché su leve suspiro. Noté que se calmaba lentamente. Íbamos muy bien.

Bajé para llegar a su sien. Besé varias veces su cuello dorado por el sol. Cada beso era sugestivo y lento. Chupé delicadamente su piel y la mordí, pero de forma muy leve. Luego mis dientes se clavaron con más fuerza. Sabía que dejaría mi rastro en su piel. Ella podría recordar que habíamos hecho el amor, que no era un sueño, con esa evidencia física, esa huella de mis dientes en su cuerpo. Era exactamente lo que quería hacer.

Sujetó mi rostro para guiarlo hacia su piel. Lamí con intensidad su pecho. Noté que estaba inflamándose y enrojeciéndose con el paso de mis dedos. Algunas zonas de mi cuerpo también estaban reaccionando de esa manera. Pero sabía que debía contenerme. El placer que yo sentía no era la prioridad. Era Antonieta y su primera experiencia sexual. Escuché cómo gemía.

Tras saborear sus labios, su cuello y la parte alta de su pecho, mis dedos alcanzaron ligeramente sus senos.

—Quisiera quitarte el sostén —le revelé suavemente.

Aceptó. Llevó su pecho adelante para que yo me acercara a su espalda y desabrochara el sostén. Esperaba disfrutar el momento, por lo que lo bajé con suma calma. Tras varios segundos deslizando el sostén, lo retiré por completo. Me encontré con sus senos rellenos y sus pezones rojizos y erguidos.

Con uno de mis dedos toqué uno de sus pezones. Parecía necesitado. Lo palpé con suavidad. Me di cuenta que era la primera vez que alguien la tocaba así. Ni siquiera ella misma se había complacido de ese modo. Lo supe cuando escuché otro gemido que salía de su boca.

—Dime si te gusta.

—Me encanta —susurró.

Llevé mi índice derecho al lugar en el que estaba mi pulgar. Ambos pulsaron su pezón delicadamente. —¿Y esto te gusta?

—También me encanta —me dijo. El tono de su voz era más débil.

Tomé sus dos pezones al mismo tiempo. Se movió bajo mis manos. Alzó sus caderas sin querer. Parecía un animal salvaje. No controlaba su cuerpo. Dejé una mano sobre uno de sus senos. Puse mi boca para besar el otro. La chupé como había hecho con su sien.

Tenía su seno aún en mi boca. —Voy a hacerte el amor, Antonieta Salas —le aseguré.

Cerró sus ojos. Vi la expresión que emergía en su rostro. Estaba excitada. Su boca se abrió ampliamente.

—Omar....

Subí mi cara para verla. —Dime —le pedí.

—Quiero que me toques —me pidió suplicante.

Anticipaba lo que diría si le hacía la pregunta que estaba en mi mente, pero ansiaba escucharla de sus lindos labios. —¿En qué parte de tu cuerpo?

—Abajo....

—De acuerdo.

Besé sus senos por última vez antes de bajar. Los chupé con fuerza. Mi mano estaba lleno con sus enormes senos. Puse mi pulgar en su vientre. Alcancé su ombligo y llegué al borde de sus bragas. Quería deshacerme de ellas cuanto antes, romperlas con mis dientes si hacía falta, pero decidí hacer otras cosas placenteras primero.

Bajé mi dedo, con mucha tranquilidad. Llegué finalmente a su vagina. Escuché sus quejas apagadas, pero continué. Cuando la acaricié, ya estaba empapada.

Bajé más mi dedo. Al cabo de un segundo sentí sus labios vaginales. Mi dedo se movió hacia arriba y luego hacia abajo. Repetí mis movimientos. Antonieta, rápida e instintivamente, tomó mi mano para que tocara su vagina con ella. Luego la apretó con sus caderas.

Definitivamente, estaba preparada.

—Me gustaría quitarte estas bragas —le dije.

—Puedes hacerlo. Lo sabes muy bien —dijo rápidamente. Me encantó esa respuesta.

Mi mano tomó el borde superior de su ropa interior. Con calma la llevé hacia abajo. La bajé por sus muslos rellenos y la bajé suavemente por sus piernas. La lancé y cayó en algún lugar del cuarto.

Vi su vagina luminosa frente a mí. Era gruesa y su vello púbico era de un intenso y oscuro color dorado. De nuevo llevé mis dedos al sitio en el que ya habían estado. En sus labios

vaginales. Tomé aire para calmarme.

—Quiero más —rogó. —No pares.

Puse mis dedos en su zona más baja. Realmente estaba muy húmeda. Me acerqué a su vagina, ahora sin bragas que nos separaran. Estaba ejecutando mi plan perfectamente. Entendí que una de las cosas que más quería hacer por el resto de mi vida era complacerla hasta que estallara entre gritos de placer.

Extendí mis dedos y rodeé su vagina con ellos.

—Entraré con mi dedo en tu cuerpo. Si quieres que me detenga, solo tienes que decir una palabra

—Maní —recordó nerviosa.

—Estupendo.

Entonces pasé a su interior con uno de mis dedos. —Por Dios... —dijo entre gemidos. Se estremeció.

Su excitación encendía mi propia excitación. Llevé otro dedo a su cavidad. Escuché el aliento estremecido de su garganta. Agité sus labios vaginales, pasé con mis dedos, más profundo, y luego los retiré. Repetí los movimientos y dibujé decenas de formas dentro de ella. Antonieta continuaba reaccionando del mismo modo. Gemía y arqueaba su cuerpo. Sujetaba las almohadas con sus manos delicadas. Los dedos de sus pies se retorcían y sus ojos seguían cerrados. Por primera vez una mujer se sentía tan excitada con el movimiento de mi mano.

Retiré mis dedos de su vagina. Los llevé hacia la parte superior y me encontré con su clítoris. Con solo tocarla, aunque fue más un roce que una caricia, noté cómo temblaba más. Ya estaba costándome controlar mi hambre y mi excitación. Tracé círculos con mis dedos. Luego avancé y retrocedí. El movimiento fue lento, pero luego aumenté la velocidad. Ciertamente no era buen bailarín, pero sabía moverme rítmicamente en la cama. Tenía mucho que ofrecer a las chicas. Decidí cerrar mis ojos.

Mientras aceleraba mis movimientos, el calor y los gemidos de Antonieta también se aceleraban. No quería que las chicas supieran lo que hacíamos, por lo que usé mi otra mano para tapar sus labios. La palma de mi mano quedó sobre su boca. Repentinamente ella chupó mis dedos y los mordió. No lo hacía para defenderse sino para mostrar lo excitada que estaba. Me encantó esa sorpresiva acción.

Aunque solo había tocado su clítoris por unos segundos, abrió su boca para hablar. —Omar, voy a acabar.

Me moví con un ahínco mayor. ¡Qué rápido!, pensé, pero recordé que no solía tocarse. Toqué su clítoris con más poder. Tomé uno de sus pezones con mi boca y me impulsé hacia abajo. Dejé mi rostro entre sus senos, apretándome con fuerza. Pasé un rato chupándolos. Abrí mis ojos y vi la tensión de todo su cuerpo.

Su garganta estaba nublada por la excitación que sentía. Levantó con fuerza sus caderas. — ¡Voy a venirme! —soltó. Sus senos parecían las olas de mar, moviéndose de arriba a abajo, de izquierda a derecha, y viceversa. Además, temblaba sin parar.

Retiré mi mano. Antonieta llenaba toda la cama con sus líquidos. Sus jugos inundaban las sábanas como un océano.

—¿Qué rayos sucedió? —dijo en voz alta, llena de incertidumbre. Hizo una pausa para recomponerse, jadeó y vio su vagina, que aún vibraba.

Me levanté para acercarme a sus labios. Nuestros rostros se encontraron frente a frente.

—Te viniste, cariño —le conté.

—¿Y eso está mal?

Besé sus labios majestuosos. —Claro que no. De hecho, me siento halagado.

—Es la primera vez que siento algo como esto —confesó susurrante. Sus mejillas se ruborizaron.

Tomé de nuevo uno de sus pezones. Lo palpé juguetonamente. —Y está bien. Deberías hacerlo de vez en cuando para relajarte —le dije después.

Vio fijamente sus pezones. —Quiero que los aprietes nuevamente —me dijo en tono suplicante.

Tomé su seno con fuerza. Apreté su pezón con intensidad. —Omar....

—Dime.

—No quiero que esto termine aquí. Quiero... seguir —dijo, exhalando con fuerza.

Abrí mis ojos ampliamente. —¿Estás diciéndome que quieres que vuelva a chupar tu clítoris?

Negó con su cabeza. —Lo que intento decir es que quiero que... me hagas el amor.

Mi pene empezó a latir después de escucharla, pero me obligué a calmarme. —¿De verdad? —le pregunté—. Creo que ha sido suficiente por hoy. Quiero complacerte, pero no me gustaría que te sintieras obligada.

Levantó su mano y apuntó con algo de vergüenza mi pene. —Quiero que pongas eso dentro de mí —me dijo. Su tono era bajo, pero poderoso. Vi cómo temblaba por la ansiedad que sentía.

Muy bien, me dije. No es mi imaginación. Está pasando.

Me levanté de la cama. Fui hacia mi equipaje. Busqué un condón y lo saqué de su empaque.

—De acuerdo —le respondí cuando giré. Tenía su dedo índice en sus labios. Noté su expectativa. —Y a sabes que si quieres detenerte....

—Maní.

—Exacto.

Me acerqué de nuevo a la cama. Iba a quitarme mis calzoncillos, pero ella se adelantó. Acercó de nuevo sus dedos a mi cuerpo y tocó mi erección con ellos. Su movimiento fue tembloroso. Mi pene se agitó y todos mis músculos se pusieron rígidos.

—Vaya. Es... grande. Y grueso —dijo en voz baja. —Supongo que sentiré mucho dolor.

—Eso no va a pasar si estás excitada —le aseguré.

Sus mejillas se llenaron del rojo más intenso que había visto. —Estoy *muy* excitada.

Sonreí. Me quité mis calzoncillos. Contempló mi pene enorme, el glande y las bolas. La miré mientras me ponía el preservativo. Lancé el empaque al piso y volví a la cama. Antonieta ya preveía lo que sucedería. Estaba bajo mi cuerpo.

—De verdad quiero que lo hagamos —me dijo en voz muy suave. Era lo mismo que yo quería.

Después de escucharla, llegué con mi erección a su vagina. Froté mi glande con sus labios vaginales.

Empezó a respirar velozmente. Me percaté de que era el momento justo.

Lenta y delicadamente, introduje mi erección en su cuerpo. No vi muestras de dolor, resequedad en su piel ni alguna molestia. Como lo había sospechado, ya estaba preparada para mi penetración.

—Qué rico —murmuró. —Es muy agradable.

Sus palabras me estimularon. Puse mis dedos en el respaldo de nuestra cama y llevé sus piernas sobre mi pecho. Luego las subí sobre mis hombros. Vi cómo sus poderosas caderas se levantaban sin ningún problema. Quedé cerca de su pecho nuevamente. Estaba desesperada por el deseo que sentía.

—Omar, no pares —susurró. —No quiero que pares por nada.

No esperaba que eso sucediera tan rápido. Lo esperé desde que la había visto por primera vez. Quería llenarla con todo lo que había dentro de mí. Ese momento había llegado sorpresivamente. Aunque lo había pensado muchas veces, la ocasión era más agradable de lo que hubiera podido creer. Nunca me hubiera imaginado que sería tan hermoso.

Bombeé con más fuerza. Me sentí como un joven calenturiento. Antonieta había logrado despertar en mí los instintos más primitivos, un hambre juvenil que hacía mucho tiempo que no sentía. Vi que reclinaba su cabeza. Era evidente que acabaría rápidamente. Iba a ser su primer orgasmo con un hombre.

Mi tronco palpaba toda la vagina de Antonieta. Toda mi piel se erizaba. Estaba cada vez más excitado. Llevó sus uñas, que antes había tomado con fuerza las mantas, a mi espalda, donde bajaban y subían con intensidad, incrementando mi deseo.

La excitación era muy fuerte. Me percaté de que acabaría en poco tiempo. Llevé mi pene más adentro. Separó sus labios y escuché un gemido animal que salía del fondo de sus pulmones.

—Por Jesucristo —gritó a continuación.

No había dicho el nombre del hijo de Dios en vano hasta ese momento. La novedad fue tan emocionante que el orgasmo me atravesó rápidamente. No pude mantenerme sobre ella. Balanceé mis caderas para sacar todo el semen que tenía y dejarlo en mi condón. Caí sobre su pecho. Me tambaleé y liberé todo el deseo que sentía, que parecía haber estado dentro de mí por años.

Cuando pude respirar con calma nuevamente, retiré mi pene de su vagina y sequé mis mejillas y abrí mi boca. —¿Qué te pareció? —le pregunté con curiosidad mientras me sentaba y jadeaba sin parar.

Abrió sus ojos ampliamente. Creí que se había enojado por algo que había hecho o dicho, pero vi que su sonrisa se asomaba.

—Maravilloso —dijo tiernamente.

Capítulo 18: ANTONIETA

Entonces...

Había hecho el amor.

Había entregado mi pureza. Incluso empezaba a sentir cierta repugnancia por el término 'virgen'. —Esa palabra no representaba toda mi personalidad o mi vida. Pensé que era mejor indicar que había dejado de ser una chica que no había tenido sexo. Me había convertido en una mujer que ya había tenido relaciones. Relaciones que habían sido espectaculares.

Además... no sentía vergüenza por hacerlo.

A fin de cuentas, no había razón para sentirla. Omar era un dios en el sexo. Se movía con agilidad, fue muy atento y se enfocó en darme placer. Además, era un hombre muy amable y agradable. No había motivos para avergonzarme.

Sonrió alegremente. Posó su cara en la cabecera, puso sus brazos detrás de su cuello y exhaló. Recordé los consejos sexuales que me había dado Valeria. Mis padres le habían encomendado esa tarea. Nunca me imaginé que finalmente esas recomendaciones serían relevantes.

Me levanté para ir al baño a lavarme.

Tras salir de la ducha, extendí mi brazo para tomar una toalla. Me pregunté si debía cubrirme con ella. Tal vez no estaría mal volver a la cama sin nada que ocultara mi cuerpo.

Me percaté de que esos temores que había experimentado al empezar a trabajar en la industria de la moda y luego el episodio que había vivido con Daniela ya habían desaparecido. Me sentí nuevamente contenta y satisfecha con mi personalidad. No me importaba si los demás creían que era una chica gorda. Además, estar con él en la intimidad también había ayudado. Yo ya sabía que a Omar le gustaban mis curvas. Y mis nalgas.

Entonces salí del baño. Estaba desnuda. Y feliz. Sorpresivamente, Omar también estaba desnudo. Mi deseo volvió a subir. Contemplé su pene. Noté que hablaba por su celular. Iba a preguntarle si sucedía algo malo, pero alzó su mano y afincó su teléfono sobre su oído.

—¿De verdad? Bueno... Me parece estupendo. Al contrario, el gusto es mío. De acuerdo. — Hizo una pausa y continuó. —Excelente. Entonces te enviaré la información esta noche.

Terminó la llamada y volteó para verme.

Su mirada recorrió toda mi piel. Me devoraba con sus ojos. —Por Dios, cada vez me pareces más atractiva.

Avancé para quedar cerca de su cuerpo. Mi confianza estaba aumentando. —¿Sucedió algo? —le pregunté.

Se acercó a mí. Solo necesitó dos pasos para hacerlo. Noté que era más alto que yo. Lo supe porque ya no estaba encima de mí sino frente a mi cara.

Me regaló una cálida sonrisa. —Estaba hablando con Rosa, mi secretaria. Hace un momento le envié a AutoEstima las fotografías que te tomé en el mercado, la playa y el resto de los lugares. Los jefes están tan contentos con las imágenes que quieren que te filme hoy.

Me quedé inmóvil. —¿De verdad?

Asintió alegremente.

Empecé a responder, aunque me costaba. —Pero... pero... nunca han publicado alguna foto de

mí en una revista. Además, *AutoEstima* no publica fotos de chicas como yo. Chicas... gordas.

—Bueno, entonces podemos decir que estás a la vanguardia —susurró mientras tomaba mi cintura con sus dos manos. —Honestamente, cualquier hombre que las viera estaría encantado de conocerte... y poseerte. —Bajó sus manos para tocar mis nalgas.

Pasó su mano a mis muslos y llevó uno de sus dedos a mi vagina una vez más. Solté un gemido y apreté su mano con mis caderas. Él me presionó para retirar su dedo y lo llevó a su boca.

—Qué rico —dijo, guiñándome su ojo derecho. —Esta es la mejor manera de comenzar mi día. Es un sabor estimulante.

Omar era tan atractivo que me provocaba comerlo poco a poco. O de un solo bocado, como diría mi madre.

—Sube para que te arregles —me pidió.

Quise simular que nada pasaba, que era un día más y todo saldría como siempre, pero no pude evitar sonreír y revelé la alegría que sentía. Le di un beso en su mejilla y fui al baño con prisa para arreglarme. Me dije a mí misma que debía lucir de la mejor manera posible.

Omar se vistió rápidamente. Era una suerte que los hombres tenían y no se daban cuenta. En menos de cinco minutos ya estaba listo. Mientras tanto, grabé un video para mostrar cómo me arreglaba rápidamente. En mis últimos videos había mostrado mi nueva ropa y los lugares a los que había ido. Me parecía que estaba jactándome un poco, pero no me importaba. A fin de cuentas, me gustaba mucho el trabajo que estaba haciendo para la revista *AutoEstima*, pero eran mis videos en internet los que me ayudaban a pagar las cuentas.

Casi una hora después, cuando vi que había terminado de vestirme y peinarme, me vi en el espejo detenidamente. Me pareció que no me había tomado mucho tiempo, a pesar de que estaba usando productos profesionales. Ya me sentía hermosa y preparada. Supongo que mi experiencia me ayudaba. Era el momento de elegir un atuendo adecuado.

Cuando regresé al dormitorio, vi que Omar había comenzado una nueva novela. Me pregunté cómo las terminaba tan pronto. Tal vez la respuesta estaba en mi rostro. Yo tenía que maquillarme, pero él no.

—Luces muy linda —dijo al dejar de leer y verme.

—Muchas gracias, Omar. Te pido disculpas por la tardanza —dije, bajando la cara por la vergüenza. Recordé que el maquillaje 'rápido' era una tendencia entre las chicas más jóvenes.

Omar negó con su cabeza. —No tienes que pedir disculpas. Toma tiempo terminar una obra de arte tan hermosa.

Me ruboricé con su frase. Levanté mi rostro y sonreí. El rubor se mezclaba con el tono de mi maquillaje.

Caminé hacia el armario. Allí estaba la ropa que había comprado recientemente.

Exhalé profundamente. Eran atuendos estupendos, pero me costaba decidirme. Había uno que parecía haber sido diseñado para un debut en una pasarela y otro ideal para una cena de negocios.

—¿Por qué suspiras? —me preguntó Omar.

Continué viendo el armario. —No sé qué vestido usar —le dije con desdén.

Se levantó y se acercó a mí. Agitó su cabeza, llevó sus mechones detrás de sus hombros y se quedó inmóvil. Estaba descalzo y olía a mar. Se tomaba mi elección en serio.

—Bien —dijo al recorrer el armario con su mirada. —Creo que debería usar un vestido elegante y al mismo tiempo romántico, si es que se puede lograr una combinación como esa.

Asentí y sonreí ligeramente al ver lo concentrado que estaba. Para él, no se trataba solo de elecciones adecuadas o atuendos agradables. No era solo un tema femenino sino algo muy

importante. Era el primer hombre al que conocía que se preocupaba por la ropa. Agradecí que su motivación me convenciera de que se daba cuenta de lo difícil que era para una mujer levantarse y elegir un vestido.

Su mano paseó por las mangas de los vestidos. Entonces sacó un vestido azul bastante sencillo. Un vestido como ese no ocultaba nada. Era largo, pero su simpleza llamaba igualmente la atención. No tenía adornos, elementos adicionales ni algún corte rimbombante.

—Toma —me dijo con un tono firme.

—¿En serio? —le pregunté—. Es apenas un... trozo de tela.

—Póntelo —insistió, extendiéndolo para que lo tomara.

Busqué unas bragas y un sostén, pero Omar me detuvo al levantar su brazo.

—Si usas ropa interior te verás muy mal —aseguró. —La tela del vestido se acumulará sobre ella.

Lo que decía Omar era cierto, pero temía no estar preparada para salir sin ropa interior en las páginas de una revista que se publicaba nacionalmente. Tal vez la única persona que podría calmar esa inquietud era yo.

—Póntelo y veremos cómo te ves —dijo—. En caso de que no te guste, buscaremos otro. —Su argumento era convincente.

Entonces me puse el vestido. Mi cuerpo sentía el abrazo delicado de la tela sedosa. Sentí que era una piel adicional. Era bastante fresco. Y no había nada debajo de él.

Él retrocedió para verme de pies a cabeza.

—Te ves muy bien —dijo en voz baja, moviendo levemente su rostro. —Ahora mírate —dijo, señalando el espejo.

Caminé por el dormitorio. Parecía que estaba caminando en el aire. Sentí una confianza más intensa. Me dirigí al espejo y me vi.

Era verdad. Me veía muy bien. Radiante. Preciosa.

La seda se aferraba a todas mis curvas, el ligero azul de la tela hacía que el color de mi piel sobresaliera y combinara con mis ojos. Además, mis senos, una de las partes más rellenas de mi cuerpo, se asomaban atrevidamente por el escote. Estaban erectos por la presencia de Omar, pero no me molestaba.

Rápidamente se acercó a mí por mi espalda. Me abrazó por la cintura.

—Puedo hacerte el amor de nuevo —indicó—. en este momento, en este mismo lugar, pero destrozaría el vestido. —Sujeté sus dedos y sonreí.

—No tienes que buscar sandalias. Es mejor que vayas descalza. Solo te sugiero que acompañes ese vestido con unos accesorios de oro.

Ya tenía una imagen mental de cómo quería que luciera para las fotos. Hice lo que me recomendó. Puse unos zarcillos pequeños de oro en mis pulseras y una larga gargantilla que llegaba al medio de mis senos.

Ya estaba lista para mi sesión.

Omar me vio una vez más. —Perfecto.

Sonreí. —¿De verdad?

—Sí, lo es.

Busqué mi bolso y él tomó su cámara y sus equipos. Fuimos a la nevera y buscamos agua y barras de proteína para llevarlas a la playa. Lo que nos hiciera falta lo buscaríamos al llegar. Nos vimos fijamente y sonreímos.

Cuando llegamos a la cocina vimos a Patricia, Francis, y claro, a Daniela. Lucía molesta

porque me había 'atrevido' a entrar en el espacio en el que ella estaba y 'osado' respirar el aire que ella estaba respirando.

Patricia y Francis tenían vestidos de múltiples colores. —Guaa —dijeron simultáneamente. Sonreí con sus cumplidos. —Buenos días, y...

Pero Daniela me impidió seguir hablando. —Hoy pareces un sol.

Tal vez quería decir que estaba radiante, pero honestamente no entendía lo que quería decir. Había descubierto que había tenido relaciones y por eso mi cara lucía más luminosa, supuse. Pero eso era absurdo. Además, ella siempre actuaba de una manera bastante frenética. Giré para ver a Omar. Su cuerpo estaba muy tenso.

—Sí, porque Antonieta se ve muy bien cuando se maquilla, tonta.

Me pareció un gesto muy lindo. Daniela, no obstante, negó con su cabeza. —Honestamente, no se ve muy bien. Creo que ese brillo no es producto del maquillaje.

Omar apretó sus puños. —Detente —dijo, pero ella continuó.

—De verdad, luces muy distinta. Es como si tu piel estuviera más clara —dijo, mostrando una expresión de asco.

Al escucharla, la seguridad que ya estaba sintiendo desde la noche anterior brotó de mis entrañas. No pude frenar mis labios cuando empecé a hablar.

—De hecho, anoche Omar y yo tuvimos relaciones —le dije, con un tono firme que nunca había usado.

Patricia y Francis aplaudieron y saltaron. Daniela, en cambio, abrió su boca de par en par. Jamás había reaccionado de un modo tan impulsivo.

—¡Qué buena noticia! —gritó Patricia. —¡Estoy feliz por ti! —reveló Francis mientras sonreía ampliamente.

Aunque no podía ver a Omar porque estaba detrás de mí y yo no quería girar, me parecía que no se molestaría por lo que le había dicho a Daniela. Recé mentalmente para que fuese así, porque después no podría arrepentirme de la noticia que habría dado.

—¿Estás diciendo que...? —dijo Daniela con titubeos—. ¿te acostaste con Omar? —Movié su cara para ver detrás de mí. —Omar, ¿puedes decirme que mierda está diciendo esta estúpida?

En ese momento volteé para ver a Omar. Su rostro estaba lleno de apatía. Lo que había imaginado era cierto.

—Lo que oíste, Daniela —le respondió. —Tuvimos sexo. Antonieta y yo somos adultos, personas maduras que saben lo que hacen y están dispuestos a asumir las consecuencias. No formas parte de esto. No entiendo por qué te importa.

—Tienes razón —susurró Daniela. —No formo parte de esto y no me importa. —Me pareció que la mirada de Daniela comenzaba a incendiarse.

Inclinó de nuevo su mirada para verme. Lugo buscó un jugo de frutas de la nevera y salió con prisa de la cocina.

Me acerqué a Omar. Nos vimos detenidamente. Él encogió sus hombros. Supuse que era su manera de decir que era el fin del asunto.

Dejamos a Patricia y Francis. Fuimos a la camioneta que había rentado AutoEstima para nosotros. Tomaríamos la camioneta asignada pues íbamos a trabajar. Omar abrió mi puerta y subí. No iríamos en autos rústicos. Y ahora íbamos en el asiento delantero.

—¿Adónde vamos? —nos preguntó nuestro chofer.

—Al lugar que más te guste —le respondió Omar con firmeza. —Le tomaré algunas fotos a esta chica. —Sonrió al verme y tomó mi mejilla.

El chofer notó mi sonrisa. —De acuerdo. Ya estoy pensando en algunos lugares.

Comenzamos a conversar amablemente sobre los lugares que más nos gustaban en nuestras ciudades. Me contó que le encantaba un parque en las afueras de Las Garzas, donde había miles de árboles y algunos bancos desde los cuales se podían ver los imponentes rascacielos de su ciudad. Su lugar favorito era un lago que estaba a unos quinientos metros de su hogar. Allí podía jugar con sus amigos y subir a un columpio. La cuerda que la sostenía era vieja y el árbol en el que estaba era aún más antiguo. También podía lanzarse al lago desde ese columpio si daba un buen salto. Me dijo que muchas garzas iban allí, y que suponía que por esa razón los primeros pobladores habían nombrado de esa forma a la ciudad.

Después de una media hora llegamos a una iglesia. Era un lugar bastante antiguo, aunque al verlo con detalle supuse que era una abadía, un monasterio o algo parecido. Era una parte de la historia cristiana, un sitio de peregrinación o uno de las primeras construcciones que levantaron los primeros religiosos del país. Me sentí feliz al poder estar ahí.

Omar asintió y sonrió. —Excelente elección, amigo. Ya adoro este lugar.

Bajamos y comenzamos a recorrer el lugar. El conductor aseguró que iba a esperar que termináramos para llevarnos a otro lugar. Vi que la construcción estaba muy deteriorada. La humedad había dañado las paredes, las ventanas ya no tenían cristales y el techo se veía tan débil que creí que no soportaría una leve lluvia.

Pero la puerta, de madera antigua, estaba en perfecto estado. Incluso creí que la habían instalado recientemente. ¿Será que la parte es la única parte del lugar que ha sido cuidado?, me pregunté. Noté que tenía manijas de hierro que nunca habían sido modificadas.

Omar notó el estado de la puerta un segundo después.

—¿Qué tal? —me preguntó mientras apuntaba el centro de la iglesia.

—Bueno, eres el fotógrafo —le dije—. Tú decides.

Sonrió y asintió. —Es verdad. Bueno, ubícate al lado de la manija y pon... tu mejor cara. Eres muy linda, recuérdalo. Muéstramelo. Sonríe.

Me dirigí lentamente a la puerta. ¿Cómo hacía para mostrarle que era linda? Vi a Omar con inquietud. No sabía si debía esforzarme para lograrlo o eso salía sin que yo tuviera que hacer algo.

—¿Quieres que me ponga así? —le pregunté, poniendo mis manos en mi cintura y mostrando una amplia sonrisa.

Me vio con gentileza. —Antonietta, Solo muéstrate tal como eres. No tienes que usar esa u otra pose. No fuerces la belleza. Acabas de vivir una experiencia novedosa para ti. Quiero que me la muestres.

Recordé que estaba físicamente en otro lugar y mentalmente también estaba en un lugar distinto. Imaginé por un momento la emoción que sentí al despertar esa mañana, la sensación de tranquilidad que viví cuando Omar me abrazó, la felicidad de estar en otro país, bañada por las olas de sus playas.

—Muy bien —dijo. Parecía que había logrado lo que Omar me pedía, pues estaba empezando a sonreír.

Él me veía con respeto, pero igualmente notaba su hambre, su deseo de comerme. Había tensión en el ambiente, un clima de lujuria alimentado por nuestras ganas mutuas de estar juntos. No paraba de tomar fotos, con rapidez, hasta que finalmente se detuvo. Sentí que había tanta sensualidad en nuestra sesión que se semejava a la relación sexual que habíamos tenido.

Salimos de la iglesia. Tomé mi celular para hacer un rápido video del jardín y subirlo a mis

redes sociales. Era consciente de que a mis seguidores les encantaría ver el entorno natural de esa zona de Grecia.

—¡Hola, amigos! —dije animadamente. —Amo este país. —Era una voz alegre, muy diferente a los gemidos de placer que había soltado al estar con Omar.

Omar notó que estaba filmando y se mostró ante la cámara.

—No se imaginan lo perversa que es Antonieta —contó ante mi celular. —Es una chica muy, muy atrevida.

—Creo que voy a cortar esa parte. Tal vez estabas refiriéndote a otra Antonieta —dije. Mis mejillas se ruborizaron.

Me vio fijamente y sonrió animadamente. —No creo. Hasta donde recuerdo, esta mañana tú y yo hacíamos....

—Muy bien —dije, interrumpiéndolo de prisa. Vi la cámara de mi celular. —Amigos, les presento a Omar, el fotógrafo de este itinerario. Es el fotógrafo de la revista *AutoEstima*. Seguramente han visto sus imágenes. Es casi una celebridad y es muy talentoso.

Le cedí la palabra a Omar para que diera su opinión sobre mis palabras.

—Por favor. Gracias por describirme de esa manera —dijo con algo de modestia.

Supuse que era la primera vez que Omar hablaba para un video que alguien subiría a internet, porque se despidió rápidamente agitando su mano y volvió a la camioneta. Yo continué dirigiéndome a mis seguidores. Seguramente a Omar le gustaba más estar detrás de las cámaras que delante de ellas. No se sentía cómodo recibiendo tanta atención.

—Sí, Atrevidas no me gusta para nada —dije—. pero es una linda persona. Además, es muy talentoso.

—Este lugar es espectacular, así que supongo que el resto de mi itinerario de hoy también lo será. A pesar de mis desacuerdos con el enfoque empresarial de Atrevidas, creo que soy afortunada por esta oportunidad que he recibido. Voy a subir otros videos durante la tarde. Por lo pronto, les envío muchos besos y abrazos.

Terminé el video y me di cuenta de que Omar estaba a punto de subir a la camioneta. Vi sus nalgas fijamente. Sus amplios brazos se movían, levantando capas de arena con cada paso.

Sí, definitivamente era afortunada.

Capítulo 19: OMAR

Compartir con Antonieta estaba gustándome muchísimo.

Era una chica solidaria, sencilla, honesta como ninguna otra. Nunca mentía ni mostraba una imagen de sí misma que no fuese real. Había estado trabajando con mujeres superficiales, vanidosas e inescrupulosas, por lo que me sentí dichoso de poder estar con una chica tan real y gentil. Su personalidad era atrapante.

Caminamos por la costa. No paramos de sonreír y conversar. Llegamos a un pequeño parque, luego tomamos café y fuimos, aunque me pareció una idea alocada al principio, a un centro en el que un adivino leía la mano. La química que sentía me hizo recordar que no tenía una relación tan profunda con alguien en muchos años. De hecho, no me sentía así de cómodo desde que vivía con mi mamá. Luego ella me había abandonado. Apenas lograba recordarlo porque mi memoria poco a poco había apagado esas imágenes. Pero impedí que salieran de mi mente totalmente. Intenté con todas mis fuerzas que siguieran ahí, como alguien que usa todas sus fuerzas para subir a la cima de una montaña. De todas formas, sabía que esos recuerdos solo eran eso, un espectro de mi memoria.

Llegamos a un pequeño puesto de jugos en el medio de la carretera. Íbamos a pedir dos, pero mi celular sonó. Al ver la pantalla, vi que era Rosa quien llamaba. Respondí de inmediato.

—Hola —le respondí—. ¿Qué tal?

Antonieta pidió un jugo de fresas. Escuché cómo sorbía el líquido. Rosa, en tanto, empezó a hablar. —Oye, Omar, me alegra que estés pasándola bien con esa chica, Antonieta....

Me pregunté cómo había sabido de Antonieta y que estábamos 'pasándola bien'. —¿Cómo dices?

Rosa escuchó mi pregunta, pero decidió pasarla por alto. —Y me parece bien, pero debes evitar que Daniela se moleste. Llamó a Atrevidas para pedirle que te sacaran de las sesiones cuanto antes. Dijo que, si no lo hacían, ella volvería en el primer vuelo que pueda tomar. Sí, se merece un castigo por sus acciones, es un dolor de cabeza, pero quiere vengarse. Debes tener cuidado.

—¿Qué dijo esa estúpida? —dije, intentando no desmayarme.

—No creo que haga falta que lo repita —me dijo—. Afortunadamente, uno de los gerentes de Atrevidas la calmó y la convenció de que siguiera trabajando para la compañía. —Rosa estaba molesta. Se notaba en su voz—. Omar, cariño, los jefes tienen claro que lo que hiciste, sea lo que sea, estuvo bien, y ella se lo merece. Ambos somos conscientes de que es un dolor en el culo, pero no olvides que ella es una mina de oro. Aunque hayas hecho lo correcto, si te pasas de la raya y ella se molesta, podría hacer que te despidan.

—Omar, ¿sucede algo? —preguntó Antonieta, notando la incertidumbre en mi rostro.

Me costaba mucho entender todo lo que estaba pasando. Sí, Daniela era una imbécil, pero nunca me imaginé que llegaría a ese extremo. Estaba superándose a sí misma. Entonces noté que había actuado de esa forma por la actitud de Antonieta. Se había perturbado mucho porque me había negado a aceptar sus descaradas invitaciones, pero parecía que se había resignado. Tal vez pensó que nadie más me gustaba. Carajo. Ahora la realidad era distinta. Me pregunté si había

rebasado los límites. Estaba exponiéndome, y peor aún, exponiendo a Antonieta, para que Daniela le disparara todas sus balas. Guardé silencio por un momento

—De acuerdo, Rosa —le dije tras hacer esa pausa. —Tomaré en cuenta tus sugerencias, aunque no estoy contento.

Tomó aire. —Sí, te entiendo. Ojalá nada de esto hubiera sucedido.

Dijo adiós y le respondí con la misma palabra. Era el fin de nuestra conversación.

Ya Antonieta tomaba los últimos sorbos de su bebida. —Omar, por favor —me dijo—. Cuéntame qué sucede. Parece que es algo grave. —Su cara continuaba reflejando su temor.

Me pregunté si debía saberlo. Al contárselo, ella sentiría culpa y vergüenza, si bien no era responsable de la reacción de Daniela. Era ella quien estaba causando un desastre que pudo haberse evitado. Antonieta también podría buscarla y soltarle algunas frases sinceras, como ya había hecho temprano. Aunque me encantaba ver cómo mostraba esa honestidad delante de ella y me sentía feliz al ver que otra persona le decía con sinceridad alguna verdad a Daniela, comprendía que, si se trataba de una mujer, ella no tendría escrúpulos para vengarse. Daniela detestaba a las mujeres, pero no lo decía abiertamente. Separé mis labios para contarle, pero esa nube de dudas seguía sobre mi cabeza.

Entonces supe lo que debía hacer.

No se lo contaría.

—No es nada —le aseguré, mostrando una sonrisa falsa. —Era Rosa. Llamaba simplemente para....

—¿Para qué? —preguntó Antonieta al notar mi pausa.

Estaba dándome cuenta de que no sabía mentir. Mierda. —Para decirme que Atrevidas quería pedirme más imágenes de traseros en vez de senos. Les parece que esas fotos están más ‘de moda’.

Ví la cara de asco de Antonieta. —Qué horrible.

Asentí al ver su cara, pero por dentro me sentí como un imbécil por mentirle. —Así es. Es algo... asqueroso.

—Pero puedes dejar este trabajo. Lo sabes —me dijo.

O que me boten, imaginé, pero no dije.

En lugar de eso, levanté mi voz para plantearle otra cosa. —Si hago eso, no podría tomar algunos jugos contigo.

Antonieta sonrió ante mi enunciado. Volví al puesto de frutas y pedí otro jugo, ahora de sandía. No sabía por quién mentía realmente, si eso sería bueno al final y si ya no sería muy tarde para decir la verdad. Me pregunté qué mierda estaba haciendo.

Capítulo 20: ANTONIETA

Pasamos el resto de la tarde juntos, felices y sonrientes. Omar mostraba una amplia sonrisa, pero tras conversar con Rosa empezó a lucir distraído. Entendía su molestia. Tal vez estaba molesto porque tenía que fotografiar más culos. Era absurdo que sus jefes le pidieran hacer cosas como esa.

Todo lo demás fue muy agradable. Era feliz. Empezaba a sentir cierta rutina, algo de cotidianidad. No había mucho más que decir. Conversamos, nos abrazamos, brindamos por nuestra estadía en Grecia. Estábamos bien, contentos. Hacíamos cosas que cualquier pareja haría. Solo que con él yo sentía que esas cosas eran irreales, mágicas, estupendas. Que nada de lo que hiciéramos me aburriría nunca ni me parecería monótono.

Decidimos acostarnos temprano. Tras pasar ese día recorriendo la zona, estábamos agotados. Aunque ninguno dijo nada, nos acostamos juntos en la cama. Era mi primera noche en una cama con un hombre, y me encantó. Nos vimos fijamente hasta quedarnos dormidos. Su aliento cálido lentamente adormeció mis sentidos. Al despertarme al día siguiente, vi que estaba abrazándome. No habíamos hecho el amor durante la noche, pero esa intimidad me encantaba. Decidí no moverme para disfrutar esa imagen, ese momento tan romántico.

Él se levantó antes. Comenzó a vestirse. Contemplé cada palmo de su cuerpo desnudo. El sol iluminaba su anatomía mientras él tomaba cada prenda de ropa que había caído en el piso.

—Supongo que hoy tomarás las fotos en el hotel —dije mientras estiraba mis brazos.

Asintió y sonrió. Habíamos planificado esa sesión para ese día con mucha anticipación. Debíamos hacerlo, pues esas fotos requerían mucha preparación. El tomaría las fotografías de las chicas. Estarían en un resort cercano a la playa. Era el hotel más vistoso de la zona. Ellas tendrían poca ropa, como siempre. Unos días antes me habría negado contundentemente a presenciar una sesión como esa porque sentía que eran una porquería, pero en ese momento me pareció que sería agradable estar al lado de Omar mientras trabajaba.

—¿A qué hora salimos? —le pregunté, tras decidir en mi mente que iría.

—¿‘Salimos’? —dijo, reiterando mi palabra. Paró sus movimientos para verme.

—Exacto —le respondí—. Tal vez podría acompañarte para ver el resort. He escuchado que es un lindo lugar.

Me vio. Vi que tragaba grueso. —Me parece que esta vez debería quedarte aquí —me dijo en voz baja. Noté la pena en su rostro.

—Vaya....

Su respuesta me había sorprendido. Me dejó atónita, porque habíamos pasado muy bien el día anterior. Qué tonta había sido. Había pensado que... quería estar conmigo una vez más.

—Está bien —le dije de prisa. —No debí decirlo. Fue una sugerencia muy estúpida. Olvídalo.

El rostro de Omar se había llenado de tristeza. —Claro que no. No pienses eso. Lo que pasa es que... Daniela estará ahí. Si vas, las chicas podrían sentirse incómodas. Ella y tú no tienen una relación muy buena. No quiero que haya problemas ni distracciones, ¿de acuerdo?

Cierto. Él estaba concentrado en las fotos y su trabajo final. Ojalá pudiera ser más racional. Me pregunté por qué no había pensado en ese escenario. Una vez más me dejaba llevar por mis

sentimientos. Me sentía triste por su rechazo, aunque las razones eran lógicas. No entendía por qué mis emociones y mi cerebro iban en direcciones tan opuestas. Y todo el tiempo ponía a mis emociones en primer lugar

—Está bien. Comprendo la situación —aseveré, pero no estaba segura de eso. En el fondo seguía teniendo el deseo de ir. —Me gustaría que por lo menos desayunemos juntos.

—Claro que sí —me dijo—. Si no lo hacemos me pondré muy triste. —Empezó a sonreír.

Nos vestimos y llegamos a la cocina. Omar buscó frutas en la nevera. —Deberíamos hacer un desayuno exquisito —dijo.

Me puse manos a la obra. Empecé a hacer una ensalada de frutas. Omar se esmeró cortando las fresas y las bananas en pequeños trozos. Las chicas bajaron. Daniela llegó primero.

—Feliz día —dijo ella con molestia. —Hola, Omar.

—Hola, Daniela —respondió Omar. La vio como si quisiera asesinarla

—Supongo que hoy vamos a tener un día muy agradable. Iremos a un resort de lujo en una isla lejana. Me pregunto si habrá algo más romántico... o sensual que eso.

Sonrió con malicia después de decir esas frases. Sentí que sus labios eran como dagas que podrían cortar incluso una lámina de metal. Omar, no obstante, se limitó a responder con un amargo: —así es.

Me perturbó su expresión. Sabía que antes, Omar le habría respondido con una contundente y rápida respuesta negativa. A él no le importaba lo que ella dijera o pensara. Pero en ese momento ni siquiera había asomado la intención de hacerlo. Fue muy raro.

Oye, creo que estás comportándote de nuevo como una paranoica, dijo esa voz en mi mente. Tal vez solamente intenta ser gentil. Deben trabajar juntos toda la tarde.

Esa voz tenía razón. O solo me lo decía para convencerme de que esa era la realidad. Porque si no lo hacía, debía pensar qué otras cosas podían ocurrir.

Omar tomó su ensalada y se la llevó. Se despidió con un gesto de su mano, acompañado de las chicas. No hubo besos, caricias o sonrisas. Nada. Pensé que no debía decir nada más agregar alguna frase, tras haber revelado que habíamos tenido relaciones. No sería profesional de mi parte. Tampoco lo sería mostrar nuestro cariño en público, al menos por ahora. Ese pensamiento sirvió para que recordara que actuar impulsivamente, como lo había hecho el mes anterior, no era precisamente una idea excelente.

Entonces decidí buscar mi celular y llamar a mi hermana. Debía alejar de mi cerebro esa incertidumbre que sentía por la actitud de Omar.

Respondió con el primer repique. —¡Hermanita! —dijo en voz alta. —¿Qué tal el viaje?

—Estupendo —le dije, con una amplia sonrisa que ella obviamente no podía ver. Me había transmitido su alegría. Me servía para recordar mi verdadera personalidad, no la que intentaba apoderarse de mí, llena de incertidumbre y emociones caóticas. —Creo que debes venir en algún momento, Valeria. Parece una postal. Es una especie de sueño hecho realidad.

—Te envidio —me confesó. —Pero más que eso, siento mucho orgullo por lo que estás haciendo. —Escuché el suspiro de alegría que salió de su boca.

Sin duda, Valeria tenía la capacidad de mejorar mi estado de ánimo rápidamente. —Qué lindo, hermana. Agradezco tus palabras —contesté.

Di unos pasos por la cocina. Levanté mi tenedor y probé la ensalada.

Quería conversar sobre otras cosas para alegrarme un poco y olvidar mi desilusión: —Cuéntame cómo va todo.

—Todo bien. He hecho algunas cosas, pero supongo que no son tan divertidas como pasear

por Grecia. He estado finiquitando los detalles para las conmemoraciones de la semana entrante. Supongo que para esa fecha ya estarás en casa.

Mi visita a Grecia estaba haciendo que olvidara todo rápidamente. Recordé que Semana Santa sería en pocos días.

Me encantaban los servicios que preparaba nuestra iglesia para la Semana Santa. Valeria era tan hábil para dar sus discursos como yo era para mis videos. —Claro que iré —le aseguré. —Estaré allí como sea.

—Estupendo. No tengo más nada que contarte. Ahora quiero saber todo sobre Grecia. Recuerda que soy tu hermana mayor. No me ocultes nada.

No sabía si debía contarle todo. Rechiné mis dientes. Me preguntaba cómo reaccionaría. Pero esas dudas se disiparon pronto. Sabía que debía contarle la verdad.

Entre ella y yo no había secretos.

Tras una pausa, pude comenzar a hablar. —Quiero contarte algo, pero no quiero que te molestes. ¿De acuerdo?

Levantó el tono de su voz de inmediato. —¿Qué pasó? ¿Alguien te lastimó? Te aseguro que, si un hombre te hizo daño, voy a asesinarlo. Solo dime qué debo hacer. Esta misma noche volaré a Grecia y....

—Hermana, tranquilízate un poco —le pedí. —No se trata de eso. Lo que sucedió fue que... —tragué grueso y cerré mis ojos—. me acosté con un hombre.

Escuché sus alaridos. Luego escuché... más gritos. Si continuaba oyendo sus gritos podría quedar sorda para siempre. Debí alejar el celular de mi oído.

Cuando el tono de su voz recuperó la normalidad y pudimos conversar nuevamente como gente civilizada, empezaron sus preguntas—. Quiero saber todo. Quiero todos los detalles. Quién fue el afortunado, cuándo y dónde sucedió, cómo te sentiste. Necesito la historia completa. Dime si preparo palomitas de maíz.

Por primera vez en la mañana, mi cuerpo estaba relajado. Sonreí por sus palabras. Entonces comencé a contar 'la historia completa'.

Omar y yo nos habíamos convertido en eso, en una larga y linda historia. Habíamos pasado un día juntos, sintiendo cómo nuestra conexión se acentuaba. Luego me había defendido ante Daniela. Recordé nuestros pasos de baile en el bar, nuestro baño en el jacuzzi... y después, mi primera vez.

Valeria escuchó atentamente. Escuché sus gemidos, sus gritos, sus palabras de sorpresa. También me hizo algunas preguntas cuando tuvo alguna duda. Sentí que era el apoyo que necesitaba.

—Antonieta, me siento muy orgullosa por lo que hiciste. Me alegra que te hayas animado a hacerlo. Y no lo digo porque tuviste relaciones. Eso no tiene nada que ver. Lo digo porque abriste la puerta de tu corazón a un hombre. Entiendo que eso debe haberte costado mucho, porque tienes unos principios muy arraigados y crees que eso está 'mal'.

—Agradezco esas palabras —contesté, pero precisamente esas palabras ya empezaban a inquietarme. Sentía que podría haber otras cosas en mi relación con Omar que podrían estar 'mal'. Luego continué. —Valeria, quisiera hacerte una pregunta.

—Por supuesto.

—Bien... —No encontraba las palabras adecuadas—. ¿Qué sucederá si... eventualmente él y yo no podemos estar juntos? Quiero decir, ¿si no podemos ser novios o algo así?

Ya me sentía atraída por él, si bien en ese momento no me parecía correcto reconocerlo, pero comprendía que lo nuestro no funcionaría. Me dedicaba a subir videos de maquillaje para chicas

sencillas o rellenas que querían lucir bien y él era el fotógrafo de una compañía de ropa interior. Aparentemente, no había nada que nos uniera. No teníamos nada en común. Además, a pesar de que nos habíamos divertido mucho y tenido un lindo encuentro sexual, estaba frío, silencioso. Aunque anhelaba estar más tiempo con él para saber si sentía lo mismo que yo o profundizar nuestra química, no sabía si él quería hacer eso. O peor aún, no sabía si él sentía lo mismo por mí. Las dudas habían asaltado mis pensamientos desde el momento en que lo había conocido.

Valeria hizo una larga pausa para meditar sobre mi pregunta. Luego comenzó a hablar. — Cariño, preguntarte si estarán juntos en el futuro es inútil. Ciertamente debes conversar con él con confianza sobre ese tema, pero debes enfocarte siempre en el presente. Nadie sabe lo que va a suceder mañana, el mes que viene o después. Eso solo puede hacerlo Dios. Lo único que podemos hacer es dar lo mejor de nosotros, usando las herramientas que tenemos a nuestra disposición. Solo así podremos hacer lo que nos parezca adecuado. De esa manera, estaremos bien con nosotros mismos y no lastimaremos al prójimo.

Tomé aire y vi la ensalada. —No entiendo de dónde sacaste tanta inteligencia y sabiduría.

Rió sonoramente. —Las hermanas mayores somos así. Entonces, ¿qué piensas hacer ahora? Es decir, con Omar.

¿Qué pensaba hacer ahora? Era una pregunta muy interesante. ¿Sería capaz de acabar con mis celos, el odio que sentía por su labor y la molestia que me ocasionaba su trato amable con Daniela?

—No sé qué harás —dijo Valeria a continuación—. pero deberías decirle a ese sujeto que tu hermana mayor, es decir, yo, voy a golpearlo si te lastima.

Recordé que ella siempre me había protegido. Reí con su amenaza. —De acuerdo.

—Muy bien, Antonieta. No olvides que te amo. Me haces sentir orgullosa.

—Lo sé. Y gracias —le dije en voz baja. —También te amo.

Entonces terminé la llamada.

Capítulo 21: OMAR

Al llegar al resort vi que tenía varias piscinas, cada una más grande que la anterior. Había fotos de los artistas que habían estado en el lugar, zonas privadas a las que iban solo los más adinerados y celebridades, en una de las cuales tomaría las fotografías, enormes palmeras que llegaban prácticamente al cielo y camareras y camareros sonrientes con ligeros trajes de baño. Me impresionó la belleza del lugar.

El sitio era fantástico, pero yo no me sentía bien.

Había pasado por lugares como este en Islandia, Italia, las Islas Canarias. Todos eran espléndidos, pero con el tiempo empezaron a aburrirme. Me había percatado de que las personas no querían ir a esos resorts a divertirse, a disfrutar unos días de vacaciones, sino a presumir y que el resto de la gente los vieran. Se semejaba a Las Garzas. Solo que en esos resorts no había asfalto sino arena que se insertaba en el culo.

No era lo único que me molestaba. Estaba tenso por Antonieta. Me preocupaba lo que ella pudiera pensar sobre mí. Esa sensación aparentemente se había instalado para siempre en mi mente.

Ordenaba el equipo de fotografía y pensaba en ella. Me preguntaba qué podía estar haciendo. Quería saber si ella también pensaba en mí o yo era el único que lo hacía.

Empecé a tomar fotos a las modelos, pero era ella la que estaba ahí. En mi mente, estaba fotografiando a Antonieta. Quería escuchar alguna de sus convincentes frases. Anhelaba ver nuevamente sus curvas, sus pronunciadas caderas, sus senos agitados. No sabía qué carajo hacía ahí, tomando fotos de culos, en lugar de estar en la posada con la chica que me gustaba. Me sentía realmente frustrado. Llegué al punto de sentirme como un idiota.

Además, me había negado temprano a que me acompañara. Pero lo había hecho porque debía permanecer lejos de la estúpida de Daniela para que se concentrara. Tenía que evitar problemas. Si me arriesgaba mucho, perdería mi empleo. Lo mismo sucedería con Antonieta. De hecho, su trabajo estaba bajo una amenaza mayor, pues era una incorporación muy reciente a AutoEstima.

Sin embargo, en mi afán de mantenerlas alejadas, había mostrado un interés en Daniela que yo no tenía, en vez de demostrarle a Antonieta que quería estar con ella. En todo caso, supuse había cometido un error. Un grave error. Una cagada. Estaba mostrando una educación y una caballerosidad con Daniela que harían que Antonieta sospechara.

Esa suposición solo se acrecentó cuando caminé por el resort y sentí unas inmensas ganas de estar con Antonieta allí, para pasear de la mano por las piscinas, el camino de palmeras y los pasillos del lugar, mientras conversábamos y nos veíamos fijamente. Empezaba a pensar como un hombre romántico. Tal vez era la primera vez que sentía tantas emociones por una persona. Esa sospecha inquietó mi mente nuevamente. Me pregunté si existía la posibilidad de compartir mucho tiempo con una persona y al mismo tiempo desear estar más cerca de ella, que nuestros días juntos nunca acabarían. Por el poder de la sangre de Cristo, pensé, y supuse que estaba cambiando.

No hay nada que puedas hacer, me recordé. Ella sigue en el hotel y tú estás aquí, insertado como un clavo. Ese pensamiento no mejoró mi estado de ánimo, pero por lo menos sentía que tener su imagen en mi mente me reconfortaba un poco.

Le tomaba algunas fotos a Patricia en una de las piscinas. —Omar, acércate —dijo Daniela. Estaba cerca, sentada en una silla, sin hacer nada más que ver el lugar

Entendí que era una orden más que una solicitud, pues no había escuchado la expresión 'por favor' en ningún momento. Hable con Patricia para que tomáramos un receso. Ella aceptó y me acerqué a Daniela. Caminé lentamente. No quería hacerlo. Yo mismo quería patearme las bolas, pero sabía que debía mantener el empleo. Y en ese momento, eso dependía de ella.

Me quedé a unos diez pasos de su silla. —Dime —le dije.

Bajó sus lentes de sol y los dejó sobre su nariz. —Supongo que estás feliz porque estamos acá, tú y yo. Esa puta gorda no está aquí. Quiero que nos divirtamos. —

Quise reclamarle. Apreté mis puños y mis sentidos se llenaron de ira, pero me contuve.

—Es cierto —le dije. Fue la expresión más delicada que se me ocurrió.

Extendió sus largas piernas para ponerse de pie. Abrió sus ojos de par en par y se quitó sus lentes. —Quítame el sostén —me ordenó. Giró para verme.

Por Dios. Sentí que iba a usar todo su arsenal. —Este es un lugar público —le manifesté.

Encogió sus hombros. Vi cómo sus cejas subían y bajaban. —Las normas acá son distintas. No estamos en nuestro país. Quítamelo o me veré obligada a llamar a Atrevidas otra vez.

Dependía de ella. Ambos éramos conscientes de ello. Tomé aire y extendí mi mano. Con toda la molestia que podía sentir desaté el nudo de su cuello y la parte alta de su espalda. Entonces la prenda de vestir fue hacia adelante y cayó. De inmediato retrocedí.

Ella volteó para verme. Sus tetas saltaban. Eran libres como el mar detrás de nosotros. Evité mirar su pecho descubierto. Vi de reojo hacia la playa. Mi intención era que supiera que no quería verla, que no disfrutaba nada de lo que sucedía. Nada de lo que hiciera me hacía sentir cómodo.

Se acercó a mí lentamente.

—Omar, son naturales —me aseguró mientras tomaba uno de sus senos con su mano. —Tócalas.

Mi mandíbula estaba tensa. Estaba enojándome cada vez más, pero ella se veía feliz. —Te lo agradezco, pero no —murmuré.

Avanzó un poco más. Su rostro ya estaba cerca del mío. Peligrosamente cerca. —Quiero que me beses —me indicó.

Dejé de ver la playa y miré sus ojos. Me pregunté si podía notar la inmensa cólera que desbordaba mis sentidos, incluyendo mi vista. Sonreía con malicia. Tenía ganas de quitarle esa sonrisa de inmediato.

—Eso no va a pasar —le aseguré.

Llevó su cabellera detrás de su espalda. —En ese caso, supongo que debo tomar la iniciativa. —Iba a responder, pero no pude. Empezó a besar mi boca.

Sentí que me desenchufaba. La temperatura de mi cuerpo bajó. Pensé en otras cosas para sentir que estaba en otro lado, pero mientras más lo intentaba, más cerca de ella me sentía.

En ningún momento correspondí su beso. Tras unos segundos que parecieron eternos, Daniela se separó de mí y resopló. —Has cambiado. Para mal —aseguró con arrogancia. —Cuando quieras comportarte como el hombre que eras antes, vuelve —dijo. Volvió a sentarse.

Abandoné el lugar con tanta prisa que por poco me tropiezo y caigo. Caminé sin parar, sin tener claro adónde iría. Pasé por el camino de palmeras y continué hasta el final. Encontré unos árboles altos. Paré y comencé a vomitar. No sabía que eso sucedería.

Tomé aire y me levanté. Limpié mis labios. En mi mente, intentaba imaginar cómo podría explicar el reciente suceso con Daniela. *Fui acosado sexualmente*, pensé. *Fue una experiencia*

terrible, espantosa.

Estaba tan molesto que empecé a temblar y sentir escalofríos. Me pregunté cómo había llegado a ese punto. Le había mostrado claramente a Daniela que no tenía el más mínimo deseo de besarla o de que ella lo hiciera, pero igualmente me había obligado a hacerlo.

Entonces una punzada atravesó mi vientre. Pensé con calma lo que estaba diciéndome, y entendí que no había posibilidades de que alguien me creyera

Al atreverme a decirle a alguien que me había acosado sexualmente, que me había chantajeado para que la besara... evidentemente, nadie me creería. Ella era una supermodelo de fama mundial, una chica alta, joven y sexy con la que cualquier hombre en cualquier parte del mundo querría tener relaciones.

Me había metido en una cárcel. Carajo.

Solo tenía una opción. *Debes reprimir todo esto. Debes reprimir todo esto*, me repetí una y otra vez. *Reprimir y olvidar*. Debía regresar al trabajo y rogarle a Dios para que hubiera olvidado el episodio.

En mi mente se oía fácil, pero la realidad era muy distinta. Pasé la tarde pensando en Antonieta, y luego en Daniela. Era una montaña rusa que se desplazaba entre la maldad y la bondad. Terminé de tomar las fotos. Todas eran excelentes, pero no estaban ni cerca de mis mejores tomas. Igualmente, no me importaba. Quizás con esa baja calidad lograría que me echaran. Si eso sucedía, no me vería obligado a renunciar. Habría otra ventaja: ya no tendría que ver a Daniela ni tolerar sus extorsiones emocionales. Sí, estaría desempleado, pero habría desatado los yugos que me oprimían.

Cuando subimos a la camioneta para volver a la posada, le escribí un mensaje de texto a Antonieta.

Estoy agotado. Te veo en un rato.

Contestó rápidamente.

Quiero que subas a la habitación cuando llegues :)

Al ver esa cara feliz sonreí. Noté que era 'de la vieja escuela' y no usaba imágenes ni figuras en sus mensajes. Tomé aire. Luego recliné mi cabeza en mi asiento y cerré mis ojos.

Llegamos rápidamente a la posada. Avancé de prisa, quitando con un leve golpe a Daniela de mi camino. Solo quería subir lo más rápido posible para llegar a la habitación de Antonieta. O, mejor dicho, a *nuestra* habitación.

Al llegar la vi acostada, en nuestra cama. Tenía una pequeña camiseta rosa. El dibujo de una rosa adornaba esa prenda de vestir y resaltaba sus senos.

No tenía nada más. Ni siquiera ropa interior.

La dulzura de su personalidad la hacía temblar. —Hola —dijo mientras sonreía. Contemplé sus caderas. —Qué gusto verte otra vez.

—Lo mismo digo. Y debo reconocer que me hiciste falta —dije, y sonreí ligeramente.

Apoyó sus muslos en sus manos. Vi cómo su cintura y sus caderas parecían más voluminosas y encantadoras. —Honestamente, también te eché de menos —confesó. —Lamento que hayas tenido que trabajar tanto. Creí que podría ayudarte a... sentirte mejor.

—¿Con esa camiseta? —le pregunté—. En ese caso, lo lograste. *Ya* lo lograste.

Realmente había mejorado mi estado de ánimo. Sentí celos de sus manos. Quería estar en ese preciso momento bajo sus caderas.

Empezó a hablar. El tono de su voz era tímido. Movié su cara lentamente. —Esta tarde estuve muy aburrida. Como no sabía que hacer después de que terminé de editar mis videos, comencé a

navegar en internet y....

—¿Y? —Me pregunté qué quería hacer.

—Y... bueno, tal vez podría hacerte sexo oral.

Me pregunté si de verdad quería hacerme sexo oral. Mi corazón se aceleró como un auto de carreras. Me parecía que había oído mal. —Oye, cariño —le dije, tomando aire. —No te sientas obligada....

—No me siento obligada —dijo con malicia. —Entiendo si no estás de acuerdo....

—¡Claro que lo estoy! —dije, con tanta alegría que me pareció escuchar a un adolescente ávido de tener su primera experiencia sexual o ver pornografía por primera vez.

Su mano se posó sobre el espacio vacío de la cama. Empezó a reír. —Acuéstate aquí. Pero necesito que antes de hacerlo, te quites eso.

Apuntó a mis vaqueros con su dedo índice. Hice una pequeña reverencia. Me los quité. Hice lo mismo con mi camisa y mi chaqueta. Me abalancé sobre la cama. Quedé a su lado.

—Si no lo hago bien, por favor, dímelo” , me pidió, con un tono ansioso que revelaba su nerviosismo.

—De acuerdo —le dije—. Pero no será necesario. Me siento bien con cada caricia o movimiento que haces.

Humedeció su boca y asintió con su cabeza. Se movió juguetonamente sobre la cama y se acercó después a mi cuerpo. Retiró los mechones que caían sobre sus senos y los llevó a su espalda. Su boca me besó. Sentí una bocanada de aire fresco en mi garganta.

Su beso fue largo y apasionado. Mi pene se levantó de inmediato. Mi pecho podía sentir ligeramente sus pezones inquietos. —Creo que es el momento —dijo, notando la gran erección que se posaba hambrienta sobre sus muslos.

Sonreí: —Parece que tu investigación fue extensa.

—Así es. Además, aprendí del mejor maestro —afirmó. Guiñó su ojo y sonrió también.

Solté una carcajada y cerré los ojos. Mi alegría no me permitió percatarme de que ya bajaba y se acercaba peligrosamente a mi pene. Solo lo supe cuando su cálida respiración llegó a mis bolas.

Bajé mi cara. Antonieta subió su rostro a mi vientre. Su boca estaba cerca de mi tronco.

—Voy a comenzar —dijo, antes de dejar escapar una risa nerviosa. No agregó nada más. Puso su lengua húmeda en mi glande. Me pregunté cuál era el motivo por el que temblaba y me agitaba tanto cuando estaba cerca de ella. Muchas mujeres me habían hecho sexo oral, pero con ninguna sentí esa conexión y ese placer tan especial, y menos cuando solo había besado fugazmente mi glande. Un gemido escapó de mi garganta.

Caí en la cama. Esperaba que Antonieta hiciera lo que había planeado.

Capítulo 22: ANTONIETA

Cualquier chica se sentiría intimidada con su órgano grande, grueso y palpitante, pero yo, en cambio, estaba disfrutándolo.

Quería disfrutar el presente, vivirlo al máximo. Había tenido una charla con Valeria y me convencí que tenía que olvidar mis dudas y temores. Eso, en mi caso, comprendía atreverme a experimentar por primera vez todo aquello que no había podido hacer porque era considerado 'pecado' como el sexo oral.

Realmente no sabía qué sucedería después conmigo, con Omar, o con lo nuestro, pero entendía que, si un hombre formaba parte de mi vida, debía atreverme a hacer cosas nuevas. Además, era la primera vez que tenía ganas de hacer cosas tan íntimas con alguien. Omar había despertado ese deseo en mí. Y con sus gemidos placenteros también estaba despertando un fuerte deseo en mi cuerpo.

Comencé poniendo mi boca en el glande, como había visto en varios tutoriales. Bajé levemente mis mejillas para que alcanzaran sus pelotas. Estaba cerca de sus piernas. Levanté mi rostro para ver sus ojos. Quería saber si le gustaba lo que estaba haciendo. Tenía sus ojos cerrados, su boca abierta y sus hombros rígidos. Me regocijé al ver que el placer lo había inmovilizado.

Después de ver esa excitante imagen, bajé cuidadosamente mi lengua por su pene para no tocarlo con mis dientes. Luego la subí. Yo era consciente de mi inexperiencia. Mis movimientos eran rústicos. No obstante, él le restaba importancia, como había hecho otras veces. De hecho, gemía y jadeaba salvajemente.

Puse una mano en sus pelotas. Recordé que en uno de los videos sugerían 'jugar con las bolas'. Omar retrocedió intempestivamente.

Retrocedí con temor. —¿Qué pasó?

Me preocupaba lastimarlo, pero él sonreía. —Nada. Me encantó. Por favor, no te detengas.

Guaa, Antonieta, dijo esa voz en mi mente. *Estás haciéndolo bien.*

Con mi boca atrapé su tronco nuevamente. Mi movimiento fue más rápido. Ya no estaba interesada en mi excitación ni tocarme. Mi prioridad era darle placer, así como yo había sido su prioridad anteriormente. Bajé mi cara de nuevo.

Puse mi mano en su tronco empapado. Mientras lo chupaba con mi boca lo masajeaba con mis manos. Me impulsaba para darle una sesión de sexo oral de 'mayor calidad'. Me sentía animada porque sus gemidos eran muy elocuentes. Estaba siendo mucho más atrevida de lo que había sido durante toda mi vida. Quería moverme con mayor agilidad y satisfacerlo más. Deseaba intentar técnicas nuevas para mí. Pero eso era absurdo. A fin de cuentas, *nunca* había usado ninguna técnica.

En los videos había visto que me tomaría algunos minutos conseguir que un hombre se viniera. Además, había que tomar en cuenta si era activo sexualmente o no. Aunque no conocía los antecedentes amorosos de Omar, era consciente de que se había acostado con muchas mujeres. Prácticamente se había acostado con todas las del país, excepto las ancianas o las menores de edad.

Pero, sorprendentemente, bajó su cara unos segundos después. —Voy a acabar —gruñó. Su pene estaba cerca de mi boca. Vi sus ojos y él se encontró con mis gruesas pestañas falsas adornando mis ojos. Sonreí maliciosamente.

Supuse que las chicas que se iniciaban en el sexo en la universidad usaban ese tipo de pestañas, pues Omar abrió ampliamente sus ojos al notarlas.

—Quisiera meterme en tu boca —me dijo en voz baja. —Si no quieres, tendrás que alejarte. Estoy a punto de acabar

Moví mi lengua poderosamente. Era una respuesta a su pregunta. Una manera de decir 'métete donde deseas'.

Noté los espasmos de su piel con mis dedos. Soltó un alarido largo y salvaje. Entonces no soportó más. Puso su pene en mi garganta.

Saboreé sus líquidos en mi paladar. Se quedó allí unos segundos y luego se retiró. Me encantó el sabor salino. Las gotas espesas cayeron en mi lengua. Supuse que así sabían los hombres, o al menos Omar, y me encantó.

Él estaba allí, en la cama, cansado, mientras yo ingería sus liberadores jugos.

Abrió ampliamente sus ojos. —¿Te tragaste mi semen? —preguntó con asombro.

—Imaginé que debía hacerlo —contesté. Estaba ruborizada.

Abrió su boca, pero rápidamente la cerró. Tras unos segundos volvió a abrirla. —Bueno, no, pero... me encanta que lo hagas. Son muy pocas mujeres las que suelen hacerlo. Al resto no les gusta el sabor.

—Honestamente, sabe muy bien —le contesté. Le decía la verdad.

Él sonrió y me acercó. Aunque era más delgado que yo, tenía mucha fuerza. Solo necesitó un brazo para hacerlo.

—Tú también sabes muy bien —aseguró. Luego besó tiernamente mi boca.

Pudo sentir el sabor de sus líquidos al besarme. El olor viril colmó nuestras narices. Cerramos los ojos y luego de un rato nos dormimos. Sonreíamos y estábamos fuertemente abrazados.

Pero ese sueño fue corto. Después de unas horas, mi celular sonó en medio de la madrugada.

Me levanté asustada. —Es muy temprano. Mándalos al demonio —me pidió Omar sin moverse.

Eso no iba a suceder. Solía contestar mis llamadas sin importar la hora ni el lugar. Me parecía descortés no hacerlo.

—Buenas noches. ¿Con quién tengo el gusto de hablar? —dije en voz baja. No quería que Omar perdiera por completo su sueño. Faltaba poco para la una de la mañana.

—Con Gabriela Torres —me dijo—. Necesito que te levantes.

Su frase bastó para incorporarme. Me pregunté qué hora era allá. No entendía por qué me llamaba a esa hora. Giré, busqué mis pantuflas y me levanté.

—Feliz noche, señora Torres —dije, aunque me costaba hablar. ¿A qué debo su...?

Omar notó la inquietud en mis palabras. Giró su cara para verme de cerca. —Mejor guarda silencio —dijo mi jefa, interrumpiendo mis palabras. —Quiero que me oigas muy bien. Una persona preocupada, alguien que prefiere reservar su identidad, nos remitió un video tuyo en el que afirmas que no estás... en desacuerdo con las actividades que desarrolla Atrevidas. Está claro que yo no me expresaría de esa manera.

Rayos. —Bueno, señora Torres, sí dije algo así. De todas maneras, no creo que Atrevidas sea una empresa con tanto poder. Tampoco soy su empleada. Son solo unos aliados de AutoEstima.

Escuché su sonora risa. —Antonieta, creo que no tienes las cosas muy claras. ¿De verdad crees eso? ¿Crees que puedes andar por ahí hablando estupideces sobre nuestros socios porque ‘no son poderosos’ y no eres su empleada? Me parece que alguien te ha mentado bastante.

Sentí ganas de llorar. Mi pecho estaba quebrado por el dolor. Tragué grueso. —Señora Torres, disculpe —le dije con vacilación. —Mi intención no era....

—Además —dijo, volviendo a interrumpirme—. nos han indicado que has causado muchos inconvenientes durante las sesiones fotográficas.

Esa afirmación me pareció increíble. —¿Qué? Eso no es cierto, señora Torres. No he causado ningún problema.

—No es lo que me han dicho. —Exhaló y continuó. —Antonieta, había puesto mis expectativas en tu trabajo. Imagino que ya entiendes que estás despedida. Voy a pedir que te regresen cuanto antes.

Caí de bruces. Solo pude saber que estaba en el piso cuando escuché el grito aterrado de Omar, que pronunciaba mi nombre con fuerza. Rápidamente saltó de la cama y me ayudó con sus brazos a levantarme y sentarme. Me abrazó y pude incorporarme. Puse de nuevo el celular en mi oreja.

Intentaba entender lo que sucedía. —¿Estoy...? —le pregunté, pero no lograba terminar mis frases. —¿Despedida?

Gabriela comenzó a hablar con más firmeza. —Exacto. Estás fuera. Un asistente va a llamarte en un rato para darte la información sobre tu vuelo de regreso. Hasta luego, Antonieta Salas.

Terminó la llamada. Abrí mi mano y mi celular se resbaló y cayó al piso. Me senté en la orilla de la cama. —Dime qué sucedió —me pidió Omar. El tono de su voz sonaba como un ruego.

Antes lloraba con más fuerza, pero ahora parecía que ya no tenía ganas de llorar. Había secado todas las lágrimas que tenía en mis ojos.

Mi mente y mis ojos estaban nublados. —Era Gabriela Torres —le dije—. Me despidió.

Retrocedió y llevó su mano derecha a su boca. —Mierda. Tiene que ser mentira.

—Es verdad. Me devuelvo hoy.

Tenía la misma necesidad que yo tenía de saber más. Una necesidad imperiosa. —Es que no entiendo. ¿Por qué haría algo así? —me preguntó con fuerza.

—De acuerdo a lo que me contó —empecé a contar en voz baja—. una persona anónima les remitió el video en el que dije, que no me simpatizaba la actividad de Atrevidas. Fui una tonta al decirlo. Una gran tonta. Además, recibieron reportes de que no he sido profesional durante las sesiones, lo cual es totalmente falso. —Comencé a hablar con más rapidez. —Debo recibir una amonestación por el video, lo acepto. No entendí en ese momento que la sociedad entre ambas empresas era tan importante. Tampoco sabía que algún empleado de Atrevidas veía mis videos, lo que debí suponer antes de subirlo, pues ya estaba bajo ese escrutinio, pero en las sesiones he tenido una actitud muy seria y responsable. He sido gentil con todos y he apoyado a todo el mundo. —Sentía mucha furia.

Omar, cuya cara había estado llena de la misma rabia que yo sentía, ahora se mostraba diferente. Estaba frío como el hielo. —Supongo que fue Daniela —dijo en voz baja y frustrada.

Entonces lo entendí todo. Había actuado de forma grosera conmigo desde que me había conocido. No podía ser otra persona. Era lógico que fuese la responsable de este asunto.

—Sí, seguramente —contesté, pero no pude decir nada más. Me sentía tan destrozada que no quería tener que lidiar con otra emoción tan agotadora. La ira se apagaba lentamente.

Se puso a mi lado. Sus brazos me rodearon con delicadeza.

Sentí sus caricias en mi cuello—. No sé qué hacer para que te sientas mejor —dijo sobre mi cabello.

No sabía qué responderle, hasta que una idea surgió en mi cabeza. —Regresa conmigo. Volemos juntos y dejemos todo esto atrás.

Lo dije sin pensarlo mucho, pero al ofrecerle esa opción, sentí que era mi deseo más grande. Quería a Omar, quería que fuese parte de mi existencia por el resto de mis días y también quería que no malgastara su tiempo trabajando para una compañía explotadora y machista como Atrevidas, en la que además tenía que soportar a una mujer terrible y maligna como Daniela.

—Vayamos a casa —le reiteré, ahora con más fuerza. —Podrás buscar un empleo nuevo, algo que te satisfaga más. Eso te hará sentir más feliz. Ambos podríamos trabajar en....

Su cara se llenó de dolor. No pude hablar más. Cada palabra que dijera a partir de ese momento sería inútil. No había dicho nada, pero su cara revelaba lo que pensaba.

—Está claro. No quieres acompañarme —le dije. Ya estaba segura.

Negó lentamente con su cabeza. —Quisiera hacerlo, pero no puedo. Deberás disculparme, pero esta es mi única fuente de ingreso. Necesito estar aquí y completar las sesiones. Si Atrevidas da malas referencias sobre mí, mi carrera está destruida.

Su argumento sonaba como una cagada. No me convencía en absoluto. —Omar, tienes mucho dinero —le recordé. —No te hará falta un empleo como este. Has recibido buenos pagos por tus fotos. Y mejor aún, eres un fotógrafo talentoso. La posibilidad de lograr tus sueños, los que tanto has postergado, está frente a ti. Serás feliz tomando las fotos artísticas que siempre has querido tomar.

—Antonieta, aterriza. Las Garzas es una ciudad muy costosa, sabemos que....

—¡Sabemos todo lo que hay que saber! —le grité. —El dinero o es lo único importante en la vida, Omar. Más importante es hacer algo con lo que te sientas a gusto. Sentirte feliz con tu trabajo. Me cuesta aceptar que no lo veas. —Estaba molesta.

Tomó aire y parpadeó varias veces. —Antonieta, hay cosas que no aceptas o no entiendes, y lo comprendo perfectamente. De todas maneras, sí creo que el dinero es un asunto bastante serio. Entiendo que eres cristiana, lo cual me parece muy bien, pero si de algo estoy seguro es que Dios o Jesús no van a bajar del cielo para pagar mis cuentas. Fingir que el dinero no es importante, en la ciudad en la que vivo, con los costos de las rentas y todo lo demás, es absurdo. Debo seguir trabajando para pagar mis cuentas y mantener mi estilo de vida. Lo demás es pura ingenuidad —dijo, con un tono más serio.

—No creas que soy tan tonta. Entiendo lo que planteas. Ya tengo veintitrés años —dije en voz baja. —Y sí, soy cristiana y tengo mis principios. Tú no lo eres, pero eso no quiere decir que solo vivas por el dinero y creas únicamente en él. Son argumentos que no tienen nada que ver. Puedo tener esperanzas. Eso no me convierte en una tonta. Me describes como una jovencita inmadura que no sabe dónde está parada.

—Lo hago porque en este momento —dijo, causándome dolor con cada sílaba que pronunciaba—. estás actuando precisamente como una niña inmadura.

Ahogué unas lágrimas que amenazaban con salir. —Creo que ya escuché suficiente. Es el fin de nuestra discusión —dije. Esperaba que mi alma no se hubiera quebrado en ese lugar, en ese instante. Sentí que no valía la pena mostrarle esa vulnerabilidad a Omar. —Tiene que ser una broma. Apenas anoche nos acostamos, nos abrazamos y sonreímos. ¿Ahora me sales con esta estupidez?

Sus hombros estaban tensos. Su cara esta rígida. Entendí que era el final de nuestra historia.

No regresaría conmigo. No renunciaría a Atrevidas ni en un millón de años. Para él, lo más importante era su trabajo. Eso no cambiaría, aunque ese empleo fuese una cagada. Me vio fijamente y no dijo nada.

—De acuerdo —contesté tras hacer una pausa. —Sal de aquí. Voy a preparar mi equipaje

—Antonieta, por favor....

—¡Sal! —le solté, con mi voz convirtiéndose en un alarido.

Omar me vio detenidamente de nuevo. Había tristeza en su mirada. —Haz lo que te parezca mejor —dijo suavemente. Entonces me quedé sola, llorando sin parar. Giró y salió de prisa. Lo vi escapar, con mis ojos llenos de llanto.

Capítulo 23: OMAR

Puse toda mi atención en las fotos.

No pienses más. Tómalas, me dije. Simplemente toma las fotos.

Accioné mi cámara para tomar la primera. Estábamos en la entrada del muelle, si aún se podía llamar de ese modo. Solo quedaban algunos tablones que llevaban a la playa. Esos tablones se cortaban abruptamente. Era antiguo y estaba poco cuidado, pero ofrecía un lindo panorama para las imágenes. Patricia estaba frente a mí, levantando levemente sus pies.

—Muy bien, Patricia —le dije—. Te ves hermosa.

Luché para mostrar algo de ánimo, aunque me costaba. Ella, en tanto, sonrió ligeramente desde su lugar.

—Muchas gracias por el cumplido, Omar —me dijo, asintiendo. —Cada palabra que dices me hace sentir confiada y relajada.

Trataba de alegrarme con sus frases, pero estaba logrando el resultado contrario, irónicamente.

Antonieta había pasado más temprano con su equipaje por toda la posada. Decidí quedarme sentado en un sofá de la sala de estar, sin verla en ningún momento. Tampoco me fijé en su maleta. Las pequeñas ruedas de la maleta rechinaban al chocar con el granito del suelo. El eco chillaba en las paredes. Daniela estaba feliz. Patricia y Francis, por su parte, le habían preguntado a Antonieta qué había sucedido, pero Antonieta se limitó a decir que debía marcharse rápidamente. Aunque Antonieta estaba siendo muy reservada, me pareció que las chicas intuyeron que algo terrible había sucedido. No habría otra manera de que una joven muy conocida en internet por sus videos sobre maquillaje desperdiciara un empleo tan importante como ese.

Daniela sí sabía todo al respecto. No dio mucha información sobre los motivos que impulsaban a Antonieta a irse, pero sus frases bastaron para que las chicas intuyeran algo. En todo caso, ambas me habían tratado muy bien mientras les tomaba fotografías. Eso solamente empeoró mi humor. Era un completo idiota.

Antonieta salió de la posada. Sentí que ella había hecho lo correcto, que su decisión era la mejor. Me había pedido que renunciara, pero yo le había asegurado que necesitaba el dinero. Sentí que tenía demasiadas expectativas conmigo. Que esperaba que yo hiciera demasiado. Tal vez me había equivocado. Tal vez solamente sentía un profundo temor. El miedo de aceptar que sí quería subir a un avión, regresar a mi ciudad y comenzar una vida desde cero, a su lado. El miedo que me causaba pensar que mis sentimientos por ella eran muy fuertes. El temor de dar ese paso y que luego ella se marchara. No quería arriesgarme, porque otras personas me habían abandonado, causándome mucho dolor.

Tampoco quería abandonar la vida soñada que yo llevaba... Sí—, la vida soñada. —Qué cagada.

Patricia estaba cubierta solo con la parte inferior de su traje de baño. Tenía sus manos sobre su pecho. Cambió de posición y me mostró una pose aún más atrevida, llevando sus manos unos centímetros más abajo.

—¿Así está bien? —me preguntó.

—Perfecto —le dije, aunque no sentía ni un mínimo de alegría en ese momento, a pesar de que había una mujer casi desnuda frente a mí.

Respiró profundamente, buscó una toalla que estaba a un metro de ella, cubrió su cuerpo y caminó hacia mi lugar.

—Omar, es obvio que no has tenido un buen día. Podemos parar un momento. Sería bueno que nos tomemos un receso para que te relajés.

—Te lo agradezco —le respondí—. pero no puedo dejar de trabajar solo porque he tenido un mal día. Debo hacerlo.

Daniela estaba cerca. Había culminado con ella antes y tomaba sol para broncearse. Me vio fijamente y sonrió con malicia. Sin ningún tipo de cortesía empezó a hablar y cortó mi conversación con Patricia.

—No entiendo tu molestia, Omar —me dijo, si bien entendía el motivo perfectamente. —Es un lindo día. Mira este cielo, este sol.

Se acercó al muelle y se lanzó. Sabía nadar perfectamente. La vi a los lejos, dando brazadas y mostrando su torso al salir del agua. Era común que las modelos de Atrevidas, al igual que muchas otras, entrenaran horas y horas en el gimnasio o practicaran algún deporte.

Omití sus comentarios y vi hacia otro lado. Esperaba que al ignorarla se cansaría, o mejor aún, se ahogaría.

Pero eso no iba a suceder. Salió y se sentó a mi lado.

—Omar, por favor —dijo Daniela, tocando mi hombro. —Quiero que me cuentes todo. Desahógate.

Daniela era insistente. Seguiría pidiéndomelo en ese momento, y si no lo lograba, persistiría hasta lograrlo. Había demostrado que tenía poder sobre mí, y cada vez que quería, lo dejaba claro. Eso la convencía de que eventualmente me llevaría de nuevo a su habitación.

Quizás debía dejarme llevar. En lugar de luchar contra sus intentos, podía hacer lo que me pedía y satisfacerla.

Antonieta ya se había ido. No había nada ni nadie que me obstaculizara tomar ese atajo con Daniela. En cierta forma me lo merecía.

—Creo que estamos mucho mejor, ahora que ya esa ballena se fue. Podemos hacer lo que hemos querido hacer desde que llegamos —dijo Daniela. Aparentemente se dio cuenta de lo que pensaba, o lo sospechó.

Estaba agotado de intentar mostrarle una y otra vez que no quería estar con ella, y que ella ignorara mi rechazo. Entonces dejé su brazo en mi hombro. Patricia vio la escena y volteó de prisa. No dijo nada antes de hacerlo. Se concentró en el cielo. Era una chica educada y reservada. Seguramente había creído que Daniela y yo empezábamos un romance o íbamos a hacer algo que ella no debía ver. Pero yo no quería que eso sucediera.

Daniela, por su parte, pensó que mi silencio era una forma de aceptación.

Retiró su mano, luego la llevó por mi vientre y acarició mis caderas—. Ya se fue —dijo con un tono delicado y voraz—. Hagamos el amor, cariño.

Tomó mi pene con fuerza. Me sobresalté. Estaba en shock por su atrevida acción. Sentí que salía de mi cuerpo.

—No te resistas, cariño —dijo mientras sonreía. —Sé muy bien que esto te gusta.

En realidad, no me gustaba que ella lo hiciera. Pero si le contaba a alguien que Daniela estaba acosándome sexualmente, no me creerían. Esa posibilidad me atemorizaba. Ella era una supermodelo y yo era... bueno, un hombre. Recordé, no obstante, que ella no pararía porque sí. La

mente de una abusadora no funciona de esa manera. La única forma de detenerla era que tuviera que hacerse cargo de sus acciones y las consecuencias. ¿Por qué no se lo había dicho a Antonieta?, me pregunté. Ella estaba muy apenada por todo lo que había pasado, pero habría comprendido todo y me habría ayudado. Ella no tendría que haber pasado por todo sola si me hubiera atrevido a decirle. Ambos podríamos haber seguido juntos.

Una vez que Daniela tomó mi pene, me separé de ella. Casi caigo a la playa, pero me mantuve de pie sobre la arena. Di unos pasos y tomé mi celular.

No voy a permitirle esto otra vez, me dije con convicción. Escuché los alaridos molestos de Daniela detrás de mí, pero una vez más decidí ignorarlos. Rosa atendió mi llamada.

—¿Qué tal, Omar? —dijo—. Supe que Antonieta tuvo que volver. Es una....

Me gustaba la idea de hablar sobre esa triste partida, pero debía contarle a Rosa todo. De lo contrario, tal vez no volvería a reunir el valor para hacerlo.

Entonces la interrumpí. —Sí, pero no llamé por ella. Es por otra persona. —Exhale profundamente mientras cerraba mis ojos. Los abrí de nuevo unos segundos después y di unos pasos lentos por la playa. Los granos de arena llenaban mis pies. —Realmente estoy llamando por Daniela.

El silencio de Rosa me hizo imaginar cómo abría sus ojos ampliamente. —Supongo que esa zorra volvió a cagarla —me dijo con molestia.

—Rosa... —le dije mientras volvía a exhalar. —Sonará muy extraño, pero me parece que he sido víctima de acoso sexual. Daniela... me ha acosado sexualmente.

Rosa guardó un atonador silencio y luego abrió su boca. —Quiero oír todos los detalles.

Entonces le conté todo. Una vez que llegué a la entrada del muelle y Daniela ya no podía oír, le narré todo lo que había pasado. Sus chantajes permanentes, sus sugestivas caricias que yo no quería, mi permanente respuesta negativa a sus insinuaciones y la forma como ignoraba esas respuestas. Usé esa conversación para desahogarme, y al concluir, respiré largamente y sentí que me quitaba un peso de encima.

—Entonces... —le dije—. ¿Qué crees que pasará?

—Bueno, en primer lugar, contactaré a Atrevidas una vez que terminemos de hablar. Voy a decirles que tienen un incendio que deben apagar. Si ellos no actúan, buscaré a un abogado.

Sonreí ligeramente por la emoción que sentía. Finalmente había podido contar mi historia, me creía y tomaría acciones. Ya me había atrevido a hacer algo que me hacía sentir victorioso. Estaba inflamado de alegría.

Terminé nuestra charla. Sabía que Rosa llamaría a Atrevidas. Caminé de nuevo por el sendero de las palmeras. Luego regresé al muelle. Daniela y Patricia todavía estaban allí. Patricia estaba al final, con sus pies tocando el agua de la playa. Daniela estaba acostada. Tenía sus brazos extendidos y sonreía.

—Patricia —dije en voz alta. —Creo que debemos finalizar la sesión ahora.

Tomé las fotos finales de Patricia, pero no dejaba de pensar en Antonieta. Ansiaba que estuviera allí, en la playa. Estaría feliz de acompañarme, pero Daniela había hecho todo lo posible para sacarla de Grecia. Además, yo había estropeado todo al negarme a viajar con ella. Estuve a punto de creer nuevamente en el amor, en una chica, pero me convencí de no hacerlo. De esa manera, había abierto la puerta para que Daniela concretara su plan y acabara con mi felicidad. Una felicidad que estaba llegando y yo me merecía, pero que estaba rechazando.

Le comenté a Patricia que ya no tenía que tomar más fotografías. Ella, junto a Francis y Daniela salieron al estacionamiento para subir a nuestra camioneta. Estaban agotadas. Escuché mi

celular. Sostuve mi cámara y con mi otra mano atendí.

—¿SI?

—¿Hablo con Omar Márquez? Soy Elías, de Atrevidas. ¿Puedes hablar? ¿No hay nadie allí?

Giré y vi la playa. Solo estaba yo. Ya las chicas estaban en el estacionamiento. —No hay nadie

—De acuerdo. Quiero que conversemos.

Elías era uno de los directivos de Atrevidos. Le repetí la historia que le había narrado a mi asistente. Escuchó atentamente sin decir nada. —Entonces... todo eso fue lo que sucedió —dije al final, y esperé su versión.

—Omar, lamento que hayas tenido que pasar por esa situación. De verdad lo siento mucho —dijo. Sonaba cansado. Escuché su aliento exhausto al otro lado de la línea.

Estaba impresionado por su reacción. Abrí mi boca y mis ojos de par en par. Rosa me había dicho que hablaría con ellos, pero no creí que Atrevidas hablara conmigo, escuchara mi versión, y mejor aún, se disculparan. Sabía que debían cuidar su reputación. Eran una empresa de fama mundial, con millones y millones en ventas. A ninguna compañía le agradaba este tipo de situaciones. De todas maneras, este tipo de acusaciones se presentaban todo el tiempo, y muchas de ellas eran falsas. Seguramente mi caso era uno más del montón y no lo tomarían en serio.

Sin embargo, Elías empezó a hablar y aclaró mis dudas. —Omar, sabes que hay mucha tensión en el ambiente por las últimas acusaciones de acoso sexual hacia algunas celebridades. Se habla mucho del empoderamiento femenino, la igualdad de género y el respeto por las mujeres. Por esa razón, queremos aclarar este asunto.

Entendí perfectamente. La industria de la moda y del entretenimiento en general estaba en el foco de atención. Había miles de mujeres revelando lo que durante tantos años habían ocultado. Me sentí dichoso al recordar a todas las chicas que se habían atrevido a hablar sobre el tema cuando nadie lo había hecho. Gracias a sus relatos, yo también podía decir la verdad.

—Quisiéramos hacer algo —me dijo—. Daniela ya no formará parte de estas sesiones. Y no volverán a trabajar juntos.

Ya había pensado en eso. Con su planteamiento, entendí que ella no saldría de Atrevidas. Saberlo me molestó. Sin embargo, recordé que los cambios no se gestaban de la noche a la mañana. Tomaría mucho tiempo, pero era el principio. No iba a poder cambiar a una compañía o a una industria tan poderosa y con un enfoque empresarial tan rígido con una sola acción.

Seguía molesto, pero decidí aceptar su propuesta. ¿Hice lo correcto?, me pregunté, pero no lo sabía. Al menos podía conservar mi empleo y no volverme loco.

—De acuerdo —le dije. —Me hubiera gustado que la despidieran, pero deberé conformarme... por los momentos

—Agradezco tu comprensión, Omar —aseguró, con un tono inescrutable.

Continué hablando. —Debo pedirte otra cosa. Quiero que hables con la revista *AutoEstima*. Pídeles que contraten de nuevo a Antonieta Salas. Ella merece estar aquí, no en un avión de vuelta a casa. Salió del empleo por la actitud de mierda de Daniela.

Empecé a escuchar su voz. Ahora sí me mostraba algo. Me indicaba que no quería hacer una promesa que quizás no podía o no quería cumplir. —De acuerdo, veré qué puedo hacer, pero...

—Eso no es suficiente —le respondí con autoridad. —Quiero que la contraten de nuevo o iniciaré una demanda. Ella lo obtuvo por su talento.

—Tal vez no desee regresar, Omar —planteó Omar, buscando un atajo.

Era posible, pero analicé el escenario rápidamente para responderle. —En ese caso viajaré a

La Sonata para pedirle que regrese. Ya terminé las sesiones con Atrevidas. Supongo que las filmaciones y las fotos con Antonieta están pospuestas por los eventos más recientes.

Escuché el resoplido de Elías. —¿Crees que te compraremos un boleto de avión para que regreses solo para hablar con ella e intentar convencerla?

—Bueno, ella podría contarle a sus seguidores en internet cómo salió de Grecia y por qué la despidieron.

Escuché el silencio.

—Ya está decidido —dije con satisfacción. —Quiero que me compres ese boleto.

Elías exhaló profundamente. —Omar, tus condiciones son exigentes, pero las cumpliremos. Tienes mucha suerte. Voy a comprar ese boleto.

Pensé en Antonieta. En su sonrisa, su generosidad, su inocencia. —Así es, Elías —respondí. —O, mejor dicho, la tendré, si la chica por la que empiezo a sentir amor me recibe al llegar.

Capítulo 24: ANTONIETA

—¿Chocolate o fresa?

—Fresa —reiteraré, si bien no me preocupaba por mi elección.

—Excelente.

En unos segundos Valeria llegó con dos grandes copas de helado, una de chocolate con lluvia de colores para ella y uno de fresa para mí.

—Toma, hermanita —me dijo mientras extendía el brazo y me daba una cuchara. —Un helado de fresa siempre será fiel a ti. —Se sentó cerca de mí y me vio fijamente.

Tomé la cuchara y la hundí en el helado. Era cierto lo que decía mi hermana. Un helado de fresa siempre sería leal. Además, alegraba mis días y llenaba mi corazón de felicidad.

Era el segundo helado que me comía después de llegar. Mi vuelo había aterrizado hacía unas siete horas. Pensé que el sabor dulce mejoraría mi humor, pero no fue así. La sensación de satisfacción por el azúcar desapareció rápidamente y fue reemplazada por náuseas y sudores incesantes. Fue una alegría fugaz. Mis sentidos estaban alterados.

Valeria me había visto llorar al llegar. Mi cara estaba llena de maquillaje empapado. Pero no me preguntó nada. Solo me abrazó con fuerza, me peinó con su mano y me aseguró que las cosas mejorarían pronto. Retiré mi cara de su hombro un rato después. Nos sentamos en el sofá de su sala de estar y allí nos quedamos. Me tomé las horas siguientes para contarle las razones de mi regreso. La actitud soberbia de Daniela y sus acciones, la forma como me había tratado Omar, y por último, cómo AutoEstima me había echado.

Me demostraba una vez más, con su mirada solidaria y su mano sobre la mía, que era una persona capaz de escuchar, y que había convertido ese talento en su forma de ganarse la vida. Una buena parte de su labor comprendía oír los problemas de los integrantes de su congregación e intentar guiarlos en la dirección correcta, planteándoles posibles soluciones o limitándose a oír si sentía que no había manera de solucionar el inconveniente. Al culminar mi largo relato, volvió a abrazarme con fuerza y comenzamos a revisar toda mi experiencia reciente minuciosamente. Había oído toda mi historia sin decir nada. Era el momento de analizar todo.

Ciertamente, eran muchas las cosas en las que debíamos pensar. Me preguntaba si debía contarle a mis seguidores esa parte de mi experiencia en Grecia. Tomar esa decisión me alejaría definitivamente de la industria de la moda. También me preguntaba si ya no estaba alejada por completo de esas empresas por lo que había pasado. Si eso sucedía, quería saber cuáles serían las consecuencias. Esperaba que lo que había sucedido en Grecia no me impidiera trabajar con las empresas de maquillaje. No sabía si debía buscar otro empleo rápidamente. Rayos. Todo era tan complicado que me costaba aclarar mi mente.

Y no había llegado a la parte más complicada, porque en realidad no tenía respuestas a esas preguntas. ¿Qué decían los conocedores de la industria de la moda sobre mi intempestiva despedida de AutoEstima? No podía saberlo. A fin de cuentas, seguramente nadie daría un centavo por mí. Era, básicamente, una desconocida. Alguien que no valía la pena. Adicionalmente, Daniela podría haber inventado otras historias sobre mí o asegurar cosas que no eran absolutamente ciertas sobre mi pasado o mis planes para el futuro. Seguramente estaría contando a

sus amigos estilistas que trabajar conmigo resultó ser la peor experiencia de su vida, que era una persona irritante, que me había portado como una... mujer de mala reputación. Ya había hecho algunas llamadas con ese fin. No había manera de que se detuviera. Había logrado sacarme del trabajo. Era obvio que era una mujer perversa, vengativa, arrogante.

También tenía otras preguntas, más difíciles que las anteriores. Todas tenían que ver con Omar. Conversamos a hablar sobre él, pero le pedí a Valeria que me sirviera otro helado.

—¿Qué sentías por él antes de que ocurriera todo este desastre? —me preguntó mientras probaba mi segunda ración de helado.

—Creí que... de verdad sentía algo por él —dije, reconociendo lo que había sentido. — Esperaba que avanzáramos y funcionara.

Ella asintió, comprensivamente. —Por esa razón, cuando me llamaste, supuse que habías hecho el amor. Tu voz sonaba como si acabaran de cogerte.

—No digas ‘cogerte’. Se oye asqueroso —le dije mientras agitaba mis brazos.

Sonrió por mi expresión, pero retomó el tono grave de su voz y me vio fijamente. —Antonieta, ya me demostraste lo importante que es Omar en tu vida. Cuando me llamaste me preguntaste qué podría pasar en el futuro con él. Me pregunto si terminaste con Omar porque sentiste que abandonarlo era una manera de renunciar a los sentimientos que ya empezabas a tener. Quizás... tenías miedo de enamorarte de él.

Me pregunté cómo Valeria podía llegar descubrir todo lo que pasaba conmigo y decírmelo con tanta sinceridad. Hubiera preferido que dijera algo como 'ese hombre no vale la pena, veamos televisión, comamos helado y olvidemos este asunto'. —Por los clavos de nuestro Salvador...

Sabía que Valeria no hablaría de ese modo. Era muy inteligente para eso.

Me vio fijamente. La expresión de firmeza de su cara me demostraba que esperaba una respuesta que ya sabía. —Es posible —confesé. —Puede que sienta... algo de amor por él. Algo.

—Bien. Entonces....

—Ahora —le dije, cortando sus palabras. No quería mostrar mis sentimientos sin poner un asterisco sobre ellos. —Creo, que él debió defenderme. Debí hablar con Daniela que hiciera lo que quisiera, y luego debí haber renunciado ese empleo en ese mundo tan artificial.

Vi cómo Valeria fruncía su ceño. Estaba reservándose unas palabras que obviamente no quería decir. —¿Por qué me miras así? —le reclamé. —Dime las cosas con sinceridad. No te guardes nada.

—Honestamente, tus expectativas con las personas siempre son muy altas —dijo—. Creo que lo haces porque eres un alma muy noble, que nunca se cansa de dar y quiere que los demás hagan cosas positivas o den el mejor esfuerzo. Pero recuerda las palabras de nuestro Señor. Él nos pide que aceptemos a las personas como son y que evitemos criticarlos. Es posible que no sepas toda la historia. Quizás Omar quería actuar contra ella, pero no podía.

Negué con mi cabeza varias veces. —Entiendo que tratas de ver las cosas desde otro punto de vista, pero creo que estás cometiendo un error. Es un conquistador que busca mujeres para acostarse con ellas por unos días y luego las abandona. Él actuaba como lo que realmente es.

—Aunque eso fuese cierto....

—Y lo es —dije. Estaba interrumpiéndola de nuevo. —Quisiera ver una película, ¿te parece? Creo que debemos olvidar ese tema por ahora.

Era evidente que no le gustaba lo que escuchaba. —De acuerdo —dijo.

—Estupendo. Oh, y mañana quisiera ir al refugio de animales. Debo activar mi lado solidario. Si no lo hago, esta rabia carcomerá mi alma.

Me quedé en silencio esperando sus palabras, pero no respondió. En cambio, me cedió el control remoto del televisor.

—Busca alguna que te guste —me dijo—. Lo permitiré solo esta noche.

Encendí el aparato, busqué el canal de películas y series clásicas. Me encontré con El Mago de Oz. Era una de mis películas favoritas.

Decidí ver la película completa, pero estaba agotada por el viaje. Unos diez minutos después caí dormida en el sofá.

Al despertar al día siguiente, mi cuerpo aún estaba adormecido. Vi a Valeria a ciertos metros. Estaba en la cocina, haciendo el desayuno. Olía a emparedados, uno de mis platos favoritos.

—Feliz día, hermanita —me dijo—. En unos segundos tu emparedado de atún estará listo.

—Gracias. Esta es una de las tantas razones por las que te amo.

—Pero yo te amo más —me aseguró.

Me levanté y fui al baño para lavar mis dientes y asear mi cara. Luego me vestí con los pijamas que había dejado en la casa de Valeria para momentos como este. Solíamos hacer fiestas de chicas en pijamas, por lo que había dejado varios en uno de sus dormitorios.

Empezamos a desayunar. El emparedado estaba delicioso. Evitamos hablar sobre Omar. Supuse que mi hermana mayor entendía que el tema me tenía exhausta. No sabía dónde estaba Ana, pero supuse que debía estar en el trabajo. Los jueves debía colaborar en el departamento de Policía como voluntaria.

Tras terminar mi plato y mi jugo me limpié con una servilleta. Valeria conversó conmigo tranquilamente hasta que me levanté.

—Perfecto. Gracias de nuevo, hermana. Iré al refugio —le dije mientras me levantaba. —Nos vemos más tarde.

No estaba muy convencida de que mi plan era correcto, pero se limitó a sonreír. —Escríbeme o llámame si necesitas algo —me dijo después.

Quizás Valeria estaba en lo cierto. Yo la conocía muy bien. Sabía que ella no quería que saliera tan rápido a la calle para hacer algo y mantenerme ocupada. Eso solo pondría más presión sobre mis hombros. Mi voluntad para ayudar a los demás y dar apoyo a muchas organizaciones sin fines de lucro nunca se apagaba. Quería hacer y hacer en lugar de ser. Era un error que cometía, pero pensé que podría enmendarlo después.

Debía hacer algo que me ayudara a olvidar, aunque solo fuese temporalmente, a Omar. Él no había estado en mi charla matutina ni estaba en la ciudad, pero no salía de mi mente.

Abracé a Valeria y le di un beso en la mejilla. Tomé las llaves de la camioneta de Valeria y salí. Me encantaba ese lindo gesto: nunca me negaba su camioneta.

¿Qué rayos voy a hacer con mi canal en internet?, me pregunté en la ruta. Tal vez debía subir un video corto sobre los animales que el refugio local había rescatado. Sin embargo, no estaba maquillada y mi videocámara estaba en casa de Valeria. Podría filmar con mi celular, pero la calidad del video sería menor. Tenía otra opción. Podría subir un video más tarde, en el que hablaría sobre cómo maquillarse para verse renovada. Debía continuar haciendo lo que siempre me había gustado. Sí, mi contrato con AutoEstima había terminado, pero no era el fin de mi vida.

Apagué la camioneta cuando llegué al refugio. Entré. Salomón, Silvia y el resto de los voluntarios me recibieron con una cálida bienvenida. Ellos siempre estaban ahí, a diferencia de mí, que iba cuando solo algunos días a la semana.

Aunque no sabía de dónde provenía mi amor por los animales, supuse que mi personalidad amistosa me llevaba a jugar horas y horas con perros o gatitos que habían tenido duras

experiencias en la calle antes de llegar al refugio.

—Antonieta, ¿qué tal? —me dijo Silvia mientras yo registraba mi entrada. —Hemos visto tus últimos videos en Grecia. Son maravillosos. Creímos que te quedarías allí unos días más.

Tenía la posibilidad de contarle lo que realmente había pasado, que me habían echado de la empresa, o mentirle. Dejé de escribir mis datos personales, vi el libro y analicé lo que podía hacer.

Generalmente, por no decir siempre, decía la verdad, por principios cristianos, pero pensé que nuestro Señor comprendería que mentiría solo en esa ocasión para no entrar en detalles ni recordar esa amarga experiencia.

—Decidí regresar antes —le dije, lo cual en parte era cierto. —Voy a ayudar en las celebraciones de Semana Santa.

Ciertamente, estaba en casa para las celebraciones de Semana Santa, que comenzaban en unos días. Aunque el final de mi estadía se había adelantado, igualmente estaba haciendo lo que tenía previsto, pues igualmente estaría en casa de mi hermana para esos días festivos. Si comenzaba a narrar todo lo que había sucedido, me tomaría al menos una hora y quizás empezaría a llorar. Nadie querría ver eso. Entonces me fui por lo del adelanto de mi llegada. Sí, había cometido un pequeño pecado. Era un ser humano, como todos los demás.

Silvia me guió al jardín. Allí estaba el sector de los cachorros. Creyó todo lo que le dije.

Los perritos movieron sus colitas y ladraron simultáneamente. Abrí todas sus jaulas para acariciarlos y jugar con ellos. —¡Hola, preciosos! —dije, levantando mis brazos para saludarlos.

Habían pasado dos o tres horas, no lo sabía, cuando Silvia llegó al jardín.

—Tienes visita —me informó.

—Estupendo —le dije—. Por favor, diles que pasen. —Pensé que eran Valeria y Ana. Estarían de receso para almorzar. Podría comer algo con ellas.

Silvia abrió un poco la puerta, solo como para permitirle a una persona pasar, pero evitando que los perros salieran.

No era Valeria. Tampoco Ana. Era Omar.

Me congelé. Los perritos continuaban ladrando y saltando, pero yo no podía tocarlos. Miraba a Omar. Sentía su olor, su poderosa presencia. Estaba petrificada.

—Me retiraré para que puedan hablar —comentó Silvia.

Había sido una tonta. Silvia ya conocía a Valeria. Habría dicho su nombre al entrar. Ansiaba abofetearme y recriminarme, pero no podía hacerlo. No podía moverme porque Omar estaba allí. Me pregunté por qué había permitido que todo estuviera sucediéndome nuevamente.

Aclaró su garganta para saludarme. —Buenas tardes —dijo.

—Dime cómo supiste que estaba aquí —le pregunté. Era tonta, pero no se me ocurrió ninguna otra.

Tocó su mano derecha con sus dedos izquierdos. —Rosa. Ubicó tu casa. Fui a buscarte, pero no te encontré. Como este pueblo es pequeño, le pregunté a uno de tus vecinos. Me dijo que debías estar en la iglesia o en la casa de tu hermana. Tampoco estabas allí. Ella me dijo que entonces debías estar en este lugar. —Paró su explicación abruptamente. —Estoy extendiéndome. Disculpa.

Valeria. Por la cruz de Cristo. No era posible que no supiera de quién se trataba. Solo un fotógrafo intentaría llegar a mi pequeño pueblo y hablar conmigo. Le reclamaría más tarde por sus molestas revelaciones. Luego iba a asesinarla, pero en ese momento debía concentrarme en Omar.

No tenía ánimos de conversar. —¿Por qué rayos viniste? —le pregunté.

Creí que estaba meditando su respuesta. —Vine a contarte todo lo que sucedió. Seré honesto y

no te esconderé nada. —Se inclinó para tocar a uno de los cachorros.

—Pero yo no quiero que me cuentes nada —le lancé. Para mí, su honestidad a una alharaca interminable de mentiras y falsa esperanzas.

Otro pequeño perro subió por sus piernas. Tomó aire. Nuestros cuerpos estaban distantes. Los cachorros nos separaban.

—Antonieta, por favor... —dijo—. Necesito que me des una oportunidad. Puedes odiarme después de que te cuente todo. Buscaré la manera de soportarlo. Pero, Antonieta, viajé horas y horas para venir a hablar contigo.

Tenía razón.

Me negaba a rechazar a una persona si quería contar su versión por mis principios cristianos. En ese momento me arrepentí de haber recibido esa formación.

—De acuerdo —le dije con molestia. —Solo te diré algo. Si creo que estás mintiéndome, voy a sacarte.

—Bien.

Otro cachorro se acercó. Omar lo acarició y besó su frente. Lo puso de nuevo en el piso. Se levantó y tomó aire.

Comenzó a hablar. Se notaba que le costaba hablar. Su voz se oía más apagada y nerviosa que de costumbre. De hecho, nunca lo había oído hablar de ese modo. Sus palabras sonaban lejanas.

—Daniela y yo tuvimos... algo. Supongo que lo notaste.

Resoplé. —Claro. No soy ciega —dije, apuntando a mis ojos.

Asintió y continuó. —Pues bien, ha intentado seducirme después de eso. Lo ha hecho durante mucho tiempo. Quiere que me acueste con ella donde sea y cuando sea. No me atrae tanto como ella piensa. Siempre le he dicho que no. Además, estar con ella no es algo que me parezca interesante.

Nadie en este mundo pensaría que ella no era atractiva. Tenía que estar mintiendo. Si ella no lo era, entonces yo era... un moco de león. Decidí escuchar sin mencionar nada, para comprender lo que intentaba decir.

—Pudiste ver en Grecia que usó de nuevo sus artimañas. Coqueteó abiertamente conmigo, intentó tocarme y se burló de chicas que sí me parecen lindas, como ocurrió contigo.

Fijó sus ojos en mí. ¿Esperaba que me sintiera bien por lo que decía? Eso no iba a suceder, a menos que su explicación sonara y fuese bastante coherente y convincente. Quería ver mi reacción a sus palabras, pero no le mostré ninguna expresión.

Ví que tragaba grueso y llevaba su cabello hacia atrás.

—Cuando llegaste, su actitud empeoró. Era la primera vez desde que trabajamos juntos que noté que se sentía relegada, amenazada por otra chica, a pesar de que he fotografiado a muchas chicas en miles de sesiones en las que ella también ha participado. Estaba peor que nunca, mucho más celosa. Supongo que descubrió la forma en la que te veía. Quizás comprendió que lo nuestro era más fuerte que con las otras chicas.

Quería mantener mi postura, pero al ver que me contaba esa versión, una que yo ansiaba que fuese cierta, una con la que me aseguraba que mi conexión con él era más fuerte que con el resto de las chicas, me sentí débil. Noté el vuelco que daban los latidos de mi corazón. Deseé arrancármelo en ese momento.

Tomó aire para proseguir. —A partir de ese momento, todo fue de mal en peor. Tenía ganas de molestarte. Dijo las cosas desagradables que oíste. Sin embargo, te fuiste de Grecia sin saber todo lo que había pasado. Le dije que se había comportado muy mal. Le reclamé su actitud contigo, lo

que presenciaste, pero no estabas ahí cuando llamó a Atrevidas y dijo que renunciaría. Ellos me llamaron y me pidieron que tomara las cosas con calma, porque si ella renunciaba nos despedirían rápidamente a todos.

Mis pensamientos revoloteaban: tenía ganas de preguntarle muchas chicas, pero preferí callar, aunque no sabía cómo lo lograba. Supuse que la expectativa por sus siguientes palabras era mayor. Entonces tomé aire y lo exhalé lentamente.

—Entonces te pedí que no fueses conmigo a la sesión del día siguiente. Sabía que Daniela estaba buscando que te despidieran de algún modo. Después vino... el rodaje....

Cerró sus ojos y tocó su frente. Imaginé que intentaba calmar su temor.

—Cuando estábamos allí —me confesó en voz baja—. me pidió que desanudara su traje de baño. Lo hice, y luego me besó, aunque yo no quería.

—Por el amor de Dios —dije en voz baja. Estaba usando nuevamente el nombre de Dios en vano. Le habría pedido disculpas a nuestro Señor, como hacía habitualmente, pero si lo hacía, estaría interrumpiendo a Omar otra vez. Ese sería otro 'pecado'. Y yo no me lo perdonaría.

—Lo sé. En cualquier caso, me negué una vez más a sus intentos. Ya le había dicho en varias ocasiones que no quería nada con ella. Pero ella no aceptaba esa respuesta. Ella, creo, en realidad no quería estar conmigo. Tal vez solo se trataba de que quería mostrar el poder que tenía sobre mí. Me controlaba como una marioneta. A ti también te veía de ese modo. Imagino que fue ella quien envió tu video a Atrevidas. Aseguró que tu comportamiento no era profesional... Bueno, conoces esa parte de la historia.

Asentí. De hecho, sabía muy bien esa parte.

Me vio fijamente y luego continuó. —Aún no sé cómo llegué a la conclusión de que ella había enviado ese video y te lo dije. Tal vez me movía el temor por su forma de tratarme o cómo controlaba mi trabajo. Es verdad lo que dijiste, el dinero o un trabajo no son todo en la vida, pero Daniela es una chica con poder, y siempre quiere obtener lo que quiere. Podría acabar con toda mi carrera, aunque yo ya no trabaje para Atrevidas.

Guardó silencio un momento. Yo, en tanto, hacía un esfuerzo por asimilar la información nueva que él estaba proporcionándome. Estaba teniendo mis dudas. ¿Cómo debía sentirme ante las cosas que estaba contándome? Aún no lo sabía.

Omar continuó y no pude decidir nada en ese momento. —Cuando regresaste, fuimos a la sesión fotográfica. Ella... tomó mi pene. —Hizo una pausa y movió su cabeza. Supuse que quería evitar ese recuerdo. —Eso me marcó. Entendí que debía contarle. No lo había hecho porque me parecía que nadie me creería o que pensarán que era un hombre inferior a los demás. Recordé que ya había logrado que te despidieran, y usaría todas sus fuerzas para llevarme a su habitación para que le hiciera el amor. A pesar de mi miedo, tuve que hacer algo para que todo cambiara.

Finalmente pudo ver mis ojos. —He terminado —dijo—. No te imaginas cuánto lamento que te hayas visto involucrada. Es la parte de esta historia que más lamento. Esta cagada es solo mía. Nadie más debería formar parte de ella. No debías haber formado parte de esto.

Entonces lo supe. Lo entendí cuando había escuchado toda su historia. Supe que sí sentía algo muy fuerte por él.

—Creo que eso no hace falta. Esa disculpa está demás —le respondí con firmeza. —Daniela te acosó sexualmente. Ella usó su posición de poder para extorsionarte emocionalmente. Y además te chantajeó para que no contaras nada. Eres la víctima de un delito. Jamás podría enojarme contigo. Has sido muy valiente. Creo que no hay razones para pedir perdón.

—¿De verdad lo crees? —me preguntó.

Asentí con mi cabeza. —Así es. Me molesté contigo porque no me defendiste. Supuse que no lo hacías porque solo te movía el dinero. Supongo que tuve razón, a medias. Ahora veo que también tenías... miedo.

Tocó su perforación con sus dedos y abrió ampliamente sus ojos.

—Sí, fue miedo. Pensé que había dejado de sentirlo hace mucho —confesó tímidamente. — Supuse que ya había vivido lo peor que puede vivir un ser humano. Me refiero al abandono de mi madre, mi tiempo en un hogar sustituto y todo lo demás. Quizás no quería confesar que sentía miedo porque era una sensación tan desagradable que no quería sentirla.

Esa confesión bastó para que empezara a moverme. Me acerqué, como pude, con mis dedos y mis rodillas pegadas al piso. Los cachorros se apartaron. Quedé frente a él y lo abracé largamente. Aunque habíamos tenido unos días dolorosos, podíamos volver a empezar. Frotaba mi espalda y sentí que volvía a nacer.

Capítulo 25: OMAR

Antonieta me abrazó con fuerza. Me había redimido. Ya no estaba nervioso. No lo sabía, pero esa sensación de calma que sentía al arreglar las cosas con Antonieta me convencía de que debía ser una persona mejor. A fin de cuentas, ella se lo merecía. Además, Daniela debía recibir un castigo por sus acciones. Estaba teniendo el impulso que necesitaba para mostrar quién era ella en realidad.

Suspiré largamente. Me separé de ella, aunque quería seguir abrazándola. Sabía que debía contarle lo demás. —Además —le dije—. Atrevidas pide disculpas por la actitud de Daniela.

—¿Y eso significa...? —me preguntó con incertidumbre.

—Significa que estás contratada nuevamente. Por AutoEstima. Debes llamarlos, pero me parece que has regresado a la industria de la moda. Desconozco los detalles, pero sé que van a llegar a un acuerdo contigo. Deben hacerlo. Quieren evitar que digas la verdad sobre lo que pasó con Daniela.

Antonieta abrió sus ojos y pensé que llegarían a sus hombros.

—Omar, por favor dime que estás hablando en serio. —Su voz era una mezcla de alegría y pánico.

—Por supuesto que hablo en serio.

—Por Dios, por Jesucristo... —susurró. —Bien. Voy a llamarlos. ¡Qué estupenda noticia! Omar, estoy infinitamente agradecida.

Negué con mi cabeza. —¿Por qué? No hice nada —dije, encogiendo mis hombros.

Levantó sus cejas. —Claro que lo hiciste.

Sí lo había hecho, pero no era una hazaña, solo una muestra de gentileza. No me gustaba la idea de recibir sus elogios por haber hecho lo que me parecía apropiado. Era lo que cualquier ser humano debería hacer en mi situación. Decidí cambiar de tema.

—¿Y ahora qué haremos? —le pregunté—. Espero que este no sea nuestro último encuentro.

Ví el rubor en sus mejillas. —Bueno, creo que deberíamos bañar a estos cachorros.

Sonreí. Era un alma bondadosa, como siempre. —Estupendo.

Conversamos tranquilamente, como lo habíamos hecho en Grecia antes de que se desatara el caos. Jugamos con los cachorros durante el resto de la tarde. También los alimentamos, les suministramos algunas vitaminas y luego los bañamos. Me pregunté si habíamos recuperado rápidamente la normalidad. Tal vez eso no sería posible. Maldición. Me recordé que estaba al lado de una chica muy agradable y caritativa. Debía agradecer mi dicha y no volver a cometer errores. No entendía por qué me negaba a aceptar que sí podían sucederme cosas buenas.

Parecía que era lo más fácil. Me gustaba estar lejos de la gente, negarme a amar o a ser amado. Si en algo me esmeraba era precisamente en llenar las cosas agradables de mi vida de mierda. Si esperaba mostrarle mi alma a Antonieta, incluyendo mis debilidades y defectos, debía hacer un gran esfuerzo. Sin embargo... quería hacerlo.

Con tantas actividades, los cachorros se cansaron poco después. Me senté en el piso. —¿Y ahora? —le pregunté.

Llevó un dedo a su mentón. Supuse que estaba pensando. Luego levantó su cara y me vio

fijamente.

—Iba a estudiar algunos pasajes bíblicos con Valeria. Es una actividad que hacemos con algunos miembros de la congregación una vez a la semana —dijo—. Pero ahora creo que deberíamos dar un paseo por el río.

Sonreí. —Es un estupendo plan para una primera cita.

Levantó sus cejas. —¿Primera cita? —me preguntó.

Hice una pausa. —Creo que deberíamos tomarla como la primera. En la práctica es la tercera o la cuarta, no lo sé. Pero como todas ocurrieron en un viaje laboral, no cuentan como citas para mí.

Sonrió. —Veo que tu vanidad va en aumento.

Avancé hacia ella. —Así es. Es por tu presencia. Ahora me siento más seguro de mí mismo.

Su sonrisa se apagó. Vi la seriedad en su rostro. —Entiendo lo que dices. Yo también me siento más confiada en mí misma porque tú me haces sentirme así —me confesó suavemente.

La mejor pareja que podía tener era Antonieta, pues con ella siempre procuraba ser una mejor persona. Vaya... mentalmente ya me refería a ella como 'pareja'. ¿Empezaba a considerarla como una posible esposa? Tal vez sí. Sentí cómo los hilos de mi alma se conmovían.

La tomé por su vientre para halarla hacia mi cuerpo. Me abrazó y me convencí de que podría quedarme así para siempre.

Pero pudimos estar abrazados solo por un rato más. Antonieta me dijo que quería conversar personalmente con su hermana. De hecho, me dijo que ya estaba demorada. Entonces fuimos al estacionamiento y buscamos la camioneta de su hermana, la más antigua del lugar, y subimos. Antonieta encendió el auto mientras yo me sentaba a su lado.

—Parece que pasamos mucho tiempo subiendo y bajando de camionetas —aseguré mientras sonreía.

—También en aviones —agregó con una risa. —Siempre lo recuerdo.

Empecé a reír. Ya no estaba molesta, por lo que su cara era mucho más amistosa. Me encantaba esa sonrisa en su cara. —Quizás llegará el momento en el que no tengamos que viajar tanto. Echaríamos raíces en un solo lugar. ¿Qué dices?

—¿Tú... y yo?

Vi rápidamente su cara y luego giré. Esperaba ver si había tomado mi comentario con alegría. —Así es —le dije—. Tú y yo.

Levantó sus hombros y luego los bajó, pero guardó silencio. Buscó una estación en la radio. Escuché la canción, pero no supe quién la interpretaba. Ese estilo folclórico no era conocido en mi ciudad. Como no escuché su respuesta a mi planteamiento, la tristeza y la frustración se instalaron en mi pecho. *Debes ir con calma*, me recordó mi mente. Hacía poco tiempo ella había estado convencida de que yo prefería un empleo de mierda, el dinero y una zorra en lugar de estar con ella.

Llegamos a una iglesia bastante sencilla. Supuse que me encontraría con una de esas grandes edificaciones que ahora aparecían en los comerciales de la televisión, lideradas por pastores que se habían hecho cirugías plásticas, usaban trajes costosos y se dirigían a los feligreses con un discurso rebuscado. Me equivoqué. El lugar era una construcción simple hecha de madera y ladrillo. Además, transmitía una atmósfera de tranquilidad. El techo era curvo. Al final había una cruz plateada, también bastante sencilla. Me parecía bastante elegante, igual que el resto del lugar. Vi que cerca del púlpito había dos ramos de flores recién cortadas. Imaginé que los integrantes de la congregación se encargaban de mantenerlos cuidados.

Era un lugar parecido a Antonieta. Sencillo, sin muchos ornamentos, y muy amistoso. Me gustaba que Antonieta sintiera que esa mágica construcción fuese como un segundo hogar para ella. Ya no importaba lo que yo pensara sobre la Iglesia en general.

—Valeria, mi hermana —me contó cuando estábamos cerca de la puerta, que ya estaba abierta parcialmente—. es la pastora de esta iglesia.

—Así es —dije—. Ya hablé con ella.

—Cierto... —dijo suavemente. —Hablaré con ella sobre ese tema esta noche.

Abrí la puerta para que ella entrara. —No debes reclamarle nada. Lo hizo para ayudarme.

—Lo hizo porque es una entrometida.

—Eso no significa que no quisiera ayudarme.

Tomó aire y pasó. —Le contaré lo que sucede entre nosotros y luego veré qué sucede, ¿te parece?

Sonreí. —De acuerdo. Voy a seguir tus pasos esta vez, ‘pastora’ —le dije.

Capítulo 26: ANTONIETA

Me encantó la paz que sentí en la iglesia mientras caminaba por ella con Omar. Supuse que era por la calma que transmitía el lugar, aunque también podía deberse a que ya pensaba que él y yo en algún momento estaríamos al final del pasillo, tomados de las manos, expresando nuestros votos mientras sonreíamos y la gente nos veía con rostros felices.

Detente, me dije mentalmente. Ya llegó a este lugar contigo y conoce a tu amada hermana, pero eso no quiere decir que va a casarse contigo. Debía acabar con esas ilusiones.

Era verdad, pero eso no impedía que una mujer como yo pudiera ilusionarse.

Qué maneras tan extrañas y poderosas empleaba el corazón para mover nuestros pasos. Un día antes había pensado asesinarlo, y ahora lo imaginaba diciendo sus votos de amor en nuestra boda. ¡Cómo había cambiado mi vida!

Pasé junto a Omar por los bancos de madera. Pasamos por el púlpito y llegamos a la sala de reuniones de la congregación y la oficina de mi hermana. El espacio era pequeño. Solo unas doce personas cabrían allí. Era la cantidad de personas que iban generalmente a las reuniones de la iglesia. Estaba adaptado a la población de nuestro pueblito, donde vivían unas tres mil personas a lo sumo, y muchas de ellas asistían a otras iglesias de la zona.

—Bueno, este es el lugar donde comienza todo —dije con tono chistoso al pasarlo al salón de reuniones.

Al entrar vi unas caras que me resultaron conocidas. Sonreían y me saludaban. Estaban sentados a una mesa circular en la que había galletas y café. Eran personas mayores que conocía desde que era una niña. Cualquiera que llegara por primera vez pensaría que era una terapia de apoyo para un grupo de adictos. Yo había ayudado muchas veces con terapias de rehabilitación ejecutadas por entidades gubernamentales, así que sabía muy bien cómo trabajaban en estas terapias.

Valeria tenía su atuendo pastoral y encabezaba la reunión. Su Biblia estaba abierta frente a ella. Me veía con alegría. No había ni un mínimo de vergüenza en su mirada.

—¿Qué tal? —dije. Los saludé uno por uno. Finalmente estreché la mano de Valeria. —Feliz día, pastora.

—Feliz día —respondió. —Parece que finalmente superaron sus problemas. ¿O trajiste a este jovencito para guiarlo por el camino de nuestro Salvador?

Escuché el leve gruñido de incomodidad de Omar. Apunté a Valeria con mi dedo índice.

—Tú y yo tendremos una charla sobre este tema esta noche —le dije con autoridad. —Solo vine a decirte que... tomaré un paseo por el río con Omar. Regresaré en unas horas.

Callé y le mostré una sonrisa. Esperaba que aceptara que no iba a tomar decisiones por mí. Yo ya era una mujer adulta y podía decidir por mi cuenta.

Sonrió alegremente. —Imaginé que harías algo así.

Sentí que estaba traicionándome y poniéndose del lado de Omar. Vi las miradas curiosas del resto de la congregación. —Amigos, les presento a Omar Márquez —les dije mientras lo mostraba con mi mano. —Es mi... amigo. —No podía usar otra palabra para presentarlo, pues ni siquiera yo entendía muy bien qué tipo de relación teníamos. Aunque quería que avanzáramos, contar que no

nos unía una simple amistad, que era el hombre al que le había entregado mi virginidad y probablemente ya lo amaba, no podía hacerlo.

Nos despedimos de mi hermana y los feligreses y fuimos al río. Tomó mi mano. Pude saber más de él. Conversamos sobre muchos temas. Me contó sobre sus bandas favoritas y yo le hablé sobre mis libros predilectos, especialmente de aquellos que ya había leído muchas veces. Me enteré de que tenía varios tatuajes, y que se había hecho el primero el día de su cumpleaños número dieciocho, que el más grande se lo había hecho poco después, y yo le conté que solo me faltaba un estado de mi país por conocer.

Nuestra charla se hacía cada vez más amena y profunda. Me sentí feliz con cada cosa que pudimos contarnos. Él escuchó con suma atención, y esperó que yo terminara para hablar. Me encantó esa muestra de gentileza y cariño que me daba.

Más tarde decidimos volver a la iglesia. La brisa soplaba con fuerza. Empezaba a atardecer. Al llegar, aguardamos que terminara la reunión para empezar nuestra charla con Valeria. Conversamos con algunos de los integrantes de la congregación. Josué, uno de los miembros, cristiano como pocos, se acercó a nosotros.

—Buenas tardes, Antonieta —dijo, haciendo una pequeña reverencia. —Es un placer conocerlo, señor Márquez.

—El placer es mío —dijo Omar, estrechando su mano.

Noté la fuerza de su saludo. —Debo decirle que Antonieta es una excelente persona. Es la mejor persona que he conocido. Supongo que ya le contó cómo me ayudó.

Me ruboricé y bajé mi cara. —Josué, no es necesario que....

Omar me interrumpió. —En realidad no me lo ha contado —comentó. —Honestamente, quisiera conocer esa historia.

Josué cruzó sus manos. —Este ángel que está a su lado me ayudó mientras yo estaba en la clínica de rehabilitación de Puerto Bajo. Estoy sano y no he vuelto a drogarme. Gracias a ella pude recuperarme. Creo que salvó mi vida.

Giré para ver la reacción de Omar. Me imaginé que sonreiría, que expresaría su admiración, pero no lo hizo. Estaba rígido y su mirada lucía quebradiza. Su corazón saltaba y sus venas latían.

—Disculpa, ¿puedes repetir el lugar en el que estabas? —le preguntó a Josué suavemente.

—En la clínica de rehabilitación de Puerto Bajo. Quizás la conoces. Es un centro privado que....

—Sí, la conozco —respondió Omar con frialdad. —Antonieta, quisiera hablar contigo a solas.

El tono de su voz era inquietante, aunque su mirada, ardiente como un volcán, me estremecía más. Me sentí nerviosa.

—Oh, claro —le dije.

Me despedí rápidamente de Josué. Caminé detrás de Omar. Iba tan rápido que me agoté tratando de alcanzarlo. Llegamos al final de la iglesia, una zona en la que había poca luz.

Una vez que notó que nadie podía vernos, giró para verme.

—¿Puerto Alto? ¿Qué rayos hacías en ese lugar? —preguntó.

No me gustaba su tono inquietante, pero me esforcé para explicarle. —Fui a trabajar en la....

—Sí —dijo, interrumpiéndome. —Pero, ¿por qué en Puerto Alto?

Encogí mis hombros. No sabía la dirección que tendría esa charla. —Omar, he colaborado en muchas clínicas. Algunas de ellas no están en este estado. Creo que ya hablamos sobre ese tema.

Negó con su cabeza. Su movimiento fue tan fuerte que pensé que iba a perderla pronto. —Pensé que solo colaborabas con entidades públicas, no con clínicas privadas.

Crucé mis brazos. Estaba molestándome. No entendía el objetivo de sus preguntas. —Omar, tienen la misma responsabilidad. Al igual que las instituciones del Estado, estas clínicas permiten... Dejémoslo así. ¿Qué es lo que intentas hacer?

Creí que sus ojos se separarían de su cara en unos segundos. —¿Has escuchado el nombre de Mariana Terán? —me preguntó. Apenas podía oírlo. Hablaba muy bajo. Y estaba más pálido que nunca.

Hice un esfuerzo para recordar. Lo conseguí unos segundos después. —Sí. La recuerdo —contesté con fuerza. —Era una adicta y estaba en una clínica, rehabilitándose. Era una paciente de Puerto Alto. Era una linda mujer, muy amistosa y gentil. Los medicamentos la ayudaron. Me sentí muy bien con ella.

Ví cómo Omar sucumbía ante el dolor. —¿Por qué quieres saber? —le pregunté con tono vacilante. Su rostro estaba temblando.

Hizo una pausa bastante larga. Solo podía escuchar a lo lejos el sonido del viento. Hacía unos minutos Omar sonreía, pero en ese momento lucía muy molesto, simplemente por mi presencia.

—Ella era mi madre. Era.... —El shock fue tan fuerte que sentí que alguien había golpeado mi cráneo.

—Omar, lo lamento —le dije rápidamente. —Siento tu pérdida....

Ví su cara de molestia. —Era una persona detestable —soltó, sin dejarme culminar mi frase. —Para mí, no era un ser humano sino un monstruo. Me dejó a mi suerte. Siempre estaba drogándose y me lanzó a un hogar sustituto en cuanto se le presentó la oportunidad. Por ella ahora me cuesta creer en las personas. Por ella me costó decirte lo que me pasó con Daniela, la forma en la que me acosaba. Por ella he estado jodido, ¿y tú dices que lo lamentas?

—Omar, sí era un ser humano, aunque te cueste aceptarlo. Ella cometió varios errores, pero lo hizo porque era una adicta.

—No era una buena persona. Es insólito lo que dices. —Negó con la cabeza, como si le costara creer lo que oía.

—Sé que no era la mejor persona del mundo —le dije mientras asentía—. pero esperaba recuperarse y cambiar. Es el deseo que sienten todos. Omar, recuerda que los adictos están enfermos.

Escuché su carcajada. Fue tan despreciable que di un paso atrás.

—Estás defendiendo a mi madre. Es increíble —dijo en voz baja mientras agitaba su cabeza.

—Antonieta, esta conversación terminó. He escuchado suficiente. Esto es el fin para mí.

—Pero....

—‘Pero’ nada. Me voy.

No pude agregar nada. Omar pasó a mi lado y salió por la puerta. Caminé detrás de él. Los rayos del sol inundaron la iglesia cuando él abrió la puerta, pero no pude alcanzarlo.

Al llegar al estacionamiento, Omar ya se había ido. Ni siquiera giró para verme.

Capítulo 27: OMAR

¿Adónde iría? ¿Qué mierda estaba haciendo? No lo sabía. No tenía nada en mente, salvo huir.

Uno de los integrantes del grupo de estudio bíblico estaba en el estacionamiento. Le pedí un aventón y él gentilmente aceptó. Fue un golpe de suerte, aunque luego pensé que no era tal cosa. Era el universo compensándome por la historia que acababa de escuchar.

—¿Hacia dónde te diriges? —me preguntó el sujeto.

Hice una pausa. —Al aeropuerto —dije después.

—¿Viajarás? Veo que no llevas maletas —indicó.

Ciertamente, todo estaba en la casa de Valeria. Iba a recogerlo después de reunirme con Antonieta. Solo contaba con algo de dinero, mi celular, mi billetera y una novela en mi bolsillo trasero.

—Decidí dejar todo aquí —le dije—. Luego veré qué hare. Pero no quiero regresar. —Acababa de decidirlo.

Asintió y me vio. —Entiendo. Oye, quisiera saber si eres el novio de Antonieta. Es una mujer muy agradable y gentil.

Negué con mi cabeza y giré para ver el pueblo. Había viento y amenaza de fuertes precipitaciones. —No —le dije suavemente. —No somos novios.

Luego nos quedamos en silencio. Me sentí mejor con esa pausa en la charla. Al llegar al estacionamiento del aeropuerto, me bajé. Vi que solo había un avión. Supuse que como era un pueblo pequeño no habría muchos vuelos. Eso no me detuvo. Podría quedarme en la sala de espera el tiempo que hiciera falta para subir a un avión y llegar a Las Garzas. No tenía motivos para quedarme. Tampoco algo que hacer en ese lugar.

—Te lo agradezco —le dije mientras tocaba la puerta y empezaba a caminar hacia el aeropuerto.

Llegué a una taquilla y le pedí a una de las secretarias que me vendiera un boleto. En solo segundos tenía mi pasaje de vuelta a Las Garzas.

Recibía otra compensación del destino. Mi avión despegaría en cuarenta minutos. Los agentes de seguridad me hicieron la revisión de costumbre. Luego compré un café y un emparedado. Luego subí al avión. Pasaron unos minutos. Ya regresaba al único lugar al que podía llamar hogar.

Aterrizamos y estiré mis brazos. Quité el modo avión de mi celular. Vi las innumerables llamadas perdidas de Antonieta, sus mensajes de voz y de texto. No pude contarlos y no quise leerlos, escucharlos ni responderlos.

Como le había dicho, era el fin para mí.

Ni siquiera podría escuchar sus argumentos. Ninguno me parecía válido. Era imposible para mí compartir mi vida con alguien que considerara a mi mamá como una buena persona. Mi madre, si le podía llamar de ese modo, había acabado con mi vida. Por su culpa me había sentido solo, me costaba confiar en las personas, tenía miedo al abandono y me había mudado a otro país, en el que tuve que vivir en un hogar sustituto. Pero Antonieta creía que todos podían ser lindas personas y que luchaban por mejorar, incluyendo a los adictos. Qué creencia tan tonta.

Como no tenía maletas, fui con rapidez a la salida del aeropuerto. Llegué a la parada de taxis.

Le hice un gesto al chofer y abrí la puerta trasera. Le indiqué el lugar al que quería ir y me concentré en mi libro. Comencé la segunda página. Luego volví a leerla. La leí una tercera vez. Era inútil. No podía pensar en las desventuras de la doncella medieval que esperaba a su príncipe. No había podido pasar de la primera página durante el vuelo y en ese momento tampoco lo lograba.

Llegamos rápidamente a las oficinas de Atrevidas. Sabía que cualquier taxista de mi ciudad me llevaría con prisa al lugar, pues todo manejaban de forma muy agresiva. Le agradecí, le pagué el servicio, además de darle una propina bastante alta, salí por la puerta y caminé para subir por las escaleras de la parte de atrás.

Tras subir dos pisos, llegué a las oficinas de Atrevidas, o a algunas de ellas, mejor dicho. La recepcionista me saludó al llegar. Me reconoció de inmediato. Caminé rumbo a las oficinas de los directivos. Tal vez si la recepcionista me hubiera detenido por un instante, no me hubiera permitido pasar. Me habría pedido esperar o me hubiera ofrecido una taza de café. No obstante, estaba maravillada por mis encantos, como la mayoría de las mujeres, por lo que no me hizo ninguna pregunta.

Revisé los nombres en cada puerta. Tras pasar por varias, encontré la oficina del sujeto. Elías Lima.

Que pudiera reunirme con él o con algún otro directivo de la empresa no era un asunto de especial importancia. En realidad, no quería entrar en cada una de las oficinas para repetir una y otra vez la historia de lo que me había sucedido con Daniela.

Entonces pasé a la oficina de Elías. No toqué su puerta para avisarle de mi llegada. Había ocurrido lo que había sospechado: Elías estaba sentado. Había una inmensa mesa frente a él. Conversaba a través de su aparato de manos libres con alguien. Sabía que estos directivos nunca dejaban de hablar por teléfono. Y también sabía que ellos siempre estaban en sus oficinas.

—Douglas, por Dios, cómo te gusta joderme la vida —dijo después de reír. Luego cambió el tono de su voz a uno más serio. —Deberíamos vernos para tomar algo. Pídele a tus asistentes que llamen a una de mis...

Me vio al girar su silla. Estaba muy sorprendido. Su sonrisa fingida desapareció. Cortó su frase. —Douglas, debo colgar. Voy a llamarte esta noche, ¿de acuerdo?

Se quitó su audífono y puso las manos sobre su escritorio. Vi que extendió sus brazos con calma. —Omar Márquez. Qué gusto verte. Deberías estar en Santa Sofía. Gastamos una buena suma para que te quedaras ahí. No entiendo qué rayos haces aquí. ¿A qué viniste?

Lo vi sin parpadear. Era consciente de que directores como él no tenían escrúpulos. —Estoy aquí por Antonieta Salas —le dije con rabia. Mi mirada mostraba mi molestia.

Abrió ampliamente sus ojos. —¿Qué sucedió? ¿Tomará su empleo otra vez? No me digas que ya contó por internet lo que sucedió con Daniela. Carajo, Omar, te aseguro que si estropeaste esta....

—Antonieta no va a contar nada —le aseguré. Mis palabras detenían las groserías que seguramente iba a decir Elías. —Debes hablar con ella. No voy a hablar por ti una vez más. No creo que ella y yo podamos conversar nuevamente.

Escuché su resoplido y su leve aplauso. —No sé qué rayos quieres decir. Imagino que ya estás acostándote con otro caramelo. Es tu costumbre.

Recordé el motivo de mi visita, aunque quería romperle la cara por sus frases sarcásticas.

—Quiero decir que no volveré a trabajar con Antonieta —le expliqué—. En realidad, el principal motivo de mi visita es que quiero que llenes mi agenda de sesiones para Atrevidas.

Quiero que me apuntes en todas las sesiones que haya a partir de ahora. Lo demás no tiene nada que ver contigo, solo conmigo, por lo que no tienes que investigar ni saber nada más.

Se carcajeó por mi comentario. —Vaya, vaya. Veo que quieres cogerte a cuanta mujer puedas. Y mientras más sexys, mejor para ti. Supongo que las chicas que modelan lencería son útiles para que logres esa meta.

Eso no es verdad, pensé decirle. Solo quiero sacar cuanto de mi mente a Antonieta y todo lo que me dijo. Todo eso de que debía dejar mi empleo y buscar algo que me hiciera más feliz, que no debía pensar solo en el dinero. Quiero escapar de esos recuerdos. Tú servirás para que logre esa meta.

En vez de eso, le dije 'puede ser' con firmeza.

Se levantó, avanzó hacia mí y tocó mi hombro.

—Estupendo —dijo Elías. —Tu secretaria me contó que has tenido algunos problemas en las sesiones, porque has intentado tomar algunas fotos 'de vanguardia'. Necesito saber si tendremos algún inconveniente por eso, porque no es la primera vez que me entero de algo así.

No le contaría cómo me aburría tomar las mismas fotos una y otra vez. Prefería quedarme ahí, en un trabajo que me parecía irrelevante pero seguro, en lugar de aventurarme para sentir que me destruían, como me había sucedido con Antonieta temprano. —Eso no va a volver a suceder. *Nunca* va a suceder otra vez —le dije.

—Muy bien —dijo, mientras sonreía, aunque era un gesto malicioso. Sentía que, si me descuidaba, me clavaría sus colmillos en el brazo, como la serpiente había hecho con la manzana en el libro de Génesis... Tal vez estaba empezando a ser más cristiano de lo que creía.

—De hecho, uno de nuestros fotógrafos se retiró de una sesión que debía hacer hoy. Empezó a hablar de nuevas perspectivas, imágenes artísticas, etcétera. Pendejadas de esas. Si lo aceptas, consideraré que estás dándonos una muestra de tu compromiso con nosotros, una manera de mostrarnos que realmente quieres llenar tu agenda con nuestros trabajos.

Una sesión de repente. Así, sin avisar previamente. Me sorprendí.

No parecía mala idea. No hacía falta que hiciera grandes preparativos. Ya sabía con lo que me encontraría. No hacía falta una maestría para tomar esas fotos. Fotos de senos, caderas, sonrisas falsas.

Pero quería hacer lo que fuese necesario para olvidar a Antonieta. —Lo haré —le dije.

Creí que estaba tratando de ignorarme, pero noté que al girar ya había puesto nuevamente su audífono en su oído. Me pregunté cómo hacía para moverse con tanta rapidez. Ya estaba conversando por su celular.

—Luis, voy a enviarte a Omar Márquez. Será el reemplazo de Tulio. —Hizo una pausa—. Tranquilo, él no cometerá ningún error. ¿O me equivoco, Omar? —Me vio fijamente mientras sonreía como un verdugo.

Tuve ganas de ahorcarlo. Pero no lo hice. —No —dije secamente. Luego asentí ligeramente.

—Perfecto. —Pronunció algunas frases, pero no pude oírlas. Supuse que era una desagradable referencia a mi trabajo. Después levantó su cara. —Sube al estudio en el que están las rosas. Es el número....

—Siete. Ya he estado ahí —dije, completando su frase. Como lo había llamado Elías, era el estudio en el que estaban las rosas, todas flores artificiales, aunque también había otras flores, dependiendo de las tendencias de la moda, los tonos de la última colección y las estaciones del año. Tenía entendido que las flores que recientemente habían incorporado eran cayenas y las habían rociado con esencia de perfume. Creía que era lo más económico que habían comprado

hasta ahora. Había estado ahí en muchas ocasiones. Y cada una de ellas solo me hacía odiar más mi trabajo.

Estreché la mano de Elías para despedirme y salí del lugar. Mi vida giraba en círculos. Estaba de nuevo trabajando para Atrevidas. Volvería a tomar las fotos que me parecían insípidas y falsas. Además, vería otra vez a las mismas chicas de siempre. Las rubias altas y delgadas y las morenas altas y delgadas, y en ocasiones las pelirrojas... altas y delgadas. De todas formas, me parecía interesante retomar mi empleo. No podía darme el lujo de soñar. No podía pensar en hacer algo distinto. La realidad me lo impedía. Además, la dura experiencia que había tenido temprano con Antonieta había movido mis cimientos.

Ya sabía que existía la probabilidad de encontrarme otra vez con Daniela, pero pensé que ese era el costo que debía pagar para continuar con mi vida.

Además, habían dicho que ella y yo no volveríamos a trabajar. Todo saldría bien. Todo saldría estupendamente bien.

O al menos ese era mi deseo.

Subí las escaleras y llegué al estudio con las rosas. Percibí de inmediato el olor a perfume barato que habían rociado sobre las cayenas falsas. Tuve ganas de vomitar.

Pero estaría inmerso en ese perfume, si se le podía llamar de esa manera, y esas fotos, por el resto de mi vida. Sospeché que debía tolerarlo y adaptarme pronto. Antonieta, en cambio no tendría que hacer eso. Tan sencillo como eso. Escuché el sonido de mi celular una vez más. Imaginé que era Antonieta intentando hablar conmigo. Pensé que su llamada era oportuna. Bloquéé las llamadas y los mensajes entrantes. Así, le impedía volver a molestarme. No haría más comentarios sobre mi empleo ni me presionaría para que hiciera otra cosa que me diera 'felicidad' o me 'ayudara' a sentirme mejor. Podía hundirme en la tristeza que me causaba tener ese trabajo. Era nuevamente un hombre libre. No tendría que escuchar más sus quejas. Creí que ese era el sueño de todos los hombres. Poder hacer lo que quisiera, respirando aires de paz, sin tener constantemente a una mujer que me pida todo el tiempo hacer lo que me haga sentir bien y me ayude a mejorar como personas.

Pasé al estudio. Exhalé pausadamente. Otra vez estaba en los estudios de Atrevida. Otra vez mi vida era una mierda.

Capítulo 28: ANTONIETA

Puse mi celular en el mostrador de la cocina y empecé a gritar.

—¡No sirve de nada! —digo en voz alta. —No responde ninguna de mis llamadas. Ya lo he llamado miles de veces y nada. ¿Me dejó? ¿Se fue a otro país? No entiendo. ¿Qué rayos pasó? Es como si....

Valeria caminó por toda la cocina y llegó a mi lugar. Su mano alcanzó mi hombro. —Calma, calma —dijo, cortando mis gritos—. Debes tranquilizarte, Antonieta. Todo saldrá bien. Toma aire.

Dejé escapar una carcajada. —Para ti es fácil decirlo. Por tu culpa entró de nuevo en mi vida. Por tu culpa le permití entrar otra vez en mi corazón.

Estábamos repitiendo el ciclo otra vez. Nos habíamos dicho palabras como esas durante horas. Lugo yo lo llamaba una vez más, le escribía mensajes de texto y le dejaba mensajes en su buzón de voz. Me pareció que Valeria no lo toleraría por mucho tiempo más, porque abrió sus ojos de par en par.

—Así es, hermanita —dijo con calma, si bien su molestia era notable. —Cometí un error. De todas formas....

No pudo completar su frase. —‘De todas formas’ mi trasero —le dije—. Echaste todo a perder. —No pude decir nada más. Había llegado el momento en el que no estaba dispuesta a tolerar más.

Arremangó su túnica. Luego golpeó ligeramente la mesa. —Ya basta. Ya oí tus quejas. He escuchado con atención mientras hablaba con rabia e imaginabas cosas absurdas sobre Omar. También oí cuando decías que soy una cagada de hermana. Cometí errores, como cualquier ser humano. ¿Estas enfadada? Perfecto. Lo entiendo. Sí, le dije dónde podía encontrarte, pero no hice nada más. Lamento todo lo que pasó. Me siento apenada por ti, pero no puedes pedirme que asuma la responsabilidad por tus acciones. Yo no eché todo a perder. ¿Está claro?

Ya mi corazón no latía con fuerza y mis venas tampoco vibraban. Me senté en una de las sillas de la cocina. Progresivamente mi cuerpo se relajó.

Quería culparla por lo que había sucedido porque deseaba mostrarle mi frustración a alguien, pero Omar no respondía mis llamadas. Lo que había dicho ella era cierto.

—Es verdad, Valeria —murmuré. —No he sido muy educada ni justa contigo. Discúlpame.

—No te preocupes, hermanita. Actúas de ese modo porque sientes mucha ira —contestó. Vi cómo su cara se aquietaba rápidamente.

—Así es.

Nos quedamos en silencio. Era el sonido que estaba tratando de evitar desde la partida de Omar. Ese sonido tan fuerte me permitió percatarme de lo que realmente sentía y de lo que había pasado. Estábamos en desacuerdo y no me gustó su forma de reaccionar, pero comprendí las causas de su comportamiento. Nadie tenía la culpa por ello. Se había convertido en un fotógrafo exitoso, pero no olvidaba el dolor que había atravesado cuando era un niño y tuvo que ver cómo su madre se hundía en las drogas y luego lo abandonaba. Toda su vida había sido muy triste porque había estado cerca de una persona adicta. Yo había descubierto las virtudes de Mariana, puesto que en ese momento estaba en rehabilitación y recibía tratamiento. La había conocido en

una clínica de rehabilitación para adictos a las drogas. En ese momento, estaba sana y en recuperación. Pero Omar seguramente nunca la había visto en ese estado.

Esperaba conversar con él, que me diera la oportunidad de mostrarle mis argumentos con calma, enseñarle las lecciones que había aprendido tras años de trabajo en esas clínicas. Él, no obstante, se negaba a hacerlo, aunque yo lo intentara miles y miles de veces.

Entonces se me ocurrió algo...

—¡Valeria! —dije sin pensar. —Creo que podríamos hacer algo. —La vi con mis ojos bien abiertos.

Levantó su vista. Supuse que finalmente estaba relajada. Ya había dejado de inundar la sala con mi llanto y podía decir algo que parecía racional.

—¿A qué te refieres?

—Espero que no pienses que estoy loca.

Sonrió y asintió. —De hecho, ya lo creo. Deberías decirme algo que no sepa.

—Bueno, tienes algo de razón. —Hice una pausa y retomé mis palabras. —Aquí va: podría grabar un video y luego subirlo a mis redes sociales. En él contaría todo sobre mi trabajo con los adictos a las drogas, qué hay que hacer para que se recuperen, cómo esas sustancias pueden afectarnos, cómo una adicción de ese tipo puede causar tanto dolor en las personas cercanas. Seguramente Omar no lo verá. No tiene mucha presencia en las redes sociales ni sabe mucho del tema, hasta donde sé. Pero espero que alguien se lo diga. Podría ser mi última oportunidad.

Ví cómo ella asentía una y otra vez mientras yo le contaba. Una vez que concluí, vi su cara de preocupación. —¿Crees que este contenido sería adecuado para tu perfil? No me gustaría que afectes tanto tus redes simplemente porque no renuncias al deseo de que él lo vea. Lo digo porque tal vez tus usuarios no estén muy contentos.

Analiqué las palabras que decía Valeria. Tal vez mis suscriptores se molestarían, como ella planteaba. No sabía qué decirle. No iba a fomentar el uso o la venta de estupefacientes, pero era claro que ese video no sería adecuado para personas sensibles o niños. Además, las plataformas de videos y las redes sociales habían implementado políticas sobre el contenido de los videos que incluían anunciantes. Existía la posibilidad de que ese video me trajera unos cuantos inconvenientes. Y los inconvenientes querían decir menos dinero en mis cuentas bancarias.

Supe que debía responderme una pregunta. ¿Haría algo como eso, aunque no obtuviera el resultado que quería?

Mi respuesta llegó de inmediato.

—Sé lo que puede pasar. No me importa. Solo sé que debo hacerlo para tener mi conciencia tranquila.

Asintió. Me di cuenta de que lo entendía. Sabía lo que significaba actuar por principios. Cuando era solo una adolescente, tuvo su primera pareja homosexual. Había pasado por esa experiencia y enfrentado las consecuencias. Vivía en una pequeña ciudad del norte. Su novia era integrante de la iglesia. Sabía lo que era enfrentarse al mundo.

—Muy bien —dijo—. Dime cómo puedo ayudarte

—Solo necesito que... te quedes a mi lado.

—Cuenta con eso.

Valeria me ayudó a instalar las luces, el micrófono y la cámara. Solía usar el mismo lugar para filmar mis videos, pero quería hacer algo distinto para el que planeaba subir. Ambas decidimos usar su sala de estar. El espacio era de madera y tenía muchos ornamentos. Había una iluminación externa adecuada, por las grandes ventanas, y grandes árboles en el fondo. Sin duda, sería algo

muy diferente a todo lo que había hecho. Recordé que solíamos rezar allí cuando queríamos pedirle a Dios algo de ayuda. Y ese día necesitaba mucha. Mucha ayuda.

Una vez que instalamos todo, cruzamos nuestras manos y cerramos nuestros ojos. Valeria rezó brevemente. Le suplicó a Dios que me diera las fuerzas que requería para grabar un video que sabía que sería difícil.

—Amén —dije en voz baja, alejando mis manos de las suyas. Había llegado el momento.

Tomé asiento. Me puse cómoda en el sofá. Sentí la luz del sol cayendo sobre mis hombros. Tomé aire largamente y lo expulsé en un largo suspiro. Al ver por el lente invertido, noté que los árboles cercanos hacían que mis ojos resaltaran mucho más que lo habitual. Sentí que ya Dios me ayudaba. No me había hecho falta maquillarme nuevamente tras mis horas de llanto, por lo que esperé que también me ayudara en ese aspecto.

Asentí al ver a Valeria. Ella encendió mi cámara y se fue. La vi sentarse en un extremo, donde seguramente no me oiría. Imaginé que quería dejarme sola.

Cada palabra saldría del fondo de mi alma. No había escrito nada, así que iba a improvisar todo.

—¿Qué tal, amigos? —dije con una sonrisa, aunque no era tan amplia como de costumbre. Quería lucir más discreta. —Sé que muchos se sorprenderán, pero sentí ganas de plantear este tema. Quería subir este video, aunque sé que nunca nuestro contenidos como este. Me encuentro en la sala de estar de la casa de mi adorada hermana, porque quiero decir algunas cosas sobre un asunto muy difícil. Se trata de la drogadicción.

—Todos hemos visto cómo se ha incrementado el consumo de drogas como la cocaína y algunas mezclas de analgésicos con heroína. Creo que debemos abrir un debate al respecto. Subo este video para hablarles sobre este asunto porque conozco muy bien la situación. Trabajé con adictos a las drogas hace algunos meses. No sufrí ninguna adicción, pero he sido voluntaria en algunos centros públicos de rehabilitación. Honestamente, me encantó hacerlo. Tomemos en cuenta que este es un flagelo que atormenta a millones de personas en nuestro país. No me refiero exclusivamente a las personas adictas. También estoy hablando de sus esposos o esposas, hijos, el resto de sus familiares y sus amigos.

Usé los siguientes minutos para detallar mi experiencia en los centros. Esperaba dejar claro que tenía la experiencia suficiente para hablar sobre el asunto. Tomé aire y crucé mis manos. Había dicho la introducción, pero no sabía cómo continuar. Me quedé en silencio.

Vi la sonrisa de Valeria. Me animé a seguir.

—No es cierto que las personas se vuelven adictas porque suelen ir a fiestas o conciertos. Puede ocurrir que empiecen a padecer esa enfermedad porque consumen analgésicos prescritos por sus doctores. Quizás esas medicinas ayudan inicialmente a tolerar el dolor por alguna fractura o algún accidente laboral. También es posible que esas personas hayan crecido en el seno de una familia de adictos y creen que esa es la única vida que pueden llevar. Además, muchas personas creen que la adicción es un capricho de las personas que la padecen. En realidad, es una enfermedad, así como el cáncer o la depresión. Digo todo esto para que entiendan que hay matices en este delicado asunto.

Sabía que me tocaba hablar sobre lo más complicado, pero debía hacerlo. Por Omar. Quería que él lo escuchara.

—Los adictos a las drogas se lastiman y lastiman a sus seres queridos. Es cierto, pero también es cierto que solo los mueve la influencia de la sustancia que tienen en sus cuerpos. No es su verdadera personalidad la que se muestra. Son las drogas las que hablan por ellos. También es

verdad que sus acciones y decisiones hieren a todo el mundo, y deberían hacer lo posible para corregir sus errores. No quiero justificar sus comportamientos. Está bien si una persona se siente lastimada por la decisión o las palabras de un adicto, una persona a la que quiere. Pero... me parece que la drogadicción no te convierte automáticamente en un ser humano terrible. Las drogas no son todo en la vida de alguien. Esa persona también tiene sentimientos, esperanzas y anhelos. Creo que debemos darles una oportunidad para que superen su enfermedad y decidan correctamente.

Tomé aire nuevamente. Le pedía a Dios que mi mensaje fuese claro. Me preguntaba si bastaba con lo que había dicho y lo que me restaba por expresar.

—Todos somos parte de esta sociedad. Y todos debemos ayudar al prójimo. No espero que abramos ciegamente las puertas de nuestros corazones para que las personas que nos hirieron entre de nuevo a nuestras vidas como si no hubiera sucedido nada. Pero sí espero que todos entiendan que esas personas pueden buscar cómo pedir perdón por sus errores, bien sea con la ayuda de Dios o alguna fuerza poderosa. Los adictos merecen esa oportunidad. Es lo que intento decir y espero que todos entiendan mi mensaje.

Vi de reojo a Valeria. Ella secaba sus mejillas, que tenían algunas lágrimas. Entonces sonreí ligeramente. Quizás estaba logrando lo que me proponía.

Aclaré mi garganta para continuar. —Me parece que estoy llegando al final. Espero que este video sirva como punto de partida para iniciar el debate sobre la drogadicción en nuestra sociedad y el daño que hace a las familias. Además, deseo que mi mensaje llegue a las personas que más necesitan consuelo. —*Como Omar*, pensé. —Mientras eso sucede, espero tus comentarios en la parte inferior. Quiero saber tu opinión. Los quiero.

Valeria se levantó al oír la frase final. Apagó mi cámara, evitando hacer ruido. Estaba asustada y apretaba mis manos. —¿Qué te pareció? —le pregunté.

—Fue maravilloso —respondió. —Antonieta, estoy muy orgullosa de ti por lo que hiciste.

Durante las dos horas siguientes edité el video. En realidad, no era mucho trabajo, pero me costaba decidir. Me preguntaba si cortar una parte o incluirla luego de la primera. Tenía muchas dudas, algo que no me sucedía hacía mucho tiempo con mis contenidos. Sabía que bajo esa incertidumbre estaba la ansiedad que sentía por saber qué diría Omar sobre el video. Me importaban las opiniones de mis suscriptores, pero la que más me importaba era la suya. Quería alcanzar su corazón con mis palabras.

Tras mis dudas y preguntas mentales, edité la última parte y subí el video. Me dije que debía mostrarlo y esperar que todo saliera bien. Al ver que ya había terminado de subir, fui al baño para prepararme para dormir. Estaba agotada. Fui a la habitación de huéspedes de Valeria. De nuevo me quedaría en su casa.

Pasé toda la noche durmiendo. Solo tuve un sueño durante la noche. Soñé con él. Con Omar. Mi mente paseó por sus mechones, su sonrisa, su mirada posada sobre sus novelas, su silencio y su preciosa cara. Los besos que me daba. Sus caricias. El momento en el que me hizo suya por primera vez.

Todo eso realmente había pasado. Sabía que no era mi imaginación. Era tan mágico en la realidad como en mis sueños. Por eso quería seguir durmiendo. Allí, ese hombre tan atractivo y gentil respondía mis llamadas y estaba feliz de verme. Era una versión de él más accesible, sin tanto dolor por la vida que había llevado.

Iban a ser las once de la mañana cuando me levanté. La larga siesta me hizo sentir mejor. No había dormido tanto desde que tenía quince. Dios y yo sabíamos que no había nada urgente en mi

agenda. Omar me había dicho que podría trabajar de nuevo con AutoEstima y Atrevidas, que ya habían asegurado que Daniela estaría lejos, pero debía analizar si eso realmente funcionaría, porque Omar había empezado a sentir por mí el mismo odio que ella sentía. Estaría ahí, y yo no podría verlo. Mucho menos trabajar con él nuevamente. Tal vez lo más lógico sería negarme a trabajar con ellos una vez más.

Giré, estiré mis brazos y tomé mi celular. Quité el modo silencioso. La agitación que sentí fue tan fuerte que por poco me caigo.

Había millones de notificaciones. No entendía lo que sucedía. Creí que el celular estallaría con tantos avisos llegando a raudales.

Entonces comencé a leerlas.

Te has convertido en mi heroína.

¡Antonieta, eres valiente! ¡Todos te adoramos!

¿Qué rayos...?

Me lancé de cabeza en mi canal de videos. ¿Qué rayos pasaba? Entonces me congelé.

¿Cómo era posible que mi video hubiera sido visto por ocho millones en solo una noche? Había tanta gente viendo mi video que creí que era un error.

Refresqué la página varias veces para verificar que no se tratara de algún error. Seguía arrojando la misma cantidad.

De verdad lo habían visto millones de personas.

—¡Carajo! —dije en voz baja. —Esto no puede estar pasando.

Pero sí estaba pasando. Y podía verlo. El contenido se había viralizado rápidamente.

Busqué los mensajes de voz en mi celular.

Noté que había tres mensajes de voz de un celular que no tenía registrado. Presioné para escuchar el primero.

—Antonieta, soy Gabriela Torres. Quiero hablar contigo urgentemente.

Al ver la hora, me di cuenta de que había dejado ese mensaje hacía ochenta minutos. Por Jesucristo.

Llamé al número rápidamente. Me preguntaba si estaba llamando por el impacto de mi video. Respondió de inmediato. No se trataba de alguna de sus secretarias. Era ella.

—¿Antonieta? —dijo con seriedad.

—Sí, soy yo —respondí, si bien me costaba hablar.

—Me alegra escucharte. Permíteme contarte que hemos visto tu video más reciente. Queríamos ofrecerte la posibilidad de regresar a nuestro programa. Así podrás hablar sobre estos asuntos tan importantes. Tu contenido más reciente nos parece muy interesante. ¿Qué te parece? De ese modo, podríamos disculparnos contigo por el desagradable momento que viviste en Grecia.

Otra sorpresa increíble. Ya iban dos, y aún no había tomado una ducha. ¿Qué otra mágica noticia estaba preparando la vida para mí una vez que saliera del baño?, me pregunté.

¿Antonieta?

—Sí, disculpe. Acá estoy —le dije con prisa. —Claro que acepto. Esa oportunidad es un privilegio.

—Me alegra que hayas tomado esa decisión. Pronto enviaré tu boleto.

Escuché otra notificación. Estaba llegando el boleto a mi correo electrónico. Tomaría un avión... en dos horas.

—¿Debo volar hoy? —le pregunté con nerviosismo. —Prácticamente... ya

—¿Tienes algún problema con eso?

Quería que todos supieran lo que estaba ocurriendo y estaba contenta por la oportunidad que me daba, pero sabía que eventualmente le diría algunas cosas a la señora Torres.

—Para nada —contesté, mientras pensaba qué cosas iba a empacar. —Nos vemos más tarde.

Y entonces colgó.

—Hermana —dije con mi voz cada vez más alta. —¡Busca mi maleta, por favor!

Treinta minutos. Ese fue el tiempo que me llevó hacer mi maleta, ducharme, peinarme y revisar mi equipaje nuevamente. Fuimos en su camioneta con prisa hacia el aeropuerto. El viaje me llevaba a un nuevo destino, y mejor aún, a una nueva etapa de mi vida.

Capítulo 29: OMAR

Terminé velozmente la sesión. Ellas movían el culo y yo les tomaba una foto. Y fin. No tenía que hacer un gran esfuerzo para culminar todo. Era como preparar decenas y decenas de hamburguesas en un restaurante de comida rápida. Repetía lo mismo una y otra vez. Sin embargo, quizás esa rutina tenía una ventaja. Podría tener una vida en soledad, estaría en mi zona de confort y tendría una rutina que seguiría sin problemas. Además, actuar de ese modo impediría que alguien me lastimara.

Al abandonar el estudio, Rosa tomó mi antebrazo, por lo que me detuve. —Debes ir al programa de entrevistas esta tarde —me informó.

No me gustó la noticia. —Deberían haberme informado con antelación.

Me vio con incredulidad. —Así es, pero en la práctica eso no se cumple. De todos modos, solo quieren hacer algunos videos para la página de internet de la empresa. Será rápido y ya dijiste que sí.

—¿Ya dije que sí? —le pregunté con ironía. —No me había enterado.

—Sí lo hiciste. Al firmar tu contrato. No te tomará mucho tiempo. No te preocupes —comentó. —Además, no tienes que mostrarte tan cautivador.

—Qué bueno. No iba a comportarme de ese modo.

—Mejor salgamos de aquí —dijo, halando mi brazo. —Ya no quiero oír tus quejas.

Acaté su orden. Me molesté con ella. Ya había firmado y ella no me había dicho nada al respecto. De todos modos, ya no importaba.

Sabía que no podía arriesgarme. Ya no podía quejarme por filmaciones, videos, maquillaje ni ninguna de esas cosas. Además, sentiría que había entrado de nuevo en un mundo del cual quería salir. Pero sabía que no tenía planes alternativos, por lo que no podía darme ese lujo. Debía evitar a toda costa actuar de ese modo.

Escuché el zumbido del ascensor. Estábamos llegando al piso al que íbamos. Rosa estaba allí y me guió al estudio. Me sentí muy raro. Había cámaras, iluminación, comida dietética y flores falsas al fondo, tal como sucedía en el estudio de las rosas. Era como si repitiera esa historia. No había nada que me hiciera creer que estaba en un lugar real. De hecho, yo tampoco me sentía como alguien real. Tenía esa sensación desde que había dejado a Antonieta. Era como si no fuese parte de este mundo. Ya no estaba dentro de mí. La soledad era lo único que vivía en mi alma.

—Haremos lo mismo de la grabación anterior —me informó Rosa. —Él dirá tu nombre y tú saldrás.

—Igual que en el circo.

—Tal cual —dijo mientras asentía. —Por favor, baja un momento al departamento de maquillaje. Deben retocar tu cara. Ah, y una última cosa.

—¿Qué será?

Vi que si habitual firmeza desaparecía. —No me gusta esa tristeza en tu rostro. Dime si puedo hacer algo para que te sientas mejor.

Sonreí falsamente. —No tienes que hacer nada más. Has sido la mejor asistente que he podido tener —le dije. Quería que ambos sintiéramos que todo estaría bien.

—Bueno... gracias —dijo con reservas. —Bien. Ahora pateas esos traseros.

Se despidió con un beso y un adiós. Luego giró lentamente. Fui al área de maquillaje. Caminé con una lentitud que desentonaba con la intensidad y la rapidez de la televisión que se emitía en directo. Dos asistentes me ayudaron a sentarme. Recliné mi cabeza y una maquilladora empezó a aplicar polvo en mi cara.

Esto era lo que querías, me dije mentalmente. La abandonaste, aunque ella perdonó todos tus errores. Sí, esto era lo que querías. Y esto es lo que mereces.

Vi que la maquilladora notó mi desinterés en las bases que intentaba aplicarme. No quería verme como un vaso de leche en un programa de televisión en vivo.

Tomó sus cosas y se fue. —De acuerdo —dijo en voz baja al marcharse.

Ya tenía ganas de dormir. Otra chica, con mucho maquillaje en su cara, tomó mi brazo para llevarme al escenario. No vi el pasillo. Ya lo conocía perfectamente y sabía lo que pasaría después. Habría un presentador, con un nombre difícil de recordar, unas luces muy brillantes, un escritorio que me gustaría orinar, y unos pendejos diciéndonos cuándo debíamos sonreír.

—Prepárate. Ya va a decir tu nombre —dijo la adolescente. Me imaginé que tenía diecisiete años a lo sumo.

Su juventud no le permitía ver lo que sucedería pronto con su vida. —Te lo agradezco —dije, aunque quería empujarla para que saliera de ese infierno.

Pero tarde o temprano sabría que las fauces de ese animal monstruoso la sujetarían. Seguramente, sería bastante pronto.

Escuché la voz del presentador diciendo mi nombre, como la chica había indicado.

—Amigos, supongo que no han olvidado a Omar Márquez, el talentoso fotógrafo de Atrevidas, una maravilla de las imágenes, y, además, un estupendo bailarín y basquetbolista.

Estaba exagerando, aunque una parte de su presentación era verdad.

—Nos sentimos muy felices por su regreso. ¡Quiero que lo recibamos con un fuerte aplauso!

Sonreí, aunque mi sonrisa era más falsa que una moneda de plástico. Saludé con mi mano. Mis ojos no podían ver bien al público por los focos brillantes. Mierda. No recordaba lo fuerte que podían ser esas luces. Cuando iba a sentarme, escuché una voz estridente que se aceleraba con cada palabra que decía.

—¿Qué mierda hace él aquí?

Moví mi cara para ver quién decía esas palabras. Mis piernas se tambalearon. Al frente del presentador, en una esquina del sofá, estaba ella. Antonieta Salas.

Por Dios.

Capítulo 30: OMAR

Estaba sumamente nervioso. Estábamos en vivo en la televisión e internet, pero no me importaba. Aunque estaba a unos metros, me parecía que su cara estaba muy cerca de la mía—. ¡Antonieta! —exclamé.

Me pregunté qué rayos pasaba por la mente de Rosa. No entendía por qué no me había contado, aunque honestamente no sabía si ella estaba al tanto de todo. El mundo me daba la espalda. Era como si hubiese una conspiración en curso en mi contra. Tenía ganas de golpear a alguien. —¿Qué mierda hace él aquí? —dijo, reiterando su pregunta. Pensé que no le importaban los millones de personas que la veían en ese momento.

El presentador presintió lo que sucedería. Comenzó a hablar. —Vaya. Veo que no se han olvidado de su último encuentro en este estudio.

Ella guardó silencio, pero yo decidí hablar, aunque solo lo hice en voz baja: —Así es.

—Nuestra producción supo que estuvieron trabajando juntos en un interesante proyecto que se desarrolló en Grecia —comentó el presentador. En su afán por obtener algunos puntos de audiencia, estaba haciendo esas preguntas incómodas. No sabía que su producción lo había enviado a la guarida del león. Sentí lástima por él.

—Me gustaría que tomaras asiento —dijo el sujeto. —¿O prefieres estar de pie una hora más? —Se notaba su creciente ansiedad.

No, voy a sentarme al lado de esa mujer tan espantosa, pensé responder, pero no lo hice. Si no me sentaba a su lado, Atrevidas me despediría. No quería tomar asiento, pero me obligué a hacerlo.

Caminé lentamente. La mirada de Antonieta no se movía de mi cara. No sabía si estaba molesta, si se sentía lastimada, o ambas cosas. No podía descubrir lo que pasaba por su mente. Su cara era inescrutable. Parecía que ya no podía descifrar lo que mostraba su cara desde que nos habíamos alejado.

Cuando me incliné en el sofá, intenté alejarme de ella lo máximo posible, lo cual solo significaba algunos centímetros, pues el mueble no era muy grande. El artículo había sido diseñado para que las personas que se sentaran sobre él estuvieran 'cómodamente' apretadas.

—¿Qué tal, Antonieta? —dije. El tono de mi voz era frío.

—Todo bien —respondió. —¿Y...?

No pudo continuar. El presentador abrió su boca. —Entiendo que ustedes ya se conocían. —Giró para ver el público y entusiasmarlos. —¿Verdad, amigos?

Aplaudieron con alegría. Me di cuenta de que había muchas personas recordaban el intenso debate que habíamos tenido en el programa.

Vi a la audiencia cuando el presentador comenzó a hablar con Antonieta. No quería ver su cara inexpresiva. —Señorita Salas —dijo—. Subiste un video que rápidamente se viralizó. Ya ha alcanzado doce millones de visualizaciones. Ahora está en todas las redes sociales y las principales páginas de internet. ¿Qué puedes decirnos al respecto?

Yo debería estar feliz de verla, pero no lo estaba. —Bueno, creo que... —vio mi cara y yo también me fijé en su rostro. —Estoy contenta por decir mi opinión sobre este tema y haber tocado

el corazón de tantas personas en tantas partes del mundo.

Sabía que en ese momento me haría una pregunta. Entonces me vio—. Omar ¿ya viste el video?

No sabía si tenía que haberlo hecho antes de entrar al programa. Me sentí como un estudiante que no había hecho sus deberes. —¿Cuál video?

—El video que grabó Antonieta. El que se viralizó —me dijo—. Es el video en el que explicaba su opinión sobre cómo deberíamos tratar a los drogadictos, cuál es nuestra responsabilidad individual y social.

No sabía qué rayos pasaba por su mente, qué la convencía de que podía grabar un video sobre ese tema. Antonieta no sabía nada sobre las consecuencias del consumo de drogas. Sentí la rigidez de mi cuerpo.

Tragué grueso. —Honestamente, no he visto ese video —dije en voz baja.

—Podrías explicarle a Omar de qué hablas en tu video, Antonieta.

Iba a gustarme su explicación, porque ella no tenía un carajo que explicar. Ella era la menos indicada para hablar del tema porque no tenía ni puta idea sobre los problemas originados por esa adicción. Vi cómo su rostro se llenaba de rubor.

Agitó su cuerpo. Su ansiedad era visible. —Bueno, Omar, grabé el video para explicar mi opinión sobre el apoyo que debemos dar a los adictos a las drogas. Son personas que están muy enfermas. Realmente tienen una enfermedad. Ellos deben recibir nuestro aliento, no nuestra rabia. También dije que, aunque es difícil para la gente de su entorno perdonar los errores de los adictos y el daño que hacen, creo que ellos merecen una segunda oportunidad.

—Entonces eso fue lo que grabaste. Admito que fuiste muy inteligente —dije, con un tono sarcástico que incluso a mí me sorprendía.

Continué hablando. —Gracias. Lo hice porque estoy convencida de que, a muchas, muchas personas les hacía falta escuchar ese mensaje. —Escuché el acento que ponía en sus palabras, especialmente cuando dijo 'personas'. Estaba siendo muy elegante.

—Entiendo. ¿No crees que, a muchas, muchas personas tal vez les haga falta escuchar que prestamos más atención a las personas que sufren el problema de las drogas en lugar de los propios drogadictos? —le pregunté.

Sus hombros se movieron. Negó con su cabeza. —Omar, entendemos que se sienten lastimadas. Está claro que también les prestamos atención, pero eso no implica que no podamos preocuparnos también por los adictos. Podemos abrir nuestros corazones a todos si encontramos la forma adecuada.

—Honestamente, creo que es una postura muy... inocente. —Me costaba controlar la terrible furia que estallaba dentro de mí. Intentaba embestirla, mostrar un lado feroz de mí, decir palabras que la desolaran.

Tomó aire y abrió sus manos. —No lo es. Sentir compasión, ponerse en el lugar de la otra persona, querer ayudar, no es inocente. Es algo que nos permite sanar y sentirnos útiles. —Hizo una pausa. Supuse que pensaba lo que diría a continuación. —Entiendo que perdonar es una acción muy complicada. Incluso muchas personas nunca llegan a perdonar los actos de sus seres amados. Pero perdonar no implica olvidar. Implica que debemos dejar atrás esos fantasmas; sí, fantasmas, que se adueñan de nuestro presente. No podemos dejarlos decidir por nuestro futuro. Al perdonar y dejar que esos fantasmas se marchen, todos nos sentimos mejor. Nos liberamos de una carga. Podemos decidir cómo nos tomamos los actos de los demás, no obligarlos a hacer lo que nos parezca mejor.

—Estás de parte de los adictos. Defiendes a Mariana. No lo entiendo —dije, sin poder evitarlo. El presentador abrió la boca, sorprendido. No sabía quién era Mariana. Sin embargo, no dijo nada. Sabía que la discusión estaba aportándole unos cuantos puntos inesperados de audiencia.

—Te equivocas. No la defiendo —respondió. Estaba molesta. Ya no respetábamos el formato. —Lo que hago es mostrar que no debemos permitir que la adicción de uno de nuestros seres amados marque nuestras vidas para siempre y nos defina. Ese modo de actuar perjudica al adicto y a su ser querido. No es lo correcto para ninguno de los dos, porque ese sentimiento de rabia te impide crecer como persona. Incluso impide que abras tu corazón a una persona que desea mostrarte su amor, que quiere demostrarte lo que siente por ti. Te paraliza en el medio del camino. Sientes tanta rabia que te escondes detrás de esa colina de enojo y no logras ver lo que necesitas y mereces. Amor, por ejemplo. Mereces que te amen, Omar.

Vi a Antonieta fijamente. Su mirada intensa, como siempre, sus labios pintados de un suave color rosa y sus cejas levantadas, mostraban la expectativa que sentía. El sonido de mi corazón sacudía mis oídos.

—No entiendo lo que dices —murmuré.

Exhaló profundamente. —Digo que me permitas amarte. Demostrarte lo que siento. Mi vida es muy difícil así. Ya no quiero seguir en este círculo de problemas.

Las personas de la audiencia abrieron sus bocas o las cubrieron con sus manos, pero no pude verlos bien. El universo se había reducido a nosotros. Para mí, el público ya se había ido, como había ocurrido con nuestro presentador y los productores.

—Te amo.

Creí que mi alma estaba floreciendo. Era como un renacer para mí. Había una sensación de paz y resurgimiento echando raíces en mi cuerpo. Revivía. No me importaba lo que hubiera pensado. Era libre. Ya solo me importaba a Antonieta. Abruptamente se había convertido en la persona más importante para mí.

—Entiendo. Debo sacar de mi cuerpo el odio que siento —solté. —Todos debemos perdonar, incluyéndome.

Sonrió y asintió. —Exacto.

—Creo que soy la persona que más necesita perdonar —dije con prisa. Tragué grueso y seguí. —He cometido errores contigo. No te lo mereces. Eres un ser hermano angelical. Ahora lo comprendo todo. ¿Crees que...? Reconozco que sería algo muy difícil, pero ¿crees que puedas perdonarme por lo que hice? Creo que también merezco que me perdonen... en nombre del amor que siento por ti.

La sonrisa de Antonieta ya no era tímida, sino enorme.

Me veía fijamente. Vi que quería acercarse. —Claro que sí —dijo en voz alta. —No tienes que pedirlo. Te perdono. De todos modos, no creo que hayas cometido ningún error.

—Sí lo hice. Me involucré en la telaraña de Daniela, te abandoné y....

—Lo sé —interrumpió. —Y también sé que lo hiciste para cuidar tus espaldas. Sé que usas esas tácticas de defensa cuando te sientes amenazado. Lo haces porque has tenido una vida difícil. —Su voz era firme.

¿Cómo era posible que sintiera ese amor pese a mi comportamiento? —Hice todas esas cosas... ¿y aun así me amas? —le pregunté.

—Sí. Te amo por todas esas cosas que hiciste. Eso demuestra que eres un ser humano. Demuestra que has tenido experiencias que te han enriquecido como persona y mereces compartir

esas experiencias y tu vida con alguien que te amé.

Estaba profundamente enamorado de Antonieta. Mi amor era tan fuerte que no podía reconocerlo con algunas palabras. Sentía miedo de ese sentimiento tan poderoso. La vida me había lastimado, así que me costaba creer que podía sentir tanto amor por una persona tan bondadosa. Pero había logrado que yo alcanzara grandes cambios. Cambios muy positivos en mi personalidad. Y en mi vida. Estaba a punto de explotar de alegría.

Acerqué mi cara a la suya y tomé su mano.

—Voy a darte un beso —le informé. Oí tímidos aplausos de la audiencia, pero no les di importancia.

—Es lo mejor que puedes hacer.

Entonces me acerqué más. Besé su boca. La besé suavemente, y sentí que podría quedarme sobre sus labios por el resto de mi vida.

Capítulo 31: ANTONIETA

Sentir de nuevo los labios de Omar fue la sensación más maravillosa que había experimentado. No había otra forma de describirlo. Me deleité con la calidez de su boca. El beso me recordaba lo mucho que me gustaban esos labios tan dulces. Esa unión representaba mi perdón, su sinceridad, su valor para superar las adversidades que se le habían presentado.

Finalmente, el presentador hizo un ruido con su garganta. —Oigan, cálmense. Si no lo hacen las autoridades van a sacarnos del aire. El contenido no sería apto para niños.

Retiró su boca y ambos sonreímos. Lo vi sin parpadear ni un segundo. Siempre había sentido amor por él, pero amaba más a esta nueva versión. Ahora se veía más feliz, más calmado y orgulloso de sí mismo. Ya se había despojado de esa horrible maleta emocional, ese dolor que lo había acompañado desde su infancia. La imagen que tenía de él, la del hombre que nunca se mostraba de ese modo delante de las cámaras, ahora era visible para todos.

Omar siguió tomando mis dedos: —Quisiera hacer algo, si no les molesta. Me gustaría que dejemos este segmento hasta aquí.

Nuestro presentador sonrió. —Supongo que vas a pedirle que se case contigo.

—Sí... pero no ahora —dijo ágilmente Omar. —Lo haré en el momento adecuado. —Hablabas con tanta calma que las palabras salían de su boca y parecían bailar en el aire.

—De acuerdo. Salgan —respondió el presentador. Hagamos una pausa comercial —dijo a los productores.

—¿Qué haces? —le pregunté—. ¿Quieres que vayamos a celebrar nuestra reconciliación? —Susurraba, pero tenía mucha expectativa.

Negó con su cabeza. —Espera y lo sabrás.

Se levantó e hice lo mismo después.

—Antonieta —dijo—. Has sido mi fuente de inspiración y alegrías desde que nos vimos por primera vez. Ahora quiero que te des cuenta de que voy a poner en práctica todas las enseñanzas que me has impartido. Quisiera demostrarte que esa inspiración que me brindas produce resultados.

No entendía nada. Fruncí mi ceño. No sabía qué iba a hacer.

Sonrió con picardía. —Mejor sígueme —dijo.

Guao. Una sorpresa más. Parecía que nunca dejaría de sorprenderme. De todos modos, seguiría sus pasos, aunque me llevara al fin del mundo.

—De acuerdo, Omar —le dije mientras asentía. —Vamos. Es obvio que tienes algo en mente.

Escuché su carcajada. —Sí, pero puedes estar tranquila. Va a encantarte.

Omar me guió rumbo al ascensor. Caminaba con prisa. No me importaba adónde íbamos. Solo quería estar con él. Tuve que empezar prácticamente a correr. Le habría pedido a cualquier otra persona que caminara con calma, pero no lo hice con él porque me sentía animada por su alegría. Estaba tan ansiosa de llegar cómo él lo estaba. Si tenía tantas ganas de llegar, entonces iba a hacer algo emocionante. Usualmente no se sentía tan alegre.

Subimos al ascensor. Marcó el número y me haló para besarme nuevamente. Su beso fue más fuerte que el anterior. Puso mi cuerpo contra la pared izquierda del ascensor. Subíamos y mis

dedos tocaron su cuello, sus mejillas, su pecho. Tocó mis nalgas, pero llegamos a nuestro piso y el sonido del ascensor hizo que me retirara. Nos reímos como unos niños que acababan de hacer una travesura.

Mi vida había cambiado por completo en quince días. Y para bien. Incluso me había convertido en una mujer a la que besaban en un ascensor.

De nuevo tomó mi mano. Fuimos por un extenso pasillo lleno de oficinas. Todas tenían puertas blancas y grandes cristales. Finalmente llegamos a una y nos detuvimos.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté con inquietud.

Él se negó a responder. —Espera y lo sabrás.

Abrió la puerta sin anunciarse. Pasé después de él. Estaba nerviosa, pero la emoción era más poderosa que mis nervios.

Vi un hombre sentado detrás de un gran escritorio. No tenía cabello en su cabeza. Sus pies estaban cruzados y puestos en la mesa. Hablaba por su auricular. En una esquina había dos hombres y una mujer. También parecían gerentes por sus atuendos. Todos revisaban sus celulares y lucían muy asustados.

Al escuchar el sonido de la puerta voltearon instantáneamente para vernos. —Omar —dijo el hombre calvo. —¿Qué rayos haces aquí? —Estaba visiblemente asombrado.

Apreté su mano. *¿Qué rayos hacemos aquí?*, me pregunté mentalmente también.

Omar saludó a todos asintiendo. —¿Qué tal, Elías? —dijo.

—Notarás que estoy en medio de una reunión —dijo el sujeto, que se llamaba Elías, o al menos así lo llamaba Omar. —Creo que mis socios de Atrevidas no se sienten muy...

—Seré breve —dijo Omar, impidiéndole terminar sus palabras.

Vi la cara del hombre del que estaba profundamente enamorada. Tomaba aire y sentí que también me apretaba con fuerza la mano. Entonces vio a todos los presentes y empezó a hablar.

—He sido empleado de Atrevidas por mucho tiempo. Cuando inicié mi labor, supuse que fotografiar chicas en bikini era el sueño de todo hombre. Muchos querían estar en mi lugar. Pero en algún momento empecé a sentir que estaba grabando películas pornográficas. Era monótono y no me producía ninguna alegría. Me aburrí de hacer lo mismo todos los días de mi vida. Me había convertido en un hombre infeliz, insatisfecho. Entonces Antonieta llegó a mi vida.

Guiñó su ojo al verme—. Con ella entendí que empresas como Atrevidas siempre buscan el mismo perfil: mujeres altas y delgadas. Muestran parámetros de belleza que no corresponden a la realidad. No es justo con las chicas jóvenes.

Elías soltó una carcajada. —No te ofendas por lo que voy a decir —dijo. Sabía que diría algo que me molestaría. —Pero nadie quiere ver fotos de mujeres gordas como ella. Es más difícil que vendan trajes de baño como lo hacen las chicas delgadas.

Me ruboricé, pero Omar retomó sus palabras y no pude responder.

—Creo que todas las chicas rellenas, o gordas, como tú las llamas, son lindas —dijo, viéndome de reojo. —Lo tengo muy claro, porque amo a una chica rellena. A empresas como esta no les atrae la diversidad, pero creo que la realidad va a aplastarlas. Van a quebrar en poco tiempo. No estaré aquí cuando eso suceda.

—De acuerdo —dijo Elías. —Entendí tu punto. Ahora vete. No quiero volver a verte. Es tu última tarde aquí.

—No tienes que despedirme —respondió Omar, con su rostro radiante de felicidad. —Decidí renunciar.

Por Jesucristo. Creí que hablaría con ellos para pedirles que produjeran tallas más grandes o

empezaran a vender una línea para mujeres rellenas, pero eso no sucedió. Había caminado detrás de él con agitación mientras pensaba que el mundo estaba girando más rápido, pero nunca me hubiera imaginado que Omar iba a renunciar. Repentinamente decidió marcharse. Me sentí muy satisfecha. Por fin Omar estaba haciendo realidad sus sueños en lugar de trabajar por obligación. Yo no era responsable de eso, era el quien había tomado esa decisión, pero me alegré de que reconociera que lo había ayudado a decidirse.

—Hace poco viniste a pedirme que llenara tu agenda con nuestras sesiones. ¿Qué mierda pasó cuando te fuiste?

—Ninguna mierda. Antonieta volvió —dijo Omar, encogiendo sus hombros. —Quería olvidarla, sacar de mi mente y mi cuerpo lo que sentía. Si me llenaba de trabajo en esta empresa de pacotilla, seguramente no iba a pensar en ella, en cómo la había desilusionado. Era mi mecanismo de defensa. Pero ya decidí que no volveré a trabajar con ustedes.

Los otros directivos se veían entre sí con asombro. —De acuerdo, Omar —dijo Elías. —No tengo que acompañarte a la salida. Conoces el camino.

—Así es —contestó Omar. Estaba sonriente. —Antes de irme quiero decir algo. Daniela debe salir de aquí. Si dejan que continúe como modelo estarían violando la ley, porque ya todos ustedes saben del acoso del que fui víctima. Deben echarla. Si no la despiden, todos sabrán que una acosadora trabaja en Atrevidas, y que ustedes eran conscientes de sus delitos.

Elías soltó una carcajada. —Disculpa que me ría, pero no cuentas con los medios para hacerlo.

—Quizás Omar no los tenga —dije—. Pero yo sí. Tengo más de doce millones de personas en mi canal que estarán encantados de oír esta historia.

Omar estaba asombrado, pero también lucía feliz. —Agradezco esa gentileza, cariño.

—De nada, mi amor —le contesté, y sonreí. —En cuanto a ti, Elías, déjame contarte que mis suscriptores amaron el video que subí recientemente sobre la drogadicción. Tal vez quieran saber más sobre Daniela, una adicta a la cocaína que se droga en los recesos de las sesiones e incluso ofrece esa sustancia al resto de sus compañeros de trabajo, aunque ellos no consuman ni quieran hacerlo. AutoEstima me ofreció grabar un programa sobre las drogas y cómo han afectado a mucha gente en nuestro país. Quizás no estarían muy cómodos al saber que sus socios de Atrevidas no están muy interesados en hacer algo para detener esta epidemia.

Elías tensó sus hombros. *Lo logramos*, pensé. Los directivos ya no veían sus celulares. Ahora se veían muy irritados.

—Será mejor que te vayas —dijo Elías con tono autoritario.

—¿Y Daniela? ¿La despedirás? —preguntó Omar. Insistía porque no quería salir sin obtener una respuesta.

—Deberás investigarlo por tu cuenta —soltó Elías. —Por ahora, solo quiero que te vayas al infierno. Desocupa tu cubículo. Y no vuelvas.

—De acuerdo —dije mientras asentía. —Espero que no olvides que tengo millones de seguidores, y voy a ponerlos de mi lado.

Me vio como me odiara. Omar sonrió. —Salgamos de aquí, Antonieta. Si no lo hacemos, Elías sufrirá un infarto. En cualquier caso, él y yo seguramente charlaremos pronto.

Salimos de la oficina sin agregar nada. Lanzamos la puerta tan fuerte que pensé que caería al suelo. Entonces lo abracé.

—Por Jesucristo —dije cerca de su oreja. —Sacaste un coraje que no había visto. Te admiro.

—No, yo te admiro —dijo mientras me sujetaba fuertemente. —Llegaste a mi vida y me

mostraste cómo debía actuar para sentirme mejor.

Se alejó un poco. —Ven. Busquemos mis cosas y salgamos de esta mierda.

Saltaba de alegría y levantaba mis manos. Parecía un niño que veía la nieve por primera vez. Su sorpresa había sido maravillosa, pero sabía que significaba muchas otras cosas más importantes. Me mostraba que era una prioridad para Omar, que yo estaba más arriba, superando el dinero y la comodidad de un empleo seguro pero aburrido y superficial. Al contar en televisión en vivo lo que sentía, no solo había expresado sus sentimientos. También estaba liberándose de las ataduras para alcanzar eso que había evadido durante tantos años: el amor. Estaba satisfecha por lo que había hecho. Y no solo eso: también lo amaba intensamente. Finalmente lo reconocía. Ambos nos amábamos. Era hermoso. —Perfecto —dije

Fuimos a otras oficinas más pequeñas. Seguía pensando en lo feliz que era, en lo dichosa que era por estar con él. Mis sentidos estaban pasmados. Creí que estaba caminando entre las nubes. Había pasado por la preocupación de que renunciara a su amor, habíamos tenido relaciones y luego había huido. Todo eso era parte del pasado. Nos esperaba un estupendo porvenir.

Llegamos a su oficina. Era idéntica a la de Elías, pero más pequeña. Se parecía a Omar. El lugar era sencillo y cómodo. Además, tenía muchos libros.

—¿Qué te parece? —preguntó con tono ansioso.

Vi el pequeño sofá gris, una sencilla mesa de madera sobre la cual estaba la computadora y una gran silla detrás. Vi la numerosa cantidad de lámparas en los armarios. En el techo no había ninguna luz artificial. El lugar era cálido, familiar. Supuse que pocas personas habían entrado allí. Me di cuenta de lo mucho que me gustaba.

—Es una oficina estupenda —declaré. —Es muy parecido a ti.

Sonrió alegremente. —Gracias por esas lindas palabras, Antonieta. Si me disculpa, recogeré mis cosas. Será cuestión de minutos.

Tomó una caja que estaba bajo su mesa. Supuse que ya había planificado su partida en varias ocasiones. Buscó algunos libros de los estantes. Los ordenó con cautela. Se inclinaba para tomar cada tomo. Vi cómo su camiseta oscura se levantaba ligeramente. Vi con calma. Pude divisar su espalda y los tatuajes que la adornaban. Ya los había visto, cuando habíamos hecho el amor y me mostró toda su piel.

Sí, toda su piel. Era lo que más ansiaba ver en ese instante. Su piel. Sentí que el tiempo que había pasado desde la última vez que nos habíamos acostado era un siglo. —Omar, detente un momento —le dije, y no sentí ni un átomo de vergüenza ni timidez. Mi descaro me asombraba. Observar cómo movía sus músculos para finalizar una tarea me excitaba. Saber que lo hacía también por mí erizaba mi piel.

Dejó de moverse y me vio con inquietud. —Dime.

—Debemos hacer algo para celebrar este nuevo comienzo —dije, y caminé hacia él. No tuve que dar muchos pasos, porque la oficina era pequeña.

Sonrió. —¿De dónde sacaste esa frase? ¿De una novela?

—Tal vez. De hecho, me siento como una novela. Y me gustaría que me leas desde el comienzo hasta el final. —Tiró el libro que tenía en su mano y se aproximó a mi piel.

No tuve que decir nada más. Me movía el deseo que sentía por su cuerpo y su amor infinito. Tomé su cintura para acercarlo. Mi movimiento rápido aceleró nuestros corazones. Quité mi cinturón y vi que Omar rápidamente se sacaba su camiseta. Después lo despojé de sus zapatos y sus pantalones con frenesí. Habían pasado solo unos segundos, y ya solo sus calzoncillos cubrían su cuerpo. Cualquiera que pasara vería su pecho desnudo.

—¿Y las persianas? —le dije. Era un chiste que decía mientras indicaba las ventanas.

—No tengo —dijo—. Pero si te sientes incómoda, podemos ir a....

—Olvidalo. Y olvida las persianas. El que nos vea, pues nos verá.

Recordé la antigua versión de mí misma, esa que sentía un fuerte temor por las relaciones sexuales porque pensaba que sería un pecado y chocaba con sus principios cristianos. Esa versión ya no estaba. Ahora me había renovado y no tenía miedo de mostrar mis deseos. Unos deseos que expresaba claramente.

Vi la sonrisa lujuriosa de Omar. Bajo sus calzoncillos. Quedaron en sus pies. Contemplé el panorama: un pene poderoso, levantado y que ya latía enérgicamente.

—¿Desde cuándo la tienes? —dije con alegría mientras apuntaba a su pene.

—Bueno, se levantó mientras conversamos con Elías. Me puse así pensando en ti —confesó. —Me distraje, pero igualmente pude decir lo que quería decir.

—Lo tomaré como un cumplido —dije. Sonreí y lo acaricié. Podía ver sus ojos muy cerca. Nos separaban solo unos centímetros.

Tomó mis mejillas y plantó un beso en mi boca. Estaba empapada. Mejor dicho, llena de líquidos. La agitación crecía y sentí la necesidad de despojarme de mis bragas. Tal vez Omar se percató, pues sus manos buscaron la cremallera de mi vestido en mi espalda y la bajaron rápidamente. Con mis manos subí mi vestido. Mantuvo sus dedos sobre mi piel. Pasó por mis curvas, al tiempo que me ayudaba a retirar mi vestido. Estaba desesperado por sentir cada célula de mi piel. Mi pecho ardía en llamas.

—Antonieta —dijo suavemente—. eres una mujer preciosa. Te amo con todo mi ser

—También te amo con todo mi ser —le respondí con sinceridad.

No me percaté de cómo lo había hecho, pero me había quitado rápidamente mi sostén y mis bragas, como si tuviera una vara mágica para sacarme la ropa en un santiamén. Mi vientre se aferraba a su ombligo. Su cuerpo acariciaba el mío, sus muslos frotaban los míos, sus músculos chocaban con los míos. La primera vez que estuvimos juntos sentí miedo de ese roce tan físico. Pero en ese momento me parecía que era una muestra más de lo compenetrados que estábamos. Palpé los huesos de su cadera. Imaginé cómo impactarían con los huesos de una modelo delgada. Tal vez sería un choque desigual, como un cuerpo que no encontraba cómo incrustarse en otro cuerpo. Sin embargo, él y yo encajábamos perfectamente. Su pecho retozaba con mis curvas. Era la unión perfecta.

Las ventanas mostraban lo que hacíamos. Pero no me importaba en absoluto.

Que vean todo lo que sucede aquí, me dije mentalmente. Todos deben saber que él y yo somos felices. Que no importa si soy delgada o gorda. El mundo debería saber que una pareja como Omar y yo es feliz.

Ya estábamos completamente desnudos. Nos abrazamos y caímos al sofá. Éramos como una pintura abstracta cuyo significado solo entendíamos nosotros dos. Nuestros brazos se cruzaban, al igual que nuestras piernas. Mis caderas sujetaban su ingle, sus dedos tocaban mi espalda y su boca besaba la mía.

Su lengua pasó a mi garganta con devoción, con lujuria. No importaba su luego podríamos besarnos nuevamente. Queríamos devorarnos en ese instante sin pensar en nada más. Ya no tendríamos que ver a Daniela otra vez ni volver a las oficinas de Atrevidas. Podíamos besarnos sin detenernos en las consecuencias que podría haber. Queríamos hacerlo. Y punto. De hecho, era tan libre que no sabía qué más podría hacer. Me preguntaba qué otro cambio importante habría ahora que Omar estaba conmigo. Aunque no lo sabía, tenía la intención de descubrirlo.

—Yo también quiero saberlo. Quiero saber qué nos sucederá en el futuro —dijo Omar, como si leyera mi mente.

—¿A qué te refieres? —dije suavemente sobre su boca.

Sonrió y negó con su cabeza. Su expresión era de misterio. —Olvídalo. Lo dije porque se me ocurrió repentinamente. A partir de ahora, voy a disfrutar este momento sin pensar en nada.

Vio mi cara. Noté su admiración y la calidez de su mirada. Pasó lentamente por mis ojos y mis cejas. Se detuvo en mis mejillas y luego contempló mi boca. Al verla, la besó nuevamente.

Recordé todas las cosas difíciles que habíamos vivido. Pasamos por retos más fuertes en poco tiempo. Muchas parejas no habrían pasado por cosas como esas en un año. Era una persona optimista, pero había llegado a pensar que no podríamos superar todo. Con la vida que llevamos, la vida que lleva todo el mundo, prácticamente no hay tiempo para el amor. Priorizan cosas como el dinero o el trabajo. La gente suele relegar los sentimientos. Sin embargo, habíamos superado esas pruebas y nuestro amor se había fortalecido.

Dejé de pensar en esas cosas cuando la necesidad volvió a mi cuerpo. La erección de Omar se apretaba contra mis muslos. Era tan vibrante que me empapó más y más.

—Quiero que me penetres —le dije, revelando mi hambre. Hice una pausa y luego continué. —¿Tienes condones por aquí?

—Así es. Espera un segundo.

Se apartó para buscar en uno de los cajones. Sonrió al mostrármelo. —Sé lo que piensas, pero déjame decirte que fueron un regalo de Rosa por mi cumpleaños.

—¿En serio? —dije mientras sonreía.

—En serio. De hecho, sus regalos han sido muy oportunos. Además, siempre recuerda mi fecha de nacimiento. Ahora, ¿qué estábamos haciendo?

Tocó mi cuello y exhalé profundamente. —¿Quieres que te excite antes? —me preguntó mientras palpaba mis senos y mi ombligo.

—Creo que esta vez no será necesario —dije mientras sonreía. Puso algunos de sus dedos en mi clítoris. La onda eléctrica atravesó toda su piel. Noté cómo se erizaba desde los pies hasta los hombros. Entonces sonrió ampliamente con malicia.

—Veo que estás ansiosa.

Claro que lo estaba. —Así es —le dije mientras asentía. —Ahora quiero que acabes con esta ansiedad. —Estaba ansiosa por sus caricias, pero también por el amor que sentíamos. Además, tenía toda mi vida esperando por un sentimiento tan lindo como ese.

Jugueteó con su pene varias veces. Creí que quería que sintiera envidia de sus dedos. Honestamente, ya la sentía. Pasaba por su pene de arriba a abajo y de izquierda a derecha. La vi y recordé que encajaba perfectamente en mi interior. Era otro órgano hecho a la perfección para que yo lo recibiera.

Con su otra mano puso una almohada bajo mi cabeza. Dejó uno de sus pies en el sofá y apoyó el otro en el piso para sostenerse.

—¿Te sientes bien? —me preguntó—. Lamento que tengamos que hacerlo en este sofá.

No dije nada, pero me levanté, empujé el pecho de Omar contra el otro lado del sofá y puse mis piernas bajo sus muslos. Estaba encima de su pene.

—Carajo —dijo—. Qué atrevida.

—Prepárate. Voy a darte varias sorpresas.

Apreté sus muslos con los míos. Sus dedos tocaron firmemente mis caderas. Estaba sobre él. Besó mis senos y llevó su otra mano a mis cabellos. Noté cómo su erección se ponía cada vez más

grosso con mis movimientos. Mojó su ingle con una desvergonzada gota de mis líquidos. Me di cuenta de que era el momento.

No decíamos nada, pero sabíamos que estábamos ansiosos. Sus uñas se clavaban en mi piel.

Con pausa, me moví sobre su pene. Él cerró sus ojos, tensó su pecho y exhaló con dificultad. Llevé su órgano a mis profundidades mientras gemía y gemía.

Empujaba mis caderas más y más. —Por Dios, Antonieta —soltó.

Tenía claro que era un hombre experto en el sexo. Pero ya no pensaba con cuántas mujeres se había acostado. Solo pensaba que quería ser su pareja para siempre, la mejor que pudiera tener, a pesar de que no había tenido mucho sexo. Dijo mi nombre con tanta claridad y salvajismo que supe estaba lográndolo. No había forma de que fingiera esas emociones tan fuertes.

—Muévete con fuerza —me pidió.

Ahora tenía algunas dudas repentinas. No sabía si me convertiría en esa pareja perfecta. Nos complementábamos, pero aún no sabía un montón de cosas sobre el sexo. Tal vez se cansaría de enseñarme. El rubor me inundó. Esperaba que no me viera como la jovencita rural que no tenía experiencia en un campo en el que cualquier adulto era experto. —Tal vez no sepa cómo hacerlo —le indiqué.

—Sí lo sabes —dijo, aquietando mis pensamientos—. Concéntrate en tu placer. No pienses en mí. Déjate llevar por tu deseo, por lo que tu cuerpo te pide.

Me preocupaba que no estuviera de acuerdo o que pudiera lastimar su cuerpo. —Tal vez no te guste —le dije.

—Mi amor, no pienses que no va a gustarme. ¡Tengo que esforzarme para no venirme aun cuando no estoy dentro de ti! —declaró, sonriendo y moviendo su cabeza.

Rayos. Sabía cómo convencerme.

Esa frase me sirvió para recobrar mi seguridad. Decidí llevar mis caderas como un columpio, deslizándome hacia adelante y luego hacia atrás. Disfrutaba mis movimientos rítmicos y buscaba proporcionarle placer con ellos. Escuché un gemido salvaje que salió de su garganta. Me encantó ese sonido tan instintivo y provocador. Estaba montando su pene, con mis muslos moviéndose con suavidad.

Mis caderas volvían hacia su ombligo. —No entiendo a qué le tenías miedo —susurró. —Ya eres toda una experta.

Sonreí, y la poca ansiedad que quedaba en mi cuerpo salió. Era libre y no había forma de domar mis deseos más primitivos. Solo Omar podía saciarlos.

Continué moviéndome. Uní mis rodillas al movimiento para poder apoyarme con más fuerza sobre su erección. Ya no solo iba hacia adelante y hacia atrás. También estaba bajando y subiendo sobre su pene. Él reclinó su cabeza. La tensión agitaba cada tramo de mi piel. Pude ver el frenesí en su cara. Su erección llegó al final de mi ser, algo que nunca había vivido y que sabía que jamás podría olvidar. Me había mostrado cuánto placer podía sentir.

Sujetaba mi trasero con sus manos. Sabía que dejaría las marcas de sus dedos y mi piel se llenaría de un intenso tono azul. Era perfecto, porque quería que él dejara su rastro en todas partes. Deseaba que marcara mi cuerpo y dejara claro que era suya.

Me moví una vez más sobre su pene y vi cómo movía su mano para tocar ágilmente mi clítoris. Lo tocó con fuerza. Lancé un gemido descarado. No sabía cómo podía sentir tanto placer al mismo tiempo. Por una parte, tenía su pene dentro de mí, y por el otro su mano frotaba mi clítoris. Nunca me hubiera imaginado que la unión de ambas sensaciones sería tan intensa. Mi respiración se entrecortó.

—Omar —grité. —Voy a venirme.

Solo me percaté de que pasaría cuando lo dije. Solo pude entender que sí, que realmente estaba viviendo ese éxtasis tan profundo, y que mi grito arrollador era una prueba de ella. Omar abrió bien sus ojos y vi su hambre desesperada en ellos. Su corazón se aceleró aún más y su aliento se hizo más caliente y feroz.

—De acuerdo —dijo—. Quiero ver cuando llegues.

Entonces me sentí animada y cabalgué con más poder. Ya no hacía movimientos acompasados ni me movía hacia adelante. Mi cuerpo se agitaba de forma animal. Mi deseo era imparable. Me dejaba llevar por él y le indicaba a mis pensamientos que no debía parar. Él, en tanto, movía su mano con más fuerza.

—Acaba —dijo suave y seductoramente. —Mereces hacerlo. Debes disfrutar placeres como este.

Palpó nuevamente mi clítoris, al tiempo que yo bombeaba de nuevo sobre su erección. La sincronización de los movimientos me empujó al clímax. La onda eléctrica se inició en los dedos de mis pies y alcanzó mi vientre. Luego la sentí en todos mis órganos internos. El huracán de placer me desbordaba y creí que las paredes y el edificio entero recibían el impacto. Mis muslos se tambalearon y mi respiración se hizo frenética.

Imaginé que había gritado, pero no pude escucharme. Solo podía intentar asimilar el clímax que aún me estremecía.

Cuando me sentí ligeramente recuperada, bajé mi cara y lo vi. Ya no tenía mis ojos cerrados y podía mover mi rostro. Tomé aire, intentando recomponerme. Me concentré en sus ojos.

—Solo puedo decir... guao. No sé cómo describirlo —indiqué.

Recogió el cabello de mi espalda con su mano y besó mi hombro.

—Lo sé. Verte llegar me encantó.

Aún sentía el grosor de su pene en mis profundidades. Era consciente de que él debía liberar sus líquidos. Llevé mis caderas adelante. —Te toca —dije mientras reía.

Escuché los sonidos animales de su garganta. Sus dedos, que antes se aferraban a mis caderas, me llevaron hacia abajo para que alcanzara su pene. Aunque creí que me sentiría cansada, no lo estaba. Otra ola de placer se levantaba en mi interior.

—Así —le dije—. Así, así, mi amor.

Escuché el poderoso alarido que salía del fondo de sus pulmones. El frenesí lo estremecía. Me haló con fuerza. Su rostro estaba cerca del mío. Sentí los espasmos de sus piernas bajo mi piel. Rasguñó mi espalda con lujuria.

—Voy a... Voy a....

Yo lo sabía. Intentaba decir 'voy a acabar' pero el éxtasis no le permitía hablar. En lugar de hablar, su cuerpo se rindió ante el orgasmo que lo cruzaba. Me llenó con su placer, y pude sentir que su clímax se extendía a mis músculos. Se sobresaltó y se levantó ligeramente en dos, tres ocasiones. Mi boca besó su pecho. Esperaba que sacara todo lo que había reservado para mí. Pensé que ese orgasmo sería eterno.

Tras unos segundos, retrocedió y reclinó su cuerpo. Desde allí me veía. Se notaba su amor y su sorpresa.

—Solo puedo decir....

—Guao. No sé cómo describirlo —dijo, completando su frase. —Me encantó.

Asintió y me sonrió. —Tú también me encantas.

Puse un beso en su nariz. Cada vez lo amaba más.

—Te demostraré que te amo de muchas formas —dijo, viéndome con sus ojos profundos. — Emocional, física, íntimamente. Descifraré ese sentimiento que siempre he evitado y te lo daré todos los días. Te prometo que haremos miles de cosas muy lindas. Y siempre voy a estar a tu lado, Antonieta. Ten paciencia y lo verás.

Sonreí ampliamente. —Estoy segura de que así será —dije—. Seré paciente, aunque ya me siento preparada para esa vida que tendremos.

Nos besamos de nuevo. Omar sonrió cálidamente. Nuestros besos eran la muestra de nuestro compromiso. Era la demostración de que planeábamos estar juntos para siempre.

Epílogo

ANTONIETA

SEIS MESES DESPUÉS

—¿Lista, mi amor? —escuché que me preguntaba desde el otro lado.

—Un segundo. Estoy terminando con mi video —respondí.

Completé el video, le puse un nombre y finalmente lo guardé. Me había demorado mucho recientemente con para subir videos recientes. En otras circunstancias me recriminaría por esa falta. Me diría que debía tomarme mi tiempo para editar y subir lo que tenía pendiente, pero era un día diferente. Moví mis hombros hacia adelante y sonreí.

Habían pasado seis meses desde que había subido mi video sobre las adicciones y mi aparición, por segunda ocasión, en el programa de entrevistas para AutoEstima. Desde entonces, mi carrera no había parado de crecer. Tenía más seguidores, una tendencia que se mantuvo desde ese momento. Era una chica de un pequeño pueblo, pero había crecido mucho como persona y he logrado todas mis metas. ¿Cómo lo había logrado? Simple: con esfuerzo, perseverancia, amabilidad y algo de ayuda del destino. Me sentí dichosa y agradecida.

Como tenía casi veinte millones de suscriptores en mi canal y había colaborado con AutoEstima en unas cuantas iniciativas laborales, una compañía de maquillaje muy famosa me había contactado. Aún no podía dar detalles ni mencionar el nombre de la empresa. Querían que lanzara mi propia línea de productos de maquillaje, que obviamente fuesen respetuosos del medio ambiente y la fauna silvestre. Había trabajado de cerca con los diseñadores y publicistas. Sus trabajos de muestra estarían listos en una semana. En cuestión de unos dos o tres meses podríamos lanzar los productos. Sería perfecto, porque lo haríamos antes de las celebraciones navideñas. No podía recibir un obsequio de San Nicolás mejor que ese.

Mi realidad era mucho más linda de lo que había soñado.

—Antonieta —dijo una vez más. —No me digas que estás distraída. —Las paredes del apartamento en el que teníamos nuestra oficina compartida retumbaron.

Apagué la computadora. —No. Ya estoy terminando —dije. Me puse los zapatos de tacón alto que estaban en la entrada y bajé para encontrarme con él.

Estaba esperándome al pie de la escalera.

—Vaya. Hoy luces más lindo que nunca —dije mientras lo besaba.

Ningún otro hombre lo habría logrado, pero él sí. Mostraba un aire de solemnidad y juventud que no había visto en nadie más. Ese aire se notaba en su traje oscuro y elegante. También usaba una corbata azul oscuro que combinaba con el resto del vestuario y un cinturón de cuero. La hebilla era de plata, igual que los accesorios. Había dejado su larga cabellera suelta y me parecía un galán venido de tierras muy lejanas.

Omar silbó. —¿Luzco lindo? En realidad, me veo feo si me comparo contigo.

Extendió su brazo para ayudarme a llegar al suelo. Sentí que tenía diecisiete otra vez e iba a mi baile de graduación. Solo que ahora ese baile era para gente muy adulta.

—Has logrado que me sienta avergonzado. Me veo como un desastre.

Mis mejillas se ruborizaron. Aunque ya teníamos seis meses viviendo juntos en una estupenda cabaña de las afueras de Las Garzas y mi amor por él no paraba de crecer, cada vez que decía un cumplido me sonrojaba como una adolescente con su primer novio.

De todas formas, era cierto lo que decía. Realmente me veía radiante. Tenía mi cabello recogido como las actrices de las películas viejas del siglo pasado. Mi vestido rosa estaba ceñido a mi cuerpo y alcanzaba mi piel bajo mis rodillas. Tenía aretes con grandes cristales, también rosa. Además, también tenía un collar con grandes diamantes que hacían juego con los aretes. En cuanto a mis zapatos... eran rosa y de tacón alto.

—¿Crees que lo aparento? —le pregunté—. ¿Luzco como ‘la novia del fotógrafo famoso’? — Quería saber su opinión.

Sonrió. —Creo que ese vestido te hace lucir como la novia del fotógrafo que deberá hacer un gran esfuerzo para no quitárselo rápidamente.

—Qué dulce eres.

Halé su corbata para besarla suavemente en la boca.

—Debemos salir —le recordé. —Pidamos un taxi. Quiero llegar a tiempo.

—Podríamos hacer el amor mientras llega —planteó con lujuria.

—Me encantaría, pero no quiero que te retrases en la noche de tu presentación.

Habíamos esperado esa noche por semanas que habían parecido una eternidad.

Omar había renunciado a Atrevidas y unos días después había empezado a tomar las fotos artísticas que siempre había querido tomar. Continuaba fotografiando mujeres, pero ya no laboraba exclusivamente con supermodelos altas y delgadas. Se esforzaba por mostrar fotos sinceras, cordiales y sin edición. Ahora tomaba fotos de hombres, mujeres, homosexuales y todo aquel que se pusiera frente a él. No importaba su origen, sus preferencias religiosas, sexuales o de cualquier otra índole. Además, se inspiraba en mí.

Era el argumento que habían usado los directores de la galería conocida en todo el planeta cuando vio sus primeras imágenes.

Le indicaron que las fotos que me había tomado eran las que más les habían gustado por la innovación que traían. Con esas imágenes se convencieron de mostrar algunas de sus fotos en la noche de apertura de su exposición. Eso ocurriría esta noche. Me sentí tan inflamada de satisfacción por lo que había logrado Omar que sentí que mi cuerpo rompería el vestido en cualquier momento. Era la primera vez que concedían un privilegio como ese a un fotógrafo que apenas se abría camino en esa disciplina artística.

Como sabía lo que pasaría en la noche, grabé un video para el canal que ahora compartía con Omar. En él contaba los detalles de su trabajo y hablaba sobre las imágenes que estarían en la muestra fotográfica. Él no simpatizaba mucho con el mundo de internet, pero tal vez colaboraba conmigo en el canal para que me sintiera bien. Era una muestra más de su amor. Además, mis seguidores lo amaban y siempre querían verlo. Obviamente, yo estaba de acuerdo en mostrarlo a mi lado.

Decidió recoger su cabello con una cinta negra. Finalmente saldríamos. Bajamos y caminamos hasta la entrada. Nuestro portero nos saludó. Ya él nos había pedido un taxi. Pensé que al terminar la exhibición podríamos dormir en la cabaña.

VI que sus manos temblaban. Acaricié su hombro para calmarlo. —Tranquilízate, mi amor. No hay razones para que te asustes —le aseguré. —Amarán tu trabajo. Y te amarán a ti también.

Sonrió y vi la felicidad volver a su cara. —La única razón por la que me siento tranquilo es porque una hermosa chica me acompaña.

—Esa chica te acompañará adonde sea que vayas.

Al llegar, contemplé las escaleras de la galería. Fue lo primero que noté al llegar. Estaban tapizadas con una extensa alfombra roja. Había decenas de fotógrafos iluminando a todos los que llegaban con sus flashes.

Estaba asustada. —¿Debemos caminar por ahí? —pregunté mientras apuntaba a la alfombra. No sabía nada sobre esa alfombra roja.

Él asintió y sonrió. —Así es.

—¿Pero nunca he caminado por una!

—Eso no importa —respondió. —Puedes caminar sobre ella sin ningún problema. Tienes un talento natural para esto. Además, la gente ansía vernos, saber lo que hacemos y a qué eventos asistimos. Ya somos muy famosos. Si tropezamos, no se burlarán de nosotros. Solo querrán ver cómo avanzamos.

Omar tenía razón. Como nuestras carreras habían despegado, todo el mundo hablaba sobre nosotros. Aunque ser una celebridad no era mi meta, ya estaba ahí, en esa inauguración, mientras centenares de famosos llegaban a la galería. Ni la imaginación más creativa lo hubiera pensado. Era increíble.

Una vez que pagó a nuestro taxista y darle una generosa propina, volvió a tomar mi mano. —Vamos a pasarla muy bien —aseguró al iniciar el camino rumbo a la alfombra roja.

Nunca pensé que sería tan complicado ver a tantos fotógrafos y sonreír alegremente. De todos modos, recordé la satisfacción que sentía por haberlo logrado con mi esfuerzo. Por otra parte, Omar tenía mi mano entre sus dedos. Nada podría asustarme. Sabía que haríamos todo lo que nos propusiéramos.

Después de caminar por la alfombra roja llegamos a la entrada de la galería. Abrimos las inmensas puertas de cristal y entramos.

—¡Señor Márquez, por favor!

—¡Señorita Salas, por favor!

Escuché cómo pronunciaban nuestros apellidos una y otra vez. Los saludamos educadamente, pero no hablaríamos con nadie hasta que viéramos las fotos de Omar en los muros. Era el momento en el que se concretaba el resultado de su valiente renuncia a Atrevidas. Habíamos llegado a ese acuerdo. Y queríamos disfrutar ese instante íntimamente.

Caminamos entre la gente, escuchando su bullicio mientras sonreíamos por nuestro afán de caminar entre ellos. Finalmente llegamos al área de exposición. Al final, después de varias fotografías, vi una de mis fotos.

Al verla, ambos paramos nuestros pasos. Era una de las primeras fotos que me había tomado. Mi boca estaba abierta, mi cabello caía sobre mis hombros y mis brazos estaban levantados.

Sentí un nudo en mi garganta y sospeché que empezaría a llorar. —Por Jesucristo —dije en voz baja. —Es maravillosa.

—Me alegra, porque es la postal que elegí para mostrarte mi amor en una noche tan especial —dijo. Sonrió y tomó mi mano con fuerza.

Se separó de mí sin decir nada. Vi cómo sus músculos se entumecían. Estaba muy ansioso.

—¿Qué sucede? —le pregunté con miedo.

Negó con su cabeza. —Nada. De hecho, todo está muy bien. Todo....

Se calló y exhaló profundamente. Iba a hacerle otra pregunta, pero vi que estaba inclinándose ante mí. Me quedé en shock.

—Dime qué rayos sucede —le pedí, con mi pecho oprimido por la emoción.

Hizo un ruido con su garganta. Tras una pausa que usó para recuperar su seguridad, comenzó a hablar. —Antonieta, supe que te amaba cuando te vi por primera vez. Sabes que te amo tanto que no puedo expresarlo con palabras ni entender la dimensión real de ese sentimiento. Desde el en el que te conocí, mi amor por ti no ha dejado de crecer y crecer. Me sentiría perdido sin ti. Por eso quiero saber si quisieras hacerme el hombre más feliz del mundo. ¿Quieres ser mi esposa?

Me arrodillé para ver sus ojos al darle mi respuesta. Sabía lo que le diría. No hacía falta que lo pensara.

—Claro que sí. Me casaré contigo —dije en voz baja.

Entonces mi fotografía en la costa griega presenció el beso que posé en su boca.

Fin

Gracias

¿Te gustaría compartir tu experiencia conmigo y otros lectores?

Quiero mejorar y tus comentarios son valiosos. Te agradeceré puedas tomar apenas 3 minutos de tu tiempo y dejar un **comentario de forma totalmente honesta en Amazon** sobre la novela que acabas de leer.

Muchas gracias por la confianza y espero sorprenderte en una nueva entrega.

Saluda atenta y calurosamente.

Elena Swam